

1

La Historia Extraviada.

"Nunca serás igual
la historia que contó el abuelo,
la que cuenta el padre
o la que contará el hijo."

De la Sabiduría Inuit.

"La historia que contó el abuelo
no es la misma que cuenta el padre,
y esta será distinta a la que contará el
hijo."

"No se extraviará quien cuente historias,
ni sus historias se extraviarán."

De la Sabiduría Inuit.

"No se extraviará la historia de un pueblo
si su gente aprende a contar historias."

Ralph Crane-Haber
"El Simio que habló"

1.- "Era un antiguo y oscuro planeta verde, húmedo y lejano de
su sol que en el firmamento era apenas una lentejuela dorada pero
fría.

En un lugar de ese planeta vivieron durante mil cuatrocientos

noventa y dos lures los Descubridores. Eran pequeños y barbados y usaban un jubón ancho, de piel de zur, con el que ocultaban la pequeña cola que los avergonzaba.

Muchas veces los Descubridores se habían hecho a la mar en sus bajeles de madera de cedro y ciprés, pero nunca habían podido ir más allá del Gran Abismo. No se sabe bien la razón que los impulsaba a construir barcos y buscar más allá del horizonte, donde dos veces al día se ponía el sol rojo que apenas los entibiaba, pero parece que detestaban la tierra que habían habitado por tantas centurias. Detestaban la costa que los contenía y que se quebraba en enormes acantilados encima del océano deseado. Odiaban su meseta árida y nublada, vacía de animales y plantas, donde la cosechas eran insuficientes y la sequía interrumpida ocasionalmente por una lluvia de hielo seco y ardiente.

Los Descubridores eran súbditos de una reina y un rey que vivían en una ciudad alejada de la gran meseta, en un castillo hecho de piedra amarilla, que habían conquistado a los moros de pelo ensortijado y piel oscura.

Los reyes eran desconfiados y reservaban su generosidad para la corte de aduladores que los rodeaban. Los pocos sabios que vagabundeaban por la corte se dedicaban más a ahuyentar a la larga retahíla de marinos y aventureros que se acercaban hasta el palacio a mendigar recursos para sus expediciones, que a convencer a sus majestades del disparate científico de tales peticiones.

Los Descubridores no constituían la única nación de ese continente. Existía un país vecino y pequeño con el que compartían el mar y tres fronteras. Los habitantes de este país eran llamados

los Exploradores y vivían con la misma obsesión por la lejana y quizás inexistente Tierra Mayor. Ambos pueblos se disputaban la mezquina supremacía de la costa, donde pirateaban cuanto embarcación pequeña y desarmada se aventuraba por sus angostas aguas. No vacilaban en atacar a los gráciles e indefensos veleros en los que navegaban los negros habitantes de las tierras del sur, veleros repletos de grandes frutas, pieles, carne salada del enorme buey mantón y oro en polvo con el que empavonaban las joyas reales. También se atrevían a abordar los anchos balandros lacustres de los pacíficos pastores del norte que arrastrados por las corrientes lentas pero poderosas de sus ríos desembocaban, a veces, en el mar cerca de los acantilados donde los acechaban.

Cuando llegaban desde el Frío los largos grewars con sus enormes remos de bronce, cuando se avizoraban sus mástiles y sus velas plateadas por el hielo y se adivinaba la mirada implacable de sus guerreros de piel translúcida, entonces los Descubridores y Exploradores escondían sus embarcaciones en los ^{golfos} fiordos o las cubrían con la escasa arena parda de sus playas menores y esperaban. Acercarse a ellos era inútil y peligroso. Mas le temían a los Navegantes, como los llamaban, que a la boca oscura de la Gran Caída

Los Exploradores también tenían un rey, tan inescrupuloso como la pareja del reino vecino, pero corrían las lenguas que aquél estaba, con decisión, acumulando recursos para armar una verdadera expedición que fuera más allá de lo desconocido. Quizás -decían en la corte -de este modo se deshaga para siempre de la majadera insistencia de los aventureros. Pero quizás -decían otros -Juan se

llene de riquezas y gloria para bien de su reino y desgracia perpétua de sus vecinos Descubridores.

Habladurías que llegaron a los oídos, para estas cosas siempre atentos, de Isabel, la que habitaba en Granada, lejos de la meseta de su reino, quien convocó al viejo Gaonás, un marino casi ciego, cojo y malhablado que se decía había estado una vez a punto de desbarrancarse en el Gran Abismo.

-Desde allí la ví, majestad ^{miró} -dijo Gaonás refiriéndose a la Tierra Lejana, tapándose indisimuladamente el rabo con la mano.

Isabel lo miró con cierto desagrado.

-Pero mis ojos ya casi no sirven, majestad -dijo el viejo tripulante tocándose los párpados con la mano libre -y no puedo ni siquiera remendar mi ropa.

-No te llamé para que me hablaras de tus miserias y de tus remiendos -Isabel se impacientaba -sino para que me confirmes lo que sospecho.

-Vuestras sospechas no serán confirmada, señora -aventuró Sardot, aquel consejero de palacio que una vez había sobrevivido al ataque de una cuiña, la que sólo le había cercenado la cola.

Sardot era temido por ello y siempre mirado con desconfiada curiosidad. La historia del reino de los Descubridores recogía, con recelo, muy pocos casos como el suyo e incluso su terrible amputación había provocado una catástrofe científica entre los sabios del reino. Porque entonces era un paradigma que el rabo que todos llevaban no era un apéndice similar al de los brutos que merodeaban por la meseta, sino un órgano muy noble, aunque de función aún desconocida, consustancial con la vida y el juicio de

los seres privilegiados por el Creador.

-Calla insensato -dijo la reina -que ya aburridos nos tienes con tus advertencias.

-Nada hay más allá de las aguas, sólo miseria y desolación.

-Ni aun la miseria ni la desolación dejaré al rey Juan, porque ambas también pueden llenar de gloria y de perpetuo recuerdo a un soberano.

-Desde el Abismo ví esas tierras, que gloria serán de esta meseta -dijo Gaonás -porque también puedo encontrar al marino capaz de ir más allá y regresar con las manos y las naves llenas de las riquezas y de los ídolos fastuosos que adoran hoy los impíos de esas tierras.

El sol entababa con suavidad la enorme habitación. Grandes fuentes con chocolate perfumado hervían en un rincón, junto a la ventana y los grandes pájaros de colores se movían en silencio, trepando por las cinerarias gigantes, mirando con asombro y pena el crepúsculo.

-Cuéntanos la parte en que Gaonás se encuentra con el Almirante -pidió Témac.

Poletl sonrió levemente y movió la cabeza. Su perfil enorme, siempre algo lejano, quedó un momento entre las sombras que se alargaban.

-Entonces -dijo -la historia no se entendería y tus primos, Elalq y Pitzl, querrían que cada vez volvieramos atrás, lo que

X

5

terminaría por confundir mi memoria...

Témac asintió. La autoridad de Poletl era incuestionable en esas materias.

Sardot se puso de pie.

-Es mi deber ser majadero -dijo.

-No quiero volver a escucharte -dijo la reina Isabel volviendo ruidosamente la cabeza.

(Témac, Elalq y Pitzl se estremecieron. Bien sabían que sólo los peores demonios, aquellos que habitan las márgenes perdidas del Lago, hacen sonar sus cabezas cuando las mueven como las blancas lechuzas de los bosques.)

Sardot se quedó quieto frente al trono, sentado en el extraño cojín que carecía de la muesca en la que se acomodaba el rabo excéntrico de su raza.

Gaonás temía a los Descubridores y al crujido que hacía su cuello al moverse. El pertenecía a otro pueblo, que dominaba algunas tierras más allá de la península, detrás de los montes que conocían como los Pirineos. Y aunque los Sedentarios, a los que pertenecía, no tenían cola, sí les crecían dos protuberancias en el occipucio como cuernos traseros. Podían girar el cuello sin provocar ningún ruido y habían sido, durante cientos y cientos de lures enemigos de los Descubridores y de los Exploradores. En el

país de Gaonás los hombres y las mujeres usaban pelucas blancas que adherían a sus cabezas calvas y cornudas con la miel insípida de sus abejas. Así ocultaban su cornamenta, como con el jubón de pelo de zur escondían su rabo los habitantes de la meseta.

-Porque, además -insistió Gaonás -yo pude ver las playas verdes y calientes de la Tierra Mayor, sus palmeras cargadas de frutos y los enormes armadillos y cerdos salvajes que esperan ser cazados y comidos.

Sardot no alcanzó a protestar. La reina ya había hecho un gesto con la mano y un guardia se lo llevaba, arrastrándolo en su cojín, por la puerta que daba a a los patios de gélidos adoquines.

-Continúa -pidió a Gaonás.

-Los hombres llevan en las cabezas plumas de pavos de muchos colores y adornan su frente, sus orejas y su pecho con joyas brillantes engastadas en oro macizo.

-¿Y las hembras? -preguntó Isabel.

-¿Las hembras...? -Gaonás entornó los ojos -las hembras tienen la piel perfumada con el néctar de las frutas, los ojos negros y el cuello fino y visten con delgadas telas, del algodón más suave y usan brazaletes y anillos de una plata que relumbra como la luz de la luna.

-¿Y sus guerreros?

-Son formidables, pero no conocen el uso de las armas de fuego, ni utilizan el caballo...

-¿Qué son los caballos? -preguntó Témac

-Y... ¿las armas de fuego? -Elalq se puso de pie.

Poletl miró por última vez el poniente y las largas trenzas de vapor que se elevaban desde la superficie del lago donde flotaba la ciudad.

-Lo sabrán a su justo tiempo -Poletl se acomodó el fino armazón de madera con los que sujetaba sus cristales para mirar.

-Sí... -dijo Témac -cuando lleguemos al capítulo donde los Descubridores desembarcan...

-Tú ya sabes la historia -reclamó Pitzl.

Poletl sonrió.

-Mil veces la ha escuchado ya.

-Y quizás ya no sea oportuno que la sigan escuchando.

Era Mabnolia, la madre de Témac había entrado a la habitación. X

-Señora -Poletl se inclinó, con respeto.

-Te he dicho -dijo la señora regañándolo levemente -que no me gusta que los atemorices con tus cuentos, lo mismo te lo ha pedido nuestro Señor, el Cihmacóhuatl X

-Lo siento, señora -se disculpó Poletl -pero Témac quería que sus primos la conocieran.

-No existen hombres con rabo ni con cuernos, ni animales como los caballos o los centauros o las feroces cuiñas, ni máquinas infernales como los mosquetes de fuego, todo eso está en la imaginación de este viejo...

Y Mabnolia señaló con un dedo a Poletl.

Poletl se encogió de hombros y miró a Témac.

-Lo he oído también en la sierra, me lo han dicho los viejos

del maíz sagrado -insistió Témac.

-Los espero en el comedor.

Mabnolia dio por terminada la discusión, recogió el ruedo de su túnica y salió por la misma puerta por la que había entrado.

Poletl asintió con la cabeza.

-Te lo había advertido -dijo acercándose a Témac -que si nos sorprendían...

-Después del humo, cuando ya todos se hayan acostado, iremos a la habitación de Poletl, para que nos siga contando -propuso la pequeña Pitzl.

-Entonces tendrás pesadillas y no podrás dormir -dijo Elalq.

El joven señor
-Mi Señor Témac sabe que cuando oscurece ya no puedo hablar -recordó Poletl -pero mañana, después del baño, al mediodía, si así lo dispone...

Témac saltó de alegría.

-Mañana, junto al agua -dijo y con una seña indicó a sus primos el camino a la terraza donde los cocineros preparaban los alimentos que ellos comían en verano.

-Y... ¿me has dicho o escuché mal que conoces al marino que puede alcanzar las tierras de los hombres que describes?

Gaonás se sintió más seguro al ver como sacaban a Sardot del salón del trono.

-Si majestad, lo conozco, se dónde vive y de sus ansias que no son otras que partir, con la venia vuestra y para su real

- Ese es Colón, que varias veces intentó convertirse al papado. >
- Sí, Colón, que usaba ideas y nombres feos

beneficio, en busca de la Tierra Mayor...

→ -Quiero verlo, ahora -Isabel se puso de pie, haciendo retroceder a Sardot.

-¿Tan pronto como ahora mismo me parece difícil...? -preguntó y dijo a la vez Sardot.

-Nada es difícil para la reina.

Sardot se revolvió en su lugar. Otra vez tenía miedo. Escuchaba los crujidos ominosos de las cabezas de los soldados de la guardia real, sabiendo que cualquiera de ellos habría dado tres ducados solamente por el privilegio de poder cortarle su cuello. Desde niños, desde que destetados entraban a servir a los reyes, ellos eran X instruídos en el arte de la guerra, en el vicio de la crueldad y en la obsesión por la rapiña. Pero en un momento, también, supo que no podían hacerle daño. El era el único que sabía donde se hallaba Cristobal Colón, el único que podía sacarlo de la depresión que lo afectaba, comprometiendo el empeño de atravesar el océano, él era el único, al fin y al cabo que conocía el secreto, que mejor conocía Colón, para atravesar la Gran Caída sin precipitarse al abismo de sus fauces.

-Lo intentaré -anunció Gaonás dando dos pasos hacia atrás.

-Tres días tienes a partir de la segunda puesta de sol -la cabeza de la soberona se movió con un crujido formidable.

Gaonás salió retrocediendo y atravesó, con los ojos cerrados la misma puerta por la que había sido expulsado Sardot.

Afuera oscurecía y el frío del invierno permanente le invadió los huesos. El también se embarcaría con Colón para disfrutar de las playas de arena rosada de la Tierra Mayor, para embriagarse con

el almíbar tibio de las guayabas y de los mangos, quería embarcarse con Colón para morir en una tierra más amable donde a nadie se persiguiera por tener cuernos en lugar de un rabo incómodo y apestoso.

El sol caía sobre las cabezas de los tres adolescentes desnudos que descansaban en la isla de piedra verde en el centro de la gran piscina. Nadaba ya hacia ellos Poletl, sumergiendo su perfil nocturno en el agua tibia, dejándolo apenas ver cuando resoplaba en la superficie como la gran tortuga que hubiera querido ser. La hermosa Pitzl, consciente de su hermosura, tendida sobre una alfombra de fibra de cocotero, se dejaba admirar sufriendo por no ser tocada con la misma fuerza que por no tocarla sufrían sus primos. Poletl, finalmente, envuelto en una túnica de piel de maíz, se sentó en el borde de la isla y continuó.

"Tres días para encontrar a ^{loco} ~~este borracho~~ de Colón", se decía acongojado Gaonás mientras dejaba atrás el palacio de la reina y caminaba respirando el aire seco y oscuro de la meseta.

2.- Lal se acomodó en la silla de paja y fumó del largo cigarro que recién había encendido. Sabía que tendría que cuidarse en el futuro, no ignoraba que los hombres obesos mueren prematuramente, perdiendo el respiro, rogando casi por la muerte a la que tanto se temía.

-No cambio mi opinión -dijo botando la ceniza en el pebetero de bronce -que no es posible evitar la llegada de los Lejanos, que no es necesario recurrir a la verdad de nuestras leyendas para convencernos que ya vienen en camino. Que no es conveniente tratar de disuadirlos de que crucen lo que ellos llaman el Gran Abismo, más aún, debemos prepararnos para recibirlos y asimilarlos para que no nos destruyamos mutuamente...

Gothehuc, el pelo corto como el de un sajú, y sus enormes manos empuñadas caminaba en círculos por la espaciosa estancia. Su lomo de luchador, demasiado grueso y nervudo, le impedía permanecer sentado.

-Admiro la prudencia de Lal, pero discrepo de él -dijo -esos hombres vienen a conquistarnos, a destruirnos, tenemos los elementos de conocimiento que nos permiten asegurarlo.

Ahuizotl observó a Gothehuc y dirigió una rápida mirada al lugar donde se encontraba Lal. Se ignoraban. Nunca se habían mirado

Creepó que acubro

X

mientras discutían o cuando exponían sus ideas y sus proposiciones en el Consejo. Gothehuc había sido el vencedor de las Tres Guerras y se reconocía en él a un general ~~reflexivo~~, ordenado, brillante en el momento de aplicar una táctica, serio al recibir una crítica, quizás un poco soberbio. Lal era el estratega, el estudioso que jamás menospreciaba al enemigo, el que había hecho esperar muchas veces a Gothehuc antes de entrar a una batalla, el que había firmado la paz con los Hu. Quizás se exedía en la confianza en sí mismo.

Ahuizotl ^{el Cihuacóhuatl} estiró un brazo y con la mano extendida invitó a Gothehuc y a Lal que volvieran a la mesa de caoba, donde junto a sus seis ministros y al Guardián de la Pirámide, esperaba tomar pronto una decisión definitiva. *Las oraciones eran cada vez más abrumadoras. Los hombres de la Tierra Lejana o quizás el Quetzalcóhuatl estaban cerca.*

3.- Pitzl se había sentado bajo las hojas de la Natieva, la única que daba sombra en la isla de piedra verde y escuchaba absorta a Poletl. Témac y Elalq, bajo el sol, sentados en el borde y con las piernas en el agua de la piscina, ponían la misma atención.

Gaonás recorrió los trescientos cuarenta y siete bares de la ciudad recién capturada. Y no sólo no encontró a Colón sino que tampoco a nadie que pudiera decirle donde buscarlo. Para entonces el sol ya se había puesto una vez. Cinco crepúsculos le quedaban todavía a Gaonás.

Desolado, el viejo marino que tanto había deseado la Tierra Mayor, miró por un albergue a donde cobijarse de la nieve que cada noche, desde siempre, caía sobre la planicie.

Entonces, en una esquina, ya casi fuera de la ciudad, Gaonás vio un letrero cimbreado por el viento. "Posada Nuevo Mundo" se leía en su superficie de madera. Bajo él descubrió una puerta entreabierta, malamente iluminada por un mechero de carburo.

Gaonás entró.

-Adentro estaba Colón -exclamó Elalq, mirando de reojo la sombra que ocultaba el cuerpo de Pitzl, su prima.

Poletl sacó una hojas de tabaco protegidas del agua por las vueltas de su turbante y las lió con paciencia.

-Este no es un juego de adivinanzas -protestó Témac tirando una piedra al agua.

a la piscina.

X

X

El humo de la húmeda leña de sauce hacía difícil identificar a quienes se encontraban sentados al mesón o frente a una jarra de vino en las mesas del lugar. Pero de una ojeada Gaonás advirtió que todos ellos eran siervos de Isabel. Atorados por sus rabos en las muescas de la silla, los Descubridores bebían inmóviles. Aquella inconfundible escena de cabezas que giran y gimen y voces y risas de cuerpos obstruidos convencieron a Gaonás que esa noche no se toparía con Colón. Porque Colón que no había nacido en la península de la meseta, como él, tampoco tenía rabo.

Envuelto en su capa en un rincón de la venta, cerca del hogar que se apagaba, Gaonás pasó la noche. No tenía dinero para pagar una cama y de Isabel, como recompensa, sólo podía esperar que le prolongara su exilio y le conservara la vida. Dudaba de pedirle lo autorizara acompañar a Colón, pero sabiendo que el viaje del genovés era sin retorno, el peligro de la desobediencia era insignificante. Cuando en la corte descubrieran su desaparición, el barco de Colón ya estaría siendo atraído, quién sabe con que consecuencias, ^{un allá del} ~~por el~~ Gran Abismo.

X

Gaonás despertó al despuntar el alba del segundo día.

✓

4.- Lal despidió a los dos hombres que los esperaban con la litera en la puerta del parque de verano de Ahuizotl. Los miró alejarse contentos. Se habían ganado la noche libre y se habían sacado un peso de encima. Esto Lal lo sabía de sobra. Esa tarde el Consejo había sido interrumpido por un mensajero que traía noticias del sur y no habían podido seguir avanzando en el tema de los invasores de la Tierra Lejana. Caminó por la callejuelas con lentitud, meditando acerca de las innumerables noches de desvelo en las que junto a otros amigos y colegas había buscado una solución al más que probable problema que se les venía encima. No dudaba de la sensibilidad y de la preocupación de Ahuizotl por este tema, pero no ignoraba que en ciertas ocasiones, ocasiones de no menor importancia se había dejado llevar por la opinión de los guardianes de la Pirámide Negra o del mismo Gothehuc. Y ello, ahora, podría provocar una catástrofe.

Al acercarse a su casa vio luz sobre la Pirámide del Viento, aquella que quedaba detrás de sus balcones, apenas separada de sus jardines por un brazo inmóvil de la laguna. Lal se apresuró disgustado. Esa lumbre discreta significaba la preparación de sacrificios. Sabía, entonces, que al amanecer del día siguiente lo despertaría el grito del primer condenado, lo inundaría el olor insoportable de la sangre y del incienso y lo atraparía la

recurrente e inefable ambivalencia que el culto le provocaba. Quizás el sabio Huiposix tenía razón y venía el tiempo en que el tecpatl debía descansar. No se podía privar de alimento a los dioses ni al Quinto Sol, pero así como su pueblo era bravo en la guerra, Huitzilopotchli y Chicomecoatl podían ser benevolentes en la paz. Así lo sugerían las prohibidas y reprimidas enseñanzas de Huiposix que estimulaban su cada vez más contradictoria concepción de la muerte.

Tal vez sería inconveniente enfrentar a los hombres de la Tierra Lejana con dioses tan distintos. Lal sabía que ellos practicaban otros rituales, que no sólo alimentaban a su dios solitario con la sangre que extraían de un vino que no era del nopal, sino que sus sacerdotes ordenaban sacrificios en la hoguera o en la tortura; ^P pero empezaba a temer, como su maestro, escondido, en las consecuencias del encuentro con esos hombres de la piel blanca y la cara barbada. X

Había hablado con Ahuizotl en incontables oportunidades y tenía la certeza que coincidían. Este parecía sentir la misma e inconfesada repugnancia de Lal cuando asistía a los rituales de muerte y lo había visto cerrar los ojos cuando el cuchillo de obsidiana amputaba el corazón. Daba la espalda y bajaba las largas escalas antes de que el moribundo, ya con el pecho vacío, se ahogara en su propia sangre y ^{no enviaba} ~~nunca había enviado~~ al itzmiquiztli a ninguno de sus enemigos. Respetaba, eso sí, el derecho que tenían de hacerlo sus guerreros victoriosos. +

Lal subió con dificultad hasta el primer piso. Juró en silencio que sólo comería un par de frutas antes de acostarse, pero al

entrar, desde el vestíbulo, vio la mesa puesta y sintió que su buen propósito fracasaría. Gasa, su mujer, lo esperaba.

-Estoy muy gordo -dijo Lal agitado.

Gasa lo miró, compasiva.

-Te viniste otra vez a pie -le dijo.

-No puedo seguir comiendo tanto -Lal la besó en la mejilla.

-No iniciarás hoy un régimen -se quejó Gasa - mañana es feriado y te he hecho preparar pastel de pecarí..., además los niños han recogido fresas y han sacado mangos rojos del jardín..., ellos no te perdonarían si los desprecias y los dejas sobre la mesa.

Lal resopló y sonrió.

-En ese caso... -dijo y levantó las manos.

Lal entró al comedor de vuelta del baño. Parecía haberse repuesto del ejercicio. Era un hombre joven, de cara corta y piel morena y su pelo delgado le caía en la frente y encima de las orejas. Tenía la nariz pequeña pero afilada como todos los de su raza y los labios era apenas una línea sobre la barbilla. Se movía con agilidad y compostura lo que permitía conjeturar que a pesar de su sobrepeso y ya cercano a los cuarenta, en la adolescencia debió ser flaco y escurridizo. Lal nunca se había preocupado mayormente por su aspecto o por su salud, pero la inminencia de un encuentro con los Lejanos lo había hecho reflexionar.

-Esta noche tendremos fiesta -dijo Lal señalando con el pulgar la pirámide y entrando al comedor con Gasa.

Gasa se sentó a la mesa. Su cara se había ensombrecido.

-¿Cuándo terminará todo esto?

-Lo siento -dijo Lal.

Se quedaron un rato en silencio, escuchando el ruido que hacían las libélulas extraviadas en el invernadero y sólo cuando Lal le tomó la mano, ella se animó a levantar la cabeza y a contarle por qué se había peleado la pequeña Nuwel con su hermana Pitzl.

Esa noche, una vez más, Lal se lamentó de haber comido tanto.

5.- Gaonás se acercó a la ventana y con una mano limpió los vidrios empañados. Entonces abrió la boca. No podía creer lo que estaba viendo. Cristóbal Colón chorreando niebla y caminando rápido iba sorteando los charcos de agua sucia. Llevaba el cuello ladeado y la mirada furtiva, como si alguien lo siguiera.

Gaonás recogió el saco en el que transportaba todo lo que le pertenecía y salió. Colón ya había dado vuelta la esquina, pero Gaonás lo alcanzó e hizo que se detuviera tirándole de la capa.

Colón se volvió y miró al viejo marino sin asombro.

-Ya te dije que no tengo barco, no tengo plata ni tripulación y que ni intenciones me quedan de cruzar el océano.

Gaonás se acomodó la peluca, pastosa de miel, que ya se le había vuelto gris.

-La reina, ahora, sí quiere hablar contigo -le dijo.

Colón se arrebujo en la capa y miró hacia atrás, los ojos saltones. Gaonás siguió la mirada de Colón.

-¿Qué te pasa? -le preguntó.

-Tengo la sensación que alguien me sigue -Colón habló en voz baja -creo también que hace dos días, en Majada de Puelo, donde había ido a consultar a un astrónomo moro, mataron a un porquerizo confundiendo conmigo...

"Colón está más loco de lo que me acordaba" se dijo Gaonás, pero de inmediato se dio cuenta que no era el momento de detenerse a pensar en paranoias personales. Él necesitaba a Colón tanto como Colón lo necesitaba a él y eso tendría que demostrárselo si quería convencerlo.

-Isabel está dispuesta a meter las manos en el cofre..., al fin...

Colón tomó del brazo a Gaonás y lo obligó a seguirlo. La ciudad era lo suficientemente grande y antigua como para perderse fácilmente en ella. Y como para perder a cualquier desconocido. Atravesaron la Plaza de Armas, aún en tinieblas, sortearon sus mesas y sillas todavía desordenadas y se metieron por la calle de la Marquesa.

Colón era un hombre de edad mediana, de estatura elevada, con profundas ojeras que marcaban su nariz gruesa. Tenía ya el pelo entrecano y su barba roja blanqueaba también. Cojeaba levemente al apurar la marcha y aunque carecía de rabo y de cuernos, evitaba en

lo posible saludar dando la mano. Como todos los Orientados, que así se conocía a los que habían nacido en el minúsculo puerto de Génova, tenía la palma cubierta por una pelambre recia que los hacía diestros con las jarcias y los bicheros, pero inútiles en el amor.

Colón empujó una puerta, a mitad de la calleja y se metió adentro de una casa arrastrando consigo a Gaonás. Un par de velas iluminaban una pieza pobre y estrecha, pero el Almirante sintiéndose más seguro, se despojó de la capa. Gaonás le miró la melena de hombre viejo y después la piel fina de su cuello y volvió a dudar. "Este tipo, pensó, no es capaz ni de atravesar el Guadalquivir".

-¿Aquí vives? -preguntó Gaonás.

-Aquí paro...

-El que quiera quitarte la vida aquí te buscará.

Colón tomó por los hombros a Gaonás. El cuidar su vida había dejado, por el momento, de interesarle.

-¿Quiere meter las manos en el tesoro por mí, por mi proyecto?

Gaonás meditó un instante. Luego se preocuparía por la seguridad de Colón. En cuanto a su pregunta, no era prudente mentirle, pero tampoco hacerlo caer en el desengaño. Sería estúpido decirle que la reina lo hacía para frustrar los planes de su primo Juan, pero tampoco era inteligente asegurarle que lo hacía admirado por los suyos.

La respuesta debía ser de un delicado equilibrio.

Témac sintió, de súbito, el calor que bajaba del sol y deslizándose con lentitud entró a la piscina. Poletl calló y Elalq su primo lo imitó. Pitzl, espléndida, se puso de pie.

-No te detengas, Poletl -gritó Témac desde el agua.

6.- Lal había dormido mal, quizás por el pecarí, quizás por los pobres resultados de la reunión del Consejo de la víspera. Pero el sueño le había entrado al final, casi de madrugada y no escuchó los gritos ni sintió el olor de la sangre fresca que llegaban de la Pirámide. Gasa, además, le había cuidado el silencio.

Cuando despertó, bien entrada la mañana y desde su hamaca de junco y lino miró por la ventana, apenas vió una hilacha de humo que ascendía de aquella contrucción ceremonial. Se incorporó tratando de descubrir, hacia el sur, la Pirámide Negra, pero se lo impidió el fulgurante brillo del sol. Lal bostezó y vio la bandeja de plata con el desayuno. Frutas, jugos, café, chocolate y tortillas. Recordaba que según le había dicho Zalcotetlán, el médico, a Gasa, ninguno de esos alimentos hacía subir de peso. Entonces se resignó, puso los pies en el piso de piedra y se acercó

a la bandeja. Otra vez comería.

Gasa entró cuando Lal terminaba su segundo vaso de jugo de mango y untaba generosamente una tercera tortilla con manteca.

-La manteca, en esa cantidad sí que hace mal -le advirtió.

-Soy un siervo de mis sentidos -se disculpó Lal.

-La otra cosa sería...Gasa titubéo levemente antes de proponer un tema tan delicado -que no fuera Ahuizotl quien tomara la decisión...

Lal se quedó con la tortilla a medio camino, entre el plato de cerámica azul y su boca. Algunas gotas de manteca cayeron sobre la servilleta.

-El Cihuacóhuatl siempre ha tomado las decisiones -dijo dejando la tortilla en la bandeja.

-Podría delegar algunas -insistió Gasa.

Lal conocía las opiniones y el círculo en el que se movía su mujer y más de una vez le había advertido que aquello no parecía compatible con su cargo de Consejero, pero Gasa no le había hecho caso.

-¿Te das cuenta lo que me estás diciendo? -le preguntó.

-Sí..., y tú, aunque lo nieges cien veces también estás de acuerdo.

-No, en todo caso, en la forma en la que lo planteas.

-Sólo pedimos que terminen los sacrificios, que nos den alguna voz., *no somos por los que lo pedimos*

Lal se dio vuelta hacia la ventana. El sol se había apaciguado detrás de una nube de aspecto turbio y lluvioso. La Pirámide Negra se recortaba nítida contra el Popocatépetl y alrededor del templete

- A Oaj, al suen saudeste, él lo risuelacá' tolo a la
llegada de los españoles ya la necesidad de hacer compatibles
nuestros rituales, nuestros ritos con los de ellos ...
dirá que es un sacrilegio, un pecado de impiedad
para los nuestros dioses

- ¿Español...?

El niño, una mujer, una infancia, una mujer

- Así llama Huipozix a los que sucedían del ocidente

- Nosotros queremos irnos a llevar a los pirámitas, los quetzales y
los quocancayos, los cabeceros y los vendedores, unos antes...

de su cumbre no se apreciaba ninguna actividad.

-Este año los sacerdotes han sido más prudentes -dijo.

-Este año no hemos tenido guerras...

-Lo que me dices huele a sedición...

-Hemos hablado con Mabnolia.

Lal se sobresaltó. Giró la cabeza bruscamente sin separarse de la ventana. Había perdido el color de la cara.

-¡Con Mabnolia...! ~~-casi gritó.~~

-Ella nos ha entendido.

Lal se acercó a su mujer.

-¿Qué le han dicho?, por Dios, ¿qué le han dicho...?

-Lo mismo que recién te he dicho a tí.

Lal dio un puñetazo sobre la mesa y la bandeja voló por los aires.

-Mierda...!

-¿Lal...? -Gasa quiso abrazarlo.

-Tú y tus amigas corren peligro -Lal intentaba tranquilizarse moviéndose por el cuarto.

-¿Por haber hablado con Mabnolia...?

-Lo han puesto sobre aviso... -Lal se interrumpió -todo se retrasará...

-Lal... -Gasa lo sujetó de la camisa -¿qué sucede?..., ¿a quién hemos puesto sobre aviso?

Yo también, Gasa -
-~~Ya está hecho~~ -Lal se asomó a la puerta y llamó a su ayudante.

El hombre se presentó de inmediato.

-Saldremos antes del mediodía, prepárate para un viaje de tres

jornadas -le ordenó.

- debo visitar a Huipozix - explici' tol - el dese operes el
enseñ. final...

7.- Poletl miró a los dos muchachos que nadaban. No pudo saber si se interesaban más en escuchar su relato que en mirar a Pitzl, que se peinaba junto a él.

-La reina -contestó Gaonas -ha tenido una visión.

Colón se sentó en una silla de palo. Su mirada triste no se iluminaba con la noticia de Gaonás. Se sacó el sombrero con su mano peluda y negó con la cabeza.

-No puedo creer en las visiones de Isabel..., hace tantos lures que le mostré el camino, tantas veces le fundamenté la ruta..., ¿cuántas otras, Gaonás, le garanticé el lucro y el renombre eterno...?, he hecho antesalas que duran un concilio..., las visiones de Isabel ya no me interesan.

-Soñó que un marino había soñado lo que ella sólo en sueños había visto y que ella al despertar, en su propio sueño, le había

relatado lo que el marino había soñado.

-Eso parece un acertijo -Colón, con la mirada, buscó algo en la habitación.

-Ese marino eras tú, en su sueño ^{colón a mentar} ~~mintió~~ Gaonás. X

Colón se levantó y caminó dos pasos hasta una vidriera en una esquina. Abrió la portezuela y sacó una botella con un líquido incoloro. Encontró dos vasos y los llenó.

-No voy a discutir con la reina -advirtió.

-No será necesario -Gaonás aceptó el vaso -eso lo haré yo.

-Tendrás que haberlo hecho cuando yo llegue a hablar con ella, porque con ella sólo aceptaré hacer sumas y restas, firmar pagarés de deuda y recibir autorizaciones de tierras y esclavos.

-Trataré -Gaonás probó el líquido.

-Con nadie discutiré de vientos, de mareas ni de corrientes, mis tripulaciones las elegiré yo, lo mismo que el rumbo y la fecha de la partida..., me reservo el derecho de darle un nombre a las tierras que encuentre en mi camino y acepto empeñar mi patronímico y el de tres de mis generaciones si fracaso. Exijo el diez por ciento de todo, el título de Almirante no bien zarpe y el de virrey en cuanto pise alguna isla ignota. Y que todo ello lo merezacn, por edicto real, todos mis descendientes. X

-No pides poco, Colón -dijo Gaonás apurando la bebida y estirando la mano con el vaso vacío.

Colón lleno otra vez los dos vasos.

-Una cosa más, no quiero ver a Sardot en el salón del trono.

-Y una para mí -agregó Gaonás -me llevarás contigo.

Colón lo miró con interés.

-Está bien -dijo -cada uno elije el camino al infierno que más le gusta.

En ese momento golpearon la puerta. Colón dejó caer el vaso y la botella que ^{se quebraron} hicieron un ~~pequeño estrépito~~ al caer y Gaonás lo vio buscar la daga en su cinturón.

-Te lo dije, me siguen Gaonás -Colón se llevó el puñal a la boca en señal de silencio.

Pero afuera sólo se escuchaba el gotear del último hielo nocturno y el crujir de la madera que recibía el primer sol de la mañana. Parecía que una sombra había tocado la puerta.

Por un segundo a Gaonás le pareció que morir por Colón podría ser su buena obra única y final y metiendo el vaso a su bolsillo se aproximó, con cautela, a la puerta. Las rendijas ya dejaban pasar un poco de luz y ninguna forma se movía en la calle. Gaonás abrió la puerta de un tirón, con violencia.

Poletl había conseguido, de nuevo, la atención de los muchachos, que habían vuelto a la isla. Pitzl, además, se había vestido ya con su túnica de algodón y Témac y Elalq, sobre las piedras de la isla lo escuchaban con los ojos cerrados.

-Era Sardot -creyó adivinar Elalq.

**** "lal, gothekuc y otros personajes de las mentiras de Poletl"

Entonces Gaonás vio frente al umbral de la puerta a un hombre

grueso envuelto en un manto de piel, con un gorro de lana que le calaba hasta las orejas, pálido de frío el rostro que dejaba ver y que le preguntó con una voz con acento extranjero pero de tono fuerte y determinado:

-¿No es acaso el viejo Gaonás quien ha entrado a esta casa?

-¡Defiéndete, Gaonás, que vienen a matarnos! -gritó a sus espaldas Colón blandiendo su daga, preparándose para intervenir.

El recién llegado mostró sus manos desarmadas.

-Es cierto que te buscan para matarte -dijo por encima del hombro de Gaonás -y me alegro de haberte alcanzado antes.

-Ellos no están lejos -Colón miró al individuo y bajó el puñal.

-Déjame entrar -dijo el desconocido -conmigo tendrás más posibilidades de eludirlos.

-Los enfrentaremos -Gaonás se hizo a un lado -los ejércitos de la reina los detendrán.

-No -dijo el hombre cerrando la puerta tras de sí y desembozándose -eso es lo que ellos quieren, guerra y más guerra.

-¿Quién eres? -preguntó Colón cuando lo tuvo al frente.

-Si te lo dijera no me creerías y tampoco hay tiempo para que te lo explique..., debemos salir pronto de aquí.

Colón se dirigió a Gaonás.

-En mi vida más me ha valido confiar en los extraños que en los conocidos.

-Con frecuencia es así -señaló Gaonás

Colón se echó la capa a la espalda, guardó la daga, pateó los vidrios rotos hacia un rincón del cuarto y se acercó al

desconocido.

-¿A dónde vamos? -le preguntó.

-Gaonás conoce mejor que yo esta ciudad.

Gaonás entornó sus ojos, se acomodó la peluca tratando de anclarla en sus cuernos traseros, sacó el vaso del bolsillo, lo miró desconsolado y lo dejó en el suelo.

-¡Bah...! -dijo -también conoce mi nombre, carajo..., entonces síganme...

-Síganme...

El sol temprano tiene una trayectoria veloz sobre la meseta, no bien ha empezado a subir cuando ya empieza a descender detrás de los campanarios, ayer minaretes que circundan Granada por el sur. Es el segundo sol del día el que calienta, el que permite echar los toldos sobre las mesas del café de las plazas e ilusiona con una efímera alegría a los zorzales.

-Feo clima tienen por aquí -comentó el desconocido siguiendo la inquieta marcha de Gaonás.

La caminata no les deparó sorpresas, pero Colón percibió que Gaonás no buscaba la dirección de la fortaleza amarilla de Isabel sino que los sumergía más y más profundo en las entrañas de la ciudad. En una esquina, no lejos de los olores del mercado, Gaonás se detuvo.

-Esto puede ser una conjura -dijo -y los conjurados con seguridad esperarán que recurramos a la reina..., no podemos arriesgarnos a sufrir una emboscada en los muros del palacio..., los dejaré a buen resguardo y luego recurriré a la corte.

-No olvides lo que me prometiste -la resonancia provocada por

el capuchón con el que se protegía deformaba aún más el raro acento que tenía el español de Colón.

Gaonás observó la rápida declinación de la luz. Sólo restaba el tiempo que medía entre tres crepúsculos para que se cumpliera el plazo que le otorgara la reina. Ya tenía a Colón entre sus manos y quizás ya le había convencido de iniciar de verdad la aventura, pero las palabras del extranjero sonaban convincentes. No podía identificar la procedencia de su acento ni Colón tampoco lo sabía. De hecho ninguno de los tres poseía como lengua materna la que se hablaba en la península. El hombre podía ser un súbdito opositor al rey Juan, pero no terminaba sus palabras con la musicalidad montaraz del idioma portugués. Su piel opaca y su escasa resistencia al frío descartaba que fuera un espía del norte, recién desembarcado de un grewar. Tampoco podía ser un agente de Sardot o de la comunidad científica que quisiera deshacerse de Colón. Ni a misma Sardot se le hubiera ocurrido el original recurso de servirse de un mercenario extranjero, ni a esa comunidad parecía preocuparle, aún, que un hombre como Colón echara por tierra todas sus teorías sobre el mar que ebulle al sur de la línea del Ecuador, de del Gran Abismo y de la inconmensurabilidad del océano.

8.- Lal no pudo dar mayores explicaciones a Gasa, sólo que lo que ella le había revelado en relación a Mabnolia lo obligaba a ausentarse por unos días. Pidió a su mujer que durante el tiempo en que él estuviera lejos pasara las noches fuera de su casa. Que llevara con ella a Pitzl y a Nuwel al barrio de sus abuelos donde, estaba seguro, estarían más protegidas.

-Así yo estaré más tranquilo -rogó, despidiéndose.

-No entiendo qué es lo que temes -preguntó Gasa.

-No se han movido con cuidado.

-Mabnolia no es una mujer capaz de hacernos daño, Témac y Pitzl ya son casi una pareja.

Lal bajó la voz.

-Mabnolia está atrapada.

-Mabnolia es fiel a Ahuizotl.

-En su momento todos somos fieles al Cihuacóhuatl.

-¿Atrapada por quién?

-Por el culto a Huitzilopochtli y por Qej.

-Nunca he visto a Qej bajar de la Pirámide Negra.

-No necesita hacerlo para tener a Mabnolia en su poder...

-¿Qué camino tomarás?

Lal miró los cuatro hombres que sostenían la litera y los seis de reserva que esperaban detrás.

X

-Menos me demoraría encima de un caballo.

-Tu crees en las fantasías de Huipozix afirmó más que preguntó ella.

Lal apartó a Gasa de la litera y de los hombres que podían escucharlo.

-Creo en lo que vio Huipozix, creo que Qej espera con ansias la llegada de los Lejanos, que sus intenciones son provocar el reemplazo de Ahuizotl por un Tlacatecuntli alegando la proximidad de una guerra y estoy seguro que si no hacemos algo antes, antes, mucho antes, todo estará perdido.

-Te creo -dijo Gasa.

Lal subió la litera.

-Gracias -le dijo tocándole la mano.

Lal se hizo guiar por el puente grande hasta la plaza, se detuvo allí unos minutos para comprar algunas provisiones para el camino y pidió a sus cargadores que salieran de la ciudad siguiendo la gran calle empedrada y las orillas del lago marginal. Pasó por detrás de la Pirámide de las Nubes, (los hombres evitaron las calles estrechas y nauseabundas aledañas a la Pirámide Negra) y cuando ya divisaba los primeros maizales ordenó a sus hombres que interrumpieran el trote.

-Continuaré el viaje solo -les dijo.

Los hombres bajaron el palanquín y Lal descendió llevando consigo la bolsa con sus alimentos.

-Así se hará, como el señor dice se hará -dijo el portavoz.

Lal los vio alejarse y cuando perdió de oídos el inconfundible frotar de las sandalias de sus hombres sobre la piedra del camino

miró los perfiles del Tlacopán, al otro lado del lago, e inició el retorno. En verdad no iba a ninguna parte lejos de la ciudad, iba a su antiguo barrio, a la casa de Huipozix, iba a iniciar la segunda fase de ^{Su} ~~la~~ conspiración ^{Solitaria} que pretendía atenuar las consecuencias de la llegada de los Descubridores.

Lal dejó que oscureciera, que los mecheros de paja iluminaran las calles de la ciudad. Entonces, cobijándose en las sombras, buscó una pulquería y entró. Creyó que nadie lo había seguido.

Adentro escogió una mesa desocupada, pidió una jarra de licor y con la mirada atenta esperó. A medianoche se sorprendió al ver entrar a Dehuetli, el lazarillo de Huipozix quien, escudriñando en la penumbra no tardó en reconocerlo. Había entrado borracho de verdad, pero alcanzó a arrojar sobre el mesón una pluma de codorniz con el cálamo relleno de plata. Ese valor le alcanzaba para llenarse de licor esa noche y varias más.

Dehuetli, con un pellejo lleno de alcohol que recién le entregara el mesonero, se tambaleó hasta llegar a la mesa de Lal.

-¿Me permite, señor? -preguntó.

Lal se había despojado de sus insignias. Por eso, a la vista de un borracho o de los parroquianos de un bar, no pasaba de ser un ricachón más en busca de una noche distinta.

-Adelante -dijo Lal, disgustado por la imprudencia de Dehuetli.

-Este trabajo me gusta -le confesó Dehuetli en voz baja, llenando hasta el borde un cacharro con pulque.

Lal aceptó la invitación y bebió.

-No tenemos apuro -dijo Dehuetli.

-Ni debemos tenerlo.

En ese momento Lal se lamentó, disgustado, por haber elegido un buen lugar. El pulque tenía gusto a cielo, entonces el maguey había sido bien cultivado y cosechado, su fermentación atendida con paciencia y sus filtros seleccionados con cariño y sabiduría. Iba a ser difícil salir de ese lugar en mejor estado que Dehuetli. X

-No importa -le dijo Dehuetli adivinando el contenido de la obsesión de Lal -el Maestro ya no te recibirá hasta el mediodía de mañana y para entonces el espíritu del ~~mi~~ maguey ya te habrá abandonado. X

Lal pensó un segundo en Gasa, se tocó el abdomen prominente y se sirvió otra generosa ración de aquella maravillosa y maldita bebida. Juró que el tercer vaso lo tomaría rebajado con agua.

9.- Colón estaba sorprendido. Gaonás conocía esos suburbios, aún moriscos, como si hubiera nacido en ellos.

No vagaron mucho tiempo por Granada los tres hombres, pues Gaonás atravesó el acceso a un callejón estrecho, pavimentado con un huevillo desigual y resbaloso y con una llave de bronce, grande como su mano, abrió una cancela y los hizo entrar a un patio desnudo y silencioso.

-Si esta es tu casa, Gaonás, nos descubrirán en cualquier momento -dijo Colón.

El otro acompañante callaba.

-Tranquilo, Colón -Gaonás actuaba seguro -este no será el primer lugar donde te busquen.

-No menosprecies a los perseguidores -acotó el otro extranjero.

Gaonás lo miró desconfiado.

-Mientras no sepa quién eres ni qué buscas, sigues siendo el primer sospechoso. X

-En el camino -el aludido se soltó el cinturón de su pelliza - he tenido la espalda de Colón a mi entero antojo.

-Punto a favor -dijo Gaonás encendiendo una lámpara con su chispero -lo que es algo, pero no todo.

Colón midió la pieza con la mirada.

-¿Cuánto tiempo pasaremos aquí?

Gaonás dejó la luz en el medio de un brasero.

-Poco -dijo -los sueños de la reina tienen prisa.

Colón suspiró.

-Estoy cansado -añadió.

-Por ahí hay unas mantas y quizás un poco de paja -dijo Gaonás
-porque para dormir creo que el tiempo les alcanzará.

Y los dejó solos.

Colón sacó la luz del hogar donde la había dejado Gaonás, apartó las cenizas y sopló. De noches anteriores quedaban aún algunas brasas y ambos hombres se encucillaron, arrimándose al calor. Estaba a oscuras la ciudad, no había que confiar en los infieles, y aunque no tardaría en amanecer por segunda vez, hacía bastante frío.

-¿Cómo te llamas? -preguntó Colón.

-laL -contestó el otro frotándose las manos.

-No es un nombre cristiano.

-De muy lejos he llegado a esta Tierra Lejana.

-Tú sabes quienes son los que me buscan para matarme.

-A los que me refiero, sé que llegaron antes que yo, pero salieron del mismo puerto..., andan atrás de Colón porque saben que Colón es el único, en este continente, que conoce la forma de atravesar el océano.

-Entonces..., de dónde vienen, de dónde vienes tú.

-Del lugar al que pretendes llegar si la reina te otorga su concurso...

-¿Las Indias...?

laL sonrió y del interior de sus pieles sacó una astillas que arrojó sobre el rescaldo. Hubo un leve chisporroteo.

-...y si logras esquivar a los que han llegado para impedirlo.

-Si mal no entiendo, lo que me quieres decir es que hay quienes, entre ellos tú que te haces llamar laL, que han navegado

desde las Indias en el sentido contrario.

-Me entiendes bien.

Colón se incorporó.

-¿Crees que soy un estúpido!

-Te puedo ofrecer las pruebas que requieras, con la categórica condición de tu silencio.

-¿Dónde aprendiste nuestra lengua?

-Me la enseñó un hombre que vivió aquí, en la meseta y en la costa algún tiempo, hace algún tiempo.

-Y Uds., ¿llevan rabo..., tienen cuernos...? ¡mira mis manos...! -Colón se despojó de sus guantes de piel.

-Nosotros sabemos de los vestigios que cargan las razas que habitan la Tierra Lejana.

-Eso debiera molestarme.

-¿Por qué ha de molestarte lo que te hace diferente?

-¿Tendré que entenderlo así?

-De otra manera te será más difícil.

-La tierra, no cabe duda, es redonda.

El forastero asintió con la cabeza. Las astillas sólo habían alcanzado para un fuego menor, insuficiente y aunque la segunda aurora se anunciaba con una breve luminosidad, el hielo ocupaba cada rendija de la casa de Gaonás.

Colón encendió una cerilla y miró la cara de laL.

-No tienes el aspecto que yo esperaría..., además Marco Polo los pinta de otra manera.

laL tiritaba.

-No son las Indias que te imaginas, ni las que conoció Marco

Polo.

Colón tiró la cerilla apagada al suelo.

-¿Cuáles sino quedan al poniente de las Azores?

-Por ahí hay un pedazo de tierra más o menos grande.

Colón dio una vuelta por el cuarto. laL, angustiado, metió las manos en las cenizas.

-Entonces puede ser cierto -Colón limpió con el puño el vaho de la ventana.

-¿Qué cosa...?

Colón se volvió.

-Más que calentarte las manos, te las vas a quemar -le advirtió.

laL se miró los dedos humeantes.

-¿Qué puede ser tan cierto? -insistió.

-Lo que le escuché a Laccalle, el náufrago. Lo que me contó de su única e inverosímil travesía, de las inimaginables islas que como fortalezas flotantes protegen a las Indias, de sus animales y pájaros vistosos como el arco iris, de su vegetación perpetua, pero por sobre todo de los habitantes de esas tierras, carnívoros de carne humana, súbditos de dioses excomulgados, condenados a la extinción...

-Un momento..., un momento -a laL se le acentuó el dejo extranjero -porque si de dioses vamos a hablar mejor cuidas tu lengua Colón, mira que he sabido que uno de los más importantes representantes de tu divinidad te quisiera, por lo menos, quemado vivo.

-¿Torquemada...?

-Torquemada..., Talavera o algo así...

Bajo el marco de las ventanas se iban formando charcos de agua a medida que el hielo se iba derritiendo con el segundo sol del día. La temperatura subía con más rapidez con la luz de la tarde y laL fue sintiéndose más cómodo.

Colón revolvió los cajones de una estantería y ofreció a laL un trozo de pan duro y enmohecido.

-No se si tendrá sentido que nos pongamos a discutir de teología.

-Si tu viaje se efectúa, va a ser necesario hablar de todo - dijo laL olisqueando el pan.

A lo lejos, en la entrada del socavón donde estaba la casa de Gaonás, la calle se llenaba de ruido. Con claridad se distinguía el pregón de un campesino que ofrecía remolachas de reciente cosecha y el de un vendedor de pescado que regalaba tres bagres de rió por medio ducado. X

-¿Habrá alguna posibilidad de conseguir pan de maíz? -laL devolvió el mendrugo a Colón.

-¿Maíz...?

laL gruñó por lo bajo.

-Me voy a morir de hambre.

Colón lo miró con lástima.

-Espera a que vuelva el charlatán de Gaonás y habrá algo para tu delicado estómago -le dijo con la boca llena de pan.

laL dio vuelta la cabeza pero se quedó quieto.

-¿Charlatán...? -preguntó.

-El no ha vislumbrado, siquiera, la Tierra Mayor, quizás ha

oído de ella y la reproduce con su afiebrada imaginación.

laL levantó un dedo.

-Shht... -ordenó a Colón.

Colón dejó de masticar.

En efecto, el ritmo y el son del movimiento que se escuchaba venir de la calle era otro. No se oía el vocear frenético de los feriantes o el regateo estridente de las patronas, tampoco las groseras imprecaciones de los cargadores; sí en cambio el paso apresurado de los caminantes, el roce de los canastos que se retiran de la vía y el intranquilo e inútil hozar de los puercos en el suelo ~~empedrado~~ del corral. Pero por encima de ello, el campaneo inconfundible de una vanguardia armada que persigue y registra.

-Vienen por nosotros -señaló laL.

-Por mí vienen -corrigió Colón atragantándose con la corteza encallecida de la hogaza.

-A mí no me querrán dejar vivo -agregó laL.

-Necesito ir a la casa de las necesidades -dijo Colón, la piel de su cara se había puesto lívida, del color del nopal en invierno.

-En mala posición te atraparán.

X

10.- -Háblame del Maestro -pidió Lal.

Dehuetli tenía los ojos turbios y sujetaba con sus manos su cabeza pequeña y despeinada. X

-Te espera, el Maestro te espera...

Lal se afirmó en el borde de la mesa y se dispuso a levantarse.

-¿Dónde vas...? -Deheutli se avivó por un momento.

-Atrás -dijo Lal bebiendo largo de su vaso lleno de agua y pulque.

Lal caminó hasta el cuarto trasero, se lavó la cara y orinó, se golpeó las mejillas y los músculos de los brazos y de las piernas, puso en el bolsillo derecho de su camisa el cuchillo de metal que el mismo Huipozix le había regalado y que colgaba en su cinturón y se escupió la cara frente al espejo. Llevaba una pequeña botella llena con el yolatl que preparaba su viejo ayudante, Tezomozac, pero aunque intuía el peligro, prefirió dejarla para después.

Regresó a la mesa, se sentó y alargó una mano hasta tocar el collar de porfirio verde de Dehuetli.

-¿Qué haces?

-Hermoso y rico collar.

Dehuetli buscaba una traza de raciocinio en su enrarecida

Sus miembros flojos no bastaban para oponerse
a la fuerza de tal. Su cuello se había roto.

EMBASSY OF CHILE
AMBASSADE DU CHILI
151 SLATER STREET, STE. 605
OTTAWA, ONTARIO
K1P 5H3

Chicomooatl = dios

Tierra Mayor = América = Tierra Caliente
Gran Caída = Abismo = Gran Abisno =
Lejanos = europeos = Tierra Lejana
Guardian de la Pirámide = Oaj

Pirámide Nagla

Lacaille 39 Napolitano (~~8 p. 100~~)
147 Napolitano
276 Napolitano

patrona Velz 67

Cinco hombres se quedan en Tierra (285)

Lacaille - Ushant 133

Lacaille - (39)
Tezomoc - (42)
autogon - (62)
Testigo de Tierra Lejana (91)
avillo bas. Heijhoff (124)
autogon Heijhoff (108)
mistete - tal (143)

traquera de Teba 143
laura de 5 puntos Heijhoff 153

placaria 367

conciencia.

-Es una herencia de familia.

Lal agarró con más fuerza la joya.

-Hasta que Huipozix te aceptó como esclavo, apenas te alientabas con la basura arrojada bajo las ventanas de tu casa...

En ese instante la puerta se abrió con violencia y junto con la lluvia, que empezaba a caer, entraron tres hombres armados con jabalinas. Dehuetli trató de zafarse pero Lal, empuñando la mano, lo retuvo.

-¿Qué daño te hizo el Maestro para haberlo traicionado? -le preguntó sin poner atención a lo que hacían los soldados recién llegados.

Pero Dehuetli no alcanzó a contestarle. ~~La fuerza de Lal le había roto el cuello.~~

Los tres teteuctin se acercaron amenazantes.

-¿Por que has tomado la vida de este hombre? -el primero de ellos dio vuelta el rostro del esclavo muerto con el mango de su lanza.

-Ha abandonado a su amo y no ha pagado su deuda -Lal metió su mano al bolsillo.

-Vendrás con nosotros -ordenó el segundo que vestía un ehuatl de plumas rojas.

-¿Quién ha dispuesto que vaya?

-Gothehuc -dijo el tercero con el filo de piedra de su arma dirigida al pecho de Lal.

Entonces Lal no titubeó, dio un salto sobre el cadáver de Dehuetli y con un solo movimiento de su mano y de su cuchillo de

metal, cercenó la garganta del primer guerrero.

Los otros dos retrocedieron, pero Lal, utilizando el descomunal impulso de su gordura, se abalanzó contra el que lo apuntaba con la jabalina y le enterró el cuchillo cerca del corazón.

El teteuctin de las plumas de papagayo tiró su jabalina al suelo.

-Soy tu prisionero, Lal -dijo inclinando la cabeza y abriendo los brazos.

Los campesinos y comerciantes que llenaban el local se habían agrupado en la puerta, buscando como huir. Lal le dio la espalda al hombre que se le había sometido, tomó del pelo la cabeza de Deheutli y con el cuchillo cortó la cadena de oro por la que se había vendido. Después limpió la hoja hundiéndola en el pellejo lleno todavía con el ochtli y lo guardó, junto al collar, en el mismo bolsillo del que lo había sacado para defenderse y matar.

-¡Vamos! -le dijo al hombre vencido.

Afuera el granizo y el ventarrón hacían inclinarse los huejotes y encrespase las aguas del Texcoco. Lal caminó delante de su cautivo, confiado en su absoluto vasallaje. Cruzaron las balsas del acceso este de la ciudad y el terraplén de Tlacopán y cuando llegaron a los diques que sostenían el agua que regaba las plantaciones de las tierras inferiores, Lal enfrió la marcha. Ya reconocía las calles del barrio donde vivía Huipozix.

La ciudad estaba a oscuras, el temporal había cesado, y la lluvia había dado cuenta de los hachones.

En una esquina Lal reconoció la plaza donde había recibido

tantas de las enseñanzas de Huipozix. Hacía mucho tiempo que no lo visitaba y comprendía que su tardanza había sido fatal, pero con pasos seguros se encaminó hacia la casa del Maestro. En ese breve minuto recordó con afecto las historias del viejo y la sorpresa que siempre le causaban las suaves admoniciones por sus faltas u olvidos. Nunca lo había castigado, nunca lo había obligado a aspirar el humo picante de un pimiento o le había clavado espinas de maguey en los brazos. El mismo se procuraba esas espinas y se hacía sangrar antes de volver a casa, porque pensaba que sus padres le prohibirían, como lo hicieron, frecuentar a un profesor tan tolerante como Huipozix.

Con dos palabras Lal pidió a su fortuito acompañante que vigilara y entró sin golpear.

Un lamparón de azufre alumbraba la única y desordenada habitación de Huipozix y Lal buscó, instintivamente, su cuerpo en el suelo.

El viejo, bajo la mesa en la que abría los libros para examinarlos con sus dedos, se estaba muriendo.

-Lal..., Lal...-dijo.

Lal movió la mesa con cuidado y se agachó.

-Maestro...

-Tus pasos son más cargados, pero siguen siendo tus mismos pasos -Huipozix lo miró con sus ojos vacíos.

-Maestro...

-Lo saben todo, desde que al atardecer saliste de tu casa, sabían que venías..., al indefenso Dehuetli le encargaron la misión de entretenerte y darte de beber...

-Te deshonró y está muerto.

Huipozix levantó el cuello que le sostenía Lal.

-No debiste ^{matarlo} hacerlo -reclamó. X
Era mucha la evidencia de su crimen.
~~-No pude evitarlo.~~

-Escucha bien -dijo el viejo -es preciso que partas ya..., que busques en el lugar que te he enseñado a un hombre llamado Gaonás. El te llevará ante quién atravesará por primera vez el océano, ante quién encontrará nuestro mundo simulando que es otro ^{mundo} el que busca. X
Bien sabes que no debes intentar disuadirlo, motívalo en su misión y hazlo comprender a él, a los que lo acompañarán y a los que lo seguirán después cómo es la tierra que alegarán descubrir..., protéjelo de Gothehuc y sus emisarios...

-Ellos...

-Dehuetli aprendió a usar bien su memoria -Huipozix continuó con dificultad -él puede haber dibujado los mapas con la ruta a la a la Tierra Lejana.

-¡Arriba Maestro...! te llevaré conmigo -Lal levantó la voz. Pero el cuerpo del anciano se hizo pesado como el mármol. Huipozix había muerto.

Lal lo cubrió con su capa de algodón, se retrasó un segundo buscando bajo el ladrillo sobre el que se apoyaba el pie en forma de pezuña de una salamandra de piedra y salió. Afuera el soldado, alerta, fumaba.

Lal le pasó el cuchillo con la hoja de metal.

-¿Sabes escribir?

-Sí, señor.

-Graba entonces en el umbral que la muerte ha visitado el

cuerpo de Huipozix.

Mas tarde, cuando le hubo devuelto el cuchillo, Lal le ordenó que se despojara de su atuendo de guerrero emplumado. El soldado lo obedeció.

-Me acompañarás en un largo viaje -le dijo después.

11.- Témac y Elalq empuñaron las paletas y volvieron a la cancha.

-Levanta la voz para seguir escuchándote -pidió Témac tirando la pelota.

Pitzl sentada, con las rodillas entre sus brazos, levantó los ojos.

-No los mataron...¿no...? a laL y a Colón -preguntó.

-No -dijo Poletl en un susurro, para que no lo oyeran los dos niños, ni a laL ni a Colón. *dijo Poletl en un susurro, siguen!*

-Son los Hombres de Metal -dijo laL inclinando la cabeza para oír mejor.

-La armadura siempre les desafina la marcha -agregó Colón que

de su viaje al baño

parecía repuesto. atento a la bulla que se acercaba.

-Así son torpes y pesados, será fácil huir.

Colón miró a laL.

-No te ves tan ágil -le dijo.

-Hace seis meses estaba peor.

-¡Vamos! -dijo Colón y buscó la puerta trasera.

La salida posterior daba a un patio de luz, estrecho y cerrado. Sus muros estaban contruídos de ladrillo basto y se alzaban a tres metros de altura.

-Estamos jodidos -dijo Colón.

El sol estaba en su punto más alto y el aire estaba tibio. laL se sacó el mantón de piel y trepó con facilidad hasta la cornisa.

-Yo no puedo...¿Cómo...? - *se asustó Colón*

laL desenrolló un largo bramante que llevaba atado a la cintura y lo arrojó.

-Mis pieles -advirtió a Colón que ya subía.

Ni Colón ni laL pudieron ver el aspecto de los hombres que los seguían, ni quien los comandaba, ni quien los guiaba. No supieron, entonces, a qué enemigo servían, porque cuando derribaron la puerta de la casa de Gaonás, ya habían saltado a la calzada y corrían confundiéndose con la multitud que aprovechaba la segunda luz del día.

Tres cuabras mas allá laL se detuvo. Respiraba con dificultad.

-Sigue solo, Colón -lo conminó laL -me las arreglaré...

-Me lo imaginaba -Colón, que lo había adelantado, se devolvió.

-La ligereza se me termina pronto.

-Pagas el pecado de la gula -Colón aún tenía la capa de laL en

sus manos.

-Tal vez no me reconozcan -laL se sentó en el portal de una casa recién encalada.

Colón miró hacia atrás.

-Ya no nos siguen - dijo.

LaL resopló.

-Con esa ingenuidad no llegarás ni a Las Canarias.

Colón fijó su mirada en el extranjero que probablemente le había salvado la vida.

-No entiendo cómo pudiste escalar esa muralla.

-Para ello se necesita destreza, para correr, resistencia - alegó laL.

Colón lo tomó por un brazo.

-En cualquier hostal ^{del barrio donde} ~~de ahí~~ ~~donde~~ se estacionan las carretas estaremos bien... por un par de noches..., yo no voy nunca por ahí y si no abres la boca no sabrán que eres un extranjero.

Apoyado en Colón, laL pudo recorrer otros doscientos metros. En una calle bien iluminada destacaban los letreros de una docena de hospederías. Entraron a una de ellas eligiéndola al azar.

-Por lo menos el nombre no me es ajeno -dijo laL leyendo el cartelón sobre el dintel.

"El Lagarto Emplumado"

Sentada detrás del mostrador una mujer hacía punto.

-Una habitación para dos -pidió Colón.

La mujer, joven y con el pelo sucio agarrado en un moño dejó su labor al lado del cuaderno de registros y levantó la mirada.

-No querrán anotarse, me imagino -dijo.

-Da lo mismo.

-Segunda planta, habitación veintidós, un ducado la noche, medio más por agua limpia.

Colón abrió su bolsa y sacó dos monedas.

-Dos te doy y que nadie nos moleste.

laL se había recuperado, pero subió con lentitud. Le empezaba a doler la herida en el riñón, la que había recibido en Toxpama.

-Que Dios me perdone -murmuró la mujer persignándose -pero aquí me ganó la vida...

-Nos protegerá -comentó Colón una vez adentro del cuarto -a ella también se la llevan si nos descubren aquí.

-No tengo cara de elche -bufó laL, tirándose a la cama.

-Encubrir renegados te asegura, a lo menos, un juicio, esconder maricones te lleva directo a la hoguera.

laL se sentó en la cama.

-Tampoco parezco maricón -protestó.

-Yo tampoco -dijo Colón -pero no llevo los labios pintados.

laL se quitó, con la manga de la camisa, el betún de sus labios.

-Lo uso para aliviarme del frío de mierda de tus tierras.

Colón se rió.

-De acuerdo -dijo -pero quítale el carmín.

laL se echó, otra vez, en la cama.

Colón abrió la puerta y se asomó al corredor.

-Vuelvo en un segundo -avisó.

-Tómate tu tiempo, lo más lejos que puedas -le gritó laL.

Colón regresó aliviado, se sacó el tabardo y la capa que lo

cubría, lo dobló, lo puso en el suelo y se tendió usándolo como almohada.

-Ahora me bajó el hambre -laL se acomodó en la cama.

Pero Cristóbal Colón se había dormido profundamente.

Poco después emergió angustiado de un sueño ruidoso en el que olía el fuego que destruía su carabela y se despabiló totalmente cuando oyó los precipitados pasos en la escalera y el estrépito de la puerta al abrirse.

Colón no alcanzó a desenvainar su espada.

Elalq bajó su paleta y Plitz se estremeció.

-¡Poletl -le reprochó -me dijiste que no los...

La interrumpió la risa de Témac.

-Esta parte es divertida -explicó reanudando el juego con una pelota amarilla.

La mujer con su pelo sucio desparramado y la red que lo sujetaba colgándole del cuello estaba, con las piernas abiertas, en el umbral del cuarto.

-¡Aquí se podrán hacer cochinas -gritó -pero está prohibido cocinar!

Colón se apoyó en los codos y vio a laL, sentado en la cama, echando humo por la boca.

-¡Apaga eso! -Colón se había puesto de pie con dificultad.

laL miraba la punta de su cigarro encendido, miraba a Colón y miraba a la mujer en la puerta.

-Está bien..., está bien... -dijo y pulverizó el tizón con sus dedos.

-Están advertidos -dijo la mujer y se retiró dando un portazo.

-Explícame -Colón no apartaba sus ojos del cigarro de laL.

-Tabaco, hombre, tabaco que se aspira -dijo alcanzándoselo - es bueno que lo sepas usar, te servirá para tu travesía.

-¿En el mar?

-Ahuyenta el hambre y la sed y refuerza la vigilia.

Colón tomó el cigarro y lo olió.

-Aún tiene fuerza, respíralo.

Colón se lo llevó a la boca y obedeció la indicación de laL. El humo le llenó la garganta y lo hizo toser. Pero no lo soltó. Esperó un momento y repitió la operación. Esta vez guardó el humo un momento.

Basta -dijo laL - que la mujer subirá.

Colón lo devolvió y esta vez laL lo extinguió.

-Extrañas costumbres las de tu tierra -dijo Colón.

-Extrañas y agradables -laL vio como Colón apoyaba la cabeza en su tabardo y cerraba los ojos.

laL se cubrió con su abrigo de piel y trató de descansar. No ignoraba que le iba a ser difícil dormir. El tabaco y el hambre, que urgeteaba su estómago, se lo iban a imopedir.

No podía medir el tiempo y poco a poco la oscuridad lo

ocultó todo. Ya nada se escuchaba afuera y la hostal estaba también quieta y silenciosa como la segunda noche.

laL pensó entonces en gasA, en pitzL y en su hija menor, nuweL y su recuerdo lo reconfortó. No creyó haber dormido, pero cuando sintió la urgencia en su vejiga un leve resplandor iluminaba una ventana. Se levantó preguntándose donde podría orinar y al acercarse a uno de los rincones del cuarto pasó a llevar un papel. Lo recogió. Era grueso al tacto y sus dedos reconocieron una tinta áspera y resistente. Encendió uno de los palillos impregnados en brea y que usaba para dar lumbre al tabaco y lo examinó. Era un mapa. Era un mapa que dibujaba con nitidez la península de la meseta y destacaba sus puertos. Era un mapa que mostraba las Indias Orientales, pero que dejaba ver, a medio camino entre éstas y la península una tierra que le era conocida, la Tierra Mayor y en su centro la laguna y en el centro de la laguna, inconfundible, Tenochtitlán.

-Mentiroso -rugió laL y le dio una violenta patada al dormido Colón..."

12.- Lal abandonó la ciudad. Le seguía el guerrero-siervo que en su cabeza conservaba un penacho de plumas de papagayo. Con paso lento marcharon un par de horas. Las estrellas lo guiaron hacia el norte y cuando ya los pulmones no le respondían se desvió del camino y se dejó caer en los surcos de un maizal maduro.

-¿Cómo te llamas? -le preguntó al vencido.

-Cozcamalli, señor.

-Debes saber que ya no puedo confiar más que en tí.

-Puedes hacerlo, señor.

-Si alguien seguía nuestros pasos, ya lo hemos perdido -dijo Lal -ahora debo regresar a mi colpulli antes de reemprender el viaje, para lo primero necesito tu silencio y para lo segundo un

servicio.

Cozcamalli le presentó su puñal de obsidiana.

-El silencio puedes obtenerlo ahora -le dijo.

Lal asintió, buscó en su mochila y sacó dos plumas de faisán rellenas con polvo de oro.

-Busca y compra todo lo que se requiera para sobrevivir para siempre en un país hostil y helado como la cumbre de una montaña, pero piensa que deberás cargar la mayor parte del tiempo la mayor

- Buena primera por qué los mandaste a matar
- No fue mi intención, el maestro estaba débil...
- Yo te lo dije: obedeciste mi muerte porque Huipomá era capar de un veneno a Ahuizotl de que no es prudente enfrentarse a la hembra de la Tierra Tejaera, que primero es necesario conocer sus motivaciones...
- No te está permitiendo tomar justicia con tu mano.

parte de ello.

Cozcamalli recibió el oro.

-Entiendo señor -dijo.

-Mañana, cuando se ponga el sol y en este mismo sitio.

Cozcamalli se largó, corriendo.

Ahorrando el aliento, pero sin descansar, Lal caminó hasta el amanecer. Entró a Tenochtitán junto a los mercaderes que llevaban sus productos al mercado de la plaza mayor y llegó a su casa antes de que sus criados hubieran despertado.

Se sentó en el salón del primer piso, se sirvió una taza de chocolate, frío desde la víspera y se fue quedando dormido.

Cuando despertó, el día había avanzado y seis guerreros disfrazados con pieles de jaguar lo rodeaban.

¡Gothehuc...! -exclamó Lal.

-Así es -Gothehuc, vestido con una túnica verde, le hablaba desde la puerta de cristal del invernadero.

-¿Te ausentabas sin el permiso de Ahuizotl? -agregó.

-¿Qué quieres...? Lal se puso de pie, pero los seis hombres no se movieron.

-Que me digas por qué fuiste donde Huipozix, qué robaste de su casa..., que expliques quién te autorizó a matar a dos de mis hombres y quién te dio poder para esclavizar a Cozcamalli...

→ -Huipozix fue ^{muerto} mi maestro, Dehuetli merecía la muerte de un renegado y de tus hombres me defendí..., Cozcamalli es mi prisionero.

-Tendrás que venir conmigo -Gothehuc hizo una mueca y los seis jugares avanzaron un paso.

-¡La mierda..., sale de mi casa, asesino! -gritó Lal.

-No te resistas -Gothehuc temblaba.

Lal evaluó su situación. Estaba extenuado, pero con seguridad era más fuerte que cuatro de esos hombres. Probablemente Gothehuc no participaría en la captura, no estaba vestido para ello y en cuestiones de ^{protocolo} ~~ceremonia~~ era implacable. Por otro lado conocía el terreno, era su propio techo.

-¿Dónde está Gasa y Pitzl y Nuwel...?

Gothehuc recobró el aplomo.

-En el palacio, con ^{Ahuizotl} ~~Huipoztl~~...y con Mabnolia -dijo, cínico.

-Te gusta el poder, hijo de puta...

-Lo mismo que a tí...

Lo interrumpió un tenue rumor de plumas, como si una pareja de colibríes hubiera entrado a la sala. Al oírlo, los guerreros se inmovilizaron con el dardo empuñado y Lal pudo percibir el olor dulce del miedo de Gothehuc.

Era Tezomozac y veinte guerreros ataviados con plumas de quetzal.

-Todo cambia, Gothehuc...

-No ^{puedes} puedes resistirte a un llamado de ^{Ahuizotl} ~~Huipoztl~~ -Gothehuc conciliaba.

^{El} Jamás me haría llamar por ~~ti~~ tu ^{bsta tuja}

X Los jugares habían bajado sus lanzas.

Gothehuc retrocedió.

-Vamos -dijo a sus hombres.

-¡Un momento...! Lal sacó su cuchillo y Gothehuc dio otro paso atrás ante el resplandor del metal.

-Ordene, señor -dijo Tezomozac.

-Irás al palacio con tus hombres y con los hombres de Gothehuc y traerás de regreso a Gasa y a mis hijas..., en mi nombre le agradecerás a Mabnolia su hospitalidad y le dirás que el bravo Gothehuc es huésped de mi casa. Después pedirás, para mí, una audiencia con el Cihuacóhuatl.

Y Lal con un rápido y certero movimiento de su cuchillo rebanó el lóbulo de la oreja izquierda de Gothehuc.

Gothehuc, sin un quejido y con la misma velocidad con la que había actuado su enemigo, atrapó la herida con el índice y el pulgar de su mano derecha. Ni una sola gota de sangre salpicó su ropa o cayó al suelo de la estancia.

Lal sabía que así Gothehuc estaría inmobilizado, sabía que el guerrero no dejaría que su sangre ^{se derramara} ~~cayera~~ y así honrara su casa antes de honrar un campo de batalla, o el altar de una pirámide. Gothehuc no ignoraba que Lal ya no lo mataría, que el cuchillo de un hombre como él ~~no hiere~~ ^{rara vez} dos veces si no ha quitado la vida en la primera. X

Lal enterró el mango del cuchillo en una jardinera, señaló a Gothehuc un asiento colgante, cerca de la terraza y llenó dos jarros con chocolate y unas semillas de peyotl. Puso uno de ellos en la mano izquierda de Gothehuc, pero bebió primero. X

Gothehuc lo imitó, esperando que Lal hablara. El hilo de sangre que manchaba el cuchillo se detuvo poco antes de caer desde el filo. El aire lo secaba.

-Las informaciones que tenemos son categóricas -dijo Lal - ellos pueden derrotarnos..., tienen armas que nosotros no conocemos

los hombres de la tierra lejane

Aianus ni
y montan en animales que no tenemos. X

Gothehuc estuvo un minuto en silencio.

-No quiero creer que tienes miedo, pero sí que no tomas en cuenta algunos hechos..., el mismo Huipozix dice que vendrán desde el oriente y que al principio algunos pocos de ellos desembarcarán de sus naves para conocer y explorar estas tierras, entonces, dime ¿cuántos guerreros vendrán, cuántas de esas bestias que llaman caballos, cuántas de esas armas de fuego...? ¿podrán derrotar a nuestro ejército de cuarenta mil hombres...?

-Los subestimas.

-No son dioses..., ¿acaso crees en el regreso de Quetzalcoatl?

-Respeto las leyendas en las que cree nuestro pueblo..., esos hombres llegarán con la fuerza de una superstición.

-A Huitzilopochtli, que es el único dios en el que debemos creer, sacrificaremos esos dioses extranjeros. El mismo Qej les sacará el corazón y así todos se convencerán de que a Quetzalcoatl hay que seguir esperándolo...-Gothehuc lanzó una carcajada.

-Insistiré en el Consejo, *Hay que* ~~en~~ buscar otra fórmula. X

-No creo que ~~hayan atravesado~~ el océano para sentarse a *atravesen* conversar... X

-Miles y miles vendrán detrás de los primeros.

-Miles y miles les opondremos.

-¿Por qué conspiras?

-No soy yo el que conspira..., si hay una guerra no soy yo el que decidirá si se reemplaza a *Ahuizotl* ~~Huipoztl~~ ni quién decidirá el nombre del guerrero que tomará su lugar, y eso lo sabes..., yo sólo pretendo preparar a nuestro pueblo para una guerra total, y que sea

el mejor el que los guíe.

Lal llenó, otra vez, el jarro con chocolate y se llenó la boca con nueces que sacó de una cesta.

-Tratemos de incorporarlos a nuestra sociedad.

-¡No seas estúpido -Gothehuc se levantó -ellos jamás aceptarán nuestras costumbres, jamás nuestros dioses y nos destruirán al querer imponernos su dios inmóvil, aquél que describe Huipozix!

-¿Por qué lo mandaste a matar?..., él también fue tu maestro e instructor.

-Fue un accidente..., Dehuetli lo presionó..., Dehuetli habría sido castigado.

Tezomozac entró sin anunciarse. Detrás de él, Gasa, Pitzl y Nuwel también habían entrado en silencio.

-He regresado, señor -dijo.

Lal dejó el vaso sobre una mesa.

-Acompaña a Gothehuc -ordenó a Tezomozac.

Y desenterrando el cuchillo y se acercó al jefe guerrero.

-Sólo con tus dos manos ocupadas confío en tí -le dijo y cortó con otro certero giro el lóbulo de la oreja izquierda de Gothehuc.

Entonces le dio la espalda y abrazó a Gasa y a sus dos hijas.

- Cruz 'Pleth.

13.- Muchas veces había dormido Colón en el pórtico de su casa. En las claras noches de verano, cuando desde el carrugio en que vivía se podía ver el puerto rebosante de naves luminosas, el pequeño Cristóbal bajaba desde el cuartucho que ocupaba. Y sin pedir permiso a su padre, que hasta tarde se quedaba limpiando y cardando la lana que vendía, se acurrucaba bajo el dintel de la puerta entreabierta esperando que el sueño lo venciera.

Su madre lo encontraba al amanecer, húmedo por el rocío. Entonces lo despertaba y se lo llevaba escaleras arriba, donde siempre lo aguardaba el desayuno.

No era la dura piedra del zócalo de su casa donde dormía cuando era niño la causa del dolor que Colón, al despertar, sintió en las corvas. Pero no supo la causa de inmediato.

-¡Porca miseria...! -exclamó sobándose la espalda, con los ojos fijos, todavía turbios de sueño, en el extraño extranjero que estaba de pie junto a él.

-Mentiroso -repitió laL con el mapa entre el índice y el pulgar de su mano derecha.

Témac, Elalq y Pitlz se habían congregado alrededor de Poletl. Declinaba la luz del sol y en la sala del juego de la pelota ya se insinuaba la penumbra. Pero ninguno de los tres quería moverse. Sólo Poletl, cuando hacía una pausa, movía la cabeza y miraba en dirección de la única puerta.

Colón se sentó en el suelo.

-¡Me estás robando...! -dijo señalando el mapa que colgaba de la mano de laL.

laL soltó el mapa y dejó que cayera en las faldas de Colón.

-Lo encontré en el suelo -dijo

-¿Y qué?

-Me has mentido, tu ya conoces mi tierra.

Colón empezó a reír. Cuando sus carcajadas resonaron destempladas en el cuarto, laL se acercó a la puerta.

-¡Cállate, estúpido! -casi tuvo que gritarle para que lo escuchara -o quieres que suba de nuevo esa rabona...

-Ese mapa lo obtuve de Laccalle, el naufrago.

-¿Lacca...cuánto?

-Estanislao Laccalle, *humpix me basó de él.*

laL buscó su saco, cerca de la puerta y hurgó en su interior. De espaldas a Colón estuvo un rato revisando un manuscrito.

-¿Qué es eso? Colón apartó su abrigo y se levantó.

laL le mostró otro plano, dibujado con tintas de diferentes colores sobre ~~lo que parecía un papiro~~ ^{un} de fondo blanco.

Colón arrimó una mesa y encendió, con el cabo de la vela con que se iluminaban, una candelabro con tres brazos. Los dos hombres, entonces, confrontaron ambos documentos.

-Son iguales -dijo laL.

Colón medía con un compás las distancias, corroboraba las

coordenadas de los puntos cardinales y después comparaba. Agudizaba su mirada miope tratando de descubrir la dirección hacia la que apuntaban las corrientes en el mapa de laL y acercaba el papel a la luz, buscando ayuda para cerciorarse que los vientos ahí dibujados soplaban, según la estación, por las mismas rutas que él había establecido.

-Necesitas unos cristales -dijo laL.

-El compás para el mapa, el sextante para las estrellas..., Colón continuaba absorvido en su trabajo.

-Cristales para tus ojos.

Colón dejó de atender el mapa.

-Mi vista es la de un halcón.

-De un halcón medio bisogo.

-Puedo contar más estrellas que nadie.

-Pero no puedes leer las cartas de navegación.

-Una vez ví un cristal parecido, en la Audiencia de Talavera, lo usaba un cura impertinente y servil.

laL recurrió a sus bolsillos inagotables y le pasó los lentes que él, a sugerencia de poletL, había empezado a usar.

Colón, con ellos delante de sus ojos, examinó el mapa.

-¡Carajo!..., con estos se pueden ver hasta los ojos de la luna.

-No tanto -laL estiró la mano, reclamándoselos.

Colón se los pasó con pena.

-¿Dónde podría conseguir uno de esos...ampliadores?

-Después me llevarás a una de las factorías donde se sopla el vidrio de tus botellas... ¿porque alguna habrá en esta villa?, ahí

X

podrás obtenerlos.

Empezaba a amanecer la tercera madrugada.

-Aquí no nos encontrará Gaonás -dijo de súbito Colón.

Por respuesta laL recogió sus pieles y su bolsa.

Colón se puso el tabardo, se arrimó a la puerta y escuchó.

-No hay ruido.

-Vamos -dijo laL.

Salieron al corredor y bajaron al primer piso. La mujer, con la cabeza sobre el mostrador dormía roncando.

-Ya pagamos -Colón señaló el zaguán.

Afuera caía una nieve de copos secos y acartonados y un lejano resplandor se adivinaba en la dirección de las borrosas murallas orientales.

-¿Por dónde empezamos? -preguntó laL.

-Por el ombligo del mundo de los Descubridores, el palacio de Isabel, en Granada.

laL se detuvo. Caminaban por un estrecho callejón chapoteando en los charcos de la orina de las mulas que, más temprano, habían salido de la ciudad.

-Si Gaonás tiene razón, por ahí nos estarán esperando -dijo.

-Apuesto en contra de Gaonás -Colón lo apuró, tomándolo de un brazo.

-Esperemos hasta que amanezca, así veremos a quién matamos o quién nos mata.

En una esquina, detrás de una vidriera, entreabierta a pesar del frío, Colón descubrió una taberna.

-De acuerdo -dijo y empujó la puerta.

Adentro aún se respiraba el olor del vino bebido en la víspera.

-Me tomaría un chocolate caliente -dijo laL.

Colón no lo escuchó. El bodeguero, reclinado sobre un tonel y sentado en un piso de madera negra, los miró entrar.

-¿Tienes agua caliente? -preguntó Colón colgando su abrigo en la cornamenta de un venado suspendida en la pared.

-En abundancia, pero aquí no tienes crédito Colón.

Colón se acercó a laL.

-Para qué le voy a contar lo que soñó Isabel.

laL dejó su manto de piel sobre una silla y mostró a Colón una pequeña talega.

-Lo que hay aquí adentro quizás pueda interesarle al hombre.

Colón metió los dedos y extrajo un objeto en forma de dado, lo examinó a contraluz y se lo llevó a la boca. Después, con la agilidad de un mago, cerró la mano ocultando el dado a los ojos del mesonero y con la otra arrojó un par de monedas sobre el mostrador.

-Pon una jarra de agrazada y otra para la infusión -dijo.

-¿Es bueno eso para el frío? -preguntó laL.

-Ese cubo es puro oro -respondió Colón en voz baja, arrastrando a laL a una mesa alejada de la barra.

-Podemos entrar en materia cuando tú quieras -laL se acomodó en la silla, envolviéndose en su manta de pieles.

-¿Hay mucho por allá?

-La cantidad que quieras.

-¿Cuánto traes encima?

-¿Me tomas por un idiota...? sólo tengo el suficiente para

pasar unos días en España.

-Preguntaba, porque a lo mejor no será necesario llegar hasta la reina Isabel...

-¿No habrás creído que te iba a financiar el viaje...?

Colón calló por un minuto. El suficiente para que el bodeguero pusiera sobre la mesa el jarro con el jugo de la uva, el agua y las yerbas para la infusión.

-Hablemos en serio -dijo.

-De acuerdo -laL abrazó con sus manos la vasija de greda con agua hirviendo.

-Te he aceptado a mi lado -dijo Colón -porque ya conozco a todos los enemigos que tengo, desde aquí hasta Rotterdam.

-Tienes un montón más, al otro lado -laL probó la bebida.

Colón había vertido agua caliente en un pocillo y espolvoreaba camomila en su superficie. No había dejado de revolver el brebaje cuando vio entrar a Gaonás. Al verlo codeó a laL.

Gaonás los miró de reojo, reconociéndolos, pero no se acercó a ellos. En cambio fue hasta la barra y con voz vacilante pidió un vinillo.

-Es muy temprano, Gaonás -dijo el hombre abriendo una botella frente a él.

Gaonás se acomodó la peluca blanca.

-Vende y no preguntes -apuntó Gaonás malhumorado.

El mesonero se dio vuelta, ocupándose de sus vasos.

Entonces Gaonás, sin vacilar, tomó la botella por el gollete y la rompió en la cabeza del mesonero. El hombre se quedó un instante mirando el espejo del mostrador y luego se fue resbalando

61 ✓

hasta caer al piso de tablas del bar. Su cola dio un respingo final y el tipo se quedó totalmente inmóvil.

-¡Lo mataste...! -dijo Colón llegando hasta donde Gaonás con rapidez.

laL había sido más veloz. Ya le abría los ojos y acercaba la palma de su mano a la boca del pobre hombre.

-No es para tanto -dijo examinando la simetría de sus pupilas. Gaonás miró el resto de la botella que aún empuñaba.

-¿Está vivo? -preguntó.

-Más o menos -anunció laL.

-¡Carajo! -exclamó Gaonás -estoy perdiendo la fuerza.

-¿Qué pasa...? -Colón tomó del cuello a Gaonás.

-¡Saca tus manos peludas..., imbécil! -Gaonás, sacudiéndose, se liberó de Colón y corrió hasta la puerta, la que cerró.

-¿Y con éste tipo, qué hacemos? -laL tenía entre sus manos la cabeza del agredido que ya respiraba con normalidad.

-Dentro del palacio, pero sólo dentro del palacio ^{correremos} no ~~corremos~~ peligro -Gaonás se acomodó la peluca, desordenada en el forcejeo con Colón y que había dejado al aire sus cuernecillos pálidos de hombre viejo. X

-¿Que esperamos, entonces? -preguntó Colón.

Gaonás protegió una vela con su mano y luego la sopló. La inminente luz del tercer amanecer les permitió seguir viéndose las caras.

-Este veneciano esta cada día más bruto -dijo hablandole a laL -las calles están llenas de tipos que lo buscan, creo que para matarlo, y el quiere salir de inmediato y exponerse.

De Génova, ignorante, de Génova la Superba...

-¿Tú los has visto? -laL había dejado la cabeza del infeliz en el suelo y había vuelto a tomar su vaso con la tizana.

Uno de ellos tiene

-Tienen tu facha, hombre -asintió Gaonás -claro que sí, por eso no cuando los ~~vi~~ ^{parecía} pasar no me ~~parecieron~~ tan extraños.

Colón, entretanto, arrodillado, trataba de reanimar al mesonero.

-Esto empeorará la situación -dijo.

-Calla de una vez Colón, este miserable daba ración y vino a los moros cuando los soldados de Isabel comían ratones para sostener el sitio..., si no lo mataba yo y ya no lo hice, terminaba

ahorcado

en la plaza, para solaz de los funebreros..., en todo caso te digo, no te conviene proteger a los colaboracionistas, si Isabel se entera no te financiará ni una pasaje en las bodegas de Azambuja.

-Gran navegante -dijo Colón.

-Ya habrá tiempo para discutir eso -Gaonás se sentó en el piso que ocupara el patrón, aún desvanecido y con ambas manos pidió calma.

El tiempo no se detuvo y el sol, para alegría de laL, tampoco. Un rato más tarde Gaonás se puso, otra vez, en movimiento.

-Ya es hora anunció, ya empezarán a tocar la puerta los primeros clientes de este hijo de puta..., ya es hora que nos vayamos.

Gaonás abrió la puerta que daba a la calle e invitó a Colón y a laL que lo siguiera. laL miró hacia atrás. El desgraciado parecía a punto de despertar.

Antes de salir Colón: ¿retorna Gaonás?
-¿Con un encuentro? - preguntó desconfiado

Gaonás sonrió

-No hay necesidad pida de que porlande por Gaonás - dijo apuntando al dolo con el dedo.

Poletl calló. Había visto entrar al jefe de la guardia de palacio.

-Debemos interrumpir aquí -dijo.

Témac, Elalq y la niña se pusieron de pie.

-Aún no -protestó Témac.

Tomtl se acercó y saludó con respeto a Poletl.

-Ya es la hora -le anunció.

-Mañana seguiremos después de los juegos, en la plaza -anunció Poletl

Pero Témac estaba desencantado.

-¡Ahora! -dijo.

Tomtl negó con la cabeza.

-Ahuizotl los reclama -insistió.

Poletl se acomodó el turbante de plumas y se despidió.

14.- En un círculo sobre la arena amarilla, en medio de otros jóvenes de su edad, Lal escuchaba atento al maestro Huipozix. A su lado, con un codo apoyado en el suelo estaba Poletl y al frente Gothehuc, el hijo ^{de su} del sacerdote de la Pirámide Negra.

Huipozix dibujaba con una espina de maguey en un círculo de arena humedecida. Al lado de cada palabra escrita en nahuatl, iba poniendo su equivalente en el idioma que había aprendido en Castilla. Hacía que sus alumnos la pronunciara como él recordaba y luego avanzaba en gramática y formas verbales. Era sin duda una clase árida y difícil, de incomprensible utilidad no sólo para los jóvenes, sino para los padres que entregaban esa responsabilidad a Huipozix. Pero el consenso en su sabiduría era mayor y nadie objetaba su capricho de enseñar la lengua de un pueblo inexistente. Lal, Poletl, Gothehuc y otros, sin embargo, aceptaban la asignatura como medio indispensable de lograr lo otro, lo que todos esperaban cuando terminaba el día de trabajo y estudio en el calmecac en el y Huipozix los congregaba, alrededor de un cuenco lleno de café o chocolate para contarles sus aventuras corridas más allá de donde se decía que las aguas del océano se transforman en hielos innavegables.

"Quizás fue en el primero o en el segundo de los cincuenta y dos soles que celebramos cuando, con una cabra que me daba leche fresca, una oveja a la que esquilaba para obtener abrigo y un perro

de dientes largos que me defendía, decidí caminar hacia donde las aguas se enfrían.

Nadie estimuló mi viaje, pero nadie tampoco trató de disuadirme. Cada uno escoge el camino de los muchos que siempre enfrenta, aunque éste no sea el de guerrero o de sacerdote. No ignoraba que no tendría esclavos, ni prisioneros para honrar a Tlaloc o a Huitzilopochtli, pero también sabía que esos dioses, si bien parecen regocijarse con los sacrificios, nunca los han pedido, ni parece reclamarlos el sol cuando amanece.

Dejé atrás el lago con sus terraplenes, sus puentes móviles y sus barcos y también a Tenochtitlán. Ahí quedaba también mi familia y mis amigos y miré hacia atrás por última vez para ver la niebla verde que, en las tardes de verano, protege la cumbre del Popocatepetl.

Viajé mirando el nacimiento del sol hasta que llegue a la orilla del mar. Para ello atravesé muchos pueblos y hube de convencer a muchos guerreros que yo sólo era un peregrino. En eso me ayudó la cabra, la oveja y mi perro. Sólo al cabo de varias jornadas de viaje enfrenté selvas solitarias de hombres y dejé atrás sacerdotes que adoraban con la misma ferocidad que nosotros, otros dioses de párpados cansados y ojos indiferentes.

Después y por muchas semanas seguí el contorno de las playas y los acantilados, entonces el mar engullía al sol siempre por mi mano derecha. Encontré tierras más calientes que las nuestras y aguas más tibias, donde pude pescar peces de carne blanca, redondos como la luna y que duermen en la arena, cerca de la orilla. Dudé de

quienes algún día me habían dicho que en esa dirección encontraría montañas de hielo y tierras planas donde caía tanta nieve como en las cumbres de nuestras sierras, pero nunca abandoné la esperanza. No iba en busca de riquezas, de tierras ni de poder, ambas podía haberlas logrado con mayor economía en mi ciudad. Quería saber, eso sí, dónde termina el mundo, porque esa era la mejor manera de comprender a los hombres y al lugar donde había nacido.

Quería averiguar también si los dioses que nos protegían y a quienes ofrendábamos nuestros más valientes prisioneros y a veces nuestras más hermosas niñas, eran también los dioses de esas naciones finales.

Pero durante mucho tiempo nada pude averiguar. El sol se había mudado de horizonte y otra vez se ocultaba en la dirección que yo seguía. No abandonaba la proximidad de la costa desde la que observaba arrecifes interminables y transparentes.

La cabra murió después, y la oveja sirvió de tributo a una manada de lagartos carnívoros que me atacó en unas ciénagas calcinantes. Mi perro arrastraba con pena sus patas llastadas, cuando penetré en regiones de vegetación distinta a la que conocía. Entonces por primera vez abandoné el contorno del mar y me adentré en esos bosques. Vi enormes árboles de hojas finas y aguzadas, pero de corteza gruesa y frutos leñosos e incomedibles, ratones de cola encrespada y abundante y perros nocturnos de distintos colores.

Una noche me desperté rodeado por hombres semidesnudos que usaban las plumas como las usan nuestros soldados, pero que hablaban un idioma rudo e ininteligible. No me hicieron daño, pero con gestos que no era posible confundir, me hicieron salir de sus

tierras, las últimas en las que, sin ayuda, hubiera podido sobrevivir en el invierno que se avecinaba.

Porque casi sin percibirlo me aproximaba a mi destino. Las tardes eran más frías a medida que seguía avanzando en la dirección a la que me había obligado y la lluvia hería, como hiere el agua del primer arroyo del deshielo.

Un mes después murió mi perro, no resistió una noche en que escarchó el rocío, y al día siguiente tuve que matar un enorme animal de cuernos abiertos e interminables como las alas del cóndor. Salé parte de su carne con la sal que aún me quedaba y curtí y suavicé su piel, gruesa y suficiente para el tiempo que sufría.

Los días eran más cortos pero pasaban con prisa a medida que la temperatura bajaba, hasta que una tarde de cielos claros y vientos racheados y desde un elevado promontorio pude ver otra vez el mar. Era una ensenada de contornos lúgubres que producía un hechizo instantáneo y aberrante. Era también una roca desnuda y colosal, en medio del agua blanca y efervescente, que parecía el puño maligno de una criatura rudimentaria que subitamente se hubiera levantado desde el fondo del océano.

Conté, entonces, ciento cuarenta y seis jornadas desde que saliera de Tenochtitlán.

La noche se llenó de estrellas mientras yo contemplaba esa isla y la constelación de la Pirámide, que en esa comarca se veía más completa y cercana, tuvo que recorrer todo su camino en el cielo para que yo le encontrara un significado.

Al amanecer se levantó un viento cortante y pude, con

facilidad, obtener ramas de los árboles que carecían de hojas. Los álambres se quebraban como si estuvieran sin vida. Hice un fuego con esa leña que carecía de humo y preparé un cocimiento con la corteza de los cactus que había recogido antes de salir de México. El frío, que aumentaba a pesar del sol que se encumbraba en un cielo sin nubes, me obligó a agregarle a la bebida la esencia de un peyotl.

Después la tomé con largos sorbos, con los ojos fijos en esa isla de piedra negra.

15.- Lal pidió a Pitzl y Nuwel que se retiraran a sus dormitorios y a Tezomozac que guardara su sueño para otra noche. No confiaba en Gothehuc ni en Qej, ^{con seguridad} ya advertido de todo lo sucedido. X

Tomó a Gasa por los hombros y la llevó hasta el balcón. Allí se sentaron en el borde de piedra rosada que miraba a Tenochtitlán, hacia el extremo opuesto de las pirámides y la plaza.

-Han matado a Huipozix -le dijo.

Gasa lo miró, incrédula al comienzo, con los ojos húmedos después, pero no lloró. Su voz, en cambio, sonó firme, resuelta. X

-Era el único que podía ~~convencer~~ a Ahuizotl.

hacer cambio de opinión

-El único no, pero su palabra habría sido importante.

-¿Por eso volviste?

Lal buscó en un canasto un tabaco y lo encendió con una brasa del resinero.

-Haré el viaje que nos enseñó, Huipozix decía que era posible dialogar con ellos... *en la Tierra Lejana.*

-¿Irás solo?

-Mañana hablaré con el Cihuacóhautl, él me proporcionará hombres y recursos -Lal mostró el papel que había recuperado del escondite bajo la pezuña de piedra de la salamandra -sé como llegar hasta la tierra donde viven esos hombres y sé, también, con quién de ellos tengo que contactarme.

-Mabnolia, anoche, me hizo llamar.

-Era un secuestro, planificado a última hora por Qej.

El perfume del cigarro de Lal despertó al guacamayo y Gasa se puso de pie. Abajo, en la calle, vio a una pareja de campesinos que ya arreaba una jauría de perros al mercado. Cuando los perdió de vista, en los callejones que desembocaban en las ciénagas, se apoyó en el palo de calambuco de la jardinera.

-Tampoco nos gusta la matanza de perros -comentó.

-Es necesario, a veces -dijo Lal recordando las pasadas hambrunas.

-Mabnolia no fue amable. *recuerda Gasa*

-Ni lo volverá a ser, somos sus enemigos y los de Qej.

-¿Te escuchará Ahuizotl?

-También recibirá los consejos y las opiniones de Gothehuc.

-¿Y la palabra de Qej?

X

-Poderosa.

-¿Crees en Huipozix?

-Creo en lo que vio y en lo que anunció.

Los sorprendió la aurora a Lal y a Gasa y con la primera luz el primer grito.

-Qej se está poniendo al día -dijo Lal.

Gasa se había dormido a su lado y se despertó sobresaltada.

-No podremos quedarnos aquí -dijo.

-Irás donde tus padres, con Pitzl y Nuwel y allí me esperarán.

Lal se puso de pie.

-¿Cuánto tardarás?

-Allí estarás segura hasta mi regreso.

-¿Cuándo...?

-No lo sé...-Lal miró el cielo -Ahuizotl me espera, ya no te veré hasta que vuelva de la Tierra Lejana..., se prudente y despídeme de mis hijas...

16.-

1aL.

Pdett. en la plaza, pidiendo permiso a la tía Joretila que se distraían

-No puedo acompañarte hasta el palacio de Isabel -dijo

con el pretexto de los concubinos y sus hijos

-Es cierto -Gaonás se detuvo.

-¿Por qué no...? basta con que te quedes callado y no delates tu procedencia -Colón había adquirido, de pronto, un fuerte acento genovés.

-Eso también es cierto -corrigió Gaonás -tendrían que ser adivinos para saber adonde aprendiste el castellano.

-Esa piel que llevas es de animal no conocido en la meseta -observó Colón.

-Es reversible -informó Colón recogiendo su abrigo de piel de ocelote y mostrando su forro de fibra impermeable.

-Tranquilo -advirtió Gaonás -en palacio tampoco conocen la fauna que se cría en la China o en Cipango.

-Habría que inventarle otra leyenda, porque dice Polo que por allá no engordan tanto.

-Párele, amigo -laL sujetó a Colón por una manga -que más que huesos se necesitan para atravesar el océano.

-Una vez más laL tiene razón -Gaonás parecía estar divirtiéndose.

-Contigo a bordo y las bodegas vacías, o tu crees que las carabelas no tienen fondo.

Gaonás rió.

-Basta, ahora podemos salir -anunció.

laL soltó a Colón y se echó el abrigo en los hombros.

-¿Tú idea es cruzar en una carabela...? -le preguntó.

-En una no, en dos o en tres, en cuatro sí es posible -respondió Colón.

-No es el más marinero de los barcos.

Colón se puso pálido.

-¿Qué estás sugiriendo?

-Un grewar, con ese pasamos.

Colón descolgó su tabardo.

-¿Qué es eso?

-La embarcación que usan los Navegantes.

-¡Qué te has imaginado..! -gritó Colón -¿qué un genovés se suba arriba de una de esas porquerías...?

-¿Y cómo crees que llegué hasta acá?

Gaonás ~~conocía~~ había oído del humor de Colón, sobre todo de su mal humor.

-¡Vamos de una vez! -insistió.

Colón, con la cara descompuesta se puso el tabardo y la capa.

LaL miró a Gaonás.

-El genio que se gasta, los tripulantes deben adorarlo.

-No necesito a ningún indio para que me lleve a donde sé que tengo que ir -Colón habló en italiano y apuntó con un dedo a Gaonás -se lo puedes repetir en su idioma si no entiende bien las lenguas civilizadas.

-Dice lo disculpes -tradujo Gaonás que al mando de una nao se comporta mejor.

-Traduce bien, estúpido, yo no he dicho tal cosa -Colón trató de agarrar a Gaonás y se quedó con su peluca entre las manos.

-Eso sí que no te lo aguanto -dijo Gaonás tocando sus cuernos indefensos, erizado el vello blanquecino que los cubría.

-Parecen niños chicos -LaL interpuso su corpachón, arrebató el pegote pelusiento de las manos de Colón y lo la tiró encima de la

cabeza calva de Gaonás -estamos perdiendo el tiempo.

Gaonás se acomodó la peluca, carraspeó enfurecido y salió a la calle. El aire estaba templado y el sol naciente cortaba la calle empedrada en dos cintas, una de luz, otra de sombra. Por una de ellas caminó Colón, por la otra laL. Gaonás, guiándolos y haciendo a un lado a pordioseros y mutilados, a veces se llenaba de luz, a veces de oscuridad.

La veleta de la capilla del palacio donde residía Isabel y Fernando no tardó aparecer entre los techos de las callejuelas de Granada. Por instinto Gaonás se apegó a los muros, por instinto Colón y laL lo imitaron. Nadie sin embargo les salió al paso. A tal punto había sido de fácil el trayecto que Colón sospechó, no sin cierta razón, que la encerrona se las harían adentro, detrás de las murallas.

Porque de súbito, al dar vuelta una esquina, vieron las puertas de la fortaleza. Apenas dos soldados armados con arcabuces hacían guardia junto a ellas.

-¡Mi madre...! -exclamó Gaonás, deteniéndose.

No había foso, puente levadizo ni fieras aladas que obstaculizaran el camino hasta Isabel.

-No me gusta -dijo laL.

-Ya estás pensando como corresponde -coincidió Colón.

-No podemos volver atrás, confío en Isabel -Gaonás reinició la marcha.

Cruzaron la puerta como si hubieran sido tres antiguos habitantes del castillo, sin que nadie les preguntara nada, sin que los centinelas interiores bajaran sus alabardas y les dieran el

¡quién vive!

Atravesaron el primer patio de mosaicos, brillante por el hielo el brocal del pozo que había en su centro y pasaron bajo la arquería, para entrar al períptero.

En su pórtico, inmóviles, los alféreces portaban los estandartes con el blasón de los reyes.

Colón sonrió y dio un codazo a laL que trataba de mantener el ritmo de la marcha.

-Las banderas señalan que Isabel y su marido están adentro.

-En todas partes es igual -dijo apenas laL.

Porque trataba de tragar aire con vehementes bocanadas, se le oía sonar el corazón detrás de las costillas y casi no podía hablar.

-¿Estás bien? -preguntó Gaonás, esperándolo al inicio de una larga escala de piedra.

laL se sentó en un banco de piedra, a la derecha del primer peldaño.

-En tres minutos estaré bien -dijo.

-No voy a hacer comentarios, después te enojas -dijo Colón, impaciente.

-Ahora me los merezco, prometo dejar de comer azúcar -dijo laL menos agitado.

-¿Azúcar...? ¿hay azúcar en tu tierra? -Colón retrocedió los cuatro escalones que ya había subido.

-La que quieras.

-¡Entonces no es cierto...! me mintió Laccalle, no hay nada más que agua entre España y las Indias, de las Indias has venido

Las Indias

porque desde allí viene el azúcar...

laL se puso de pie.

-Puedo seguir -dijo dirigiéndose a Gaonás.

-Un momento -Colón ocupó el banco donde había estado sentado
laL -de aquí no me muevo hasta que me des una explicación...,
llegar a las Indias zarpando hacia occidente es una insensatez si
no hay nada de por medio y no necesito de tu presencia para
saberlo, pero no acepto engaños...,¿de dónde vienes...?

-No seas tan suspicaz -laL alcanzó a Gaonás en el quinto
escalón.

-Si alguien quiere hacerme creer que mis teorías, que hasta
que tú llegaste tenía por secretas, son ciertas, entonces ni
secretas ni ciertas. Detrás de todo estará estará Torquemada, de
seguro, que si te ha enviado es porque quiere hacerme emprender el
viaje, entonces Sardot y Talavera tienen razón y yo estoy
equivocado...

-Te voy a decir lo que estaba por decirte hace algún tiempo,
Colón -alegó Gaonás -¡estás perturbado de la mente!

-Harto esfuerzo me ha costado llegar hasta aquí -dijo laL -
para seguir escuchando estupideces, vamos de una vez por todas.

Pero a Gaonás se le había ido, de repente, el color de la
cara.

Colón se levantó.

También había visto a Sardot que, con los brazos abiertos y
la mirada extraviada, trataba de equilibrarse en el extremo
superior de la escala de piedra.

-¡Se viene abajo! -pronosticó.

-Es que le comieron la cola, por eso le cuesta mantenerse en pie -explicó Gaonás.

Pero Lal, con la agilidad que ya Colón le conocía, subía de a dos en dos los escalones. Porque detrás de Sardot, con camisote, zaraguellas y calzas bermejas y escoltado por tres granaderos, y del brazo del marqués don Cándido de Alpujarras había aparecido gothehuC.

El sol estaba sobre sus cabezas y el aire cargado de humedad, pero Témac, Elalq y Pitzl no paraban de reír. Desde hacía una hora, en la plaza, cerca de donde los hombres pájaro volaban atados al palo de capulí, escuchaban la continuación de la historia que les contaba Poletl.

17.- (La alucinación de Huipozix)

La bebida me reconfortó -para Lal, Gothehuc o Poletl el

tiempo no pasaba al lado del maestro y mucho menos cuando él relataba las experiencias de sus viajes -y pude dormir las horas que, durante la noche, me había quitado el frío.

Cuando desperté la isla había cambiado de aspecto, como si durante mi sueño un cataclismo descomunal hubiera trastornado a la naturaleza y poblado de seres fantásticos esa parte del planeta. Desde lejos ví lo que parecían ser enormes bloques de granito, de siniestra simetría y extraño resplandor, que habían surgido de las entrañas de la roca mientras estaba dormido. Varias horas me demoré en acercarme lo suficiente para darme cuenta que todo aquello era una gran ciudad. Lo que había confundido con gigantescos cubos de piedra, eran construcciones de las más diversas formas, todas de tamaño desproporcionados~~X~~ en relación a su habitantes, los que eran semejantes a nosotros. Unas tenían la forma de nuestras pirámides, otras eran cilíndricas, otras cuadradas, esféricas, oblongas, pero todas se encumbraban hacia el cielo, en alturas que era imposible medir. Sus calles eran angostas como las nuestras, pero frías y sin sol y ni un puñado de tierra se podía recoger de su superficie gris y endurecida. Las mujeres y los hombres que la vivían tenían la piel de distintos colores y muchos de ellos atravesaban la ciudad en carros veloces, cerrados y ruidosos. Desde el subsuelo llegaba el lamento espantoso de lo que pensé debía ser alguna criatura encadenada, pero después comprobé que era un gran gusano metálico, amaestrado por esos hombres, que perforaba lo intestinos de la ciudad en todas direcciones.

Alcancé la isla a través de un puente que podría atravesar Tenochtitlán desde un extremo al otro y bajo el cual cruzaba un río

de aguas sucias y aceitosas.

En mi trayecto hacia centro de ese lugar me topé con hombres y mujeres que vestían de variada forma, algunos con pieles crudas como las mías y sandalias insuficientes para el granizo permanente que azotaba la ciudad, otras con atavíos de brillante color negro, los más con ajustadas telas de color azulino, raídas en las rodillas y que se protegían del hielo con capotes de tela verde y sombreros con plumas de pájaros menores.

Al principio yo caminaba junto a los muros de esas empinadas torres, pero nadie se fijaba en mí. A media mañana el frío me traspasaba y entré a uno de esos edificios. Adentro el aire estaba cálido y perfumado y como en un gran mercado se exhibían diferentes productos cuyo uso y utilidad mi sueño no me supo interpretar. Las feriantes y otros tenderos me miraban con desconfianza, pero también me ofrecían sus mercaderías y me perfumaban las manos con licores que extraían desde frascos de cristal.

Pude ascender a los niveles más altos de esas grandiosas construcciones encerrado en cuartos herméticos y vertiginosos y también impulsado por escaleras como las de nuestras pirámides, pero vivas y ondulantes como una serpiente atrapada en un nopal.

Ni aun en la corona de la más empinada de esas pirámides pude encontrar un altar, o el olor de la sangre, o la sombra ~~de~~ ^{de un} sacerdote, ~~o el cráneo podrido de algún sacrificado.~~

Las mujeres y los hombres caminaban sin rumbo y sin sentido y sólo se detenían ante unas luces rojas que colgaban en la confluencia de las calles. Todos llevaban sus alimentos en las manos y comían mientras caminaban y caminaban mientras comían.

Yo, aunque tenía hambre, no me atreví a entrar en las casas donde preparaban y vendían unas tortillas gruesas y esponjosas y donde asaban la carne y freían las papas. ^{patos vegetales,} Tampoco quería mostrar el oro que llevaba, porque aunque había visto joyas expuestas detrás de gruesas vidrieras, collares, anillos y amuletos cuajados de esmeraldas y rubíes, aquél era un oro liso, como sobado, una amalgama impura, sin duda de poco valor. X

Cuando el sol, nítido pero entumecido, alcanzó su cénit, los habitantes se lanzaron a la calle o se agolparon en las ventanas. Algo esperaban, que se produjera afuera, quizás un eclipse o que bajara desde el cielo su propio Huitzilopochtli o algún otro dios ^{desconocido} desconocido para mí. X

Eran miles y miles que contenidos por gruesos cordones sobre la calzada o colgando desde el reborde de sus elevadas ventanas, miraban el oriente como si creyeran que ese día otra vez iba a amanecer.

Entonces desde el fondo de una gran vía, ancha como las explanadas donde se levantan las viejas pirámides de Teotihuacán, vi venir un desfile de guerreros. Era una columna interminable que llenaba la avenida y que marchaba bajo una lluvia de papel que caía desde la cumbre de los inmensos edificios.

Y ocurrió algo extraordinario. En una esquina reconocí un paisano. Hoy lo recuerdo bien, porque sin ser alto era corpulento como Gothehuc, tenía la nariz maciza de Poletl y de alguna manera miraba con curiosidad, como todo lo mira Lal. Y aunque hablaba ese idioma que nunca había yo escuchado, me atreví a preguntarle, rpimero en nahuatl, qué era lo que estaba sucediendo. El hombre me X

miró con curiosidad, pero entendí que me pedía que repitiera mi pregunta, cosa que hice modulando con cuidado las palabras. Y él me respondió. Me habló contaminando nuestro idioma con vocablos ininteligibles, sorprendido que yo pudiera expresarme con las palabras que, muchos años antes, había escuchado en su tierra a su abuelo.

Después se puso a aplaudir y a gritar como un poseso y me mostraba a un hombre obeso y calvo que pasaba en un carro descubierto.

"Fue el que ganó la guerra", me dijo desinteresándose luego de mí y confundiéndose con la muchedumbre enloquecida. En cuanto hubo terminado la farándula las calles quedaron otra vez casi vacías, alfombradas por el papel picado que otro regimiento de hombres se puso a barrer. Yo me refugié en una plaza, la única que encontré, oriné contra un árbol y me senté en un escaño tratando de encontrarle un sentido a aquella ciudad y a lo que había visto.

Pronto, sin embargo, se me acercó un habitante con la piel de su cara negra como el mineral de la obsidiana. Se había apiadado de mí, porque sacó de un bolsillo una bolsa amarilla y me ofreció un trozo de masa que llevaba encima una pasta de tomates y un poco de queso seco y frío.

Acepté encantado, pero sólo supe darle las gracias con una inclinación de cabeza. El negro aquél creyó que yo era sordo y mudo porque desde ese instante no me habló más y se dirigió a mí con señas de sus manos enguantadas.

Me llevó hasta la boca de un túnel que descendía abruptamente y que se comunicaba en lo profundo con otras galerías sin fondo y

sin fin. A medida que nos internábamos en ese laberinto aumentaba la temperatura y pronto ya tuve que arrastrar, tras de mí, el pesado abrigo de pieles con el que me abrigaba en la superficie. Caminamos sin detenernos hasta llegar a una caverna espaciosa, donde se respiraba una pestilencia más penetrante que la de la misma sangre. "Aquí tienen las piedras del sacrificio" me dije buscando con la mirada los cuévanos llenos de los corazones de las víctimas. Pero si bien no los encontré, sí descubrí a sus sacerdotes, que usaban trajes ajustados, y que como los nuestros, cuando ofertaban su sangre pinchándose con espinas de maguey, se clavaban las venas con agujas de metal.

Como no conocía sus dioses, rechazé también sus espinas, lo que provocó las iras ^{de un hombre de piel blanca} del negro que me ^{las espinas} había conducido. Acostumbrado como estaba de reconocer con la pisada el camino que recorro, habituado a atravesar los pontones y las lenguas de tierra por las que se llega a Tenochtitlán, no necesité de ^{ninguna guía} su compañía para regresar a la superficie.

Afuera empezaba a oscurecer y los carros, abarrotados de luces, merodeaban por las calles ululando como los grandes buhos que anidan en el Popocatépetl. Los hombres las mujeres y los niños huían y se ocultaban desesperados, unas veces lograban refugiarse detrás de las pocas puertas que quedaban iluminadas, insultaban a quienes se les cruzaban en el camino, escupían el suelo invulnerable y desaparecían sin dejar más rastro que los vestigios del mismo olor que había sentido en las profundidades de la ciudad. Otras veces, sin embargo, eran atrapados por hombres gigantescos que buscaban en sus brazos las huellas de las espinas rituales y

que los subían a golpes de sus bastones en los carros, perdiéndose después por las zonas más sombrías de la ciudad.

Envuelto en la piel de la pantera, en el rincón más apagado, junto a la grotesca cantería de una columna de piedra, me quedé dormido.

Cuando desperté todo había desaparecido, sólo la gran roca estaba todavía en la bahía. No había en ella signo de cataclismo alguno y si no hubiera sido por una canoa con tres tripulantes que bogaban desde la orilla de la isla, habría jurado que también deshabitada.

* * * *

-Fue el peyotl -apuntó Gothehuc.

-Es posible -replicó Huipozix -pero los sueños siempre están relacionados con las circunstancias, con las vivencias, con las experiencias de quien los sueña...

-Y con el lugar en donde se los sueña -acotó Lal.

Huipozix sonrió. La lección, por esa vez, había terminado.

18.- Lal se hizo presente en la residencia del Cihuacóhuatl a la hora precisa en la que había sido citado. Los edecanes lo hicieron pasar a una sala contigua al despacho de Ahuizotl, le sirvieron una jarra con chocolate y vainilla y le pasaron un cigarro de tabaco insular ya encendido.

Lal agradeció las atenciones y se sentó. Su cuerpo, igual que el del hombre que esperaba en el cuarto paralelo, al otro lado de la estancia, tenía dificultades para acomodarse en las estrechas sillas del palacio. El suyo por la obesidad, el de Gothehuc, que también aguardaba, por la recumbencia.

"Ya bajaré de peso", se prometió una vez más.

Ahuizotl los recibió cerca del medio día. Era su costumbre y ni Lal ni ^{Gothehuc} Cothehuc lo ignoraba. Decía que así el ánimo de los contendientes se apaciguaba y quedaba tiempo para la reflexión, más que necesaria cuando que había que resolver o coincidir en la solución de los conflictos. Esta vez, sin embargo, Ahuizotl no lo hubiera conseguido ni con todo el tiempo del mundo.

Primero habló el guerrero. ^{Gothehuc} Cothehuc insistió en el necesario fortalecimiento de los ejércitos, en las obligadas e inmediatas alianzas con los reinos vecinos, por débiles que ellos fueran, en el aprovisionamiento de pertrechos y también en el envío de avanzadas de alta preparación militar que esperaran a los

extranjeros en la islas orientales, por donde obligadamente tenían que pasar. Había que darles guerra sin demora y sin tregua, aniquilarlos y destruir las naves en las que se suponía atravesarían el océano. Las vanguardias tendrían, de este modo, dos misiones. Una, combatirlos hasta el exterminio si era posible, dos, alertar a los destacamentos del continente de la llegada de los invasores.

Huitzilopochtli se regocijaría con el sacrificio de esos extranjeros barbados, sería sangre de sabor distinto para los dioses y para el sol.

No había que descuidar la labor de inteligencia, Gothehuc sugería infiltrar desde ese momento los ejércitos vecinos, ni dejar que se siguieran deteriorando las fortificaciones en Tenochtitlán y en las aldeas cercanas. Insistía en que era el momento de reemplazar las lanzas de madera y los cuchillos y espadas de obsidiana y pedernal por otras de metal fundido que ya sabían trabajar y poner todo el esmero en la formación militar de los soldados más jóvenes.

No descartaba enviar delegaciones hacia el sur, hacia la gran tierra que está más allá de las marismas calientes del golfo, de los extensos sables de arena movediza, del ceñido istmo, porque era indispensable alertar y unirse a esos pueblos, que sufrirían también las correrías de esos hombres audaces e inescrupulosos que vendrían de la Tierra Lejana.

Después le tocó el turno a Lal. Afirmó, desde un comienzo, que comprendía las aprensiones de Gothehuc y que sin duda esos hombres eran potencialmente peligrosos. Pero era incuestionable que su

maquinaria de guerra era superior y que en una confrontación total las posibilidades a largo plazo eran nulas. Que con ello no quería descalificar a los guerreros ni a los generales de Gothehuc, él mismo muchas veces había entrado y conducido batallas y conocía el valor de esos hombres, pero cuando la diferencia está en la tecnología, la táctica y la estrategia pasan a ser elementos secundarios.

Proponía Lal acercarse a los Descubridores, ganarse la confianza y aprender de ellos, sin servilismo ni humillación. Obtener sus conocimientos y aplicarlos a la cultura propia, intercambiar experiencias y productos y obtener reciprocidad en la ocupación de tierras y usufructo de ellas.

Lal estaba de acuerdo en que por ningún motivo había que descuidarse y que había que advertir a los jefes de esos hombres que mientras estuvieran en territorio extranjero, por leyes extranjeras se regían. Salvo un acuerdo entre las partes. Tampoco se le habría ocurrido aconsejar que se desmovilizaran los ejércitos, no, era partidario que se mantuvieran alerta y con toda su capacidad operativa.

Ahuizotl devolvió a su asistente el tabaco que no había dejado de fumar mientras escuchaba a los dos hombres. Se quedó todavía un rato en silencio y después pidió a su amanuense que continuara copiando.

—Una cosa me ha quedado clara, dijo,—y es que hay una fuente en común en el origen de sus suposiciones y conocimientos: Huipozix y él hoy está muerto y no puede hacer un juicio personal de las opiniones que he escuchado.

S | No obstante lo anterior, las conclusiones a las que llegan y las políticas que exhortan son por completo contradictorias.

S | La seguridad que ambos tienen en la existencia de esos pueblos más allá de las Aguas, del temor de Gothehuc de morir si no los combatimos y el de Lal, de consumirnos si no los recibimos me parece inconveniente.

-Entre el blanco y el negro hay mucho que pintar, le escuché personalmente al viejo tonto de Huipozix alguna vez -dijo Ahuizotl.

Pidió entonces que le trajeran el calonche y el mezcal, mezcló esas bebidas con el licor de la corteza de la naranja y dio un vaso lleno hasta el borde a Gothehuc y otro a Lal.

Ahuizotl había tomado una determinación.

-Viajarán a esa lejana Tierra Lejana -les dijo -y volverán con un testigo de ellas. A él interrogaré y según lo que perciba de lo que él me diga o me mienta, decidiré.

S | Tienen tiempo para ello. Coincide Qej con Huipozix en que no seré yo, sino que mi sucesor quien gobierne nuestro pueblo cuando los hombres blancos y barbados, cuando Quetzalcoatl pise nuestras playas.

El Cihuacóhautl se puso de pie y llamó a Yatlatl, el tesorero.

-Abrirás para estos hombres la cámara subterránea -le ordenó -donde podrán hurgar y tomar lo que quieran. Por una sola vez.

Después se despidió de Lal y de Gothehuc.

-He sido generoso, aunque no sé si el oro y las esmeraldas tienen valor en ese nuevo mundo.

Lal y Gothehuc salieron por las puertas por donde habían

seus dominus per visum.

entrado. LaI ya había tomado la decisión antes de hablar con Ahuizotl, Gothehuc nunca pensó en desobedecerlo.

Se encontraron una sola vez, antes de partir a su remoto destino, ante la cámara del tesoro del Cihuacóhuatl. Ambos salieron con la bolsa llena de oro, de plata y de piedras preciosas. Huipozix les había llamado la atención sobre la avidez por las riquezas de los españoles, de los portugueses, de los italianos y también les había revelado la forma de contenerla. Sólo mostrándole lo que podían conseguir, se desinteresaban por lo que ya tenían en la mano.

"Te devolverán los cien que te han robado, si les enseñas dónde pueden obtener mil" -les había enseñado Huipozix.

- Polett se aclaró la garganta

19.- LaL no alcanzó a acercarse a gothehuC. Tres granaderos de la reina se le interpusieron en el camino.

-Pareces un payaso, gothehuC... -le dijo.

-¡Deténganlo! -gothehuC dio un paso atrás.

Los soldados no se movieron.

-¿Dónde crees que estás...? -preguntó laL.

-Tenemos una audiencia con Isabel -intervino el marqués de Alpujarras.

Pero ya Colón y Gaonás estaban junto a laL.

-Esfúmate -Gaonás agarró a Sardot por el faldón de su cuera - ya te expulsó del salón la reina.

-Del salón, no del palacio -se defendió Sardot.

Los tres granaderos se miraban entre sí no atreviéndose a actuar.

-A un lado, infelices -Colón desenvainó su espada.

-Es Colón -dijo uno de ellos.

-No es contigo, Colón -dijo gothehuC.

-Si es con laL, es conmigo, extranjero -Colón le puso la espada en el pecho.

-La reina te espera -Sardot no podía zafarse del abrazo de Gaonás.

Colón bajó la espada. Aprovechó la distracción gothehuC y con una daga que extrajo, solapado, desde su guirindola se abalanzó sobre laL.

No lo alcanzó. Voló una piedra desde el pórtico y se desintegró en la frente del tramposo. Sus esquirlas, rojas como las semillas de una granada, estuvieron un segundo en el aire cual avispas sanguinolentas. gothehuC, sin embargo, no se desplomó.

Entonces se abrieron las puertas de cedro y bronce del salón de las audiencias. Al fondo, junto a Fernando, rodeada por sus consejeros y por los integrantes de la comisión de Hernando de Talavera, y sentada en el trono de Boabdil, estaba la reina Isabel.

Todo quedó suspendido y en silencio. Sólo laL volvió los ojos

y descubrió a cozcamallI, de pie en el rellano de la escala, que casi sin moverse ponía otra piedra en la correa de su honda.

-¡A un lado -ladró Gaonás soltando a Sardot y empujando a uno de los granaderos -que te envío de mogataz...!

El granadero lo amenazó con su alabarda.

¡Qué no soy moro, cabrón...! -gritó.

-¡Qué más te valdría...! -Colón golpeó con su espada el arma del soldado que trastabilló. Pero el hombre, apoyando la cola en el piso, cobró impulso con la lanza en ristre.

Malogró el esfuerzo, sin embargo, porque Gaonás con un giro deslizó su botín bajo su rabo. Habiéndosele escurrido aquél puntal, el granadero se vino abajo, con su alabarda enredada en la armadura y con el eco ronco de un caparazón vacío.

-¿Moros...dónde hay moros...? -corriendo desde los aposentos reales, con la mano en el pomo de su sable y seguido por diez soldados, el capitán Diego De la Hozmocha intimidó a los que estaban en la antesala.

-Moros no, pero así de estúpidos... -Gaonás se interpuso.

-¡Quietos todos! -vociferó el capitán.

-Nos han agredido para matarnos -Colón señaló al granadero caído y a gothehuC, aún confuso por la pedrada.

-Sus orejas, sólo me interesan sus orejas -gothehuC se limpiaba la sangre con el elegante puño de su camisa, apuntando a laL.

-¡Las orejas..., las orejas! -aquí están todos dementes -gritaba Gaonás.

-Sólo Colón...

-¿Cómo te llamas? -preguntó De la Hozmocha a Gaonás.

-...fue convocado -alegó.

-Pierre Louis Gaoneaux -dijo más tranquilo -y lo que alega este infeliz no es cierto, la misma reina me ha pedido que le traiga a Colón.

Nueve de los diez hombres, con sus espadas desenvainadas los rodeaban, el décimo subía trayendo por delante a coscamalli, que reía.

De la Hozmocha extendió una ordenanza enrollada y leyó.

-Cristóbal Colón, natural de Génova, sí -dijo -Gaoneaux no aparece ninguno...

-Gaonás me dicen aquí.

De la Hozmocha levantó los ojos del papel y lo miró, inquisitivo.

-Gaonás... -dijo, recordando -¿no es a tu cabeza a la que le han puesto precio en Flandes?

-Puede ser -replicó Gaonás -pero estamos lejos de Flandes, así que olvídate de esa recompensa..., y ahora, idéjanos entrar!

De la Hozmocha bajó la mano con la ordenanza.

-De acuerdo, pero sólo los dos nombrados -dijo ordenando a los granaderos que regresaran a la sala de guardia.

Colón, Gaonás, De la Hozmocha y sus hombres ingresaron a la sala y sus puertas se cerraron detrás de ellos.

~~***~~

-El duelo, ahora el duelo... -pidió Temac.

-Te estás saltando algunos episodios -dijo Poletl.

✓

-¿Duelo..., entre laL y gothehuC? -preguntó Pitzl?

-¿Quién gana? -Elalq, entusiasmado se levantó.

Em ese momento una larga fila de hombres se acercaba a la gran Pirámide Negra, contigua al lugar donde Poletl, la muchacha y los jóvenes habían pasado la mañana. Unos iban adornados con plumas de quetzal y de flamenco, otros con pieles vivas de animales recién cazados. De a uno, sin más vigilancia que la de dos guerreros que encabezaban la marcha, empezaron a subir la empinadas escalas de piedra de la Pirámide.

Pitzl dio vuelta la cabeza. Témac y Elalq, separándose de Poletl, se interesaron en la procesión.

-Está bien -dijo Poletl -pueden ir.

Témac y Elalq se alejaron, corriendo.

-Yo no quiero...

-Yo sé -Poletl tomó de la mano a la niña y le dio la espalda a la plaza y a la Pirámide -no en vano eres hija de Lal...

-¿Y Témac..., y Elalq...?

-Ahuizotl es un hombre sabio, que comprenderá..., entonces para Témac será más fácil. En cambio Gothehuc, el padre de Elalq, es un guerrero y como decía el viejo Huipozix, antes herirá la púa de un nopal el ojo de un águila, que de sangre se hartará un guerrero..., para Elalq será un largo aprendizaje.

De pronto Pitzl se sobrecogió, su mano, en la mano de Poletl estaba húmeda, palpitante como una tórtola asustada. En lo alto había visto el reflejo del cuchillo, alzado por el desnudo brazo ceremonial del sacerdote y había escuchado el grito involuntario de la primera víctima.

-Quizás preferiría tener cola, como los de allá -le dijo a Poletl, arrastrándolo lejos de la plaza.

-No lo sé, pequeña Pitzl -Poletl caminaba junto a ella por una estrecha callejuela, ya lejos de la explanada -sólo te puedo decir que ni en los hábitos, quizás perversos, pero tampoco en la hechura, quizás de bestias, debes buscar lo bueno o lo malo de un pueblo, ni siquiera el futuro de una civilización. Los sacrificios humanos se abandonan, la cola y los cuernos se pierden, de otros principios dependerá la superación de dos mundos que se encuentran, tan imperfectos y tan diferentes a la vez...

Heiprix bajo Salva y Continúa:

20.- La canoa en que venían los hombres estaba envuelta en la corteza de los árboles que allí crecían. Uno de ellos la guiaba y la impulsaba al mismo tiempo. Tenía la piel oscura como la mía y llevaba una pluma cenicienta en el cintillo que le ceñía una larga cabellera. Vestía con pieles de conejo y remaba apresurado, levantando la cabeza para no perder el rumbo. Las aguas estaban quietas.

Los otros dos hombres eran diferentes. De pie en el fondo de

la barca, apoyados en el carel, medían a lo menos una cabeza más que cualquiera de nosotros. Llevaban barba y también el pelo largo, ^{rojo como una lengua de fuego} pero amarillo como el maíz. Usaban amplias pellizas de piel negra, semejante a la del visón, cascos de metal de rara cornamenta y grandes botas de cuero de las que sobresalía el vellón. X

Desembarcarn chapoteando en la marea y se acercaron donde yo estaba sin desenfundar sus espadas. Los tres llevaban hachas de dos filos cruzadas en la espalda.

-¿De dónde vienes, extranjero? -me preguntó el primero en una lengua que más adelante entendería y aprendería a hablar.

Sin que me interrumpieran les relaté mi viaje, mi sueño y les describí nuestra tierra y nuestras ciudades.

-¿No te hicieron prisionero? -preguntó el joven Gothehuc.

Huipozix se limpió los ojos.

-Esos hombres son fieros en la guerra, pero sus altares están limpios de sangre humana.

Me dieron a tomar una bebida amarga y coronada de espuma que llaman cerveza y me invitaron a que los acompañara en la travesía de retorno a su patria. Cuando les pregunté el camino me mostraron, con el brazo extendido, la gran estrella que ilumina las tierras heladas. Ella brillaba, aún en pleno día.

Nos embarcamos al atardecer y Lars, el jefe, que tenía los ojos oblicuos, hizo que me sentara a su lado, en la alta popa del velero. Era un barco de cuarenta pasos de largo y no menos de cinco de ancho. Su calado era de tal magnitud, que un hombre de pie no superaba su altura. Llevaba doce remos de ancha pala y doce escudos sobre la borda. Una vela de tela gruesa, de lados iguales, que hubiera cubierto la mitad del salón de Ahuizotl, recogía el viento que nos llevaba hacia el norte, como denominaban el punto al que siempre apuntaba la proa. Para guiarse Lars, de cuando en vez, sacaba de una caja clavada junto al timón una aguja de metal ^{con forma de pasador,} vivo que colgaba de un hilo y que mostraba aquella dirección. Ni el viento huracanado ni las gigantescas olas que a poco navegar nos azotaron, lograron desviar ni la aguja, ni la proa. Llevaban agua y alimentos suficientes para cruzar cien veces las aguas de Tenochtitlán y semillas, animales y aves vivas para criar. En recipientes de tablas curvas, bajo la única cubierta, guardaban la cerveza que bebían a discreción.

Pronto perdimos de vista la tierra y los montes más elevados se confundieron con el cielo y con las nubes. Nunca había estado tan adentro en el mar y confieso que el miedo se presentó inconfundible cuando oscureció.

Pero ya iba demasiado enfermo. La piel húmeda y fría, un volcán en el estómago, ya privado de cerveza a causa de los vómitos y la cabeza a punto de reventar me tenían al borde del quebranto. X

Los veinticuatro remeros no cesaban de bogar y no se sabía si la velocidad que llevábamos era obra del viento o de sus vigorosos movimientos.

cuando

Cuandí ví amanecer por quinta vez pude probar algo de carne seca y beber un cuenco con cerveza. Durante más de una semana no vimos más que agua por todas partes y en algún momento pensé que aquellos marinos estaban locos y que el viaje en el que me había embarcado no era otro que su expedición final, una búsqueda ceremonial de sus dioses, en el cielo o en el infierno a los que, desde luego, me ofrendarían. No me apené tanto por ello, ya que sospechaba que por mi posición de rebeldía ante la guerra podía, en plena justicia, ser sacrificado en el altar de Huitzilopochtli, pero no cesaba de preguntarme cómo sería la comparecencia ante dioses ignotos y cuál su sorpresa al encontrar ante ellos una víctima tan distinta a la esperada.

El día trece avistamos una montaña blanca tan grande como el Popocatepetl a la que nos acercábamos a una velocidad vertiginosa. Aunque no soy navegante me atreví a advertir del hecho al capitán, pero Lars me miró indiferente.

-No vamos nosotros a ella, ella viene a nosotros -me dijo.

Efectivamente, esa montaña era una masa vagabunda de hielo, cuya presencia dio nuevos bríos a los tripulantes. Sin duda era una buena señal para ellos. En las faldas de esa mole distinguí algunos osos y ^{unos} otros pájaros que caminaban como prisioneros encadenados. No pude ver hombres, pero de seguro que lo hubieron, como comprobamos cuando desembarcamos en él.

Con una pericia envidiable, Lars condujo el drakkar hasta las inmediaciones de la isla y atracó en una formación congelada, como muelle natural, en el costado que en ese momento iluminaba la luz del sol. Al garrear con el ancla que no tocaba fondo, mandó a sus

hombres sobre el hielo a que clavaran dos piezas de acero. A ellas ataron sendas bozas de cuerda fuerte y trenzada. Así cautiva la nave por la proa descendimos, cuidándose el capitán de dejar a bordo una custodia de tres hombres.

Era como pisar una esfera celeste, un mundo fuera de nuestro mundo, errando por un firmamento mitad de agua y mitad de cielo. Porque aquella masa era del color del mar y del color del éter y no era posible distinguir dónde empezaba uno o dónde terminaba el otro. El tiempo y los días en esa isla eran ilusorios y tan pronto como ella giraba en la dirección del viento, se ponía el sol detrás de las cumbres de nieve y sobre nosotros se despeñaba una oscuridad súbita y densa a la que sólo le faltaba el titilar de las estrellas. Pero así como llegaba, nos abandonaba aquella noche fugaz, atrapándonos un amanecer instantáneo y deslumbrante.

Tres días exploramos ese témpano, tres días en los que, según el instrumento de Lars, avanzamos en el mismo rumbo que llevábamos cuando íbamos embarcados. Al decimoséptimo de haber zarpado y cerca de donde estaba nuestra barca, Lars y yo descubrimos los restos de un fuego y el mango roto de una hacha de abordaje. El capitán se había inclinado para recogerla y parecía haberla identificado, cuando un oso gigantesco se abalanzó sobre nosotros. Con sus fauces abiertas rugía enloquecido y con el revés de una de sus zarpas golpeó a Lars, que se incorporaba.

Nunca había estado frente a un animal tan enfurecido y por algunos segundos de tardanza, de los que me culpo, quedé paralizado por el terror. El oso, sin embargo, no vaciló y cerciorándose de nuestra vulnerabilidad se arrojó contra el más indefenso. Sus

mandíbulas tardaron en atrapar la rodilla izquierda de Lars lo mismo que yo en cargar mi pedrera. Por eso la bola de pedernal llegó tarde y cuando la bestia se derrumbó, con el cráneo destrozado y herida de muerte, ya lo había desmembrado.

Los hombres de Lars no perdieron el tiempo. Cauterizaron el extremo sangrante, lo abrigaron con pieles, le dieron a beber grandes cantidades de cerveza caliente y lo llevaron de regreso al drakkar. Luego envolvieron la pierna amputada en un paño de lona y la arrojaron al mar, desollaron al oso, me brindaron su piel como trofeo, salaron su carne y sus vísceras, guardaron sus huesos y una vez todos a bordo, cortaron las bozas y remaron alejándose velozmente del monte de hielo.

Nueve días estuvo inconsciente Lars, días que sirvieron para que cicatrizara su herida y para que nuestro drakkar derivara, sin cesar, hacia el norte y el oriente. Cuando despertó recordaba con excatitud el sangriento episodio y al igual que nuestros guerreros cuando son hechos prisioneros, lamentaba no haber transitado al más allá, al Walhala, cuyo espejismo recurrente me tenía impresionado.

Esa noche estaba tendido en la sentina cuando fui llamado por Lars.

-¿Conservas aún tu arma? -me preguntó.

-Claro que sí -respondí -abajo, en mi bolsa.

Entonces Lars, con el timón aferrado en sus brazos, húmedo aún el muñon de su pierna, levantó la barbilla hacia el poniente. Entonces pude ver dos barcos, que no obstante la distancia, descubrí como los más grandes que me cabía imaginar. Lars sonrió.

-Son carracas castellanas o portuguesas, fortalezas flotantes,

pero sin valor para atacarnos..., te haré una demostración.

Y Lars impartió una orden a sus hombres que desplegaron la vela e iniciaron una frenética persecución de aquellos enormes castillos flotantes.

Huían, huían con su velamen desplegado, abatidas las arandelas, protegidos sus pañoles, alejándose de una barca no más larga que su propio bauprés, sabiendo que la tripulaban hombres armados sólo con hachas y protegidos con petos de cuero y cascos alados.

Yo miré brincar las naos en el horizonte, escabulléndose como gamos en una cacería, pero tuve la intuición que la gobernaban los hombres que yo buscaba. No era la raza de Lars la que renovarían la epopeya de Quetzalcoatl, eran aquellos otros, que navegaban esas escurridizas embarcaciones y cuyo afán, que duda cabe, no era conquistar el mar, sino la tierra que lo contiene.

41.-5167

21.- Cozcamalli había seguido fielmente las indicaciones de Lal y lo esperaba en el lugar acordado con todo lo que creyó necesario para un viaje prolongado y acaso sin retorno.

que recogiera en la casa

Con fidelidad y durante todo el extenso recorrido, Lal se guió por el plano de Huipozix, comprobando como el sol iba cambiando de posición a medida que avanzaban. Con Cozcamalli iban turnando la carga mas pesada y se alimentaban de frutas, raíces y de roedores menores que cazaban.

Después de muchas y muchas jornadas llegaron a las ciénagas descritas por el Maestro, donde el calor sofocante y la atmósfera casi líquida, los hizo apresurar la marcha.

Durante gran parte del trayecto no se encontraron con ser humano alguno, aunque continuamente se sentían observados. Tropezaron con animales que sólo conocían por grabados dibujados en los antiguos textos de la biblioteca de Tenochtitlán y desde un elevado farellón que se pronunciaba en el mar, poco antes de que cambiara el clima, descubrieron el cadáver de un monstruo marino de envergadura ~~inimaginable~~. *Gran X*

Bajaron hasta la playa donde yacía esa masa embarrancada y comprobaron que tenía un ~~afilado~~ arpón ensartado entre los ojos. *X*
Pareció revivir el engendro cuando Lal le extrajo el arma mortal, porque, ansioso, boqueó en el aire exhibiendo su lengua amarilla y colosal. Alcanzaron a hacerse un lado Cozcamalli y Lal, porque todavía agonizó un instante para morir, ~~finalmente~~, con un *X*
resoplido nauseabundo que los hizo caer envueltos en un torbellino de algas y arena.

la punta del
Guardó Lal en su bolsa ~~el~~ arpón y continuaron el camino, alejándose de la línea de la costa, pero no de la ruta trazada por Huipozix.

Algunas semanas más allá, inmediatamente después que un cierzo

sorpresivo llenara los campos de una nieve permanente, Lal ordenó a Cozcamalli armar la tienda al lado de un arroyo. Al oscurecer asaron una liebre y cuando la estrella Polar fue inconfundible en el cielo, Lal le reveló que los seguían.

-Hace dos o tres noches pude oírlo.

-¿Sabes quién es, Lal?

-Sin asomo de duda. Es Gothehuc, que estuvo a punto de extraviarse cuando nos apartamos de la costa. Ha estado utilizando nuestras brasas y ha roído los huesos de los animales que hemos cazado.

Cozcamalli se puso de pie.

-Déjame atraparlo, así aplacaremos a Tlaloc que nos ha castigado con esta lluvia blanca y helada.

-No, nos hemos detenido para permitirle que nos alcance orientándose con el rastro de nuestras huellas. Prefiero cruzar con él el océano a frustrar su orgullo, quiero tenerlo cerca en la Tierra Lejana, quiero verlo convencerse de la inutilidad de combatir a los hombres que conoció Huipozix.

-Vigilaré, entonces...

-No será necesario -dijo Lal -Gothehuc depende de nosotros y lo sabe con exactitud.

Según los nudos en el cáñamo que para medir el tiempo llevaba, Lal calculó que pronto debían encontrar la isla de piedra negra. No se equivocó. Así como Hupozix, habían caminado casi ciento cincuenta días.

La vieron desde un risco, una tarde que miraban el mar. Emergió desde la bruma como el casco naufrago de una nave olvidada

y poco a poco su vasta superficie plana e inhóspita se fue haciendo más nítida.

-Hasta allí condujeron al Maestro -dijo Lal -y aquí esperaremos que nos vengán a buscar.

-¿Sabes quiénes, Lal? -preguntó otra vez Cozcamalli.

-Claro que sí, los hombres del Norte, los que navegan por la curva más corta del planeta, aquella que aprendimos de los planos de Huipozix.

Siete semanas resistieron la nieve y el frío, siete semanas en las que ahuecaron el tronco de un arce que debía de servirles para abordar el drakkar, siete semanas en que alimentaron a G Cothehuc que merodeaba simulando aplomo y sigilo.

Entonces una mañana Cozcamalli divisó la vela cuadrada y la nave de dos proas descrita por Lal. Sin titubear echaron el árbol al mar y remarón hasta la ensenada donde habían anclado. Los navegantes discutían con otros dos hombres, vestidos con pieles y gorros de plumas, el precio de dos barricas de cerveza y diversos objetos dispuestos sobre una manta en el suelo. No les prestaron atención hasta que la transacción hubo terminado y los lugareños, con sus puntas de flecha de metal y la cerveza se hubieron retirados satisfechos con el trueque. Les permitieron acompañarlos hasta la larga embarcación y cuando estaban a punto de zarpar Lal habló en una de las lenguas que Huipozix le enseñara.

-¿Cuánto por el pasaje? -le preguntó al que desentalingaba el ancla.

El marino descuidó por un instante su labor y gritó por sobre el creciente siseo del viento.

X

-¡Dos pasajeros...! Herjolfsson -dos que te buscan.

Herjolfsson, que aseguraba la vela en el penol, levantó la cabeza.

-¡Arriba...! -contestó.

Lal y Cozacamalli saltaron a la regala y con los brazos abiertos para no perder el equilibrio, caminaron hasta donde estaba el capitán. Herjolfsson era un hombre joven, de baja estatura en comparación con sus compañeros, con el pelo y la barba rojas como el infierno y que cuando fijaba la vista, cerraba con un tic compulsivo el ojo derecho. Cozcamalli se quedó algunos pasos atrás.

~~-¿Qué te pasa? -le preguntó Lal.~~

~~-Tiene el color de los demonios.~~

-¿Adonde viajas? -preguntó Herjolfsson.

-A un lugar que llaman Tierra Lejana.

-¿Tierra Lejana...?

-Más allá del horizonte, por donde sale el sol...

El noruego rió con una risa sorda, siguiendo el tono y los intervalos del ventarrón.

-Allá no hay otra tierra que la nuestra -dijo.

-Desde donde zarpan naves inmensas, que llaman carracas...

-Ese es país de bandidos -comentó el marino que hacía el doble nudo al grátil en el que trabajaba el capitán.

-Sólo conozco una isla donde amarran esos barcos - Herjolfsson miró con interés a los extraños.

Porque ignoraba que alguien hubiera manifestado interés en pisar el continente donde habitaban esos hombres. Quizás muchos años antes, cientos, sus abuelos o los abuelos de sus abuelos



habían penetrado por los ríos que cruzan sus ciudades, pero la historia no revelaba nada de interés en ellas. El viejo Leif Biedermann aludía a su gente y a sus costumbres cuando estaba borracho. "Ni sus hombres eran buenos combatientes, ni sus armas estaban bien templadas, sus mujeres eran chillonas y su cerveza aheleada...", no podía pues comprender el afán de esos hombres de piel oscura y semidesnudos que le pedían pasaje.

-Podemos pagar -insistió Lal y abrió su bolsa desde la que sacó ^{una calabaza llena de} un peto de oro que mostró a Herjolfsson.

El capitán miró el objeto ^{chizo con el polvo de una uva} y lo ^{a otra} mordió.

~~-Esto no resiste el golpe de una flecha -dijo y se lo devolvió.~~
~~-Este metal es más para forjar nuestras espadas-~~

Cozcamalli, entonces, metió una mano al amplio bolsillo de su túnica y le alcanzó un par de vidrios gruesos, redondos, pulidos de la piedra que arroja el Popocatépetl, engastados en el tejido firme del bejuco.

El capitán dio vuelta entre sus manos los anteojos y Lal, con gestos, le enseñó donde asentarlos. La reacción de Herjolfsson fue instantánea. Cesó el espasmo que le martirizaba el ojo y por primera vez en toda su vida, pudo ver la espiga del único palo de su drakkar.

Fue pago suficiente. En cuanto el capitán se hubo familiarizado con los lentes mandó izar a bordo el tronco hueco de Lal y dio la orden de desaferrar.

Entonces Lal lo interrumpió.

-Somos tres -dijo.

-Se nos viene una mar gruesa -Herjolfsson oteó el horizonte,

ahora con legítima autoridad.

-Volveremos con él antes del crepúsculo -prometió.

-Más no podremos esperar.

Cozcamalli detuvo a Lal.

-Yo iré -dijo -saltó a tierra y echó a correr.

Y poco antes que el sol desapareciera detrás de los montes nevados, el vigía los avistó en la orilla opuesta de la ensenada. Allí donde esa misma mañana Lal y Cozcamalli descubrieran la vela cuadrada, *con el dragón alado.*

Herjolfsson los recogió abocando en la misma nave, templando las velas, cabalgando en la alta marea, seguro de la destreza de sus remeros.

cuando lo suscitara a bordo, Gothehuc agonizaba
Gothehuc estaba moribundo.

Lal observó como Herjolfsson navegaba tratando de mantener la costa a la vista. Aunque fuera en una línea imperceptible, a babor, bastaba aguzar la mirada para distinguir el contorno de una altura, el trazo de una playa o la sombra de una rada.

Durante los primeros diez días de navegación, Lal tuvo la impresión que el marino vacilaba y que por extrema prudencia no se atrevía a aventurarse a la mar abierta. Pronto supo la razón.

Gothehuc se venía recuperando del congelamiento y la inanición cuando el temporal se abatió sobre los navegantes.

El noruego no titubeó y en contra de lo que Lal esperaba o hubiera recomendado, desplegó la vela en toda su extensión y metió la proa hacia el sur, en busca del alta mar. La fuerza del viento era inusitada y la nave, suspendida en la borrasca, apenas tocaba el agua. Las olas eran a la vez el cielo y el horizonte y un olor

a sal y a esperma inundaba los pulmones.

-Son las ballenas -informaba Herjolfsson.

Que aferrado a su timón, parecía disfrutar el desafío y sus hombres, con los remos acorullados, amarrados a las cornamusas como Lal y Gothehuc, esperaban y obedecían de inmediato sus órdenes. Un día y una noche duró el fenómeno, al cabo de los cuales una calma repentina y total los inmovilizó en un mar de aguas tibias, saturadas de algas y cangrejos.

Lal se dio cuenta que Herjolfsson había extraviado el rumbo. Continuamente recurría a la aguja magnética que sacaba de la bitácora, pero cada vez que enmendaba la dirección, hacía avanzar la nave una sección del arco de una circunsferencia. Un par de días, a lo menos, giraron en esa agua espesa hasta que una mañana Kolrud, el contramaestre, prendido en el extremo del mástil como un macaco, anunció una vela en la rompeola más lejana.

Herjolfsson saltó de alegría y Lal comprobó que ella no se debía tanto a la estela de ese barco, con la que accedía a un nuevo rumbo, sino que al abordaje que se hacía inminente.

-Los hombres necesitan acción -explicó, poniendose el gambax y cambiando el gorro por un yelmo con alas de hierro.

Pegado a la puerta del salón donde entraban Colau y Ganes X

22.- Sardot temblaba y sus ojos de cerdo miraban inquietos a laL y a cozcamallaI.

-No has perdido el tiempo -dijo laL apuntando con un dedo a gothehuC.

-Igual que tú, pero mi ^{*opinión*} ~~impresión~~ ^{*en la variado*} es ~~la misma~~ -gothehuC se había apaciguado.

-¿Quién te vistió así?

-Todo el mundo me señalaba en la calle, si aquí te confunden con moro estás perdido..., Alpujarras me las facilitó -dijo gothehuC mirando a su alrededor, comprobando que el marqués y los tres granaderos se habían desvanecido.

-Allá adentro se van a demorar -dijo Sardot.

-Necesito discutir contigo algunos puntos -propuso laL.

^{*the*}
gothehuC se tocó la cicatriz del lóbulo de su oreja izquierda. X

-¿A solas?

-De acuerdo.

Bajaron la escala seguidos por Sardot y cozcamallaI, cruzaron la arquería y el patio de mosaicos y por el puente salieron al exterior del castillo. El traje de gothehuC era insuficiente y lo traspasaba el frío del primer atardecer.

-Con esa ropa no sobrevivirás -dijo laL.

gothehuC se detuvo y se dirigió a Sardot.

-Queremos ir a un lugar tranquilo y seguro.

-Pueden seguirme -Sardot se había adelantado con su marcha pendular, testimonio evidente de su cola amputada.

-¡Para! -dijo laL -antes dime ¿quién nos busca, a Colón y a mí y desde cuándo?

Sardot hizo una mueca.

-A tí casi nadie, a ^{-dijo-} Colón y desde hace seis meses, Briones el jorobado.

-¿Briones?

-Hombre de confianza de Torquemada.

-¿Y en seis meses...?

-No lo ha sorprendido en nada que pudiera servir para acusarlo ante el Tribunal..., hasta que se encontró contigo.

-Y al jorobado, ¿de qué podría servirle yo...?-preguntó laL

-A Briones poco, a los jueces, de prueba suficiente para culpar a Colón de faltar a la moral o a las buenas costumbres..., o ¿tu crees que aquí en España se tolera, así como así, que dos hombres duerman juntos...?

laL dio dos zancadas y con una mano agarró a Sardot por el cuello.

-¿Qué te has creído...?, rabón de la gran puta! -le gritó arrastrándolo hasta el pretil del puente y suspendiéndolo sobre el foso que protegía la fortaleza.

Sardot pataleaba como una gallina.

-¡Déjalo! -intervino gothehuC -que nos vamos a meter en más problemas.

-Este enano ya tiene uno grande -laL miraba a Sardot con

desprecio.

me ha ayudado
-De alguna manera ~~le debo la vida.~~

cozcamalli se acercó por detrás.

ha recibido ayuda de
-¿gothehuc ~~le debe la vida~~ a esta cucaracha? le preguntó. X

Se envaraba Sardot. Tenía ya la lengua tumefacta y sus ojos oscilaban en espasmos turbulentos

-Es tuyo, entonces -laL dobló el brazo y arrojó a Sardot sobre el empedrado del puente -pero díle que cuide sus palabras.

gothehuc levantó a Sardot por los hombros y lo sostuvo un minuto. Cuando comprobó que podía mover otra vez su lengua inflamada lo obligó a caminar.

-Llévanos a algún sitio a salvo de Briones.

Sardot asintió con la cabeza.

Avanzaron con lentitud por el complejo entreverado de calles moriscas. Sardot adelante, meneándose como un marino en la cubierta de una mala embarcación, detrás gothehuc, incómodo y estrecho en sus ropas de marqués, luego laL, enorme, enfundado en su manto de piel y cerrando, cozcamalli, vigilante, una mano en la honda, la otra en el cuchillo de pedernal.

Había oscurecido el primer crepúsculo del día cuando Sardot empujó la puerta de madera de una casa de techo bajo, con un enlucido viejo y desconchado, en un barrio periférico, cerca de las murallas de la ciudad.

Adentro había olor a humo y humedad y una mujer menuda, arrugada como una bruja revolvía algún cocimiento en una cocina, en el centro de la habitación.

-Yo no se contar los días en este país -dijo laL traspasando

el umbral -pero juraría que no hace menos de siete que no como nada caliente.

-Esto me quita el hambre -husmeó gothehuC el cuartucho.

-Pon la mesa para cuatro -ordenó Sardot, sin dirigirse a nadie en particular, tirando en un rincón su gabán de terciopelo descolorido.

-Para tres -dijo gothehuC.

-Ya casi te moriste de hambre una vez en este viaje -laL acercó una silla a la única mesa.

-Mejor así que ahogado en mi propio sebo -gothehuC se retiró a un rincón.

-El frío y el hambre te están causando una regresión -laL se despojó de su abrigo de piel, y lo dejó en el respaldo de su silla. Después se sentó. -eso mismo me decías hace quince años, cuando éramos escolares.

gothehuC miró como cozcamalla cerraba la puerta y no respondió.

-¡Sírvenos...! -reiteró Sardot, esta vez a la mujercilla que no se separaba del hogar.

La vieja dejó la cuchara de palo girando en el medio de la sopa. Se acercó ^a una alacena adosada a la pared y sacó algunos cuencos de madera que depositó sobre la mesa. X

-Este viejo es un tramposo -dijo mientras vertía en ellos un potaje espeso y ceniciento.

-No venimos a jugar -Sardot sacó un par de hogazas de un cajón y se sentó al lado de laL.

-Sus dados están marcados y varias veces ha estado a punto de

caer...-la vieja rió, mostrando un diente amarillo -que cuando caiga lo van a quemar en la hoguera como a los hermanos Blut..., porque la maña es arriana, como dice Monseñor...

Sardot se levantó y le dio un empujón.

-Qué te callas, cabrona!

La bruja trastabilló y unas gotas de sopa salpicaron las calzas de gothehuC. ^{Fla,} Sin titubear, dejó la olla en el suelo y con la punta de su delantal trató de limpiar las manchas.

cozcamallI terminó de comer en silencio, se levantó de la mesa y se paró junto a la puerta. laL se repitió y recogió los restos pegados al cuenco con la miga del pan y Sardot se tocó la panza rellena, se echó en un rincón y se quedó profundamente dormido. La vieja apagó el fogón, se sacó el delantal, se lavó las manos en un azafate de latón, se sentó en el suelo, acomodó la cola en la cueva abandonada de un ratón y se arrimó a Sardot. En pocos minutos rocabá al unísono con él.

-Vamos gothehuC -dijo laL -es hora de que te sientes.

gothehuC observó, con desconfianza al que había sido su soldado y obedeció.

-Nada te hará cozcamallI, mientras nada intentes en mi contra -laL sacó dos cigarros y ofreció uno a gothehuC.

-Vaya -dijo gothehuC apreciándolo -itabaco de la isla!

laL se inclinó sobre el brasero e introdujo una astilla en el rescoldo. Encendió con ella su cigarro y se la pasó al general.

-¿Y...? -preguntó laL ^{¿que piensas ahora?} -~~¿has cambiado de opinión?~~

gothehuC aspiró el humo y tosió levemente. Con la mano libre se abrió la camisa y se soltó los puños y con la punta del

zapato izquierdo se descalzó el derecho.

-Estos malditos trajes aprietan -dijo.

-¿Son tan peligrosos como creías antes de embarcarte...?

Con la cuchara que no había usado, gothehuC se despojó de la otra calza y con la misma mano con la que sostenía el cigarro, desgarró la gorguera que quedó colgando de su cuello rojo como una gruesa guirnalda de carnaval.

-Y sabrás que van a la guerra con ellos y con otros más incómodos y difíciles de maniobrar...

-Argumento en contra tuya -dijo laL.

-No para ellos, para nosotros..., ^{depujames} Sardot me proporcionó una de sus armaduras, apenas pude dar un paso..., pero sus soldados son ágiles, no les pesa más que el caparazón a un cangrejo. Una compañía bastaría para derrotar a todo nuestro ejército.

-No te veo preocupado por eso.

-Creía que eras el estratega, laL -gothehuC disfrutaba del tabaco -si nosotros nos demoramos cuatro meses en llegar aquí, en veleros rápidos, conducidos por expertos navegantes..., ¿cuánto se demorarán ellos en sus carracas lentas y recargadas?

-Pero al final las llenarán con sus armas y sus soldados y cruzarán el océano, tu no conoces la tenacidad de hombres como Colón.

gothehuC insinuó su corpachón por encima de la mesa.

-Tengo un plan, laL -le dijo en voz baja, atisbando el sueño de Sardot.

-Los planes los hago yo -laL escupió una hebra de tabaco.

-Allá, aquí no tenemos dependencia, recuerda las palabras

del Cihuacóhuatl.

-¿No me lo dirás?

-Desde que nos separamos en el puerto de La Rábida -dijo gothehuC -he aprendido algo más de estos hombres. Son feroces en la guerra y en la paz, conservan vivos a sus prisioneros en grandes jaulas bajo sus castillos y queman a los que no creen en su Dios. Están ansiosos por las riquezas que no tienen y por obtenerlas, ellos y sus vecinos los portugueses, han arrasado pueblos enteros...

¿Quiénes son los portugueses? -preguntó Elalq.

Poletl, que ese día debía enseñarles aritmética, los entretenía con sus historias mientras tomaban desayuno. Se habían reunido en su casa y Lumela, su vieja criada, les servía el chocolate y el pan negro con dulce de leche y de frutas.

-Decíamos que los Descubridores, los que vivían en la meseta tenían unos vecinos, los Exploradores, a ellos también se les conocía como portugueses

-...por eso -continuó gothehuC -hay que ~~destruirlos~~ *disuadirlos* antes de que desembarquen, *de embargo que ojalá antes que carguen sus carrocas) que arrieten a sus soldados.* ~~ojalá en alta mar, para que se los traguen para siempre los demonios que habitan en los abismos.~~

-¿Y cómo piensas hacer eso?

-Ahí está mi plan -gothehuC volvió a mirar *de reojo* a Sardot -pero lo sabrás sólo cuando esté seguro de que te has convencido de tu error.

23.- La persecución ^{de los canaques} duró toda la tarde ^{Siguiera contando Huijpoze} y, en verdad, las hubiéramos alcanzado si no se levanta, junto con el crepúsculo una niebla densa que las dejó fuera de nuestra vista. En todo caso no era la intención de Lars capturarlas.

-Quizás en otra oportunidad -dijo.

Tuve la impresión que Lars comprendía que esta era su última travesía. Esa noche, con el derrotero apaciguado después de la persecución, me había hecho saber que entre los hombres del Norte un guerrero baldado es inservible. Y si su sabiduría no es suficiente ni siquiera se le respeta por sus hazañas pasadas. Se le encomiendan labores de menor importancia que, por lo general, los llevan a la desesperación y a la muerte.

Yo me quedé un rato pensativo. Corría una brisa agradable desde barlovento y el drakkar avanzaba ligero, apenas cabeceando en las olas carentes de espuma. Pensé que me había equivocado al oír el graznido de un pato y que mis ojos, poco habituados a la uniformidad del mar, también me habían engañado al confundir el lomo de un cetáceo, con el tronco muerto de un manzano.

Lars me sacó de la duda.

-La gaviota que escuchaste y el árbol que viste son reales -
me dijo -nos estamos aproximando a tierra.

-¿Cuántos días demoraremos?

-Tres o cuatro.

-Entonces es suficiente -dije.

-Suficiente... ¿ para qué?

-Tus hombres, ¿te son fieles?

-Siempre.

-¿Pueden guardar un secreto?

-De este viaje sólo ~~están autorizados~~ a contar lo que yo les
autorice... podran

-Tiempo suficiente para fabricarte otra pierna y para que tus
hombres olviden la herida que te hizo el animal en la montaña de
hielo.

Lars me miró con sus ojos luminosos, pero sin ninguna
emoción.

-¿Que necesitas? -me preguntó.

-Tres días de calma, dos para armar la pierna, un tercero
para enseñarte a usarla.

-Como el cojo de la península -exclamó Lal.

-El de la pata de nopal -dijo el joven Gothehuc.

-Sí - dijo Huipozix -el mismo, que faltándole una pierna tomó
ocho prisioneros en la batalla de Topox.

-Tú se la hiciste -afirmó Poletl.

-Huipozix miró a los muchachos.

-Observando, observando cómo el lobo mutilado disimula su carencia ante el enemigo apoyando su muñón en el tronco roto del abey o cómo busca la fronda de un árbol el aguilucho herido, para extender su ala inútil y simular el vuelo que ya no puede emprender.

Pedí que me dieran los huesos del oso y los hice hervir toda la noche en el caldero que llevan sobre el fuego de a bordo. Después los dejé escurrir, los sequé con esmero y los puse a airear al sol potente de la primera mañana. Más tarde, cuando empezaron a despedir un polvillo volátil, escogí el más fuerte. El que sostiene la extremidad inferior de la bestia, el de la corteza más firme, asegurándome que fuera el izquierdo. Y con una azuela de acero, instrumento y metal desconocidos para mí, lo desbasté, lo reduje de altura y lo modelé hasta obtener el largo, el grueso y la forma de la pierna derecha de Lars. En seguida lo envolví en la membrana de su mismo tasajo, la que se adhirió a su superficie como la fibra se une al tallo del lino y lo puse por segunda vez a secar.

Lars miraba divertido mi obra y sólo cuando el fémur del oso tomo la forma de su pantorrilla, me dejó tranquilo y murmurando se aferró al timón.

Al otro día corté y rellené una red de pescar con la lana gris de una piel de carnero y a modo de almohadilla la clavé en el

extremo superior de la pierna de hueso. Alrededor de éste, además y en la misma forma, fijé seis correas con hebillas hechas con el alambre de unos anzuelos. La coyuntura de abajo era ancha allí donde se junta con la tibia y su base de sustentación tan amplia como el pie de Lars. Entre los despojos de la ropa del capitán salvados de la fiera recuperé la bota izquierda, en la cual encajé el ^{postizo} aparato ya terminado. Al tercer día revisé la costra en la lesión de Lars y la encontré sana. Entonces, a espaldas de sus hombres y aprovechando un remolino que los tenía ocupados, le coloqué la pierna de hueso.

Quizás en los pocos días que llevaba de amputado, Lars no se había convencido aún de su desgracia. Así que sin que pudiera prevenirlo, se apoyó en la barra del codaste y se puso de pie.

No se apagó el brillo de sus ojos, pero la piel de su rostro se puso lívida, como la tripa de un atún. Su boca se abrió, pero yo no escuché nada. O fue la fuerza del viento que se llevó su grito o su vigor descomunal lo que lo hizo tolerar esa insostenible descarga de dolor.

Le dije que debía tener paciencia y que provocándose el dolor no mejoraría la destreza de su pierna falsa, pero al cuarto día, cuando ya Lars podía dar algunos pasos, avistamos tierra de verdad.

El capitán maniobró la embarcación de tal modo que en pocas horas la hacía encallar en una playa solitaria, de arenas blancas y suaves.

-La Tierra del Hielo -dijo Niels, el piloto que reemplaza a Lars en el timón.

-Te equivocas -lo corrigió Lars, estamos en la tierra de Ir,

la del Hielo ha quedado muy atrás.

Seis semanas recal^{me}aron en ese sitio, tiempo en el cual Lars aprendió a caminar, aprendió a correr, a saltar y a luchar. En las noches pero de mala gana, aceptaba mi recomendación, se sacaba la pierna de hueso y descansaba.

Sus hombres se veían contentos y aunque habían jurado guardar el secreto ya lo llamaban Pata de Oso. No protestaban, pero era seguro que ya querían regresar a sus fiordos. Lars también lo comprendió y un día de plena primavera, cuando los campos de esa tierra verde y ondulada se llenaba de flores minúsculas, dio la orden de preparase para zarpar.

El último día, antes de subir a la nave, quiso saber que exigía yo de recompensa. Esa tarde dos cuervos se habían posado en el abedul bajo el que había armado mi tienda y observé que los hombres los miraban temerosos.

Tu me salvaste la vida, le dije, rescatándome de esa isla de piedra negra donde me había extraviado, yo la tuya al matar al oso que te descuartizaba. Yo te he hecho caminar otra vez, déjame en cualquier puerto donde anclan esas naves inmensas que llamas carracas y estaremos en paz.

-En el centro de Paris te dejo, si mis hombres aceptan -dijo.

Lars conferenció, breve, con sus hombres y regresó bajo el arbusto donde lo esperaba.

-Irán donde quiera que quiera ir el augur de los huesos, el augur que puede convocar a Munin y a Hugin.

Yo no entendí, pero Lars y sus hombres rieron y cantaron, y todos bebimos cerveza y un agua transparente, que quemaba el

estómago y que Niels guardaba en unos pellejos de cerdo muy abajo en la bodega. Los marinos y yo estábamos alegres, porque el capitán había trazado la ruta final. Ellos, además, porque los cuervos mensajeros de Odín habían regresado a su morada en el Gladsheim.

Navegamos por un piélago apacible durante nueve días. Lars recorría el drakkar cien veces en una jornada y la pierna del oso ya no era otra que la suya. Temí que nos encontráramos con un barco portugués o español y que Lars, entusiasmado, quisiera probar su pierna en combate, pero al décimo día, avistamos un grupo de islas.

-Son las Azores -gritó Niels, allá arriba en el mástil, enredado en el cordaje, flotando encima de la única vela.

Lars ordenó arriarla y con el bogar de la mitad de los remeros se acercó a la costa. Pero no alcanzaba a configurarme esas islas, porque nos aproximábamos buscando el dorso de las olas, esperando que oscureciera.

Te desembarcaremos en una playa en la Isla Larga, que ellos conocen como San Jorge -me dijo Lars - allí hay un pequeño puerto que se llama Velas. En ese lugar te será fácil encontrar una carraca que te lleve al continente.

La madera negra del drakkar, su vela plegada, era imposible que nos vieran desde la costa, pero mucho antes de que tocáramos fondo, Lars ordenó a sus hombres contener la nave, oponiéndose a la corriente que nos atraía a tierra y permanecer al paio, alertísimos hasta su regreso. Entonces hizo bajar el único bote de a bordo. Caía una leve llovizna en una noche de luna llena.

-Estoy listo -me dijo.

Lars remó hasta la playa buscando la sombra de las nubes,

evitando la luz del plenilunio, dirigiéndose a la playa sobre el crecido revés de la marea. Las mismas olas nos dejaron en una caleta de aguas bajas y tranquilas. Yo salté del bote y con los pies sobre la arena y el agua en la cintura estiré mi brazo para despedirme del capitán del Norte.

Un saquillo de cuero dejó Lars en mi mano cuando la apretó para decirme adiós. No lo abrí hasta que estuve sentado en una roca, desnudo, con la ropa tendida sobre la arena. Era un sello labrado en una piedra roja y transparente. Estaba engastado en una sortija de metal blanco y le faltaba una esquina.

El drakkar izó su gran vela blanca, Lars ya estaba a bordo, enrumbó hacia la costa, pasó por la punta iluminada donde debía estar el puerto de Velas, esquivó con agilidad un par de ruidosas andanadas y puso proa a alta mar, orgulloso e invencible. Ni las naves sarracenas, más veloces que las torpes carabelas, se hubieran atrevido a hostigarla.

Esperé que amaneciera, me vestí y con mi saco al hombro inicié la marcha a la ciudad. Era pequeña y en la cima de un farellón la dominaba un fuerte de cinco cañones. Sus habitantes hablaban un idioma suave, de palabras interminables y sus mujeres usaban ropas anchas que les cubría los tobillos.

En el puerto anclaban dos de esos enormes veleros que había visto huyendo en el océano y en el muelle, al costado de uno de ellos, sentado en una mesa, un anciano reclutaba a quienes se quisieran embarcar. Me puse en una fila de tres hombres que aguardaban y cuando me llegó el turno y me preguntó por el que debía ser mi nombre, me llevé la mano a los labios y con un

3

movimiento de vaivén le advertí que era mudo.

No sé lo que me dijo, pero lanzó un escupitajo de protesta y me inscribió marcando una cruz en el papel. Cuando hubo terminado, con el gancho que cumplía las funciones de su mano izquierda, me indicó el tablón.

Supuse que el zarpe era inmediato y así lo fue.

No era el único extranjero a bordo, ni mi atavío llamaba mucho la atención y cómo sólo me esforzaba por entender lo que hablaban y a cumplir con mi trabajo, a los pocos días de navegación empecé a descifrarles el idioma. Supe pues que nos dirigíamos al continente y que gracias a una especial autorización -no pude informarme quién y por qué la había dado -íbamos a descargar nuestras mercancías en un gran puerto llamado La Rábida.

24.- Se cerraron las puertas detrás de Colón, de Gaonás y de De la Hozmocha y de sus hombres y el Almirante tuvo la inefable sensación de haber sido, de alguna manera, atrapado.

Isabel y Fernando no estaban solos y Colón reconoció, a lo menos, a tres de los doctores que habían integrado la Comisión de

Talavera. Eso no lo preocupó, si en cambio la presencia en la sala del erudito Méndez Bascuñan. Si era verdad lo que Gaonás le había dicho, los tres primeros con sus erróneas y confusas acepciones geográficas y sus fantásticos comentarios acerca de los monstruos de los abismos y los pájaros con alas de fuego de la Tierra Caliente lo tenían sin cuidado. Ninguno de ellos resistiría la ilusión de una reina.

Méndez Bascuñan era un caso diferente. Era un rival más importante porque con sus documentados alegatos en torno a la enorme distancia entre España y la isla de Cipango, la frontera más cercana de las Indias, había convertido a muchos de los que antiguamente habían sido sus partidarios y, sin duda, eran capaces de desnaturalizar cualquier sueño de la soberana. Según este sabio, una carabela, por rápido que navegara, no tardaría menos de nueve meses en atravesar la mar océano. Los cálculos de Colón eran sustancialmente más bajos, en tiempo y en oro. Sin embargo no se desesperó. Tenía argumentos que oponerle.

Pero lo que casi lo hizo perder la calma fue descubrir, sobre el abismo dorado del blasón de Isabel, de inmediato detrás de su trono, la identidad intransferible de la sombra del Confesor.

Gaonás se dio cuenta y tiró de la falda de su tabardo. Colón se distrajo un segundo.

Torquemada
-ET no participará en el debate, está aquí nada más que para ponerte nervioso -le dijo.

-Ya lo logró.

Varios minutos y un par de leguas creyó haber caminado Colón desde la puerta de madera y bronce hasta el baldaquín bajo el cual

estaban los reyes. Gaonás, que ahora caminaba a su lado, era el último contacto que le quedaba con la reciente realidad. Cristóbal Colón que aún no había perdido el vértigo que le producía el poder, se quedó un rato mirando a Isabel sin inclinarse.

La reina lo miró divertida cuando el chamberlan, tocándole el hombro con su bordón, le recordó la jerarquía de la audiencia.

Recién entonces Colón se descubrió e hizo la reverencia de rigor. Fernando bostezaba

Isabel le indicó con la mano un pequeño taburete que un criado había puesto frente al solio. Colón titubeó, pero se sentó y en el silencio que se produjo aprovechó de mirar, con discreción, a su alrededor. Si conservaba la cabeza derecha y los ojos mirando al frente, lo único que veía eran los escalones forrados de damasco del trono de la reina. Si los levantaba unos centímetros y los desviaba algo hacia la derecha, se encontraba con la mirada de cuervo de Saavedra, el geógrafo. Casi a la misma altura, apenas un escalón más alto pero en el costado izquierdo estaba, también sentado, López-Giménez unos de los capitanes de la Armada Real, el embustero, con quien Isabel lo había confrontado en una de las innumerables audiencias anteriores. Un escalón más arriba, vestido con ricas telas moriscas, Colón vio a Coline, el francés, astrólogo oficial de la corona. Su mediocridad lo hacía detestar con especial encono al Almirante.

-Estás metiendo gente desconocida en tu historia -le reclamó

Témac a Poletl.

-Creo que es hora que empecemos con la aritmética -dijo el instructor, mirando a Pitzl.

La niña estaba tranquila, escuchando con interés. Se veía contenta en el amplio corredor de la terraza de su maestro, lejos de las pirámides, del olor a la sangre y de los ~~gritos inolvidables~~ *fonéticos gritos* de las víctimas. ✓

-Sigue, Poletl -le dijo ella -ya hemos avanzado bastante en los números.

-De acuerdo -Poletl pidió a Lumela despejara la mesa -todavía una hora más... los franceses, Témac, ocupaban el continente más allá de la frontera opuesta de la que separaba a los españoles de los Exploradores. Para llegar donde los Sedentarios, quizás como antes los he llamado, había que atravesar una cordillera inhóspita y de cumbres congeladas, en cuyos bosques viven ratas gigantescas, perversas como la envidia, osos carniceros e insaciables y en donde el viento vuela emponzoñado por el berrenchín de los jabalíes. Rara vez se han enfrentado ambas naciones. En las pocas ocasiones en que quisieron agredirse o invadirse, los ejércitos de uno u otro lado aparecían en el campo enemigo ya diezmados por las miserias y carencias sufridas en el cruce de esas montañas.

Los pocos franceses que llegaban a la meseta, o a Granada lo hacían por mar, desembarcando en algún puerto del mediterráneo o, si zarpaban desde el mar del Norte, en las costas de la bahía de

Viscaya. Eran por lo general fugitivos, como Gaonás, o aventureros inescrupulosos como Coline.

En una silla de terciopelo rojo, entre Coline y Fernando, se sentaba Méndez Bascuñan, al que Colón reconociera desde la entrada.

Sobre Saavedra, con un aire de ausencia que encubría su atenta vigilancia, estaba el duque de Matatoros, célebre astrónomo que aseguraba haber descubierto, en la sombra de Saturno, un séptimo planeta, cubierto de nubes desenfrenadas e incandescentes.

Y atrás de éste, pero dándole la espalda, atento siempre a los soberanos se paraba Luis de Santángel, tesorero de Fernando, pero obligado consejero de Isabel.

A dos pasos de Santángel, casi tocando la capa castellana de Isabel, Torquemada y a sus espaldas, con cota de mallas y morrión, Briones, su temido paniaguado.

-Esta será tu última oportunidad -le sopló al oído Gaonás antes de retirarse del lado de Colón.

-¡La última, aquí! -aclaró Colón sin preocuparse por haber alzado la voz. Le interesaba que Isabel lo supiera.

Casi oculto por el respaldo del asiento de Fernando, Ossandón, el amanuense, cuya mano, afligida por la presencia del Inquisidor, no cesaba de temblar, rociando con tinta la marquesota del rey.

Y finalmente, juntos en una banqueta, vestidos con el uniforme de los Caballeros de la Sabiduría, los tres letrados de la cesada Comisión de Talavera.

Colón, en ese momento, volvió la cabeza. Tuvo la impresión de haber olido la amargura orgánica del óleo para pintar y percibido el rasguño tosco del pincel de José Felipe Pérez Castó, apodado El

- Así que era Colón y no otro que Colón - dijo Isabel
a Gama, desfilante de la historia
- No hay otro majestad - dijo Gama ^{haciendo gracia} el plepquin en
San Marcos como un Sombra, de Sulpian dice

Sevillano, artista de la corte, palabrero e incapaz, pero amigo suyo. Sus sentidos no lo engañaban. Muchos de los allí presentes gustaban de posar para una tela, más aún en compañía real.

A Colón le era difícil permanecer quieto. No era sólo por estar sentado en ese escabel incómodo e incompleto, con una lumbre excéntrica como herradura defectuosa, necesaria para acoger la cola de los Descubridores. Era también el entorno y sus personajes. Porque en un salón saturado de reminiscencias moras, en la que el único de los participantes en la escena que se movía, el único que hacía algún ruido con su abominable pincel, era Pérez Castó, El Sevillano. Y nadie podía saber si al immortalizar la escena, se estaba immortalizando él también, transformando el cuadro en una autorreferencia de su propia actividad, trastocando el significado de lo que estaba aconteciendo, sustituyendo en la pintura la importancia de su conversación con Isabel por la acción misma de pintar el cuadro.

Pero Colón tuvo que reprimir el impulso de ponerse de pie y atisbar la obra de El Sevillano. La reina había cerrado su abanico y lo apuntaba con él.

→ -Díme Cristobal, ¿hay algo nuevo que revisar? — *preguntó*

-El tiempo transcurrido y la guerra con los sarracenos ha aumentado los costos.

-Una de ^{para} las razones que ~~das~~ me parece comprensible -dijo Isabel -pero ¿cómo incide en el valor de tu expedición el tiempo transcurrido?

-Estoy más viejo, Majestad...

López Giménez movió su túnica azul, la que usaban los

Esta vez hacia el
almirantes. ~~Hacia él~~ [✓] dirigió su abanico. ~~Isabel~~.

-Estoy seguro que no es el dinero el que la aflige, Majestad
-dijo sino que las disparatadas teorías y presunciones de Colón.

-Si la ciencia verificara lo que Colón afirma, ningún dinero
sería poco para salir detrás de él -coincidió Saavedra.

-Insisto -afirmó Méndez Bascuñan el geodesta levantando un
dedo -que el problema no es de orientación ni de ruta, que las
aseveraciones de Colón son correctas en general y sus apreciaciones
geográficas se basan en los conocimientos hoy aceptados por todo el
mundo. ¡Nadie podrá negar que la Tierra es redonda!..., ni que se
llegará con obligada certeza de donde se parte si se lleva una
dirección uniforme. Colón posiciona, también, en el sitio adecuado
las Indias, Cipango y los territorios ya explorados por Polo y
divulgados con amplitud y exceciva extravagancia en su "El
Milione". Pero donde se equivoca es en las distancias. No existen
astilleros en el reino ni en ninguna otra parte que sean capaces de
construir naves tan grandes como para llevar hombres, agua y
alimentos para una travesía de nueve meses de duración. Nadie que
use la razón puede confiar en que el mar proveerá de peces y el
cielo de lluvias. Ningún milagro nos ayudó a liberar España de los
moros, ninguno dispensará al infortunado marino que inicie tal
derrotero de la destrucción y de la muerte...

Méndez Bascuñan se interrumpió. Fernando había dejado caer un
pañuelo al piso y el ujier había corrido a recogerlo. Señales
indistintas para callar que el geodesta reconoció.

-O sea -dijo el rey -¿ningún aporte que ya no conozcamos,
Colón?

Colón abrió los brazos y mostró sus manos vacías. Estuvo tentado de ^{denunciar} ~~denunciar~~ la existencia de la L o de ese otro, el que había aparecido con Sardot, sin duda venido de la misma parte, pero se contuvo. Si bien era cierto que la procedencia de la L se basaba en argumentos verosímiles que confirmaban sus presunciones en cuanto a la existencia de un continente entre Europa y la China, ^{al menos un resaca de ellas} hacerlo pública podía significar una de dos cosas. O que lo declararan, incontinente, un maníaco y lo encerraran por un tiempo como para impedirle hacer una locura, o que le creyeran. En este último caso la revelación era tan espectacular que si la reina la acogía, no dudaba que López Giménez u otro Almirante exigiría encabezar la expedición, hegemonizar la gloria y adueñarse de las riquezas.

-Hoy, quizás más que nunca antes, mi absoluta convicción y mi renovada fé en el Señor.

-¡Mientes! -rugió Torquemada, haciendo crujir su cabeza, sin moverse de su sitio.

Gaonás, a quien De la Hozmocha lo había ubicado en el extremo norte del salón, en una fila con sus soldados, bajo un tapiz que ocultaba unas recargadas ajaracas, asomó la cabeza.

-¡Vamos, Colón! -dijo con la mano empuñada.

De la Hozmocha trató de sujetarlo, pero sólo atrapó su acaramelada peluca que se le pegó al guante con la tenacidad de un animal vivo y hambriento. Desesperado, entonces, agitaba su mano y cuando lo hacía, el postizo se transformaba en un pálido y enfurecido neblí a punto de levantar el vuelo. El escándalo, al final, llamó la atención del rey de Aragón.

-¿Se ha asustado mi zahareño? -preguntó casi gritando.

-Una inquietud me queda, Colón -dijo Santángel, el tesorero, restándole importancia al súbito interés de Fernando por sus halcones -¿tal vez si nos dieras más detalles de tu encuentro con Laccalle?

Colón se puso de pie, retrocedió dos pasos y trató de ubicar a Gaonás. En cuanto lo vio regresó a su asiento. El viejo, subiendo y bajando su cornuda cabeza, había asentido a la muda pregunta de Colón.

nauífrago
(El Nauífrago Laccalle.)

X

-Laccalle -dijo Colón -fue un nauífrago que recogimos cuando navegábamos bordeando la isla de Ushant, en 1476, rumbo a Inglaterra.

Nuestro puerto de destino en ese viaje era, naturalmente, Bristol.

3-9-6"

25.- La carabela huía esperanzada en encontrar pronto la noche. Pero su capitán, en una maniobra fatal e incomprensible, disminuyó de repente la velocidad, atravesó su nave en el océano y disparó sus cañones. Herjolfsson, que había intuído su acción, amainó una parte de la vela y sin perder todo el viento entró en su rastro. Si no oscurecía los portugueses -se había su visto su bandera de cinco puntos antes de que la escondieran -estaban perdidos.

Pero ya bien entrada la tarde, cuando sobre el poniente no quedaba más que el filo de un sol naranaja y enorme, cesó el viento. Herjolfsson no necesitó dar la orden, porque ya sus hombres habían echado los remos al mar, encaprichados como su capitán en dar pronto alcance a la presa.

Se acercaron por delante, en línea recta, enfrentando su mascarón, girando sobre el agua cuando borneaba la carabela, presentándole siempre la proa, evitando también el peligro del disparo de las carronadas de su amura.

Herjolfsson y sus veinticuatro hombres, junto a un recuperado Gothehuc, a Lal y a Cozcamalli la abordaron por estribor. Con los ganchos de abordaje trabando una a otra las naves y usando los bicheros como pértigas, los guerreros del drakkar y los tres extranjeros de las Tierras Calientes estuvieron, en pocos minutos, sobre la cubierta de la carraca portuguesa.

Algunos portugueses se defendieron con valentía y uno de ellos, con un disparo de la culebrina que manejaba en el castillo,

le arrancó el brazo derecho a Kolrud, llevándose de paso la mitad de la cabeza de otro vikingo. Gothehuc, tomando impulso se aferró a un briol y volando por sobre el alcázar, cayó detrás del artillero, lo inmovilizó pisándole la cola y le cortó la garganta con un feroz tajo de su cuchillo.

Después de media hora de lucha, once portugueses y cuatro escandinavos caídos sobre el puente pudo contar Lal, además de la cabeza del vikingo y del brazo de Kolrud. En el castillo, al lado del timón, otros dos enemigos se desangraban por mano de Cozcamalli. El décimo había corrido por su cuenta. Al repeler el ataque de un marino vestido de terciopelo y que blandía una espada larga y delgada, le había dado un golpe en la cara con el puño lleno de piedras. Blanda como una fruta madura, escurriendo una pulpa amarilla, había quedado colgando, inerte, su cabeza.

Los últimos siete tripulantes portugueses, arrinconados en la proa, decidieron rendirse después de otros diez minutos de combate. No guardaban muchas esperanzas en relación al procedimiento que esos bárbaros seguían con sus prisioneros, pero allí donde estaban no tardarían en ser masacrados a golpes de hacha. Tiraron sus armas a los pies de Herjolfsson que, arrodillado, atendía a Kolrud. El contramaestre era un hombre robusto y resistente, mucha sangre había perdido, pero bebía cerveza con entusiasmo, examinando de vez en cuando el torniquete que le había conservado la vida.

Herjolfsson se puso de pie y caminó hasta donde estaban sus prisioneros. Su casco abollado había perdido un ala y su mano aún no abatía el hacha ensangrentada. Al pasar, Lal le miró los ojos. Tenían la tensión inconfundible del que no ha terminado de matar.

horror de sus anteojos, sin embargo
estaban intactos.

¿Cuántas veces la había visto en los ~~ojos~~ de los sacerdotes de las pirámides? A ellos sólo los detenía la ceguera que precede y que anuncia la fatiga. X

Algunos de los infortunados portugueses se soltaban el cuello de sus camisas y los más jóvenes se amarraban la trenza de los cabellos encima de sus cabezas. De este modo querían hacer más fácil el golpe del hacha, más ligero el preludio de la ejecución, más rápida la entalladura final.

Entonces se adelantó Lal.

-Sus vidas por los anteojos -le propuso.

Gothehuc, dando un salto, se interpuso.

-Yo puedo hacerlo por tí -le dijo a Herjolfsson, pidiéndole el hacha.

-Creí que te había pagado con el pasaje -dijo el capitán.

-Nos dejas aquí y todos en paz.

Herjolfsson lanzó el hacha a uno de sus hombres.

-Está bien ^{! de vida} -dijo -pero tomaremos lo que llevan en sus bodegas. X

Había oscurecido cuando Herjolfsson y sus hombres ^{regresaron a bordo} ~~abordaron~~ el drakkar. Se llevaban consigo los cadáveres de sus hombres muertos y toda la mercancía que podían cargar. X

No fue cordial la despedida y tampoco ruda, quizás con indiferencia se saludaron Lal y Herjolfsson. Sólo Gothehuc titubeó. Dudaba en cual nave llegaría luego y mejor ^{donde el Cihucó huatl C.} ~~al destino elegido.~~ ^{había} Después, ya desarmado por Cozcamalli que obedeció una orden de Lal, ^{avisado} siguió a bordo de la carabela.

-Espero que no cometas un error -le dijo mostrándole las manos vacías -yo no confío en estos hombres a los que le has salvado la

vida.

Lal observó por última vez la vela ~~rojiblanca~~ del drakkar.

-Yo tampoco le dijo.

Los portugueses no se habían movido, incrédulos aún por su buena estrella. Nada habían entendido del diálogo entre ese extranjero obeso, cubierto de pieles y el vikingo, ~~aquel~~ que columpiaba esos extraños anteojos, más propios de un académico o de un cura, en la punta de su nariz.

Era una noche de luna y de nubarrones oscuros y móviles. Algunas linternas encendían las sombras en la cubierta de la carabela.

Uno de los siete marinos se separó del resto y se arrodilló frente a Lal.

-Gracias -le dijo, tomándole la mano.

-Ahora son nuestros prisioneros -dijo Gothehuc, hablando en Nauatl.

-Y...¿qué quieres..., ofrecérselos a Huitzilopochtli?

-Es nuestro deber...

-Nuestra primera obligación es sobrevivir y cumplir el desafío al que nos comprometimos con Ahuizotl.

Empezó a llover sobre el océano y Lal, rechazando la insinuación de Gothehuc, hizo que el hombre se levantara.

-¿Como te llamas? -le preguntó.

-Filho, Joao Filho

-¿Dónde estamos?

El marino miró el cielo encapotado y trató de medir las estrellas.

-Antes del ataque, nos acercábamos al Portugal -dijo.

-¿Cuánto...?

-En dos días...

-Nos han dejado con poca agua y sin alimentos, debemos llegar a tierra antes.

-Paulo puede hacerlo -dijo el marino mostrando el grupo que esperaba, sobre el castillo -el es nuestro piloto.

Pero cuando Lal se dio vuelta para llamarlo se abrió, a sus espaldas, la puerta del puente de popa. Desde allí, veloz y decidido, lo atacó un oficial. Llevaba guarniciones de cuero cruzadas en el pecho, una vistosa chaqueta de raso azulado, un sombrero de fieltro adornado con plumas, un florete en su derecha y en su mano izquierda, una pistola amartillada.

No llegó a tocarlo. Adelantándose a Cozcamalli, se interpuso Gothehuc oportuno y certero, ¹ ~~que~~ aprovechando el imprudente impulso del agresor le fracturó el cuello golpeándole el occipucio con la ^a macizo empuñadura de su cuchillo. X

-¡Tramposo...! -exclamó Lal, haciéndole el quite al cuerpo despaturrado del oficial. X

Gothehuc quiso guardar el cuchillo, pero Cozcamalli se lo impidió. Le contuvo, de súbito, la muñeca de la mano armada. X

-Te habría matado ^{me desbarabas} -le dijo Lal, casi sonriendo.

Lal agarró por el cuello al marino portugués.

-¿Cuántos más quedan escondidos? -le exigió, vociferando.

-Ese era el capitán -dijo el hombre en un susurro -él viajaba con una sobrina, a pesar de...

La niña también salió corriendo y empujando a Lal con el ímpetu

de una alondra, se arrojó llorando sobre el cuerpo de su tío. Lal se apartó conmovido y desconcertado buscó una explicación en Gothehuc. Porque para él era igualmente sorprendente que una mujer llorara la muerte de un guerrero caído en el combate.

-Ya te lo había dicho..., ¿quién puede comprender a esta gente?

-Déjale el cuchillo -Lal pidió a Cozcamalli.

Luego, inhabilitado para la compasión ante conductas tan enigmáticas, Lal dejó que la joven consumara su duelo y seguido de Gothehuc subió hasta el castillo. Paulo, al frente, ya hacía de cabeza de los derrotados.

-Estamos en deuda contigo -le dijo a Lal en portugués.

-Dime -preguntó otra vez Lal -¿estamos muy lejos de algún puerto.

-Depende a cuál puerto quieras llegar..., ¿portugués, español, inglés, veneciano...?

-La Rábida...

Paulo ~~Pires~~ respiró el aire nocturno y luego lo fue soltando de a poco. Después mojó un dedo con su saliva y lo expuso a su propio aliento. Por último pidió el cuadrante. Estuvo un rato trabajando con el instrumento, midiendo el ángulo de la estrella Polar sobre el horizonte hasta encontrar la latitud. Más tarde abrió la caja del compás y finalmente, al cabo de unos minutos de reflexión, le habló a Lal.

-Buena elección..., a La Rábida, cuatro días y cinco noches, sin contar ésta, habrá que racionar el agua, el pan y las noches de sueño.

-Escucha bien -Lal se llevó a Paulo hacia un lado -harás lo

que estimes necesario para llegar. Después nos desembarcarás, a mis amigos y a mí, en una playa no muy alejada del puerto, cerca de una casa donde habita un grupo de sacerdotes de tu religión...tú mismo nos guiarás hasta allí. Después podrás volver a esta carabela y hacer con ella lo que quieras, te la regalo.

-¿No quieres entrar a La Rábida a bordo de ella...?

-No te hagas el estúpido y no dejes que te prive de mi confianza -Lal señaló con un dedo a Cozcamalli y a Gothehuc -porque el grandote aquél está deseoso de arrancarles el corazón...

Paulo ~~Pires~~ se rió, incrédulo.

-Hablaré con mis hombres -le dijo.

Siguiendo las instrucciones del navegante los marinos aballestaron los nudos, templaron las velas y verificaron la línea del timón. Una brisa suave pero suficiente los hacía avanzar. Antes de fijar el derrotero, Paulo pidió permiso a Lal para enterrar a su muertos.

-¿Aquí, en el mar? -preguntó Gothehuc cuando Lal le hubo traducido.

-¿No habrá retraso?

-No, no con este viento.

Joao Filho ayudó a levantarse a la sobrina del capitán y la llevó a los camarotes de popa. Allí la hizo recostarse en una litera y le dio un dedal lleno de ron. Después, con la ayuda de otros tres hombres, amortajaron con lona vieja los cadáveres que aún estaban desparramados en el combés, los alinearon sobre los empalletados y esperaron que amaneciera. Había dejado de llover. Cuando el sol se hubo despegado de la barra del horizonte y después

que hubo terminado de recitar los salmos mortuorios, Paulo los fue empujando, uno a uno, al fondo del mar. Los cuerpos permanecían un instante flotando en la superficie y desaparecían tragados por una turbulenta ebullición. El otro sonido que se escuchaba era el llanto ténue y pertinaz de la muchacha.

Recogieron las velas el viento que, en abundancia se levantó en la mañana y arrancó la carabela en las manos de los hábiles marinos portugueses. Con Lal junto a Paulo Pires que no soltaba el timón y Gothehuc y Cozcamalli vigilando, en la cubierta o en el sollado, transcurrió el primer día de navegación. Se turnaron para descansar los tres mexicanos y al cuarto día, ya bastante impacientes, avistaron un convoy de cinco naves.

-Son venecianas -informó Pires -que ya han pasado por Lisboa...

-Aléjate de ellas -ordenó Lal.

Dos disparos de lombarda hechas por la escolta saludó el paso de la solitaria carabela. Paulo Pires no tuvo que enmendar la ruta para observar la exigencia de Lal.

Las carracas se perdieron hacia el norte y cuando cambió la luz del día, poco antes de iniciarse el crepúsculo, el sol espejeando en los vidrios del castillo de popa, Fihlo, a horcajadas en la cofa, gritó el tierra a la vista.

El piloto enseñó a Lal los detalles de la costa y los puntos de referencia que permitían distinguir los límites atlánticos entre España y Portugal. Los vientos eran propicios y la nao se aproximaba a tierra con celeridad. Una llovizna fina empañó la nitidez de la costa y Pires, variando la dirección del timón, se

Paulo

paralelo
colocó paralelo a la costa.

-Nos iremos bordeando -anunció -porque es probable que a medianoche podamos ver las luces de La Rábida...

-¿Entonces...? -interrogó Lal.

-...nos quedaremos al paio un resto y de madrugada, antes que los pescadores se hagan a la mar, los dejaré a tí y a tus compañeros en la playa cerca del convento de los franciscanos.

La garúa se convirtió en lluvia y el piloto agaleró las velas que empezaban a almacenar el agua. Lal y Gothehuc, insomnes, velaban junto a Paulo Pires el lento derivar de la carabela.

En un aguacero sin vientos y con la mar quieta se transformó la lluvia. Ocasionales relámpagos permitían ver los acantilados de la costa, cada vez más cerca. Después, cuando ya desteñían las nubes y la primera luz difuminaba la turbidez del horizonte, Lal descubrió el pálido y esbelto contorno de una playa. Y más al sur la cúpula cónica de la capilla de los franciscanos que Huipozix le dibujara, un día, sobre la arena de la plaza de Tenochtitlán.

Paulo Pires inspeccionó el alcoholado del bote en el que desembarcaría y lo hizo bajar al agua, asegurándolo a la nave con una barloa. Y cuando la cercanía permitió contar cuantos higos cargaban las higueras que bordean el río Tinto, le dijo a Lal que se alistara.

Se aprontaba Paulo Pires a pasar sobre la borda cuando se abrió la puerta del castillo de popa. Vio entonces a la sobrina del capitán que, ~~agitando nerviosa su cola~~ y con un pistolete en la mano, se adelantaba sin vacilar y encañonaba a Gothehuc.

-No... -alcanzó a gritar Lal, más preocupado por la chiquilla

que por el balazo que pudiera recibir el general.

No le faltaba razón. Ella se aproximaba buscando la cercanía que le garantizara una mortífera eficacia al disparo. La perdió la audacia de su obsesión, porque Gothehuc, no bien la tuvo a distancia, le golpeó la mano con toda la fuerza de su brazo. Voló el pistolete y la mujer, sacudida por el golpe, cayó hacia atrás, sentada sobre un montón de cabos. El arma se deslizó por encima de las tablas y se detuvo junto a Paulo quien, doblando el tobillo, la ocultó con la suela.

-Eso no está bien -advirtió Cozcamalli.

Como si un alacrán le hubiera mordido un pie levantó Paulo Pires su bota y empujó el arma en dirección a Lal.

-Estoy listo -dijo cabalgando la batayola, presto a tirarse sobre el bote apegado a su amura.

Lal guardó el cachorrillo en su bolsa y siguió a Paulo y a Gothehuc.

Antes de deslizarse por la cuerda miró por encima de la borda. La mujer ya se había recuperado y lo miraba abandonar la carabela. Sus ojos prometían venganza.

-Soy la Duquesa de Teba, para que no lo olvides -fue lo que oyó Lal antes de dejarse caer al fondo del bote.

Cozcamalli, protegiendo la retirada de Lal y con dos espadas de botín, fue el último en abandonar la carabela portuguesa.

El naufrago Laccalle (cont.)

26.- Todos los que antes habían navegado en esas aguas daban gracias a Dios. No habíamos podido eludir Ushant en nuestra ruta a Inglaterra y hasta el mismo piloto, que la había sugerido para capear una tormenta, aconsejó al capitán la peligrosa ^{precaución} experiencia de llevar la lombarda cargada. *Quizá por ahí cruzáramos con el Calenche.*

No obstante todas las prevenciones, avistamos la isla un día en la que ninguna nube manchaba el cielo y durante el cual se declaró un áfrico veloz y gentil.

En ese momento taenúe

Fue Medina ~~quien~~ divisó, desde la proa, aquellas cuatro tablas en las que se moría Laccalle. Sabíamos que al atardecer, en esos mares fríos, el aire tiende a afoscarse, por eso forzamos la marcha. Lo alcanzamos en una hora, cuando ya dejábamos atrás Ushant y lo recogimos de inmediato. Todos lo celebramos. Recoger un nauógrafo vivo es señal de buena suerte.

El sol había cruzado el mediodía cuando Poletl interrumpió el relato.

-Mañana hacemos el doble de aritmética -rogó Pitzl.

-Ya se nos ha pasado la hora -reforzó el argumento Témac -
mejor continuamos con Colón.

Lumela, intuyendo lo que sucedía, puso sobre la mesa un jarro enorme rebalsando de nieve y jugo de mango.

-Así es imposible concentrarse en los números -dijo Elalq.

Poletl asintió, tomó un vaso, lo llenó y probó la helada bebida.

-Estoy de acuerdo -dijo.

Empezaba a hacer calor en las alturas de México.

Agonizaba, como digo, Laccalle, y sus harapos malamente lo protegían del frío. Y aunque con la piel violácea, manchada ya por las livideces que preceden a la muerte, el hombre aún respiraba. Lo abrigamos, lo recostamos en una litera cerca de una estufa encendida y le dimos a beber un cuenco lleno de ron. Yo era entonces un marino ocupado de levantar las vergas y mantener en buen estado las velas cangrejas y nada podía reclamar ante una orden de la autoridad de a bordo. Y así fue como Ferreira, el capitán de la Manola, me ordenó me hiciera cargo del naufrago, le conservara la vida y lo llevara a su presencia cuando se hubiera recuperado. Eso nunca ocurrió porque Laccalle murió en mis brazos, en uno de los pañoles de popa, dos días después de haber sido rescatado de las aguas.

-Y... ¿son verosímiles las confesiones de un moribundo -

preguntó Santángel.

Colón no alcanzó a contestar.

-Detras de toda auténtica constricción está el temor de Dios - dijo Torquemada con una voz clara, agradable, discordante con el temperamento inveterado de su dueño.

-No me refiero a ese tipo de confesiones...

Fernando, con una risita, interrumpió al Confesor.

-Claro -dijo -si Colón no es cura..., ¿cómo entonces?

-¿Lo son...? -insistió Santángel.

Colón aseguró que el hombre no deliraba y que su relato era coherente con los conocimientos que en esa época ya se tenían acerca de las Indias y los vastos territorios explorados por los hermanos Polo.

Lo más sorprendente y alarmante de todo, continuó Colón, no era tanto la convicción con la que Laccalle declaraba que se podía, él lo había logrado, llegar hasta las Indias zarpando desde España, sino que la certidumbre con la que aseveraba que los Orientales estaban a punto de iniciar las exploraciones hacia el Occidente. Esto les significaría inaugurar al tráfico rutas hasta ahora desconocidas. Estas rutas de insospechadas posibilidades quedarían, desde luego, en sus manos.

-Es tu oportunidad Isabel -imploró *Santángel*.

-¡Estás looococo! -dijo arrastrando las letras López Giménez.

-Las descalificaciones ameritan la exclusión de esta sala - Santángel dio un paso y ocultó, a la vista de Colón, la sotana violácea de Torquemada.

Isabel levantó, levemente, su mano.

Continuó Colón

zaramador

Laccalle Vera un rico comerciante napolitano cuyos barcos visitaban, además de los puertos del Mediterráneo, otros que se abrían al océano, en España, Portugal e Inglaterra. Su travesía hasta Cipango fue un caro accidente, del que nada pudo aprovechar por el tiempo que allí lo retuvieron. Tres veces había intentado su fuga guiándose por los mapas de Marco Polo, tres veces lo capturó el Shogún. Por último lo intentó en la misma nave que hasta allí lo había conducido cuando, cuatro años antes, un viento pertinaz e irreversible lo desvió de su ruta de regreso a Las Azores.

Era una carabela de doce tripulantes, de buen maderamen, pero infestada de broma, que resistió las marejadas de la tormenta de ida, pero no las del regreso. En sus bodegas, me juró Laccalle, traía las muestras de goma, clavo y pimienta de las Indias y las ricas telas de seda con la que se viste la gente del Kahn...

-Aún cuando lo que por tu boca habría dicho el tal Laccalle fuera cierto, ¿consideras prudente someter a los reyes de España a una empresa de tantos riesgos? -preguntó Saavedra, el astrónomo.

-Los reyes de España no correrán ningún peligro -Colón trataba de acomodarse en el taburete.

-Su oro es el que corre peligro..., y en estos tiempos - intervino otra vez Saavedra, Santángel.

"Laccalle navegó en invierno y en invierno intentó el retorno. Yo pretendo, anunció Colón, zarpar en verano, y cruzar una mitad de la mar océano en verano y la otra en primavera. Porque quiero guiarme por los crisantemos que crecen en los farellones de la costa del Japón".

-Un castigo exijo a quien aquí se está burlando -era Matatoros

el que se había puesto de pie y apuntaba a Colón con un dedo, como si de la historia de Fernão Lopes quisiera ser figura.

Colón también se levantó.

-No esperaba un juicio en el día de hoy -dijo.

Torquemada, por detrás, se inclinó sobre el oído de la reina. *Mataforas*
López Giménez y Colón volvieron a sus asientos.

-Insisto, Cristóbal -dijo Isabel ^{tantas} ~~seis~~ veces te hemos escuchado, muchas nuestros sabios y a las mismas conclusiones hemos llegado..., ¿estás en condiciones de aportar nuevos antecedentes que hagan reconsiderar nuestras decisiones?

-Ahora pido se me nombre Almirante de la Flota del reino de Castilla y Aragón, se me reconozca, a mi y a mi herencia el Título de Virrey de las tierras que descubra para vuestras majestades y que se me permita separar el décimo de todas las especies, metales y usufructo de las posesiones que ponga bajo vuestro magnífico resguardo.

Coline esbozó una sonrisa y los tres eruditos de Talavera, sentados a las espaldas de Colón, rieron. El marqués de Matatoros lanzó una carcajada y Briones se llevó una de sus manos enguantadas a la boca. Fernando no se pudo contener y en segundos la risa sacudía a la audiencia entera.

Gaonás y Colón permanecían callados y el Sevillano, ahora, trabajaba con pinceles en sus dos manos.

Espero que a alguno de estos cretinos los pinte para siempre con la boca abierta -pensaba Colón -con sus bocas llenas de esta risa grosera y estúpida.

Colón consideró que la audiencia había concluido. saludó a los

por la fiesta provocada por Fernando

reyes con una inclinación de cabeza, se puso el sombrero y se retiró. Inadvertida su partida, sólo Gaonás salió con él.

Los edecanes le abrieron la puerta de madera y bronce, bajaron las escalas, caminaron por el patio de mosaicos y salieron a la segunda noche de ese día. Atravesaron el puente y se dirigieron a la ciudad por una calle desolada, oscurecida, encerada por la escarcha.

Pero antes de cruzar el arco que aún se conocía como del Profeta y por el cual se entraba al centro de la ciudad, los detuvo un grito de advertencia. Colón y Gaonás se dieron vuelta. Alguien corría decidido a alcanzarlos.

Era Luis de Santángel.

Acezaba el hombre al detenerse junto a ellos.

-Eres un embustero, Colón -le dijo envuelto en el vapor de su propio aliento.

-Nada tengo que hablar, ni contigo ni con ningún enviado de Fernando o de Isabel -Colón prosiguió su marcha -ya sé de donde sacaré el dinero.

-¿Por qué mentiste...?, ¿por qué ocultaste a la corte que entre las Indias Orientales y España, por la mar oceáno, hay otro continente? *¿Por qué físcante lo que te dije la calle?*

Colón volvió la cabeza, pero no se detuvo.

-¡Entre las Indias y España no hay nada mas que agua! -gritó.

27.- La Rábida era un puerto grande, es cierto, pero nada como lo

en el aire
Hupozix hizo una bahía imaginaria.

que imaginé. Mi travesía consistió en dos piezas de plata y quince ducados y al licenciarme me ofrecieron de inmediato otro rumbo. Lo rechacé y busqué alojamiento en una posada alejada del muelle y de todo lo que oliera a mar. ✓

Me acomodaron en la planta alta y dormí un día y una noche y probablemente hubiera seguido a no ser por un algarabía interminable que subía desde el primer piso. Me vestí, volví a meter todas mis pertenencias en mi mochila y bajé. Descubrí que en la planta baja, donde estaba el mesón, cinco hombres discutían. Algo de fantasmagórico tenía el espectáculo, ya que despojados en parte de sus armaduras, no se sabía si eran ellas, desparramadas en las sillas, en el suelo, ~~sobre las mesas~~ o colgados de los muros los yelmos, las corazas, ~~los brazaes~~, los quijotes o eran sus dueños los que participaban en la disputa. X

Pedí algo caliente para beber y me trajeron una taza con una infusión dulce que no conocía. Aunque no me fue fácil seguir el hilo de la conversación, pronto me quedó claro el tema de fondo. ¿Se podía o no se podía ^{anibar} llegar a las Indias Orientales cruzando la mar océano? Yo llegaba preparado para descubrir el interés que los hombres de esas tierras tenían en el comercio con la China, la Mongolia, Persia o el Japón, pero ni sospechaba que aquello era tema de conversación cotidiana en las tabernas y hostales de toda la meseta. X

* * *

-¿Japón...? -interrumpió Lal.

-Otro nombre para Cipango, del que ya les he hablado -dijo Hupozix.

-¿Son tierras muy lejanas..? ¿pueden llegar hasta ellas nuestros guerreros? -preguntó Gothehuc.

-Sólo en grandes barcos o balsas podríamos llevar a nuestros ejércitos a esos lugares

-Y sus habitantes, ¿son muy diferentes a nosotros...? ¡quizás como los que viven en la Luna..! -interrogó Poletl.

Huipozix miró a sus discípulos.

-Semejantes a todos los hombres..., y carecen de la cola con la que los has agraviado en tus dibujos -contestó y reprendió a la vez la imaginación de Poletl.

*↓
¡en la que los vistes en tus historias.*

**** **

Pero no hablaban únicamente de aquello, continuó Huipozix, también de la muerte reciente del rey Alfonso, a quien llamaban él Magnánimo y de la dura lucha que estaban dando los moros en las fronteras de los que eran aún sus dominios. Y yo estuve fuera del asunto hasta que uno de esos hombres que discutían, que recuerdo flaco y narigón, se volvió hacia donde yo estaba y me habló.

-¿Y tú que opinas extranjero?

A mí la lengua se me había pegado al paladar. Pero no porque temiera responderle, sino porque el té, como le llamaban a aquello que bebía, me lo habían servido dulce como melaza.

-Pues que es indispensable encontrar luego la ruta más corta...-dije, *en una mezcla de todos los idiomas que conocía.*

El tipo aquél se puso de pie. Además de flaco y narigón, era alto, fuerte y huesudo y de su cintura colgaba una espada enorme, ..."la Templada, roja por la sangre y mellada por el hueso del pagano", como el mismo decía.

-No me refiero a esa puta posibilidad -rugió, sino que a esos malditos comeperros, moriscos y marranos que todavía rondan por aquí.

Ese soldado buscaba pelea. Yo dejé el tazón sobre la mesa y le dije que venía de muy lejos, lo que era verdad, que ignoraba los problemas de los que me hablaba, que también era cierto y que lo único que quería era seguir mi camino tranquilo por esas tierras, que me habían dicho, estaban pobladas por gente hospitalitaria y amable.

-¿De qué tan lejos vienes? -rugió aquél tipo, con una prudencia tan escasa como la distancia que de mí lo separaba.

Yo también me levanté y el gigantón jugueteó con el pomo de su espada.

-Ni aunque te esforzaras podrías adivinar -contesté tomando mi bolsa del respaldo de la silla, preparándome para partir.

El narigón desenvainó el sable y lo cruzó delante mío.

-¡Alto, por Astaroth! -me detuvo -tu aspecto y tu acento me mal huelen..., ¿cómo azufre quizás?

El hombre, en realidad, me había atrapado. La hoja de su espada cruzaba el pasillo que necesariamente debía atravesar para llegar a la puerta y los otros cuatro o cinco comensales, con que anteriormente él había estado pleitando, tenían sus vasos de vidrio verde y sus cucharas sobre la mesa: esperaban disfrutar de la riña del loco con el extranjero.

-Los que huelen como el diablo son aquellos -dije mostrando a los que, de ser parte ^{de la comilona}, se habían vuelto espectadores.

El narigón husmeó por instinto y su nariz, en su afán, se olió

primero a sí misma y después en la dirección que mi dedo había señalado. Tampoco había mentido, porque en ese espacio el único que no olía como rabadán era yo.

-Es cierto, carajo que es cierto -dijo, sin saber quién másapestaba, si él o los otros parroquianos.

Y volvió su espada hacia ellos olvidando el motivo inicial por el que la había desenfundado. Pero al contrario de como yo había reaccionado, los cuatro hombres se incorporaron sin vacilar, voltearon sillas y mesas y con floretes y sables en mano atacaron al narigón. Quise aprovechar la circunstancia y la riña para largarme, pero luego comprobé que esos granujas no sólo iban a matar al pobre infeliz que los había desafiado, sino que además iban a hacer escarnio de él.

Y eso para mí es, aquí y allá, inaceptable.

De tal modo que busqué en el interior de mi saco, saqué la lanza de cinco puntas, la ensamblé y justo cuando uno de los soldados floreaba su estoque y otro, comprobando que así el narigón se distraía, le atravesaba el hombro derecho, intervine. El narigón era un gran espada, pero sin mi auxilio al final lo hubieran masacrado. De allí el afecto que con posterioridad me tomó.

* * * *

-¿La lanza con la que sorprendimos a los mixtecos...? preguntó GhotehuC.

-La que tu inventaste, Huipozix -añadió Lal.

* * * *

Bueno sí, aquella con cinco puntas sucesivas que quedan prendidas en el cuerpo del enemigo después que has soltado el

resorte. En realidad un híbrido de venablo y arco, útil en la lucha a distancia intermedia.

Al primer mercenario lo herí en el brazo y el maldito, al ver el aguijón clavado en su carne, creyó que yo había quedado desarmado. Entonces me atacó enfurecido. Su coraje irresponsable no me dio tiempo para una mejor puntería y le di un golpe mortal. Quizás en la carótida, porque se fue gritando sangre entre las mesas y las sillas, hasta que se desmoronó frente la puerta que daba a la calle.

El narigón, con el brazo derecho inutilizado, blandía la espada empuñada con el otro, pero dos de aquellos que lo acorralaban le dieron una tregua para acometer contra mí. La discusión se había tornado, en un santiamén, demasiado peligrosa. Por esta razón, al que llegó antes le destruí una rodilla y al que venía detrás le ensarté la otra moharra en la mitad del pecho. Tampoco había tenido la serenidad para ser mas benévolo.

El último hombre, al verse ahora en inferioridad numérica, saltó por sobre el cadáver de su compañero que obstruía la puerta y huyó por la calle hacia el puerto.

-De seguro va en busca de ayuda, ¡mejor nos largamos! —

Me dijo el narigón, guardó su espada, me tomó de un brazo y me arrastró a la puerta trasera.

28.- -Tiene razón Santángel -comentó Gaonás a Colón después que hubieron dejado atrás al tesorero de Fernando.

-No quiero regalar mi trabajo.

-También tienes razón -dijo Gaonás y sólo volvió a abrir la boca para preguntar a dónde iban.

-Quiero ver al extranjero, ese viene lleno de oro, el pagará las carabelas..., llévame a donde él.

-Sardot debe tenerlos en su casa.

Colón apuró la marcha.

-¡Vamos! -apuró -no confío en ese cerdo rabón.

* * * * *

gothehuC se sacudió un sueño superficial. Había intuido un movimiento furtivo en la calle. Al otro lado de la mesa, recostado, dormitaba laL. En el mismo rincón donde los había visto por última vez, roncaban la bruja que les había dado de comer y Sardot. cozcamalla había desaparecido.

Entonces alguien llamó, con levedad, a la puerta.

gothehuC tiró del mantel donde apoyaba la cabeza laL y llevándose un índice a su oreja y el otro a sus labios, le reclamó atención y silencio. No era fácil engañar a gothehuC, aquellos golpes eran más una señal que el anuncio de una presencia y no se correspondían a la súbita agitación de Sardot que, también, había despertado. Y tampoco a laL. Había visto de cerca la vehemencia de

↑
es fácil confundir

115

Colón y, ya le hubiera ido bien con Isabel, o mal, con otra disposición de ánimo hubiera tocado a ^{esa} la puerta. X

*** *

Empezaba a oscurecer sobre México y Poletl estudió la sombra del reloj.

-Ya es hora de que regresen -dijo mirando a Témac y a Elalq - yo mismo llevaré a Pitzl.

Pero la niña lo miró y negó con la cabeza. Poletl comprendió. El crepúsculo era la hora favorita de Qej, el Sumo Sacerdote, la hora en la que gustaba de alimentar de manera copiosa al viejo Huitzilopochtli.

-Está bien -rectificó -seguiremos un rato todavía.

Los dos muchachos asintieron, complacidos. Pitzl sonreía. X

Y aunque el ruido que hace la cola al moverse los delató antes de que derribaran la puerta, no lo hizo con la prontitud que laL y gothehuC hubieran requerido.

No alcanzaron ni intentaron defenderse. Ofrecer resistencia en esas condiciones equivalía a una sentencia de muerte. Ir a juicio bajo la ley de Torquemada, ^{por lo que sabía, pensó loL} ~~pensó laL~~, tampoco les concedía mayor opción, pero les daría más tiempo. Siempre es preferible posponer la muerte, aunque ello signifique terminar en la hoguera. Más de veinte eran los hombres de Briones que habían copado la casucha de Sardot y con rapidez encadenaron a gothehuC y al prófugo laL.

-Pensé que cozcamalli era tu fiel servidor -dijo gothehuC.

-Y yo, que Sardot era el tuyo...

gothehuC movía sus hombros tratando de acomodar los grilletes.

-Yo también lo creí -dijo y escupió a Sardot que, nervioso, se frotaba las manos.

-No desesperes, cabrón -le dijo a su vez la L que siempre se cobra, tanto como se paga, una traición.

Una sombra metálica ocupó entonces la puerta.

-¡Ese es Briones! -exclamó Sardot.

Los sacaron a empujones y a empujones los metieron en un carro cerrado, con una sola lumbrera sellada con barrotes de fierro.

-Te lo había dicho -gothehuC trató de sentarse en aquél estrecho espacio -ya nos han enjaulado...

Colón echó a correr al ver la puerta de la casa que le señalaba Gaonás.

-Ahí vive Sardot.

Colón la empujó con la punta de su bota y se asomó al interior.

-Casi -corrigió.

Porque como una cosa más en el desorden, metido dentro del azafate, de bruces contra el fondo de latón y una alabarda en el espínazo, se moría Sardot.

Agarrándolo por el cuello Colón lo sacó de la batea y suspendiendo su cuerpo leve permitió que Gaonás, con un impulso, le arrancara la lanza incrustada.

Sardot los miró en su perpleja moribundia y sus labios mudos modelaron con nitidez el nombre de Torquemada.

-¿Se los llevaron? -preguntó Colón removiendo en el aire al que se iba.

Gaonás lo tomó por el codo. Sardot se agitaba como un pájaro atrapado en el ajonje.

-¡Suéltalo! -le exigió a Colón.

Colón dejó caer al moribundo sobre una silla.

-¿Quiero saber a dónde?

-Eso no necesitas preguntárselo a este desgraciado.

-¿A la Mezquita...? -tanteó, esperando equivocarse, Colón.

-A qué parte, si no...

Sardot se escurrió hasta el suelo, su cuello flojo como el de un pelele.

-Hablaré con Isabel...

-Es inútil, ya no te recibirá...

-Si lo hará.

Colón saltó por encima de las piernas de Sardot y salió a la calle seguido por Gaonás.

-Su influencia no es válida en esos círculos.

Colón esperó que Gaonás lo alcanzara.

-¡Y tú me ayudarás...! -le dijo -y así me olvidaré que me hiciste hacer el ridículo en la Corte..., ¿o no iba la reina a meter las manos en el tesoro por mí?

-Se le habrá olvidado su sueño.

-¿Crees que soy retardado..?, eso me huele a invento tuyo.

-Algo la hizo cambiar de opinión..., te juro que ella me ordenó que te buscara.

-Su entusiasmo me congeló los huesos -dijo Colón.

-Seguro que antes de la audiencia se confesó.

-Tu manía por Torquemada no es saludable.

-No sería raro que me hubiese ayudado a conservar la vida..., tal vez Sardot te pueda dar una opinión al respecto...

-Acepto que ella se niegue a proporcionarme los recursos, pero no puede impedir que los consiga de otra fuente.

-Isabel no, Torquemada sí.

Entibiaba las calles de Granada el segundo sol de la meseta cuando Colón, abriéndose paso entre la gente, deshacía el camino al palacio. Gaonás lo seguía dos pasos atrás, con una mano en la cabeza sujetándose el postizo, maldiciendo la mala leche de Colón y sospechando que a ese ritmo no podría ver cumplida su obsesión. Retirarse en un lugar tranquilo, cálido y ocioso como el que quería descubrir el Almirante, se estaba convirtiendo en fantasía propia de un demente.

Poco mas allá de la Plaza del Ahorcado Colón tuvo el sobresalto que sugiere una carencia y se dio vuelta. Había extraviado a Gaonás. Y siéndole el cornudo indispensable, decidió regresar sobre sus pasos. Trató de recomponer el camino en su memoria y recordó haber atravesado, a buena marcha, una callejuela oscura y melíndrosa. La reconoció de inmediato, pero en ella percibió otra ausencia. Ya no estaban la mujeres que, a su paso, se le habían ofrecido. Con un faldero al acecho, eso sí, confundió Colón en un principio el peluquín de Gaonás, que desgredado yacía sobre el suelo de adoquines.

Colón buscó, desesperado, una cancela abierta, un indicio. Con Gaonás se le iba la última esperanza de descubrir un nuevo mundo. No veía sombras chinas decorando fugazmente las cortinas, ningún ruido, ni tampoco algún lamento.

Pero Colón no llegó a impacientarse. Un bisbiseo sutil lo orientó hacia la rendija inaparente de una ventana. Hacia allá se dirigía, pero un bastón repentino se le metió entre las piernas. Caía Colón cuando unos brazos lo tomaron por los hombros y en vilo lo hicieron pasar por una puerta.

En la oscuridad de una habitación aleteó Colón, pero nadie lo contuvo y buscaba una pared para apuntalarse cuando vio encenderse una bujía. Detrás de ella Gaonás y un desconocido.

-Soy cozcamalli, sirviente de Lal el mexicano -dijo este último.

Colón, entonces, recordó haberlo visto ^{armado de una hacha} en el vestíbulo del palacio de Isabel. X

-Sabe donde los tienen -agregó Gaonás.

-¿Qué esperamos...? -propuso Colón, recuperado.

-Calma -rezongó Gaonás -debemos estudiar nuestros próximos pasos.

-No quiero más encierros en pensiones de mala muerte -Colón miró a su alrededor y su tono no admitía dudas -ni tengo mucho tiempo...

-Oscurecerá pronto -insistió Gaonás -y una guardia de almorávides custodia las mazmorras de Torquemada.

-No llegaré a las Indias si pierdo los Alisios de esta primavera...

-Quizás tienes razón y puedas pedir clemencia a la reina.

-Me convenciste de que eso era inútil...

-No veo forma...

-Y tú, ¿qué dices, guerrero? -preguntó Colón a cozcamalli.

-Pasarán la noche en el carro, a las puertas de esta ciudad y mañana, muy temprano, una escolta los llevará hasta el tribunal de Torquemada.

-Por qué los han llevado a las afueras de Granada -preguntó Colón.

-Es una disposición de la Corona y fue dictada con la anuencia del Santo Oficio -explicó Gaonás -por ella, éste sólo puede retener dentro de una ciudad a quienes ya han sido acusados o condenados. Si no es el caso, un juez letrado cualquiera podría notificar y ordenar su libertad.

-Que delicados...

-La ley tiene como propósito evitar los abusos, las redadas en una ciudad amurallada..., sólo los detenidos en tránsito pueden serlo en forma indefinida sin que se les formule cargos.

-El judío errante -dijo Colón

-No por eso los almorávides descuidan sus obligaciones -terminó Gaonás.

-Hay una manera -propuso cozcamaII.

La luz del día y la del vertiginoso crepúsculo acompañó al furgón en el que trasladaban a laL y gothehuC en el tránsito a través de toda la ciudad. La gente se apartaba y muchos inclinaban la cabeza al descubrir la inconfundible loriga de escamas de Briones. Algunos, especialmente los niños, se atrevían a seguir la caravana. ¿Cuándo los quemarán?, ¿en cuál esquina levantarán la

Justicia la vida ante los picaros

hoguera?, preguntaban y los más osados tiraban puñados de piedritas a los ~~que creían~~ convictos.

laL y gothehuC habían hecho la primera parte del trayecto en silencio. No se rehuían la mirada y la culpa que laL se atribuía se reducía al hecho de haberse quedado dormido, confiado, en la casa de Sardot. gothehuC, en cambio, lo desafiaba con la mirada. Tenía la certeza que habían iniciado un camino sin retorno y al analizar su comportamiento desde que se separara en La Rábida de laL y cozcamalla hasta el momento que Sardot los traicionera, no encontraba en él elementos importantes de censura. Había tratado de infiltrarse en el enemigo y, de no haberse encontrado con su compatriota y con Colón en la antesala de los reyes, y si hubiera podido entrar en ella, ningún escrúpulo le habría impedido llevar a cabo su plan.

laL se compadeció de gothehuC después que cruzaron el barrio de los médicos donde pudieron ver, desparramados sobre el hielo de la fuente de la que antes era un surtidor, los escombros de mármol de la estatua de Ibn al-Baytar, el yerbista y se preocupó por su salud al llegar al paseo de los astrólogos, ya próximo a la puerta norte de la ciudad, cuando advirtió que lo que espejeaba como una caída de agua desde las gárgolas del patronato construido en conmemoración del esferista tunecino Abí Rijál, era un carámbano interminable.

gothehuC no resistiría el frío inconmensurable de la segunda noche de un día granadino.

-Pero..., ¿tanto frío hace en la meseta? -preguntó Pitzl con un involuntario estremecimiento.

-Bueno -se disculpó Poletl -yo nunca estuve, pero como pudo comprobar Huipozix, el Maestro, el que no se cobijaba de noche, no era testigo del sol, ni del primero ni del segundo del mismo día.

-Por eso ellos han querido atravesar el océano -dijo Témac.

-Huyen de un clima que los subyuga -confirmó Poletl.

-Lal, mi padre...

Poletl puso un dedo delante de los labios de la niña.

examinó
lal ~~vio~~ las ropas castellanas de gothehuC, sacó su cuchillo, desprendió el forro de su manto de piel y se lo ofreció. gothehuC ~~movió~~ ~~desconcertado~~ la barbilla pero aceptó el abrigo. X

-No hay trato entre nosotros -dijo.

-Nunca lo ha habido, si yo te salvo la vida o tú la mía, eso no compromete la reciprocidad.

Era estrecha la jaula ambulante en la que los llevaban. Quizás allí hubieran cabido tres o cuatro castellanos, pero la obesidad de lal y la corpulencia de gothehuC hacían insuficiente el espacio. Mucho rato tardó gothehuC en poder arroparse con el retobo que le pasara lal. Había que pasar brazos y piernas a través de los barrotes para lograr cierta desenvoltura en los movimientos y después, adivinar cómo volver los miembros al mismo sitio, se

transformaba en un acertijo difícil, pero indispensable para mantenerse en una misma posición.

Había dejado de tiritar gothehuC y su piel había recuperado un color más saludable cuando abandonaron Granada. No les era posible saber en que dirección los conducían, pero no mucho rato después la columna se detuvo. Era el campamento de Santa Fé, desde donde los reyes católicos habían conducido el sitio y la caída de Granada, donde pasarían todas las noches que Torquemada requiriera para acusarlos, condenarlos y recluirllos, hasta la ejecución, en sus propios calabozos dentro de la ciudad.

Tres de sus captores armaron una fogata junto al carro y por órdenes recibidas, dieron a cada uno de los enjaulados un cuenco con una mazamorra insípida[?] y un jarro con agua fresca. gothehuC, sin ningún comentario, acercó su alimento a laL, se tomó parte de agua, se puso de costado y orinó.

laL se comió lo suyo y lo de gothehuC, reservó también un poco de agua y de la bolsa que aún conservaba, volvió a sacar un par de cigarros.

gothehuC pidió una brasa a los soldados y con ella encendió su tabaco y el de laL. Creyó que tendrían algunos minutos de paz, pero no fue así. Porque más tarde y a prudente distancia, toda la guardia de Briones se amontonaba en las inmediaciones del carro. Esos hombres, estupefactos, los miraban fumar.

Briones ni ningún oficial se presentó en ese momento y laL y ^{gothehuC} gothehuC comprendieron la razón a medianoche, cuando el hielo pavonaba los barrotes de metal gris bajo la perpetua luna nueva de la meseta. Al filo de la medianoche, precedido por tres lanceros y

enfundado en un albornoz de astracán, se anunció Tomás de Torquemada.

Desde alguna distancia examinó a los dos prisioneros y una vez que le pareció que la cercanía no ofrecía peligro, dio algunos pasos en dirección al carromato.

Los lanceros, con sus alavesas en ristre apuntando a laL y a gothehuC, seguros de su poder de disuasión, lo precedían.

Aterido reclamaba un buho cuando el dominico preguntó:

-¿Dónde aprendieron hablar nuestra lengua?

laL se adelantó.

-Así, enjaulados, no hablaremos.

Torquemada se sacudió el capuchón y dejó ver su rostro inesperado, su nariz larga y fina, sus labios delineados y su vasta tonsura. Su expresión era estudiada y quería ser temible.

-Sáquenlos -dijo a sus hombres.

En la tienda de Briones, en cuyo centro calentaba un gran brasero, interrogó Torquemada a laL y a gothehuC. Se había despojado de su albornoz de astracán y estaba sentado en un diván de terciopelo. Tenía sus manos unidas por las palmas, como en oración, y sólo las separaba, de tanto en tanto, para frotarlas con vigor.

-En nuestro viaje desde el oriente, con algunos comerciantes de Segovia -contestó laL a la pregunta que, afuera, les hiciera el inquisidor.

-No se aprende ese castellano con un vendedor de cecinas.

-No era un vendedor de cecinas.

-Tenía método ese maestro -insistió Torquemada -y tuvo su

tiempo.

-¿Que quieres saber? -preguntó laL.

El y gothehuC, libres de las cadenas, estaban de pie frente a Torquemada. Media docena de los lanceros los vigilaban.

-De dónde vienen, de dónde, en verdad.

laL sabía que gothehuC no hablaría, que gothehuC nada diría. Incluso los tormentos y la hoguera no lo harían abrir la boca. De sí mismo no estaba tan seguro, pero de todos modos confiaba en su fortaleza. Pero la apuesta había sido con Colón, no con Torquemada bajo cuya supervisión un encuentro entre los dos mundos y las dos culturas podía devenir en un cataclismo.

-Ya te lo dije -repitió laL venimos del oriente.

-Muchos países caen al oriente, ¿de cual de ellos?

-Venimos de Ashimar, en la Persia, allí tenemos un negocio...

-¡Basta... -Torquemada se puso de pie. Su cabeza tremenda se agitaba, también su cola breve, mal disimulada por su gruesa sotana blanca -hay otros métodos, también, para conocer la verdad!

-Creíamos que Uds. eran más caritativos.

-Debemos proteger la Ciudad de Dios.

-San Agustín...

-¿También fue un viajante segoviano el que te introdujo en San Agustín...? -Torquemada recuperó su compostura, pero no tomó asiento.

-Era un hombre muy piadoso -dijo laL.

Torquemada tendió hacia atrás su brazo derecho y con el meñique pidió algo a quien estaba a sus espaldas. Palpitó una cortina que dividía la tienda en dos espacios y un hombre joven, de

tez oscura y pelo ensortijado y hasta entonces invisible, acudió con un libro entre los brazos.

-Veamos -dijo Torquemada leyendo de la página donde su ayudante lo traía abierto -¿tan piadoso como Hugo el Mexicano...?

~~****~~ *se*
Lumela, sigilosa, insinuó ~~su presencia~~ por la puerta que daba al jardin[?] interior. Aunque no podía verla, Poletl adivinó su presencia, interrumpió su relato y se dirigió a donde estaba la criada. X

Témac y Elalq no estaban de acuerdo en relación a la figura de Torquemada y aprovecharon el intervalo para discutirla.

Poletl regresó en el acto.

-Témac y Elalq -dijo -ya es hora de que regresen..., yo llevaré hasta su casa a Pitzl.

Los dos muchachos se despidieron con la promesa del maestro de continuar la historia al día siguiente, bajo la sombra de los aguacates en el patio de la casa de Elalq. Poletl había aceptado a la vez que los urgía a bajar a la calle.

Afuera, Toquitl, el jefe de la guardia del palacio de Ahuizotl, los esperaba.

-Es tarde ya -le dijo Poletl aparentando una tranquilidad que no tenía -condúcelos rápido... X

Toquitl asintió y dio la orden de partida a la comuna de guerreros.

-¿Qué pasa, Poletl? -lo interrogó Pitzl al verlo regresar a la terraza.

-Qej te busca...

-Qej no tiene autoridad para separame de mis padres.

-Lal no está en Tenochtitlán y tu madre no tiene fuerza suficiente para oponerse a los designios de Mabnolia..., Pitzl - enfatizó Poletl -ite quieren ~~de~~ rehén hasta conocer el resultado de la empresa de tu padre...! y de Gothehuc... X

Se endurecieron los ojos de Pitzl y se acentuó el canela de su piel. Su pelo negro, también, tremoló un momento con el viento.

-Y Nuwel -preguntó con la voz firme.

-Es aún muy pequeña, queda fuera de los requerimientos que Qej pueda hacer.

-¿Qué haremos?

-Te ocultaré hasta que regrese tu padre.

29.- Paulo ~~Pires~~ y Cozcamalli en los remos, Lal en la popa y Gothehuc en la proa, con una sonda entre las manos controlando la profundidad, se fueron arrimando a la costa, a esa línea clara que habían divisado desde la carabela capturada. X

Hasta que Gothehuc sintió vibrar la cuerda no habían cruzado palabra ~~durante la travesía~~, Lal atento al rumbo y a la velocidad X

Paulo
que ~~Pires~~ y Cozcamalli le imponían a la embarcación. Al dar Gothehuc el aviso levantó el remo el piloto, imitándolo en seguida Cozcamalli. La embarcación, con una suave inercia, continuó deslizándose por el agua hasta que se detuvo a pocas brazas de la rompiente.

subía del
La marea ~~no alcanzaba~~ el metro de altura y con un gesto Paulo ~~Pires~~, que ya se había arrojado al mar, indicó a Cozcamalli que lo siguiera. Con los pies pisando el fondo y el agua en la barbilla fueron guiando el bote hasta la playa, limpia, cuya arena ~~blanca~~ ascendía con una imperceptible pendiente desde el abismo.

Los primeros rayos del sol emergieron en un cielo sin nubes en el instante en que Paulo ~~Pires~~ y el mexicano, sintiendo la quilla sobre la arena, dieron el último empujón para dejar el bote sobre la orilla. Lal pudo desembarcar apenas mojando las sandalias de cuero que, desde que abandonara el drakkar había vuelto a usar. Hacía calor y la temperatura del agua era parecida a la de los arroyos que afluyen hacia la laguna de Texcoco, allí donde las madres sumergen por primera vez a los recién nacidos.

-¡Cumplido! -dijo Paulo ~~Pires~~ observando a Gothehuc que, sin disimulo, hincado y riéndose solo, cogía la arena a puñados.

-Cumplido -ratificó Lal extendiéndole una mano.

Paulo ~~Pires~~ se despidió, subió al bote, esperó el empujón de Cozcamalli y ya desenbancado dirigió la proa a la mar. Luego cingló por sobre el lomo de las olas y levantó su mano antes de sentarse a bogar.

-¿Y ahora? -preguntó Gothehuc.

-Aquí nos separamos -anunció Lal.

Gothehuc no respondió. Se echó la bolsa a los hombros y se marchó. Como un elegante español vestiría el guerrero, ~~después,~~ ^{después,} cuando Lal lo encontró. X

Lal esperó todavía una hora. Nadie los había visto llegar a tierra, pero quiso cerciorarse ^{que la carabela se iba} del rumbo de la carabela. El piloto portugués había derrotado hacia el poniente, evitando La Rábida y los impuestos españoles. ^A Cuando las palmeras dieron sombra, calculando Lal que la población del puerto ya estaría en las calles y apostando porque pasarían inadvertidos, como tantos otros forasteros, inició su camino a La Rábida.. Cozcamalli lo seguía. X

Paulo Pires ^X había guiado el bote hasta un punto desde donde se veía a la desembocadura de un río y a medida que se acercaban a sus ^{orillas} riberas, Lal y Cozcamalli se adentraban en un terreno húmedo y blando donde abundaban las espadañas. También a su paso remontaban vuelo bandadas de flamencos rosados y más de un perro vagabundo les ladró con ánimo de fiesta o de ^{pelea} agresión. X

No es ancho allí el río Tinto y en invierno corre, impaciente, a juntarse con el Saltés. Al otro lado, casi en el extremo de un puente que no quedaba lejos, Lal reconoció el domo del monasterio franciscano de La Rábida, del que, en numerosas ocasiones oyera hablar a Huipozix. Se sentó bajo un chopo y después de un rato, en el fondo de su saco, encontró el sobre de piel que le era indispensable. Ahí traía los documentos que recuperara del escondite bajo la estufa de la casa del Maestro.

Los estudió con cuidado y memorizó los nombres que ahí se leían. Guardó los papeles, se levantó, cortó una rama gruesa del árbol y se la pasó a Cozcamalli.

-Lábrame un buen bastón -le pidió.

Hasta medio día trabajó Cozcamalli, sin perder de vista a Lal que, distraído, paseaba por los bancos del río, deteniéndose a veces, levantándose en puntillas otras para poder mirar por sobre las copas de los sauces que ocultaban las puertas de madera y hierro del convento.

No pudo sustraerse Cozcamalli a su nostalgia y una cabeza de serpiente esculpió a manera de pomo en el báculo, al que también había tallado los nudos y las rugosidades propias de la madera del nopal.

-Ahora -le dijo a Cozcamalli recibiendo el bastón -echa tu capuchón sobre la cara, que como peregrinos pediremos asilo donde esos frailes franciscanos.

Atravesaron el puente en medio de un piño de corderos y, ni la curiosidad del niño que lo conducía fue alertada por la fugaz compañía de los mexicanos.

-Entonces -dijo Lal -no nos vemos muy exóticos.

Un golpe de brisa fresca, quizás el ramalazo de un alisio extraviado, alivió a los caminantes al momento de golpear las puertas.

Se abrió un portillo y la barba hirsuta de un monje se insinuó por su abertura.

-Techo y comida por una noche -pidió Lal.

-Los mendicantes aquí somos nosotros -replicó el franciscano.
Lal dio un golpecito en su saco.

-Podemos pagar -dijo.

El portillo se cerró sin respuesta.

-¿Entramos? -preguntó Cozcamalli desembozándose y echando mano a una de sus espadas.

-¡Tranquilo..., hombre! -dijo Lal con un manotazo que devolvió el capuchón a su lugar -ya nos abrirán.

No fue necesario llamar de nuevo. Con el ruido ajeno y alarmante de cerrojos que se corren, que hicieron sobresaltarse nuevamente a Cozcamalli, se abrió la puerta del monasterio.

El hermano los hizo pasar a un patio estrecho y empedrado, separado del resto del edificio por una reja de considerable envergadura.

-No están permitidas las armas, ni blancas ni de fuego - advirtió el portero.

Lal abrió su saco para que lo revisara y Cozcamalli, rezongando, colgó sus espadas en un clavo predispuesto.

Con su abarca golpeó entonces el suelo el portero y una mano, desde adentro, destrabó la cerradura y alzó la cancela levadiza.

-Bien se protegen -comentó Lal agachando la cabeza, penetrando en el segundo patio del convento.

Pasaron toda la tarde en una celda de oración, sentados en sus duros bancos de madera, bebiendo sólo una jarra con agua y comiendo un mendrugo de pan. Entre la nona y la víspera les permitieron salir del retiro y en la capilla antigua, que había descrito Huipozix y que ahora servía de comedor comunitario, los sentaron a la mesa del ecónomo.

No escapó a la atención de Lal la forma como lo escudriñaba un monje viejo, también barbón, sin duda el abad, que se sentaba a la cabecera de la primera mesa, en lo que debió ser la causídica de la

vieja iglesia.

Garbanzos fue todo lo servido. Al terminar la sopa, el ecónomo rompió el ^{silencio} silencio.

-Me ha dicho el guardián que ^{avuzap} ~~son~~ romeros ricos, que tienen para pagar la pensión -le dijo a Lal.

-Sí, tenemos.

El franciscano se puso de pie. La afirmación de Lal le había satisfecho.

-Podrán descansar mejor esta noche -les informó.

Terminada la comida, Lal y Cozcamalli fueron separados de los novicios y ostiarios que seguían en procesión a cantar la víspera. Los guiaron por un corredor de paredes enladrilladas hasta desembocar en una estancia amplia, con sus muros recubiertos de estantes repletos de textos hasta el techo. Lal, en la casa del Maestro había visto, leído y estudiado de varios libros de su propiedad y conocía el sueño de Huipozix. Pero en sus años de docencia con los niños de Tenochtitlán, nunca consiguió entusiasmar al Cihuacóhuatl para que lo autorizara a fabricar libros y crear una verdadera biblioteca. Ni Axayacatl, ni Tízoc ni después el mismo Ahuizotl se habían interesado en ello. Les bastaba con los papiros manuscritos donde se escribía todo lo que un reino, en paz o en guerra, podía requerir. Número de habitantes, tributos e impuestos, prisioneros, distancias, fronteras, cosechas, animales de tiro, labranza y carne, esclavos.

Luego ascendieron por una galería que imitaba el camino de un caracol, franquearon un umbral de vigas recias y fueron introducidos en una habitación que tenía en su centro una mesa,

tres sillas y adosado a la pared un armario con puertas de vidriera.

Asomado a un balcón, en la noche tibia de La Rábida en la que se escuchaba el ténue rumor del río Tinto, estaba el prior, el que con tanta atención los miraba en la capilla.

-Soy fray Antonio de Marchena -les dijo volviéndose y caminando hasta ellos.

Ocuparon las tres sillas y el monje que los había llevado hasta allí los dejó solos.

-Lal y mi ayudante, Cozca.

-Esos no son nombres cristianos -dijo de Marchena.

-De la Persia, comerciamos en la ruta abierta por los Polo.

-¿Han llegado a las Indias, a Catay o a Cipango?

-No tan lejos..., si Ud. me permite un mapa...

De Marchena calló. Estuvo un rato ensimismado hasta que un destello de asombro subió, de repente, a sus ojos.

-¡Ya lo sé...!, ¡ya sé a quien antes he escuchado este acento! -exclamó.

Y con júbilo golpeó la mesa, se puso de pie y abrazó a Lal y a Cozcamalli.

-Era verdad -decía -el muy cabrón, era verdad y yo que llegué a dudar,... Uds. son los que han llegado por ^{el} ^{de se el} al mar del Poniente... X

-¡Ah..! -no pudo contenerse Cozcamalli -¡así, como ^{al reverso de} X
Quetzalcoatl...!

-Podemos conseguir ricos damascos para la liturgia, a buen precio -quiso desviar el tema Lal.

De Marchena miró la puerta de la sala y luego la mostró a

Lal.

-Estamos solos y así estábamos cuando me despedí de Hugo, hace ya varios años, es inútil ocultarlo...

-¿Quién es Hugo...? -preguntó Lal.

-El Mexicano, el mismo se llamaba de ese modo...

-¿Huipozix...? -Lal miró a Cozcamalli.

Pobre era el conocimiento del castellano por parte de Cozcamalli para entender lo que se hablaba, menos podía deducir de la conversación que otro coterráneo los había precedido en el cruce del océano.

-Si me dijo cuál era su verdadero nombre, lo olvidé -reconoció de Marchena -pero aquí lo bautizamos como Hugo...

-¿Lo bautizaron?... ¿se sometió Huipozix al dios Español?

-¿Fueron Uds. sus discípulos?, ¿acaso Hugo les enseñó lo que saben de nosotros?

-Sí, él..., pero no dijo...

De Marchena regresó a la silla y se sentó frente a Lal.

-No fue un bautizo como el que crees, ¡hombre! -dijo -lo apodamos así entre nosotros, para darle un nombre que pudiéramos retener..., pero había otra persona aquí, entonces...Laccalle...

-De él también nos habló Huipozix, lo consideraba ~~era~~ un marino audaz, inteligente e imaginativo, que quería llegar a la Indias sorteando el Gran Abismo..., recuerdo que el Maestro lo esperó a su regreso, nunca perdió las esperanzas que Laccalle consiguiera los recursos y con una pequeña flota llegara a nuestro continente.

-Supe que trató de convencer a medio mundo, que insistía que

el viaje era viable y que zarpando hacia el poniente era posible arribar a las Indias..., lo que él buscaba eran las tierras de donde había venido Hugo..., se burló de mí y aunque era un hombre rico, trató de embaucar a la corte de Portugal y si no estoy mal informado, recurrió hasta el rey de Inglaterra o Escocia.

-Es sensato el motivo de su engaño.

-Yo intercedí por él..., y después por otro iluminado, Cristóbal Colón, que apareció después y que me informó de la muerte de Laccalle. Por Colón hice grandes peticiones y estuve a punto de convencer al Duque de Medina Celi...

Lal abrió los brazos.

-Una ruta más corta a las Indias era el anzuelo de Laccalle y por lo que afirmas, es el del tal Colón... y si no le han creído ese embuste, ¿qué hubiese pasado de haber dicho la verdad?

De Marchena se mordió los labios.

-Estarían internados en un hospicio -continuó Lal -o en la hoguera..., o ¿no es un dogma para Uds. que las antípodas no pueden estar habitadas, que ningún descendiente del primer hombre...

-No creemos ya en la tierra plana -protesto de Marchena.

-Estoy seguro, pero ¿pueden aceptarlo públicamente?, ¿puede el rey de Portugal apoyar una empresa destinada a descubrir lo que aún no existe?

-No lo sé.

-Laccalle cuando era un aprendiz de navegante, tenía la voluntad de llegar a las Indias Orientales, es cierto -dijo Lal - pero la información de lo que podía encontrar en su camino la consiguió después, de un ~~naúfrago~~, Huipozix, que también se asiló

en La Rábida, en este convento, y que además era originario de tierras que no constaban en los mapas ni en el registro de los poderosos...¿de qué modo iba a divulgar todo ese conocimiento sin correr peligro?

-Parte de toda esa información ellos me la dieron, antes de irse, era parte del compromiso por el que los dejé trabajar aquí..., pero no quise saberlo todo, sospechaba que era un conocimiento fronterizo con las Doctrinas Contrarias, pero jamás imaginé que se trataba de un nuevo mundo...

Lal abrió su saco una vez más y desplegó sobre la mesa los dieciséis dobleces de un mapa.

-Este es uno de los mapas dibujados por Huipozix, alguien, en alguna parte, tiene un mapa igual a éste, el que pertenecía a Laccalle, si es cierto que ya no vive -dijo -y quién sepa utilizarlo adecuadamente está a un paso de atravesar con éxito el océano.

De Marchena examinaba la carta con una lupa.

-¡Claro...! -dijo emocionado -esta carta fue dibujada aquí, en este convento, es el papel que utilizan nuestros eruditos y nuestros amanuenses y sólo lo producen para nosotros los hermanos Callighari, en Huelva...., por cierto, si en el país de donde venía Hugo no se conocía el papel.

El lente de de Marchena se deslizaba por el mapa desde las costas de España y Portugal hasta las Azores y desde ahí, impulsado por la curiosidad irrefenable del monje, desplazándose por el mar de los Sargazos, se aproximaba a gran velocidad a la Hispaniola y a la isla de Cuba.

Lal, entonces, con un ademán^w exento de brusquedad, plegó una vez el mapa. X

-Lo siento -dijo -pero hay alguna información que debemos reservarnos.

De Marchena dio un respingo.

-Bueno, bueno, -dijo -ya veo que este asunto es delicado.

-No hemos hecho este viaje sin motivo.

-La existencia de Hugo no es desconocida en los círculos más elevados -de Marchena levantó un dedo -nosotros tenemos la obligación de declarar el movimiento de peregrinos..., éste es un puerto y además una zona fronteriza.

Lal dobló dos veces el mapa.

-¿Ya has informado de nosotros?

-No, pero no podré eludirlo.

-Dame un día -pidió Lal.

-¿Cuál es la urgencia? -de Marchena jugueteó con su crucifijo.

-No somos los únicos que hemos desembarcado.

De Marchena se puso de pie, apoyando los puños sobre la madera de la mesa.

-¡¿Una invasión!?! -exclamó mientras su crucifijo se bamboleaba, frenético, contra el fondo marrón de su sotana.

30.- ^{o sea guerra?} -¿Cuál...? -preguntó Colón.
-El miedo -dijo cozcamalli -pero deberemos sorprenderlos esta noche, antes de que regresen y los encierren en la ciudad.
-¿Nosotros tres...?
-¡Uds. dos...! -corrigió Gaonás, yo no entro en el trato. Colón se volvió a mirarlo. Su cara había perdido el color y una saliva peligrosa le espumeaba en los labios.
-¡Cobardes yo no embarco! -le dijo, contenido.
-No es cobardía, es incompetencia para ese tipo de cosas - Gaonás ordenó su peluca.
-Nos puedes ser útil, de otra manera -dijo cozcamalli, pero aún así necesitamos otros dos hombres.
-No hay problemas -yo sé donde conseguirlos -Colón abrió la puerta.

Empezaban a perder animación las calles y el viento, que mordía con la arena gris de la meseta, ^{hacia nosotros los} arremolinaba la basura en

que arremolinaba

las esquinas. Era la hora favorita de los hombres de Torquemada, era la hora de los ritos prohibidos de los conversos, de las citas furtivas de los bígamos, del trabajo incomprendido de los cartógrafos, a esa hora se cosechaba la mejor carne para la hoguera.

Arrastrado por la prisa de Colón, Gaonás apenas tuvo tiempo para recoger del suelo su peluquín, desmelenado por las ruedas de los carros y guardarlo en un bolsillo.

En una esquina los tres hombres tropezaron con una patrulla. Era una docena de soldados precedidos por dos perreros que, a duras penas, controlaban una jauría rabiosa y tenaz.

-Son perros adiestrados para olfatear y reconocer el timiama que fluye de las sinagogas clandestinas -informó Gaonás.

Los postreros rayos del segundo sol culminaban en los mosaicos de los muros en las estrechas calles de Granada; alguien se materializaba sin aviso en un alhamí y miraba los pasos apresurados de Colón y sus compañeros; los cuernecillos de Gaonás iban recogiendo el hilo de las telas que las arañas se daban prisa en tejer para atrapar las primeras polillas nocturnas; nadie se habría atrevido a apostar, entonces, por su propia suerte, nadie a apostar, tan temprano, cómo ni quien lo despertaría, dónde ni cómo amanecería, porque aunque recién recuperada, Granada era una ciudad ocupada.

De labradas chambranas y gran portalón era la casa de Juan Pérez, donde con enérgicos golpes de aldaba llamó Colón. No tardaron en abrir el ventanillo.

Gaonás distinguió el chispazo de reconocimiento en los ojos

del custodio y al tiro escuchó el pasador. Fueron introducidos a un patio de baldosas coloridas y enceradas en el cual tres jardineros, urgidos por el frío de la noche que corría, protegían con esteras de esparto un pequeño limonar.

Juan Pérez no perdió su tiempo en saludarlos y los hizo pasar a su despacho, una amplia estancia en el segundo piso de la casa. Una chimenea con abundante leña auguraba, en la casa de los Pérez una noche tibia y en paz.

Antes de preguntar o escuchar nada el dueño de casa sirvió un licor dorado en finos vasos de cristal y sin dejar la botella examinó con detención a los dos acompañantes de Colón.

-Sin duda estás en dificultades -dedujo.


Colón llenó su boca con el brandy.

-Y qué quieres, si amigos como tú no son capaces de invertir su hacienda.

-Para una carabela tienes mi dinero disponible.

-El hombre que me ha ofrecido oro suficiente para las otras dos está en manos de Torquemada.

Juan Pérez no se inmutó.

-En que otras podría estar quién te ha ofrecido su plata..., siempre me he preguntado porqué yo... 

-Vengo de una audiencia de abundantes retardados, todos con un discurso semejante al que estás por iniciar -Colón le quitó la botella de las manos y llenó su copa.

-¿Quién es él?

-Viene de las Indias, como su amigo -Colón apuntó a cozcamalli.

Los tres hombres estaban de pie, junto al hogar. Gaonás especulaba con su postizo, tratando de encajarlo entre sus cuernos; Colón calentaba sus manos peludas; cozcamalli, enfundado en su manto de ocelote, removía sus ojos recelando del lugar.

Pérez palpó con el pulgar y el índice, el pelo de la piel de ese animal.

-No se comercia esta piel en los mercados de las Indias - señaló.

-Dos de tus hombres para salvarle la vida -pidió Colón.

Pérez resopló.

-Ya... -cedió -escógelos tú mismo...

Colón dejó la copa sobre la repisa de la chimenea, abrazó a su benefactor, corrió por las escalas a la planta baja, salió al ^{patio} ~~jardín~~ y, con la seguridad de quien conoce el camino, corrió hasta el galpón donde alojaban los mercenarios ~~contratados~~ ^{al servicio de} por su acaudalado amigo.

Antes de salir a la calle, en la caseta de la guardia, Colón reunió a Gaonás, a cozcamalli y a los dos hombres que acababa de seleccionar.

-Dinos tu plan -apremió al mexicano.

-Cuando estemos en el lugar -replicó cozcamalli.

Colón aceptó la postergación. LaL le había enseñado que el silencio de los hombres venidos de la periferia de la mar oceáno era insobornable.

Poletl pidió a Lumela ropas de abrigo para Pitzl, escribió a Gasas una nota en un papiro y salió con la niña por la puerta trasera de su casa.

-Tu madre entenderá -le explicó -porque sólo en las noches somos vulnerables al fanatismo de Qej.

-¿Cuál es tu juego? -preguntó laL.

Moviendo su mano como un abanico Torquemada despachó a los soldados que Briones, para su protección, había apostado adentro de la tienda.

-No me gusta errar en mis apreciaciones, ni dar recomendaciones sobre fundamentos no justificantes o inexactos.

-Los argumentos de Colón son razonables.

-¡No lo son para llegar a las Indias! -Torquemada sacudió, en las narices de laL, el cuaderno que le había traído el prosélito.

-¿Por qué, entonces, vacilas en ayudarlo?

-Quiero saber por qué no dice la verdad. -Torquemada bajó el tono de la voz.

-Tal vez por la misma por que dudas de la existencia de Hugo o por aquella que te hizo amenazar a de Marchena...

Torquemada separó las manos y aplaudió una vez. Dos hombres se precipitaron al interior de la tienda. El dominico pidió dos sillas para sus forzadas visitas, más carbón para el brasero y una botella de jerez. Había notado que laL estaba cansado.

laL se sentó y apoyó sus piernas hinchadas en el borde de

bronce de la carbonera y aceptó un vaso con el vino. gothehuC, envarado como una estatua, pero cerca del fuego, rechazó el licor y el descanso.

-La improvisación ha sido la nota visible de nuestras actividades misioneras. Ella ha provocado obstáculos insalvables a la evangelización y quizás en muchos lugares, una reacción irreversible de los aborígenes..., ¡ah...! los jesuitas..., la secuela de sus errores perseguirá a la Iglesia por muchos siglos.

-Esa es una de las razones por las cuales estamos aquí -laL desanudó ^{sus sandalias.} ~~las botas que había obtenido de los marinos de Herjolfsson.~~

gothehuC no se inmutó.

Torquemada también se había sentado y humedecía sus labios con el jerez.

-En la teoría, los intereses de los sacerdotes y el de los soldados se contraponen -laL pudo sacar el pie derecho de ^{la sandalia} ~~la bota~~ - pero los métodos que usan para conquistar tierras y voluntades no difiere en lo sustancial.

Torquemada levantó un poco más la copa y saboreó, en un instante de ausencia, el aroma del jerez.

-¿Eso también lo aprendiste del mercader segoviano?

-De nadie -laL luchaba ahora con su ^{sandalia} ~~zapato~~ izquierdo -basta con llegar hasta aquí para darse cuenta...

-Voy a requerir toda la información que nos puedan dar.

gothehuC miró a laL.

laL rescató su otro pie atascado en la ^{caña} ~~caña~~ apretada ^{ciata} de piel de ~~foea.~~ ^{su sandalia}

-Puedes leerla en el Milenium o en el diario de Pordenone -
dijo.

-Conocemos las claves del Oriente, queremos conocer las del
Occidente...

La fingida indiferencia de gothehuC se hizo trizas.

-¡No abras la boca, laL! -le dijo tomándolo desde atrás por los
hombros.

-No me hagan perder la paciencia -Torquemada se enfurecía.

-Mi amigo el segoviano se daba mas maña que tú para enseñarnos
de su pueblo.

Torquemada chasqueó los dedos. Poseía la facultad de mirar con
indiferencia aunque hirviera de rabia; sólo sus labios delataban
esa inconsistencia: eran una línea comprimida que evitaba la
expresión de su ira arrolladora.

La música de la indisimulada brigantina con que se protegía el
cuerpo Briones interrumpió el ímpetu de gothehuC; no terminaba de
admirar ^{las armaduras, se adelanto} ~~ese adelanto~~ en el resguardo de un guerrero, o de temerlo.

Había entrado riendo el soldado, mirando con desprecio a esos
dos extranjeros que con tanta facilidad se habían dejado capturar.
Uno de ellos, ahora descalzo, su ineficiente corpulencia agotada
sobre un sillón y el otro, andrajoso, fuera de sí, agrediéndolo,
ambos tan categoricamente derrotados.

-Briones -anunció seco, Torquemada, dejando la copa vacía en una
mesa vecina.

Pero el nombre de Briones les decía menos que su aspecto, de
modo que si bien gothehuC soltó a laL, no cayeron de rodillas
gimiendo, ni suplicaron clemencia como el común de los delatados.

-Sus fortificaciones y defensas, el número de hombres y oficiales profesionales de sus ejércitos regulares, sus armas ofensivas y defensivas, su religión, la ascendencia de los sacerdotes sobre el pueblo, el tipo de gobierno, la relación de su rey con sus súbditos, la calidad del vasallaje y la esclavitud y la carga impositiva...-Torquemada suspiró y hojeó el cuaderno que siempre había tenido entre sus manos -ahora podré verificar las aserciones de ese tal Hugo el Mexicano.

-Esa información es buena para un general, no para un cura -laL depositó el vaso vacío en la misma mesa y agarró las ~~botas~~ por sus cordones. *Saudalia* X

-Eres precavido, el hielo destruye los pies desnudos -observó Torquemada.

-Poseo toda la información sobre los moros -apuntó Briones -y también conozco la exacta ubicación de la caballería de el Zagal y de los Venegas.

Torquemada paseó la mirada por sobre laL y gothehuC.

-¿Te parecen moros, estos?

-¿Y si no lo son?

-No te he ordenado que averigues lo que son ni lo que no son, no quiero tampoco que les preguntes de donde vienen ni de donde no vienen; eso ya lo sé ...ilímitate a lo que te he pedido!

Briones hizo entrar a dos hombres de su guardia, que con los brazos llenos de cadenas se acercaron a laL y a gothehuC.

-¡Ahora no..., carajo! -gritó laL empujando la silla hacia atrás, apuntalándose en su bastón, agarrando con las dos manos la carbonera de bronce y arrojándola a la cara de Torquemada.

4

Ni Briones ni Gothehuc pudieron reaccionar.

El preboste del Santo Oficio caía con la nariz sangrando, deformada para siempre, cuando el estrépito de un tumulto remeció la tienda.

31.- Debe haber crecido La Rábida desde esa noche, no lo sé, comentó Huipozix, pero ya entonces sus calles eran tan embrolladas que en un dos por tres era posible perder a cualquier aventurado persecutor. El narigón, por otra parte, conocía el puerto al dedillo y en su fuga lo acuciaba la certeza de haber estado al borde de ser asesinado.

Llovía esa mañana sobre la plaza de Tenochtitlán y Huipozix y sus tres discípulos habían corrido hasta el mercado. Allí, bajo el techo abandonado de un frutero, habían continuado la lección.

-¿Es posible conseguir una de esas espadas? -preguntó Gothehuc.

-Hay que saber seleccionar el mineral donde viene el hierro, perfeccionar nuestro transporte para traerlo a la ciudad y desarrollar una industria donde el metal pueda extraerse, fundirse y forjarse.

-Con ellas nadie se atrevería a atacar ^{nuestras} nuestras fronteras - dijo Lal.

-Pero qué ^{cómo} ~~facil~~ sería para nosotros hacer la guerra, no..., no -afirmó Huipozix -las armas para la disuasión se transforman en manos inescrupulosas, con rapidez, en armas para la agresión.

-Pero ellos las ^{forjan} ~~usan~~ -intervino Poletl y quizás alguna vez se sentirán tentados de usarlas contra nosotros.

Huipozix levantó la cara. El sol había empezado a brillar de nuevo y la sombra del volcán Ixtacihuatl, que esa mañana había dibujado la silueta de un inmenso halcón sobre la Sierra, disgregaba el arcoiris que acompaña a la luz y a la lluvia.

-Es preciso que también conozcan la sabiduría de las montañas, las que hablan con sus sombras -dijo Huipozix -saber lo que ellas dice ~~facilita~~ el destino de los pueblos que junto a ellas conviven.

-Un halcón... -exclamó Lal.

-Un halcón, entonces el volcán está inquieto, quiere volar o tal vez desde la altura advertirnos algún peligro..., es un halcón que mueve las alas -Huipozix mostró con un brazo -el Ixtacihuatl nos indica que ~~su presagio está muy próximo...~~

la proximidad de su presagio.

Como también lo conocían los soldados del puerto, alertados por

el sobreviviente de la riña de la pensión donde había alojado al llegar.

-¡No alcanzaremos a salir de la ciudad! -pronosticó el narigón, acezando, corriendo por los pasadizos empinados de La Rábida.

En una esquina -Huipozix había continuado su interrumpido relato -y sin golpear la puerta, el narigón irrumpió en una casa. Yo me demoré en entrar, cerciorándome que nadie nos había visto y cuando atravesé el umbral me encontré con la mujer más hermosa que nunca había visto.

-¿Más hermosa que Qutehetl, nuestra reina de la Primavera -preguntó Poletl.

-Jamás -concedió Huipozix -me refiero a las mujeres de la Tierra Lejana.

-Imposible -Poletl volvió a la carga -¿cómo puede ser hermosa una mujer que lleve cola?

Lal y Gothehuc se pusieron a reír.

-Veremos ahora la raíz cuadrada del número imaginario, base de toda construcción piramidal...

El silencio de sus pupilos fue instantáneo. Huipozix ya podía volver a su relato; él también aborrecía la geometría, *pero debía poner freno a la resaca imaginación de Poletl*

-¡Te había dicho que no volvieras por aquí! -le reprochaba con

energía la joven al narigón, al tiempo que yo cerraba la puerta.

-Es una urgencia, nos persigue toda la guardia armada de la ciudad -mintió el narigón.

-¿Y quién es tu amigo? -preguntó, volviendo la cabeza hacia donde yo estaba.

Yo afirmaba con mi espalda la puerta, tratando de escuchar la presencia de nuestros enemigos.

-Nadie nos ha visto entrar -dije.

La niña no me quitaba sus ojos de encima.

-La gente no me habla, no me habla desde que él me visitó por primera vez -dijo, ahora con un susurro, apuntando al narigón.

El narigón, solemne y ruidoso, desenvainó su espada.

-¡Voto al Negro! -exclamó -¿decidme quién ha osado de ese modo humillaros?

Yo trate de calmarlo, pidiendo con un gesto de mi mano que bajara la voz. La muchacha, de pie, ocultó la cara con sus manos y empezó a sollozar.

El narigón, desconcertado, enfundó la espada.

-Siempre ha sido así -me trató de explicar, algo avergonzado - haga lo que yo haga, y aunque le ofrezca los reinos que están mas allá de la mar oceáno, entristece y se pone a llorar.

Yo estaba cautivado por la hermosura de la chiquilla, a pesar de su llanto, pero en esas circunstancias era menos incierto dejarse llevar por la prudencia que por la pasión.

-Este no es el mejor lugar para escondernos -intenté convencer al narigón.

Pero él ya había caído de rodillas frente a la joven, con su

bacinete abollado colgándole del cuello, campaneándole contra los huesos el resto de su incompleta armadura. Le rogaba le dispensara por su insolencia y su falta de decoro.

Pero la chiquilla, quizás por aturdimiento y no por crueldad continuaba lloriqueando sin concederle el perdón.

Yo tenía un oído pegado a la madera de la puerta, pero afuera todo estaba en silencio. En la distancia, por la esquina de ese callejón, gritaban y corrían detrás de una pelota de trapo, un montón de niñas y niños.

De súbito la muchacha levantó la cabeza y pareció, por primera vez, reparar en mí.

Me encandilé con sus ojos dorados y sólo pude ver como, de la punta de su nariz pequeña y perfecta, colgaba una lágrima.

-¡Lléveselo con Ud, señor! -me imploró -y seré su eterna agradecida.

El narigón, ágil, se incorporó.

-No es necesario, Dulcinea -le dijo tratando de tomarle una mano mientras ella retrocedía -iré con él a la mortal misión que nos envías.

Y se acomodó el desplumado morrión de su armadura con un ruido de latón que yo antes no había percibido. Luego, resignado ^{por} de la inasible condición de ^{la} ~~esa~~ ^{de Dulcinea} mano se acercó donde yo estaba. X

-Yo estaré a tu lado -me adelanté.

-Ya lo ves -dijo triunfante, girando en dirección a Dulcinea - me podrás esperar en paz; un escudero tendré, él se ocupara de mis menesteres cotidianos.

Cayó la lágrima desde la nariz de la niña y al desintegrarse

esa gota en el suelo se extinguió, de pronto, el encantamiento.

Tomé por su codera enmohecida al narigón, con la otra mano abrí la puerta y lo arrastré conmigo hasta la calle.

"Volverá ^{este} esta caballero, lo prometo ["] ~~Dulcinea~~", gritaba el infeliz, alertando a los cuatro cabrones que, en la boca del callejón, acechaban nuestro rastro perdido. X

-Nos disparan -anunció el narigón.

Yo también había visto como asentaban los soportes del mosquete en la tierra húmeda del cerro, como apuntaban y luego la chispa y el rebufo de humo repentino.

Huipozix se alzó la manga de la camisa de lino y mostró a los tres jóvenes una cicatriz circular y umbilicada, allí donde nace el hombro.

Recibí el perdigonazo al atrasarme y ^{cerrar} ~~empujar~~ la puerta de la casa de Dulcinea y empujar, a un sitio eriazo, al narigón. Puedo, así, pensar que les salvé la vida porque el resto de la andanada descalabró el ventanillo de madera, donde había estado la sombra del narigón, en la misma línea de fuego desde donde, aliviada, nos despedía Dulcinea. X

-Segunda vez -me dijo el narigón levantándose, recogiendo las piezas sueltas de su armadura, desparramadas en la maleza a donde

había caído -segunda vez que me salvó la vida, escudero...

Corrimos hasta el fondo del sitio, saltamos la valla que lo cercaba y caímos en una calle inesperada, ruidosa y concurrida, con seguridad una vertiente del mercado de La Rábida.

-Aquí ya no podrán dispararnos -me gritó el narigón por encima de las ofertas del pescadero, de la insistencia de la mujer de los quesos, del pregón del yerbatero.

-Hugo, de México -me presenté estirándole la mano.

-Quijada, Alonso, de la Mancha -dijo el narigón estrechándola. Entonces nos confundimos con la muchedumbre.

Cuatro o cinco veces nos topamos con los hombres que nos buscaban, las mismas que pasaron junto a nosotros sin reconocernos. El ^{sobreviviente} ~~único sobreviviente~~, ^{a la niña, que los acompañaba y} que caminaba entre ellos haciendo de soplón, había olvidado nuestros rostros.

-Es el miedo -me dijo Quijada -que les hace perder la memoria.

Caminamos unos minutos entre los puestos de huevos y frutas, hasta que Quijada se detuvo ante ^{una} una gallinería, sacó unas monedas de cobre de su talega y señaló una pintada robusta. El gallero le ató las patas, recibió el pago y se la alcanzó al narigón.

Parecía un ^{con gusos} ~~escarabajo~~ el narigón, moviéndose bajo su inútil armadura, verde por el moho, con la gallina inmóvil en sus brazos, junto a mí, con mis espaldas anchas, que sudaba bajo la piel de una pantera, que arrastraba la espada de su señor, una bolsa de cuero viejo ^{que iba dejando} y un hilillo de sangre fresca. Pero a pesar del espectáculo nadie nos detuvo ni en la ciudad ni después en la campiña, donde una o dos horas después alcanzamos la venta tras la cual andaba Quijada.

Allí lo conocían y sin mediar palabras entre él y la cocinera, que lo recibió con un gruñido ininteligible, mujer por lo demás robusta y de piel oscura, un pinche desgarbado le recibió la gallina y le indicó una mesa.

-Agua para mí y para mi escudero, que el vino en la mente aloja espectros que disuaden y confunden a quien va detrás de un buen afán...

-¿Tienes cómo pagar, Quijada? -se oyó vociferar a la mujer desde el fogón.

-¿Qué he de pagar, Verinormes? -preguntó también con buena voz el narigón, sentándose a la mesa e invitándome a que lo acompañara.

La matrona se asomó bajo el dintel, la pintada muerta entre sus manos.

-La lumbre, el pan y el servicio -le gritó, escupiendo plumas y regresando a la cocina sin esperar respuesta.

-Tendrá su paga -confirmó Quijada al ayudante que extendía un mantel sobre la mesa.

Quijada, finalmente, calló. Ratoneó en silencio el pan y el charqui de matalón que le llevaran como entremés y bebió agua en abundancia. Nadie entró al mesón mientras esperábamos la comida y al poco rato se sintió el olor de la cazuela.

-¿Que tierras dices que hay al otro lado de la mar oceáno? -le pregunté de improviso.

Quijada había estado mirando a través de la ventana y sus ojos estaban entelados por el sueño.

-A Dulcinea nada menos podría ofrendar.

-Pero..., dicen que donde concluye el horizonte el agua hierve

y la madera de los barcos se inflama...

-Y que allá los caminos son de oro y los montes de plata, que las frutas son luminosas como el sol y que los hongos que comes te conceden valentía o ternura o pasión...

-¿iDe dónde sabes todo eso!? -le pregunté apoyando las palmas de las manos sobre la mesa.

Me iba a contestar Quijada cuando apareció Verinormes con una gran fuente de barro en cuyo interior, nadando en el caldo y trozada, se cocinaba aún la pintada. Garbanzos, pimientos picones, zapallo, habas y otras verduras la acompañaban.

-iCarajo, Veri! -Quijada se anudó una gran servilleta al cuello -esto es lo que yo llamo una gallina a la andaluza.

Era un plato extraordinario que comimos con lentitud, saboreando cada porción del ave y cada cucharada de sopa como si nunca más fuéramos a comer nada igual.

Al final la mujer, apiadándose, puso a mi disposición una botella de clarete.

-Como escudero carezco de vuestra responsabilidad en esta empresa -le dije a Quijada tomando la botella y sirviéndome, hasta rebalsar, en el vaso de ~~madera~~ *cerámica* que tenía delante.

Quijada sonrió.

-Más trabajo te costará la larga caminata que tenemos por delante, que a no ser consigas cabalgaduras...

A esas alturas ya poco me interesaba continuar con Quijada, aunque me parecía muy interesante conocer ese país acompañando a un maniaco. De un modo u otro eso me permitiría observarlo en su más cruda pureza, como había quedado demostrado en la pensión, en la

calle de Dulcinea y ahora, en la venta de Verinormes. Además, aún tenía enredada en mi conciencia aquella referencia al otro mundo en el extremo inexplorado de la mar oceáno. Yo impugnaba en Quijada una imaginación tan vigorosa como para inventar un nuevo espacio. Aquello o era obra de un científico o de un novelista. Y era mi deber averiguarlo.

Tal como lo supuse, el narigón era flaco no por frugal, sino por pobre pues la matrona aquella, que alguna relación tuvo o tenía con el hidalgo, no bien éste hubo terminado la cazuela, le puso al frente un estofado de carnero envuelto en longanizas y preparado en la olla. Yo también recibí mi parte, pero no fui capaz de terminarla. Quijada, en cambio, no sólo dio cuenta de la suya sino que, al verme satisfecho, cambió su plato vacío por el mío y continuó comiendo.

Al final, Verinormes nos sirvió de postre un plato monumental lleno de natillas, de las que ni Quijada pudo dar cuenta.

Aunque no había tomado vino, el pobre hombre se quedó dormido allí mismo y entre ronquido y ronquido la matrona y el pinche levantaron los platos y limpiaron de migas la mesa.

-¿Cuánto debemos pagar? -le pregunté una vez que el servicio estuvo terminado.

Nunca había visto a nadie reirse con más ganas. Era hipo y risa la de la buena Verinormes, y contagiaba de paso al circunspecto ayudante.

Pero bruscamente recuperó la seriedad.

-¿Cobrarle a Don Quijada y a su nuevo escudero...?, vamos -dijo -eso sería caer en la misma locura en la que están enmarañados.

El narigón roncó casi toda la tarde, exhausto no sólo por la copiosa comida. En unas pocas horas había bailado con la muerte frente a cuatro espadachines, había sufrido el desdén de una hermosa pero indiferente mujer y un taponamiento del hígado por su atolondrada glotonería.

Yo no lo hacía mejor, porque aunque no había sufrido el desengaño amoroso y había sido más temperante con la comida, había perdido ^{una calabaza} un cuenco de sangre por el ojal que el balazo me había abierto en el hombro. X

Verinormes se dio cuenta de ello al descubrir un charco coagulado debajo de mi silla. Me hizo desnudar desde la cintura para arriba, me curó la herida con un líquido mordiente y con unas pinzas que fabricó en la oportunidad con los huesos del carnero, me extrajo el perdigón y la mugre que con él había penetrado.

La mujer nos ofreció posada para la noche y ante mi sorpresa Quijada aceptó. Al atardecer el narigón me invitó a dar un paseo por el campo. La temperatura estaba magnífica, de primavera y corría una brisa suave que traía ~~el~~ olor de ~~la~~ harina, ^{de albahaca.} X

Necedades me habló Quijada durante todo el trayecto por una larga alameda que se agotaba en una quebrada sombría, de pendiente sutil. Yo sospechaba que el hombre se traía algo escondido, ya que había identificado las tabicaciones mentales que lo limitaban y aquella conversación, sin duda, era de una fingida carencia. Era pues capaz de aparentar una deficiencia, pero le era penoso hacerla verosímil.

-¿Quieres saber de dónde? -me preguntó de sopetón, también con simulado desinterés, metiendo en el agua de la vertiente un dedo

del pie que acababa de descalzar.

-¿Cuánto darías por probar uno de esos hongos que te harían el caballero más poderoso de los reinos de España.? - *Lo teuté.*

-Te lo diré si cumples tu cometido en el torneo -me dijo sin oírme.

-¿Cuál torneo?

-El de mañana, donde debo enfrentarme a los gigantes que pretenden a Dulcínea.

Un sonar de trompetas suspendió la historia de Huipozix. Los tres jóvenes y el maestro miraron, como por instinto, la sombra del volcán sobre la Sierra de Chichinantzu. El halcón era ahora un buitre, con sus ojos saltones y su largo cuello desnudo. De nubes era su collar de plumas blancas y de penumbra el contorno de su pico. Amenazaba, con su vuelo oscuro e informe, los barrios menores de Tenochtitlán.

-Por ahí vendrán también -dijo Huipozix, observando la larga fila de prisioneros que iban pasando junto a ellos, conducidos desde el campo de batalla a la gran Pirámide Negra en el centro de la ciudad.

-¿Quiénes vendrán? -preguntó el joven Lal.

-¿Cuántas veces cabe el potencial de la raíz de un número imaginario en la base piramidal de...? -fue apagando la voz a medida que los oficiales se alejaban, después de haberlo saludado con simpatía a él y a sus discípulos.

La plaza recuperaba su animación y los tenderos regresaban a exponer su mercadería. El espectáculo promovería sus ventas. Ya no llovía. Huipozix dejó en libertad a los muchachos, compró un poco de chicle de Palenque y se alejó con rapidez. Les había prometido continuar al día siguiente, muy temprano.

32.- cozcamalli pidió una orientación para llegar, rápido, al campamento de Briones. Interrogó entonces Colón a uno de los hombres cedidos por Pérez quien, después de estudiar y tantear las paredes de su entorno como lo hace un extraviado en el pasadizo de un laberinto y de mirar al cielo para posicionar los astros inició un definido avance hacia las puertas de Granada.

No tropezaron con ninguna patrulla de Briones y nadie les obstruyó la salida de la ciudad. El improvisado guía conocía el camino que pisaba y antes de que Gaonás se cansara, en una breve cuesta del atajo por donde los llevaba, alcanzaron a ver las fogatas del vivac *donde tenían a los ya gotho huC*

cozcamalli trepó a un ^{*Castaino*} árbol y escudriñó las sombras de los soldados y a través de ellas, la disposición de sus defensas.

Los generales aztecas consideraban a cozcamalli un experto en indagar los vicios del ejército enemigo. Y si no era posible hacerlo de día, cuando el color de la piel y la breve indumentaria de los otros guerreros se mimetizaban con el polvo o con el abrojo crecido en los maizales arrasados, entonces cozcamalli esperaba la noche.

Las largas e irregulares sombras de los soldados enemigos no sólo le entregaban la ubicación de los hombres y de los jefes en el campo enemigo, también la forma en que ellas se sacudían y titilaban a la luz imperfecta de las hogueras le permitía obtener antecedentes sobre el ánimo y la disposición a la lucha, a la victoria o al ulterior sacrificio a Huitzilopochtli de las tropas a las que se atacaría.

Poletl conducía de la mano a Pitzl, cuya fragilidad se acentuaba a la luz de los hachones de las calles periféricas de Tenochtitlán.

-Así como el viejo Huipozix nos enseñó a conocer el humor de las montañas y valorar sus presagios por la sombra que ellas proyectan -le decía -así cozcamalli, con su adivinación por medio de las de nuestros enemigos, hizo posible que los generales de México llevaran, en innumerables oportunidades, a la victoria a sus ejércitos.

La pequeña sombra de Pitzl temblaba contra las paredes de las casas que iban dejando atrás, paso a paso, eludiendo cualquier ^{peligro} ~~acecho~~, arrimándose al refugio ya evaluado por Poletl. X

Pronto llegaron a una casa de un piso, con techo de mimbre y paja donde el maestro dejó a ^{la} ~~a~~ niña a cargo de dos criadas. X

-Vuelvo pronto -les avisó, despidiéndose de ellas y de Pitzl en la puerta.

Poletl sabía que los sacerdotes y los custodios de menor jerarquía de las pirámides estaban, a esa hora, extenuados. La larga secuencia de sacrificios y el agotador trabajo que implicaban los tendría tumbados en sus empinadas escalinatas o junto a los altares, en el vértice de ellas. Y así como la noche era peligrosa si sucedía a un día de ocio, tranquila se volvía si continuaba a un día de desbordante actividad.

Poletl caminó sin miedo y en media hora cruzó el cuadrante norte de la ciudad, hasta la casa de los padres de Gasa. Entró en ella por el patio de luz y se reunió unos pocos minutos con la madre de Pitzl y de Nuwel. De Lal no se tenían noticias, pero tampoco de Gothehuc. Ahuizotl no estaba impaciente y tampoco Qej, favorecido en su actividad con la inesperada declaración de guerra y la derrota importante, pero parcial de Tlaxcala.

Al regresar al refugio y después de constatar que la niña dormía en paz y que atentas velaban las dos mujeres, Poletl salió a la tibia oscuridad de la terraza, encendió un cigarro embebido con el almíbar del mezcal y descansó. La lección la reiniciaría al día siguiente, el sol cerca del cénit, Pitzl fuera de peligro.

Colón y los hombres de Pérez no habían tenido el cuidado de procurarse la ropa apropiada para una larga espera en la noche granadina. Y cozcamalla, en la copa ~~de un~~ ^{del} castaño, no daba señales de haber terminado *el trabajo del momento.*

Cuando se decidió a bajar, sorprendió a Gaonás, con la cabeza pegada a los otros dos, soplando un chisquero incandescente.

cozcamalla pateó la brasa sin dar explicaciones.

-Nos estábamos congelando -trató de excusarse Gaonás.

Colón que dormitaba, alertado por el mexicano, los reprendió con dureza.

cozcamalla, entretanto, había sacado de su bolsa un carrete de madera blanca en el que venía envuelto ^{lo que parecía} un rollo de corteza de un árbol del color del abedul. Este tenía un par de palmos de ancho y no más de una línea de espesor. Los tres hombres se acercaron para verlo trazar con un carbón y luego, con un cuchillo y gran precisión, recortar sobre los contornos que había delineado. Finalmente dividió la corteza en cuatro partes iguales, humedeció cada una de ellas con el rocío precoz que no se congelaba y aprovechando la extraordinaria maleabilidad que poseían, les dio una perfecta pero diferente forma de máscara humana.

-El truco de las caretas está un poco añejo -dijo con desprecio uno de los mercenarios de Juan Pérez.

-No por viejo, ^{es solo} ~~tiene que ser una mala tretá~~ -lo defendió Colón - y a menos que tengan otro mejor...

-No debemos mirarnos entre nosotros, hasta que hayamos

Con las máscaras hechas,

ahuyentado al enemigo -dijo cozcamalli e hizo que Colón con los dos testafellos de Pérez pusieran espalda contra espalda y que Gaonás se tapara los ojos con la mano.

-Porque te quedarás aquí -le dijo.

Entonces cozcamalli se encajó su máscara y Colón, mientras hacía lo propio con la suya y a la luz deficiente de la luna, lo miró de reojo. Un escalofrío de espanto le recorrió el espinazo pero la fugacidad de esa visión le impidió saber a qué debía esa máscara su violenta capacidad de *provocar miedo.* X

Con Colón a la cabeza el mexicano los hizo caminar en fila, y les reiteró la inconveniencia de ceder a la curiosidad mientras estuvieran usando la careta. El plan era de una simpleza que rayaba en la *ingenuidad* y en un momento, sin desobedecer a cozcamalli, los dos hombres que seguían a Colón se detuvieron. Sin torcer el cuello, el primero alegó que esa forma de encarar a los hombres de Briones, bien entrenados y armados, era un vulgar suicidio. Ahora o mañana, en el potro o en la Virgen de Nuremberg después de la ordalía a la que los someterían. El segundo, reafirmando su valor y su compromiso con el señor Pérez, dijo sentirse liberado porque en el contrato que había firmado no existía ninguna cláusula que lo obligara a obedecer a un retardado... *hasta el fin.* X

Pero ya era tarde. El primer centinela los había divisado. No tardó este hombre en dar la voz de alarma, la que fue simultánea al grito de cozcamalli. Un grito arqueológico, con el que estimulaba a Colón y a los otros dos enmascarados a caminar, con *brisa* calma, hasta la tienda que se levantaba en el medio del campamento. Allí debían estar Briones y Torquemada y con seguridad, también, la L y

gothehuC.

-Nadie se atreverá a acercárseles, menos a atacarlos -les juró
Cozcamalli
ciozcamalli.

Tuvo razón, ya que tan sólo verlos, clavar los ojos en el disfraz de sus rostros, lanzar un alarido y rajar a cualquier parte o caer sin sentido ocurría en un sólo y mismo instante. Treinta pasos dentro del círculo interior de la avanzada de la Santa Fé, los tres hombres, hostigados desde la retaguardia por cozcamalli habían adquirido confianza. Aunque llevaban los sables empuñados, no habían tenido la oportunidad de utilizarlos, ni para defenderse ni para atacar. Y cuando, por transparencia y por proximidad Colón descubrió a laL y a Torquemada en el interior de la iluminada tienda principal, los defensores de Isabel, los vencedores del Moro, se desbandaban en un desordenado alboroto en el camino de Granada.

Sin impedimentos alcanzaron el objetivo mayor y Colón, adelantándose y sin haberse sacado la máscara, rasgó la seda de la entrada y penetró en la tienda: caía hacia atrás Torquemada con la cara ensangrentada y la nariz torcida para siempre y huían despavoridos los hombres de la guardia. laL y gothehuC lo miraron sorprendidos pero sin miedo y Briones alcanzó apenas a abrir la boca, rechinó su cuello y se derrumbó, sincopado. Entonces Colón se despojó de la máscara y se la pasó a cozcamalli que, seguido por los hombres de Pérez ya con el rostro descubierto, entraban también a la carpa.

-Muy a tiempo -resopló laL mirando a Torquemada que se debatía en el suelo, buscando su cola un apoyo, luchando con desnudo para

salir de la inconciencia.

-Ni él ni Briones nos han reconocido -dijo el primero de los servidores de Pérez.

-Razón más que suficiente para que nos larguemos.

laL y Colón se miraron, asintieron y pidieron a cozcamaII que rehiciera el camino hasta donde los esperaba Gaonás.

Un destello miserable, detrás del elevado contorno de la Sierra Nevada, anunciaba el amanecer.

-Será mejor evitar la entrada por donde recién salimos - sugirió cozcamaII.

Los hombres de Perez los llevaron por los riscos enmalezados que protegen las murallas del noreste de la ciudad y después de circundarla en gran parte, entraron en ella por la puerta del barrio del Albaicín. Saludaron a la guardia apostada y continuaron, por las calles que se animaban, hasta la casona de Pérez.

El patrón los esperaba en sus aposentos privados con una botella abierta de su mejor pacharán.

Antes de retirarse, uno de los mercenarios se tocó sus mejillas enrojecidas.

-Ese maldito antifaz me ha desollado la cara -acusó a cozcamaII.

-Serás compensado -dijo Pérez sacudiendo un guante, despachándolo.

-Mañana la tendrás suave como una doncella -dijo gothehuC.

-Cuidate Pérez -advirtió el segundo -que te pueden hacer complice de brujerías.

-¿Brujerías? -preguntó Pérez.

-Si no ¿cómo se explica...?

-Lo de las máscaras... -lLaL soltó una carcajada -los hombres siempre le han temido a la muerte..., siempre le han temido a las máscaras hechas con la piel de ~~la~~ muerte... *con hombre muerto ...* X

4-20-2.67

33.- -No una invasión, exactamente -dijo Lal -sin embargo es importante el resultado de mi viaje para que ello no suceda... X

-Pero has dicho que no eres el único que ha llegado desde tus tierras.

-Es verdad, aunque no hay motivos para preocuparse por una invasión, por ahora -dijo con franqueza Lal.

De Marchena, que sabía que así no obtendría mayor información, dio unos pasos y abrió una vidriera y buscó en su interior. Cozcamalli lo siguió, atento, con la mirada.

-Poco antes de que Hugo se marchara -dijo de Marchena -llegó a este monasterio ese marino llamado Lacalle.

Entre Lacalle y Hugo, aunque no compartieron mucho tiempo este techo, se originó una buena amistad. Siempre hay un elemento de interés que estimula las relaciones personales y en este caso no

es fácil asegurar si aquél predominaba en el portugués o en el mexicano, pero lo cierto es que ellos se confiaron sus secretos y sus conocimientos.

De la vidriera, de Marchena sacó una caja de marfil. Cozcamalli se puso de pie, sus ojos clavados en las manos del cura.

Soy viejo y ^{lo} suficiente -continuó -para permitirme y ser disculpado por ello de olvidar o recordar lo que quiero, pero no te voy a mentir. Largas jornadas pasaron encerrados, aquí, en este mirador esos dos navegantes. Les proporcioné papel para levantar mapas, carbón y tiza, estiletes y tinta. Cuando me pidieron algunos instrumentos, personalmente fui al puerto a buscarlos ~~y los~~ ^{adquiriendo} ~~adquiría~~ con el dinero que para gastos especiales están reservados al prior. La única condición impuesta fue el ^{acceso al} ~~total~~ conocimiento, de mi parte, de todas sus investigaciones y resultados de ellas.

De la caja de marfil, un saquito de terciopelo.

Ellos cumplieron el compromiso, pero al término, en la sesión en la que me comunicaron que su tarea ^{antes} íntegramente concluída y que Hugo dejaba La Rábida, yo les informé que había resuelto dejar incompletos mis conocimientos sobre el tema. Prefería que para mí, sus revelaciones quedaran inconclusas para ~~así~~ protegerlas y proteger a la orden franciscana que las había hecho posible. Nosotros hacemos votos de pobreza y obediencia, incompatibles con la soberbia que provoca el conocimiento y la ciencia.

-Yo conocí los resultados del trabajo de Hugo y de Laccalle - confesó Lal -era parte de lo mucho que me entregó el Maestro.

-Creo haber tenido acceso, en forma involuntaria, a una de sus conclusiones -reconoció de Marchena -me la hizo saber Hugo, al

despedirse: "No sobrevivirán nuestros dos pueblos incólumes, me dijo, el encuentro de dos civilizaciones tan disímiles será dolorosa para ambas, pero terminal para una de ellas."

Lal se entusiasmó:

-¡A eso he venido...a evitar con la ayuda de hombres como tú que eso ocurra...!

De Marchena movió la cabeza y exhibió, en la punta de sus dedos, un relicario que se hallaba en el fondo del estuche de terciopelo.

-Mi ayuda será la de un inválido -el abad levantó con su mano libre el bastón y con su contera de resina señaló el que ~~tenía a su lado Lal~~ -pero puedo darte algunos nombres y poner a tu arbitrio algunos documentos..., aunque Lacalle al abandonar este lugar me advirtió que las palabras del mexicano encerraban una verdad ~~definitiva~~ inexorable.

-El más importante, el nombre del marino que hoy esté pronto a zarpar en la aventura.

-Eso lo ignoro -de Marchena abrió el relicario.

-Lo que él diga a su regreso, condicionará en gran parte lo que suceda después.

-¿Qué dirás tú, cuando regreses?

-Aún no lo sé.

-¿De eso dependerá lo que tu pueblo resuelva respecto a nosotros?

-Hay una diferencia que no te ocultaré: nuestras condiciones son las del que espera..., no podríamos atravesar masivamente el

*Cozacualli había
en calpe de puma Lal*

X

X

X

océano.

De Marchena sonrió. ¿Aliviado?, Lal no pudo leer adentro de sus ojos.

-¿Qué te hace suponer que nosotros sí podemos? -dijo y mostró a Lal una llave empotrada en el medallón.

-Tienen las naves apropiadas..., y la ambición.

-Esta llave -dijo de Marchena - abre la bodega de nuestros archivos en el sótano..., tómala y baja, te doy un día y una noche para que busques lo que dejaron depositados Laccalle y Hugo. Nadie hasta ahora ha tenido acceso a ello.

Lal cogió la llave.

-Una cosa más, requiero saber dónde puedo encontrar, si está vivo, a un tal Gaonás o Goanás o Gonás.

-Sabes más de los que aparentas -de Marchena guardó en su lugar el relicario vacío.

-Ese nombre, el tuyo y el de Laccalle fueron los que mencionó siempre Huipozix.

-Gaonás... -repitió de Marchena con una leve sonrisa -si está vivo ha de estar muy viejo, pero todavía detras de su sueño..., viajar a las Indias.

-¿Lo conoces?

-Es un fugitivo francés que una tarde llegó a las puertas de este convento. Pidió refugio, fue novicio y alcanzó el tonsurado, después y al abandonar la vocación, ofició de guardián, aquí mismo, por varios años. Entonces debió haber conocido a Hugo y a Laccalle, al que persiguió hasta el final para que lo embarcara con él, a cualquier parte.

-¿Dónde puedo encontrarlo?

-Yo mismo justifiqué su escapatoria.

-¿Dónde? -insistió Lal.

De Marchena cerró el estante.

-Hasta no hace mucho acompañaba a la corte de la reina..., un prepósito franciscano de Montiel, no hay fraile que no conozca a Gaonás, que paró aquí unos meses atrás, lo vio en el campamento de la Santa Fé en las afueras de Granada, poco antes de la rendición de Boabdil.

-Tendrás que enseñarme el camino a Granada.

-Perderás el tiempo con Gaonás, el no tiene dedos para esa empresa.

-Sin duda -Lal examinó el paletón de la llave -pero debe conocer al que sí los tiene.

Cozcamalli estiró su mano y atrapó la llave que le arrojaba Lal.

-¿Puedes propocionarle ^{a Cozcamalli} ayuda para que prepare los archivos que tendré que leer? -preguntó Lal.

Por respuesta, de Marchena tomó una campana de metal plateado y la sacudió. Al llamado acudió un joven profeso que después de recibir una orden, salió acompañado ^{del sirviente de Lal} de Cozcamalli.

"Me llamo Sebastian", alcanzó a escuchar Lal la presentación del novicio que, sin embargo, no conmovió el mutismo del mexicano.

De Marchena se sentó a la mesa y sirvió dos vasos de la botella que, sobre una bandeja, había en el medio.

-Manzanilla -dijo.

-¿Y bien?

-De negligencia podría acusárseme al eludir todo el conocimiento que Hugo y Laccalle quisieron entregarme, no quiero que ello acontezca de nuevo.

-Estás juramentado a dar cuenta de todo, si todo lo sabes esta operación perderá su obligada discreción.

-Estoy obligado a censar a mis visitantes, no a reproducir lo que ellos dicen, sólo quizás y en parte, lo que hacen y por exclusivo requerimiento de las autoridades. No quiero volver a pecar por omisión.

-Está bien -dijo Lal abriendo plenamente el mapa -ésta es la ruta a las Indias y aquí, en medio de ella, nuestro continente.

De Marchena bebió su manzanilla intentando retener la esencia del contenido del plano: las distancias, la dirección de los vientos, la forma de las islas intermedias. Todo ello estaba allí, con la fina e inconfundible letra de Hugo el mexicano, impreso en el mapa que Lal había extendido.

Cuando de Marchena, su memoria entrenada por las perpetuas exigencias de la Biblia, hubo terminado levantó la lupa y tomó otro vaso de manzanilla.

-Y...¿tus acompañantes, que no están ahora con nosotros? -preguntó.

Lal disimuló un chispazo de desconfianza.

Después de separarse de Lal, Gothehuc caminó hasta que lo sorprendió la noche. En su camino, una vía concurrida por

campesinos y viajeros, se había percatado que, cuanto más se alejaba del puerto, con más frecuencia se volvían a mirarlo aquellos con quienes se cruzaba. Era, y no se extrañaba por ello, su pesada y vistosa piel de ocelote, su gran saco de cuero y su porte monumental. Los hombres y mujeres que transitaban su camino eran pequeños, vestían ropas ligeras, apenas cargaban una maleta liviana o sobre sus hombros una guadaña. Al divisarlo más de alguno prefirió un atajo, por el bosque, a lo lejos, o entre las siembras y todos se apegaban al zanjón contrario por donde él pasaría.

No era bueno que le tuvieran miedo. Pero en el campo, tan lejos de los muelles donde es posible ver con frecuencia aventureros y singulares personajes: hindúes, africanos o persas, Gothehuc podía, y lo ignoraba, ser confundido con un gigantesco gnomo. Y cuando eso sucedía, Gothehuc también lo ignoraba, ^{donde la suposición está tan extendida} ~~se organizaba~~ ^{los aldeanos ignorantes o fanáticos} una gran cacería, en la que se utilizaban récovas de podencos para rastrear y de perros para matar amén de todas las armas y trampas existentes en el lugar. X

Porque en esa parte de Andalucía se sostenía que los duendes eran seres engendrados por los moros y que estos, antes de cruzar Gibraltar, los habían abandonado en la región para causar daño a las mujeres, a los niños y a las cosechas.

Gothehuc escuchó el alejado ladrido de la jauría cuando se preparaba a fumar un cigarro, recostado contra un cerezo, en el medio de un prado de pasto verde. Su oído de guerrero experimentado le reveló que esos perros habían encontrado el rastro de la presa y que ella estaba muy cerca de donde él fumaba. Pero en ninguna parte del mundo esa era hora de caza mayor. Gothehuc, en

consecuencia, apagó la brasa y guardó el tabaco para otra ocasión.

Allá, en la dirección por donde iba cayendo el sol, Gothehuc divisó un bosquecillo. Y hacia él se dirigió. A propósito caminaba con lentitud, balanceando la cabeza para un lado y para otro, buscando los ladridos en el aire y en su tono y en su timbre, su ubicación y su distancia.

Pero la trailla estaba lejos y Gothehuc alcanzó con comodidad el bosque. Iba arrancándole pelos al ocelote y tirándolos al suelo, creando una huella falsa. Ya sabía que los perros la estaban olfateando. Se detuvo el avance de los monteros en el linde de la arbolada. Los animales dejaron de ladrar. Libres del trabanco, hozaban rabiosos como los jabalíes. Los hombres que acosaban a Gothehuc se estaban concertando para batir el soto. El gnomo-moro ya no tenía escapada.

Fue entonces cuando Gothehuc vio al otro hombre. Petrificado por la indecisión, sumido en el bosque quién sabe por qué motivo también había escuchado a los sabuesos. Desde donde se había enmatado, Gothehuc lo observó detenidamente. A primera vista sus vestiduras se apreciaban ricas y caras y su espada un puro adorno, inservible en su género, de metal valioso pero blando. Usaba un sombrero de raso y aceituní, redondo como una vejiga, con el cual había dejado un ratro indeleble en las ramas intermedias de la floresta.

Quizás cuánto rato había permanecido en el mismo sitio y en la misma posición, pero era llamativa su impotencia y su debilidad.

Quiso creer Gothehuc que era a ese individuo a quién acosaban los cazadores, pero su ilusión era insostenible. Los hombres con

sus perros venían desde su dirección, y sus maniobras, ahora que penetraban en la espesura, tenían como propósito ojearlo a él y no a ese inesperado personaje.

Pero Gothehuc no tenía alternativa. Se acrecentaba la vulnerabilidad de su inestable posición con la presencia de aquél extraño. Los posibles movimientos de éste serían, por ignorancia, aleatorios y al hacerse visible en su precipitación lo descubriría a él también. Si ^{quería} quería salvarse, ^{temdría} temdría que salvarlo a él. X

^{Gothehuc} Gothehuc adivinó que nada espantaría al inoportuno que no fueran los colmillos de la jauría, y exponiéndose por un momento sacudió un brazo y con un silbido lo llamó. X

El hombre no titubeó y saltando por encima de la maleza abedeció la invocación del mexicano.

-Si me atrapan, perderá más que mi vida -le dijo al llegar a su lado. X

-Es a mi a quién persiguen -aclaró Gothehuc en su escaso castellano.

-Puede ser, por ese lado -el hombre del sombrero redondo señaló con su brazo derecho la dirección por donde Gothehuc había entrado al bosque -pero también por este otro -completó un giro su brazo mostrando el ángulo opuesto.

Fue en ese instante cuando Gothehuc oyó el ladrido de otros perros que venían por el poniente.

-Soy el marqués de Alpujarras, Cándido para los que conmigo están en peligro -dijo el hombre, con tono despreocupado.

-Gothehuc, de la Persia.

-¡Mi madre...!, que viene Ud. de lejos -el marqués, en su

relajo, parecía ausente de la irremediable situación.

O Alpujarras finjía o el miedo le estaba nublando el juicio.

Pero Gothehuc no se detuvo a pensar en eso. Los perros, ya lo había deducido, ladran aquí igual que allá, en consecuencia lo que los orienta y lo que los extravía tampoco puede ser diferente y aquello que los atemoriza y lo que los excita, será de la misma naturaleza.

Los maestros nahuas le habían enseñado que un perro de caza o de guerra es un perro excepcional cuando el amo mira sólo a través de sus ojos; cuando ambas miradas se conjugan. Que cuando se llega a esa perfección, se tiene el mejor lebrel o el mejor mastín. Y que, justamente en esa virtud, está también el mayor vicio, porque lo que el perro no ve, tampoco lo ve el amo.

Y Gothehuc rogó a sus dioses para que no cesara el viento y porque la maestría española en el arte de adiestrar sus perros fuera inmejorable.

Entonces Gothehuc, como hacía cuando se encontraba en las embuderas enemigas, se envolvió por completo y con él a Alpujarras en su piel, dejando el revés, que aún olía a la muerte del ocelote, hacia la intemperie. Después se echó en el suelo, solapado como un cuclillo en nido ajeno.

Ni respiraba siquiera el marqués al oír acercarse el acezar de los perros, unos por el monte, los otros por el bajo. Ciegos dentro de la piel, no pudieron ver cómo los animales, a pocos pasos, olfateaban, mostraban los comillos y reculaban. Si, en cambio, podían escuchar que ya gemían: algo había en el aire que les evocaba el hedor un gato encolerizado.

Las dos cuadrillas se encontraron y se saludaron. Los perros se revolcaron, se olieron y confundieron la pista y perdieron el arretrato del encarne.

-A un moro encebado de española -gritó uno de los cazadores, de los que venían del oriente.

-A un gnomo, que hijo de tu moro ha de ser...

-Que lo hemos perdido -dijo otro del primer grupo.

-En la noche, con hurones, que huelen bien al sarraceno...

-¿De donde venís?

-De Lastarria.

-Y nosotros de Noguera.

-¡En lo oscuro! -insistió el que dirigía a los que buscaban a Gothehuc.

-En el cruce -propusieron del otro lado.

-Con la luna -replicaron.

Y abandonaron la búsqueda y la arboleda.

Esperó todavía Gothehuc para zafarse de la piel y del abrazo de Alpujarras.

-El miedo a un gato grande les encegució el olfato -dijo sacudiéndose -isaben de caza en ^{los perros} este sitio!

-¡Nadie nos vio! -reía compulsivo el marqués.

Gothehuc levantó la cabeza.

-¿Un hurón?

-Su olfato es mas fino que el del perro...contestó el marqués, recuperado.

-Hmmm...

-Ya no importa -dijo Alpujarras empezando a desnudarse -ya

estamos a salvo.

Y ante la estupefacción de Gothehuc y después de buscar en el bolsillo del pantalón un pañuelo y un abogue se sacó toda la ropa, hizo un lío con ella, la dejó junto a un matorral y lo invitó a que lo siguiera.

Así salieron del bosque, por el lindero sur: Gothehuc envuelto en la piel del ocelote, enorme, tosco como un mono prehistórico y el marqués de Alpujarras, desnudo, con ^{la} una flauta entre sus manos de piel blanca, y una sonrisa de sobreviviente en los labios.

No muy lejos relinchó un caballo y hacia allá enrumbó el marqués. Era un hermoso rubicán de gran alzada, con buena montura de cuero y mejor cargado, que bailó entusiasmado al reconocer a su amo.

Alpujarras abrió las alforjas y sacó de ellas una indumentaria con la que rápidamente se vistió. Era muy distinta a la que anteriormente usaba y en poco difería de las que Gothehuc había visto en los campesinos con se había cruzado. Más cuidada, más elegante quizás.

-Soy generoso con quién me ha salvado la vida -dijo el marqués calándose un pavero y fijando la atención en Gothehuc.

-¡Ah...!

-¿De la Persia? -preguntó.

-De la Persia.

Alpujarras pasó la mano por la piel del ocelote y con sus dedos descubrió los poros raídos por la polilla.

-No te ha ido bien por estos pagos.

-No hace mucho que he llegado -dijo Gothehuc con su pesado

acento.

-¿Crees que éste bruto nos cargue a los dos? -el marqués tomó las riendas del potro.

Gothehuc se encogió de hombros. En realidad nunca antes había estado tan cerca de un animal como ese, pero sus dientes revelaban una dieta vegetal. Y eso lo tranquilizó. Un carnicero de ese tamaño era de temer. En las pocas horas que llevaba en España había visto los jinetes desde lejos, pero si alguien, entonces, le hubiera preguntado en que iban ellos montados, no habría vacilado en afirmar que se trataba de alguna especie de carruaje o parihuela. En su patria el porteador también se disfrazaba de animal.

Su instinto nunca se había equivocado, de lo contrario no habría sobrevivido. Los prisioneros sólo servían para complacencia de los dioses. Todo soldado vivo era soldado invicto. Y su instinto, en esa particular situación, le devolvía una señal favorable del marqués de Alpujarras.

Saltó confiado a la grupa del animal, al ver la agilidad y el aplomo con que montaba Cándido. Pero el caballo, resentido por su peso y por el olor rancio de la piel del ocelote, se encabritó con rudeza. Firme con las riendas y el estribo, el avezado marqués se mantuvo en el lomo. No así Gothehuc que se vino abajo sin un reclamo.

No reaccionó a la risa del hidalgo, pero recogió su bolsa y su abrigo.

-¡Vamos! -dijo -descartando totalmente la montura.

Alpujarras empezaba a intuirle el alma al extranjero de la vieja piel de tigre. Le admiraba su astucia y los conocimientos

demostrados para eludir la caza y comprendía su parquedad y la poca fluidez de su lenguaje. Ese hombre, en definitiva, podía serle útil.

Los trancos de Gothehuc igualaban el ritmo que llevaba el potro que cabalgaba Cándido, el marqués. Aquél hombrecillo, frágil y parlanchín, lo introduciría al corazón de aquél Imperio. En borrador discurría ya un plan Gothehuc para disuadir cualquier empresa que tuviera como finalidad atacar los territorios del Cihuacóhuatl, al otro lado del mar. Y aplicando los conocimientos con los cuales lo prepararan los generales mexicanos, había que encontrar la Cabeza, porque si ésta cae, el cuerpo perece.

Gothehuc se puso a trotar, sobrepasando a Bucéfalo, como había oído que Alpujarras azuzaba al animal. Su ánimo mejoraba.

34.- Un vómito instantáneo convulsionó a los dos ayudantes de Juan Pérez al conocer la ^{naturaleza} ~~materia~~ de las máscaras que habían usado. Poletl había así descrito la reacción de los desgraciado al conocer la verdad, en un momento en que Pitzl se había distraído. Había llevado a los muchachos hasta Xochimilco y allí, bajo unos sauces,

premunidos de tiza y pizarras, tenía la intención de avanzar en gramática. La tierra aún estaba húmeda por la lluvia de la víspera y el calor creciente del sol levantaba desde el suelo hilachas espesas de vapor.

-¿Por qué? -preguntó Elalq.

-Distintas culturas, distintos cultos, quizás tu también te enfermarías si te enteraras en detalle de los suyos.

-Por el sólo hecho de tener cola..., deben oler mal -intervino Pitzl.

-Lo de la cola... -dudó Poletl.

Terminaron la botella de pacharán con los ojos en la puerta por donde habían salido, indispuestos, los dos hombres de Pérez. Colón que se había contenido y su amigo despacharon una segunda de un tirón.

-Tienes las tripas duras -dijo Pérez apuntando a Colón.

Habían limpiado ya el suelo, pero las ^{hilachas} ~~cenizas~~ ^{huidas} ~~cenizas~~ no tardó en converger hacia el rincón donde, incansable, vigilaba cozcamalla. gothehuC, sobre un sillón, dormitaba. ^{Sardot} ~~Sardot~~, ante la inminencia de una disputa, había elegido tenderse en el pajar.

-Eso es un barbarismo -dijo al fin Colón, cuando pudo recuperar el habla, dejando a un lado la batea con agua y jabón en la que se había lavado la cara.

-Te ha ido mal con la reina, con nosotros nada ibas a conseguir si seguíamos en manos de Torquemada y encima te quejas - laL tenía su cabeza metida dentro de su saco.

-Desollar al prójimo no es de seres civilizados -el tono de Colón era menor.

-Quemarlos en las plazas públicas, tampoco -laL había sacado la cabeza de su costal y tenía las manos llenas de plumas.

-Esos son herejes o falsos conversos -terció Juan Pérez.

-Enemigos, tan enemigos como a los que nosotros les quitamos la piel -laL mostró las plumas.

Durante la pausa que siguió a las palabras de laL, Pérez descorchó un tercer cántaro con pacharán.

-Dijiste que podrías ayudarme a financiar los dos millones de maravedíes que cuesta el viaje -el Almirante volvió a su obsesión.

laL lanzó las plumas sobre la mesa, entre las botellas de pacharán. Se reventaron ahora los cálamos, repletos de la limadura del oro de México.

-Eso vale más de dos millones... -dijo.

Colón y Pérez se abalanzaron sobre el metal.

-Trae una balanza -ordenó Colón.

Hasta la última ralladura de oro pusieron sobre la pesa en sucesivas mediciones y después, en un cuenco de porcelana que calentaron en un horno de barro, lo calentaron hasta la fusión. Recogieron el líquido incandescente en un molde con el escudo de la casa de Pérez y lo dejaron enfriar mientras se bajaban la cuarta botella de pacharán.

GothehuC despertó con el olor tropical del oro derretido.

Más tarde y con la ayuda de un ábaco, calcularon cuánto podría valer.

-¿Traes más? -Colón miraba con gran interés a laL.

-¿O alguno de tus amigos? -Pérez levantó la barbilla en dirección a cozcamaII y a gothehuC.

laL se echó hacia atrás en el asiento.

-No me gusta tu mirada, Colón -le advirtió.

cozcamaII se activó de inmediato y gothehuC, despabilado, se acercó.

-¿Nuestro oro...? -preguntó incrédulo.

Pero entonces Colón se derrumbó.

-No nos servirá -dijo.

cozcamaII regresó a su sitio y gothehuC se sentó junto a Pérez. laL, sin decir palabra, fue devolviendo el oro a su zurrón. ^{acumado} X

-No entiendo a esta gente -le habló a gothehuC -¿o es que están curados...?

-Es un infortunio muy simple -Colón dejó el vaso boca abajo sobre la mesa -sin el patrocinio de alguna dignidad, mi Empresa de la Indias no tendría ningún sentido.

-Aquí hay un general y un Primer Ministro -dijo laL sin mentir -creo que te pueden servir.

-Mi padre ha viajado muy lejos -interrumpió Pitzl -quizás ha cruzado el mar, como laL.

-El mío también -Elalq estaba orgulloso -en una misión

encomendada por Ahuizotl...

-Lal y Gothehuc retornarán vencedores de las tareas encomendadas -aseguró Poletl.

-Sique, Poletl, sigue -mandó Témac, el hijo del Cihuacóhuatl, avergonzado a veces de la importancia de su padre.

-¿Quién es laL? -preguntó Pitzl, de súbito.

La pregunta tensionó un poco la voz de Poletl.

-El que fue instruído por Huipozix...

-¿Es verdadero? -interrogó Témac.

Poletl se golpeó un muslo con la palma de la mano.

-Tanto como esta pierna que estoy tocando.

-¿Quién, entonces, me haría virrey de los territorios explorados, quién a mi descendencia...? -se lamentó Colón -¿quién me otorgaría la potestad sobre el comercio, a quién pagaría la gabela y quién autorizaría la cuota que me ha de corresponder...?, ¿a nombre de quién tomaría posesión de esas tierras y como Embajador de qué reino me presentaría ante el Gran Khan o ante el Shogun de Cipango...?. ¿quién me va creer nada si vago en compañía de un hato de menesterosos...?

laL había terminado de recoger el oro.

-Siendo así, ya no hay más que hablar...ivamos cozcamalli...!

- su tono había sido determinante.

Colón agarró una de las botellas de pacharán y la miró a contraluz.

-Abriré otra -dijo Pérez.

laL se había puesto de pie.

-De aquí salgo contigo -le dijo gothehuC en nahua.

Pero Colón se incorporó, dio cuatro zancadas hasta la puerta y abrió los brazos impidiendo el paso de los mexicanos.

-¡Te salvé la vida, cabrón... y ahora me abandonas...! -lo increpó.

laL tranquilizó a cozcamaII.

-Déjanos ir -le pidió -no quiero que la mar océano pierda un Almirante.

-¿A dónde vas..?

-A buscar a otro marino, con una urgencia diferente a la tuya...

-¡A ninguna parte...! -vociferó Colón.

Y se quedó así, paralizado, crucificado en el aire. Luego y sin que laL lo tocara, resbaló por el muro de ladrillos y cayó al suelo. Su gesto adusto se había resblandecido. Sus ojos, entonces, buscaron los de laL, se afanaba Colón contra el extravío al que lo condenaba el espíritu del pacharán.

-Si algo me debes -barboteó -espera a que me recupere...

Acogió laL la petición de Colón y acomodándose en la misma estancia con el sueño prendido en la vigilia, trató de descansar. cozcamaII y gothehuC lo imitaron.

Los despertó el frío inmisericorde de la primera mañana de Granada y el tenebroso desgarró que hacía, al desperezarse, el cuello de Pérez.

Colón tenía desordenado el pelo blanco y sus ojos, ofendidos

por la luz del sol, pestañeaban desbocados. Pérez se tomaba la cabeza con las dos manos y miraba, arrepentido, las botellas de pacharán.

Pérez, una vez que se hubo recobrado, golpeó las palmas de sus manos. Entraron seis criados. Uno llevaba una bandeja en la que humeaba un alto de toallas, el que venía detrás traía las aguaderas, el tercero un enorme perol con su infiernillo encendido, el otro, canastas con pan recién horneado el quinto, en una fuente de peltre que cargaba con dificultad, frutas, jamón, gordura, mermeladas y dulces y el último un crucifijo de pedestal, de plata y marfil.

Colón y Pérez se limpiaron la cara con las toallas de algodón, se lavaron las manos en los cántaros con agua tibia y se sentaron en le extremo opuesto de la mesa de cedro donde habían dejado la bandeja y el perol.

Los mexicanos eludieron las toallas, como una ducha se echaron el agua encima de sus cabezas y comieron de pie.

Colón y Pérez prefirieron el pan de harina de centeno y los dulces de crema, huevo mol y merengue. laL se inclinó por las frutas, gothehuC por el jamón y la gordura. cozcamallaI, indiferente, ayunó.

Después de beber grandes cantidades de la infusión que hervía en la marmita, el genovés y su anfitrión se levantaron de la mesa y se dirigieron al lugar donde el sirviente había dejado el crucifijo, se postraron delante de él y oraron.

Cuando hubieron terminado y viendo que laL se preparaba a partir, Colón le pidió que dieran un paseo por los jardines de la

propiedad.

laL dejó su saco bajo la custodia de cozcamaII y aceptó.

A su regreso, el sol en un raro cielo sin nubes, venían acompañados de Gaonás.

-¡Iremos a la Francia! -comunicó laL a cozcamaII.

gothehuC que todavía llevaba puesto el forro de la piel de laL, estiró sus manos.

-Nuestros caminos se han confundido -dijo.

-Si vas con nosotros -replicó laL en nahua -lo haces bajo mis órdenes.

-No será la primera vez -reconoció ^{gothehuC} gothehuC.

-Pero recuerda -laL acentuó la voz -no tendrás ni al Consejo, ni al Cihuacóhuatl como instancia de apelación.

-Yo no confiaría -recomendó cozcamaII.

-¡Tú no te metas, esclavo...! -alegó gothehuC.

-Dejé de ser esclavo durante los años de Tízoc.

-No ofendas a mi sirviente -reconvino laL.

Colón se interpuso. Lo angustiaba aquél diálogo indescifrable.

-Bueno -dijo -¿partimos, ya...?

Juan Pérez, con una toalla en la mano, abrazó a Colón.

-¡A Francia...!

-Todo está claro -le dijo Colón en italiano -ya le he dicho a este hombre que no conseguiré que Carlos de Francia me abra sus arcas, pero si su aval interesado..., entonces será útil el dinero que lleva emplumado.

laL tomó a Colón por un brazo.

-Mejor nos ponemos de acuerdo -dijo -y hablamos en una sola

lengua...

Colón sonrió.

Después de proporcionar ropa adecuada a los viajeros -una hora trabajaron las mujeres en el taller de la casa para conseguir las medidas de la L y gothehuC -Pérez los dejó en la puerta, algo preocupado. Colón y Gaonás no eran rivales para los tres extranjeros si todo aquello no era más que un complot. Pero no existía alternativa para la Empresa de las Indias. ⁱⁿ Con la Orden y el Sello del Octavo Carlos de la Francia, en los maravedíes que él pudiera facilitarle y en el oro del guatón, estaba la postrera esperanza de Colón. Su amigo -reflexionaba Pérez -ya se estaba poniendo viejo. Como él. No hacía mucho tiempo diez jarras de pacharán no los habrían conmovido.

El sol declinaba al cerrar Pérez las puertas de su dominio. No podía imaginar lo pronto que volvería a ver a Colón.

-¿Qué ruta tomaremos? -quiso saber Gaonás.

-¿Sevilla...?, ¿Córdoba?... , no estoy seguro -dudó Colón, en Aguilar, donde conseguiremos mulas, lo decidiré.

-¿Pretendes cruzar los Pirineos?

-Los empezaremos a subir al despuntar la primavera.

-Sin un regimiento que nos acompañe, nos entierran -Gaonás movía rápido sus piernas y se afirmaba el peluquín, caminando de lado, emparejando el paso de Colón.

-No seas estúpido, Gaonás -Colón había dejado cincuenta metros atrás a los extranjeros -pero no quiero que se enteren aún..., porque desde Almería una carabela hace viaje hasta Montpellier y con buen viento demora cuatro días..., e ignoro si ellos lo

creerían.

-Entiendo.

-Por el camino a Sevilla y a Cordoba nos estará rastreando Torquemada, en Aguilar tendrán ya todo un destacamento..., la batida ya empezó, Gaonás.

-Los mexicanos son los hombres más buscados del Reino.

-Y que lo son...

Escondidos en la multitud que se retiraba a sus casas, escudriñando la oscuridad en el cielo, transitaban los cinco hombres tras la puerta de la ciudad.

-Rodearemos el campamento de Santa Fé -Colón esperó a laL, gothehuC y cozcamalli -allí ya no nos estarán buscando.

-Ese también es una ^{vieja treta} ~~truco~~ viejo -señaló Gaonás.

-Poco menos de una legua de allí esta el puente de Pinos, si lo logramos salvar, lo habremos logrado -Colón seguía, impasible, su marcha.

La hora favoreció sus planes y sin obstáculos ni apremios, llegaron al camino que cruzaba el puente al que Colón aludía.

-Más allá el camino se trifurca y después se vuelve a bifurcar y así, veinte veces -explicó Colón -ni con mil hombres Briones podría hacernos un seguimiento eficaz.

Como el día que la había precedido, la noche no tenía nubes y alumbraba con todas sus estrellas. El frío mordía y de las veredas del camino goteaba una escarcha prematura. Pero con la ropa interior de franela bajo el ocelote o bajo la pañosa que Pérez le diera a gothehuC, ambos mexicanos se sentían a gusto. Colón, con sus vestimentas negras de marino portugués y su largo y grueso

tabardo había probado peores ventiscas. Y la piel vieja y seca de Gaonás ya no dejaba que la helada humedad rezumara hasta sus huesos.

El viejo, resignado ya a llevar la peluca en la mano pidió a Colón un minuto de descanso en el andén del puente.

Concluía el minuto concedido cuando Colón escuchó como alguien gritaba su nombre. La voz no le era desconocida.

-¿Que quieres esta vez, Santángel, por el amor de Dios? - preguntó y conjuró al mismo tiempo Gaonás.

No se había equivocado. Era ^{hues de} Santángel, el consejero del rey, quien, desde el otro extremo del puente reconoció a Colón, corrió y cuando estuvo junto a él puso una rodilla en tierra y le besó la mano.

-Isabel te reclama, Almirante -le dijo.

35.- Verinormes nos repitió la comida con las sobras del almuerzo y Quijada, que sí aceptó un guindao de bajativo, insistió en fumar de mi tabaco. Me lo devolvió a tal punto ensalivado, que tuve que tirarlo y encender uno nuevo. Masculló el narigón unos

monosílabos y se retiró a acostarse.

Verinormes lavaba las ollas y los platos de madera, encantada con el olor del cigarro.

-¡Qué costumbre! -comentó despues, secándose las manos con un paño.

-De las Indias -dije sin mentir, soplando la brasa del tabaco.

-Es un buen hombre, pero está chalado -dijo Verinomes colgando la servilleta en un clavo en la pared -alguna vez tuve algo que ver con él...

-Corre peligro en la ciudad.

-Ya lo sé, un día lo van a matar, no creo que se muera de viejo leyendo esas tonterías que le han sorbido el seso -Verinormes indicó un rincón donde se apilaban dos docenas de libros.

Leí, pues, la tapa de uno de ellos.

-"La gesta de Arcajal en la caverna habitada por Mo y por las criaturas de Osfernes".

-Debe ser uno de esos tipos envueltos en lata que llaman caballeros..., puras mentiras..., ni mi madre, ni mi abuela que hartos años vivieron nunca se encontraron con alguno, ni de lejos, puedo jurarlo, ...¿quién los inventó?, imire como tienen a don Quijada!

Numerosas historias al servicio del señor de León tenía aquél hidalgo flaco y narigudo, pero ~~en~~ nunca sobresalió en ellas. X

-Una espiga más en el uniforme campo de trigo de los servicios y favores del rey -dijo la mujer.

Esa noche dormí tirado en un jergón, en la cocina. No ~~habría~~ ^{podría} ~~podido~~ hacerlo al lado de un hombre del que se ignora el despertar. X

abuenen

me

Lo que de Quijada me había dicho Verinormes había sido suficiente para revisar mis propósitos de conocer España en su compañía. Por lo menos si no era por obligación. Había resuelto, de este modo, separarme del loco lo antes posible. Mañana mismo. Ahora bien, si para obtener de Quijada la información requerida era preciso que se enfrentara con gigantes, con gigantes se iba a enfrentar.

Entonces, antes de poner la cabeza sobre la almohada que me prestara Verinormes, seleccioné desde mi honguera los trozos más frescos que quedaban del peyotl. Tendría que madrugar para tener el cocimiento a punto para la hora del desayuno.

Salimos con Quijada a media mañana, el arriba del matalón tuerto con el que se ayudaba Verinormes para arar su huerto y yo de un burro montaraz.

Avanzaba con prudencia el narigón, espoleando de repente a su caballo, tirando de una rienda, obligándolo a cerrar el ojo anubarrado para que no extraviara el rumbo y yo detrás, desconfiado aún del cuadrúpedo, porque en México jamás había montado en ninguno.

La campiña que rodeaba a la venta era apacible, extendida, con uno que otro boscaje para que pudieran embarrarse las perdices. Ni ogros ni gigantes ni engendros de ninguna especie, sólo una naturaleza sosegada y cosechable, que se adivinaba seca en el verano y lluviosa en el invierno. El período y las gestas de los caballeros se había extinguido junto con los dragones terrestres. No cabía, en consecuencia, sino que aguardar el heroísmo en el puente de las carracas portuguesas ^{o esperarlas} y tener la suerte de poder desafiar y entrar en combate con monstruos marinos. O cocinarse en

el empeño.

Pero claro, Quijada no tenía idea del cambio de los tiempos ni que los aires de conquista tenían el olor de la sal y de los sargazos.

A través de la rejilla del almete le busqué los ojos al hidalgo y comprobé que el hongo empezaba a manifestar su poder. Pero del horizonte cristalino poco se podía esperar, quizás un espejismo, o la sombra amenazante de un azor.

Seguimos a campo traviesa, maltratando a veces los campos de cultivo. Por ello, pensé, recogeríamos un disgusto, aunque de clase diferente al que buscaba el narigón. El tipo, sin embargo, era respetuoso de lo ajeno y por eso pensé, de repente, que me había exedido con la dosis. Pero Quijada no dormía. Con las riendas firmes en la mano izquierda y sus ojos afiebrados, miraba el horizonte convencido que pisaba ^{la} tierra de gigantes.

Un par de horas vagamos por el campo sin encontrar en nuestro camino más que media docena de conejos y un campesino cansado.

A mediodía le sugerí al caballero hacer un alto, pero no aceptó. El peyotl le había espantado el hambre, pero nada aún iluminaba su imaginación.

El canto de las chicharras me llevaba amodorrado y aunque a mí tampoco me mordía el alucinógeno, ya me embriagaba una considerable sensación de bienestar.

Quijada vadeaba los arroyos para eludir posibles emboscados detrás del pretil o sobre el arco de los puentes, pero no evitaba meterse en el hierbajo ni en el madroñal.

En un momento, subiendo una loma de pendiente suave, Quijada

se detuvo y se apeó del caballo. Se arrodilló en el suelo y pegó una oreja en la huella.

-Ya los escucho -me dijo.

Decidido a no desengañarlo imité el procedimiento. La tierra aquella estaba muda, o sordo mi oído derecho tanto como mi izquierdo.

Como no me gusta mentir, no hice ningún comentario, pero cuando me incorporé miré como amusgaba las orejas el burro. Estaba asustado el bicho y pronto supe por qué. Preparaba el estribo para montarlo cuando escuché, también, aquel rumor. Quijada, atento, ya había subido a su caballo y revisaba la armadura y el filo de su artesana.

Sonaba como el viento cuando sopla en torno a los templos cilíndricos de Ehécatl, en el país de los huastecas. No era estridente como uno espera que sea el paso de un gigante, pero vibraba con maligna recurrencia.

En los jardines de un exclusivo calmecac había reunido Huipozix a sus tres discípulos ese día. Delante de las efigies de Quetzalcóatl y de Xolotl, el dios con cabeza de perro, le gustaba dictar sus lecciones al maestro.

-Por qué a veces es Ehécatl, a veces Quetzalcóatl? -interrogó Lal.

-Ehécatl es el Señor del viento y por ello su máscara tiene dos tubos por donde lo sopla; Quetzalcóatl es la serpiente emplumada,

el Dios que, en una balsa tejida también con serpientes, se embarcó hacia donde el sol nace, él es el que regresará..., es el Dios que pide pájaros o mariposas en el altar de los sacrificios...

-Sólo los dioses menores rechazan la sangre de los enemigos...- dijo Gothehuc.

-¡Calla..., que no hablas sabiamente -lo reprendió Huipozix con firmeza, dibujando un paralelepípedo en la arena -y dime ¿a que cuerpo sólido corresponde esta figura geométrica...?

Coronamos con prudencia la colina aquella y vimos que inmediatamente detrás se elevaba otra, más alta y no más empinada. Pero allí, en ese valle minúsculo, el sonoro trepidar se hizo patente. Yo alisté mi lanza de punta arrojadiza, comprobé la firmeza de la cincha y la ubicación, en mi espalda, del morral. Entonces Quijada, que me precedía, se dio vuelta. Al verme equipado para la guerra negó con su cabeza.

-Lo siento escudero -me dijo -pero aquí el único con permiso otorgado para altercar en justas con gigantes es quien ha sido armado caballero y que yo sepa...

Quijada dejó la frase inconclusa y yo desarmé y guardé mi arma. El burro rebuznó ^{aliviado} preocupado, pero las palabras del hidalgo no dejaban ningún hueco a la discusión. X

De este modo, el caballero con su lanza en ristre y su cabalgadura con la cabeza ladeada y yo, inerme escudero, iniciamos el ascenso de la última colina. Ya sentíamos el aliento helado de

los gigantes y la corriente giratoria que se formaba en el aire con ^{los} ~~sus~~ golpes de espada ^{de} S.

Los vimos al llegar a la cumbre y ellos a nosotros. Ocho, nueve conté en la distancia, pero atolondrado como estaba no pude comprobar su número. Si aceptaban el duelo ^{individual} individual don Quijada tendría alguna posibilidad. En caso contrario iba a ser una ^{carnicería} ~~masacre~~.

Quise proponerle al caballero que los retara uno a uno, pero me di cuenta que sus propósitos eran otros. Ya espueleaba al extenuado rocín. En todo caso y anticipándose a mi proposición, me dijo:

-No merecen una tregua estos bastardos, ni siquiera una oportunidad.

Y gritando el nombre de Dulcinea, su amada, se precipitó contra aquellos monstruos de coraza blanca que ya estremecían sus membranudos brazos de murciélagos.

Lo que más me llamó la atención en esos engendros fue que esperaban, inmóviles, al hidalgo. Empequeñecida por la distancia a medida que se alejaba, galopando hacia el valle, era una chispa que reverberaba al sol la armadura de don Quijada. Yo miraba desde la cima de la colina y el mundo también se transformaba. Pasaban veloces las nubes por un cielo multicolor y los campos de trigo se movían como las olas sobre las que, por tantos días, navegué en la nave de Lars.

El primer gigante recibió el lanzazo de Quijada en su brazo izquierdo. Crecía el viento, levantaba sus manos clamando en silencio al cielo el malherido, se preparaba el hidalgo a rematarlo

con su espada, cuando en un estertor final bajó el gigante su ^{otro de múltiples} brazo ^X
y golpeó el cuello de la cabalgadura. Se revolvió en su sitio el
rocín y vi como le flaqueaban las patas. Indemne aún el jinete, le
clavó implacable las espuelas. Reaccionó con nobleza la pobre
bestia y retrocedió. Porque Quijada, sin esperar que el monstruo se
derrumbara o pidiera clemencia, ya se preocupaba del que lo
seguía.

Entonces yo subí ^{a mi} en el burro. Ignoraba las obligaciones de un ^{cumplirse} escudero, pero no importa cuáles, ellas no podían ^{que} cumplirse lejos ^X
del amo. Tampoco sé si fue por el peyotl ^{me} imaginé lo que corría ^X
el pollino, pero antes que me diera cuenta eludía los mandobles del ^X
primer gigante, moribundo pero no aniquilado y llegaba a la vera de
mi señor.

-Amo,...Señor -La! estaba disgustado -¿eras acaso un esclavo
en la Tierra Lejana?

-¡No! -y aunque por definición un escudero tampoco lo es, así
te lo hacen sentir...

Gothehuc movió la cabeza.

-Pueblo ~~de~~ mezquino el que esclaviza a sus prisioneros y no ^X
complace con ellos a sus dioses...

-¿No sé cuál...?

-¡Poletl...!

El maestro, conociendo la impulsividad de sus discípulos se
interpuso en el diálogo. Sabía que Gothehuc no medía sus acciones

ni sus palabras, y Poletl tampoco.

-Pardiez, Hugo -me dijo Quijada levantando la viscera mora de su yelmo -que casi desmochan a Platir

Desvié la mirada de la medialuna de su rostro y miré la mole blanca del ogro derrotado. Por un instante las nubes fueron otra vez blancas, el mismo instante durante el cual el gigante dejó de ser gigante.

-¿Qué te pasa, escudero? -el narigón me remeció el asombro que me había paralizado.

Y me sumergí otra vez en el efecto circular de la droga.

-¡A él, don Quijada! -lo alenté comprobando que le habían crecido alas al gigante que se nos venía encima.

Era mas grande que el anterior y entre sus labios, que mantenía entreabiertos, era posible ver a una muchacha.

Lo que hizo ^{que} inútil ^{para mí} mi apremio. Don Quijada, lanza en alto y encolerizado, enfrentaba ^{ya} al segundo enemigo.

Esta vez el engendro no se dejó sorprender y no bien el hidalgo estuvo a su alcance, esquivó la partesana y con un revés de su manopla derecha, lo volteó del caballo. Don Quijada no se amilanó. Se puso de pie sin esfuerzo y con las piernas separadas, al lado de Platir, petrificado de miedo, levantó la lanza cuando el gigante dejaba caer su espada. Mudas debían ser esas criaturas, pues ningún grito de dolor exhaló cuando la lanza de don Quijada, con un restallido de huesos rotos, le atravesó uno de sus remos

alados.

Tal como el hermano vencido, elevó sus brazos al cielo el gigante implorando sin palabras por su agravio, mientras Quijada, en una estrategia insensata, corría hacia sus fauces a rescatar a la niña que aún no devorava.

Yo tuve que restregarme los ojos y obligarme a pestañear varias veces. Porque la joven que descubriéramos en la boca desdentada del gigante gesticulaba y gritaba, disgustada, insultando al caballero desde su comprometida posición. Sin embargo, cuando la desgraciada saltó desde la boca del engendro y con una escoba en la mano empezó a castigar a don Quijada que por tanto afán en el auxilio había caído al suelo, yo resolví intervenir. Bebí entonces unas gotas del fugaz revulsivo que destilamos de la chumbera. Así, libre del universo deshilvanado del peyotl gracias al afecto masivo de esa leche, caí en la realidad. Con la piel aún inflamada pero clara la conciencia y en un dos por tres estuve al lado del hidalgo. Recibí muchos golpes de la molinera, pero al fin pude quitarle de las manos a don Quijada. Como pude lo subí a su caballo tuerto y con Platir y con mi burro de las bridas me retiré a la carrera. Una vez me hizo devolverme el caballero al comprobar que le faltaba un quijote. Pero pronto estuvimos a salvo en un bosquecillo. Una fortuna en maravedíes podría costar la reparación de las astas de esos enormes molinos.

-¿Los he disuadido..., los he ahuyentado de la estela de mi amada? -me preguntó don Quijada, sobándose las magulladuras, con la voz de un moribundo.

Yo me sentía responsable por la locura irreversible de ese

hombre. Parecía que el peyotl se le había alojado en su alma para siempre: una dosis importante de la chumba no había surtido ningún efecto.

Pero sin desconsiderar los sentimientos, evitando de dañar su autoestima, debía decirle la verdad. Un manejo poco adecuado de la circunstancia podría obstaculizar la información requerida.

-Son molinos, señor -le dije -que la niebla y la distancia te los hicieron confundir.

36.- -¿Por qué ahora, Santángel? -lo interrogó Colón, pidiéndole con un gesto que se levantara.

-Qué importancia tiene ese por qué -replicó el tesorero de Fernando -si ella está dispuesta a financiarte.

-¿Cuánto?

-Trescientos mil maravedíes al contado y te traspasa la multa que le debe la alcaldía del puerto de Palos.

-¿Y lo otro?

-¡Todo, Almirante, todo...!

Colón abrió los brazos. Gaonás y laL se acercaron y lo abrazaron.

-Con eso no te alcanza -le sopló Gaonás al oído.

-Todavía estás lejos, Almirante -le dijo laL con un susurro.

-Tu dinero, ahora, mexicano -pidió Colón en voz baja.

-No será una tasa de interés la que te pida.

Pero no en vano Colón había nacido en Génova, entre comerciantes y tenderos.

-Las condiciones las negociaremos después -le dijo -después que me entreviste con la reina.

Los negocios y las guerras tienen buenos resultados si se inician desde buenas trincheras. Allí, en el puente de Pinos, con el valor equívoco de la palabra de Santángel y la mirada suspicaz de los mexicanos era difícil acceder a posiciones ventajosas.

-Y..., ¿qué con Torquemada...?, somos prófugos del Santo Oficio.

Santángel sacó un papel que llevaba en le manga. Colón vio el sello real.

-Ya no más, a partir de ésta orden.

-Anda -apuró Colón -llévasela rápido, que ya ha enviado su

jauría detrás de nosotros.

-Tres mensajeros fueron despachados a su encuentro, esta es una copia del edicto original.

Colón tomó el papel y se lo pasó a laL.

-Esto los protegerá -le dijo y tomándolo por un brazo lo llevó a un costado, lejos de Gaonás y de Santángel, lejos también ^{del} mendigo que abrazado a su lazarillo pedía limosna apoyado en uno de los balaústres del puente. X

Cruzaba el arroyo congelado una numerosa familia de ratones. Grande y gordo el macho, tanteando el hielo la hembra y nueve o diez cachorros, quizás desmurados no hacía mucho de alguna venta vecina.

Gotheluc

-No confío en tu amigo -Colón miraba a las ratas y le hablaba a laL.

Lo largo

-Más cerca, *✓* más a mano.

-No quisiera tenerlo embarcado en mi carabela.

-No lo tendrás, pero no puedo abandonarlo en esta meseta.

Colón se rascó la cara con su zarpa peluda.

De repente se había nublado y empezaba a nevar.

Las canoas iban removiendo el agua estancada de los cauces de Xochimilco y en el surco que dejaban revoloteaba una masa de mosquitos. Poletl sugirió alejarse de los canales y en seguida

Mandó a Témac y a Elalq a comprar algo de fruta.

-Deduzco cuáles son ^{los} ~~sus~~ planes *de GothehuC*

-No los ha querido compartir conmigo -confesó laL.

El ratón macho se detuvo en la mitad del hielo. Relumbraba la luz roja de los ojos de su hembra, también había chillado.

-Tu eres un hombre razonable.

En la maleza del reborde, amarillentos, se develaban los ojos de un depredador. El ratón se volvió y olfateó hacia el lugar de donde venían. Tenía el hocico abierto y con sus colmillos rozaba el hielo. Era un sonido leve pero horripilante.

-La razón de los hombres la juzga la historia.

-Conoces mi opinión, el encuentro de nuestros pueblos será beneficioso para ambos.

-Por eso estoy aquí -laL miraba fascinado el drama del arroyo - para contribuir, en la medida de mis capacidades, para que el resultado sea el que presumes.

-gothehuC busca la guerra.

-Lo mismo que Briones y Torquemada.

-¡Has visto el edicto de Isabel!

-Lo he visto..., lo que no he visto es el alcance de su ley...

-Largo es su brazo...

No le parecía seguro retroceder al ratón, pero su camada, inquieta, se removía sobre la superficie helada. El animal avanzó unas pulgadas y al hierbajo, en la orilla, lo movió una brisa

inexistente.

-Aquí nos separamos -dijo laL -¿hasta cuándo?

-Palos es un puerto misérrimo, así será su deuda con la corona, pero más me interesa la gracia de la reina que sus pocos maravedíes...-Colón trató una sonrisa -para eso tengo un prestamista...

-Insisto -laL desvió la atención del arroyo -que no quiero el oro de vuelta...

El ratón siguió avanzando hacia el margen y la hembra reunió, en torno a sí a sus crías. Porque un hermoso gato aleonado había mostrado su cara y sus colmillos al otro lado del riachuelo. El ratón no se acobardó, pero levantó sus manos. Sus ojos llameaban.

-¡Cuánto será lo que ^{están} ~~tienen!~~ ^{los de Palos?}

-Que no sea el juego del gato con el mísero ratón... -laL mostró con un dedo la superficie del arroyo.

El gato, la corva levantada, ya estaba sobre el hielo. Su greña azafranada aún no se erizaba.

-Así sea, porque allí -Colón apuntó a donde estaba el ratón - el que está atravesando el charco lleva las de perder...

-Yo no me atrevería a apostar.

Entonces el roedor se abalanzó contra el gato y antes que éste reaccionara ya le tenía clavados sus mortíferos incisivos en el pescuezo.

La lucha fue breve y rápida!
Con un estertor mezquino, se le fue la vida al gato. El ratón y su prole ocuparon su cobijo en la orilla, esperando el sol y el deshielo.

Un rato largo se quedaron los dos hombres en silencio,

apoyados en el pretil del puente de tres arcos, silencio que Colón interrumpió.

-La Rábida -dijo -donde de Marchena, una vez que termine con la reina.

-En Palos, no confío en ese cura.

-El siempre estuvo conmigo...

-¿Cuántos franciscanos quieres llevar a bordo?

-¡Yo decidiré a quién embarco y a quién no!

-La reina querrá un dominico, el rey un jesuíta...

-El que suba a bordo sin mi total consentimiento sera un intruso y se lo haré saber, porque a los polizones yo los tiro al mar.

-La Rábida -aceptó laL.

Colón conversó después en voz baja con Gaonás y partió, en compañía de Santángel, de regreso a Granada. Los mexicanos, guiados por Gaonás, por el camino de Sevilla.

Le habían preparado a Colón, un espacioso cuarto en el Alcázar, donde ^{solían dormir también} ~~paraban~~ los reyes. Nada más le había dicho Santángel, excepto que era necesario que considerase, desde ya, la posibilidad que la reina le descontara los sesenta y cinco mil maravedíes que ~~en los últimos años le otorgara como salario y como~~ ^{hacia dos} resguardo. ^{en una audiencia especial}

Colón no hizo ningún comentario, pero durante un par de horas

no pudo conciliar el sueño. Todos los reyes que había conocido en su saga eran unos ignorantes y la ignorancia les hacía caer en la impiedad. De España, de Portugal, de Francia e Inglaterra. ¿O no sabían que los moros, expulsados de España, buscaban nuevas fronteras para invadir y conquistar? Su Empresa de las Indias era, también, una cruzada de evangelización. Y además de ignorantes, caían en la avaricia. No de otro modo podía interpretarse la exigencia de devolución ^{de una garantía} del ~~salario~~ miserable, como ^{la} ~~el~~ de cualquier marino, que había recibido de la corona como prenda soberana sobre las futuras tierras conquistadas o descubiertas por él.

Pero tuvo la sensatez de pasar por alto aquellas realidades y quedarse, por fin, dormido.

Temprano, con la luz del primer día, lo recogió en el espacioso pasillo al que daba su dormitorio el propio Luis de Santángel. El contador del rey lo condujo con premura hasta el salón donde lo recibiría Isabel.

En la antesala Santángel dejó a Colón unos minutos, los suficientes para recomendarle a la reina que no tramitara más a ese hombre. Que el viaje de Colón costaba una bagatela, que la multa por contrabando que debía Palos se estimaba en seiscientos diez mil maravedíes y que lo que no pudiera proveer el tesoro real, él Luis Santángel lo facilitaría como préstamo a un interés conveniente. Que no olvidara los cientos de nobles e hidalgos que habían quedado cesantes al terminar la guerra y cuyo espíritu pendenciero no convenía a la reconciliación de España. Ellos no tenían ocupación y una ruta hacia las Indias podía proporcionárselas. Ya sea abrazando la profesión de comerciante, ya empleándose como hombres

de armas al servicio de los primeros. Y por último, si Colón fracasaba..., ¿qué se perdía... si no un marino un poco chiflado...?

Isabel tenía prisa. No era fácil saber por qué, pero adelantándose al discurso de Colón, aceptó dar auspicio ^{a su} al viaje, nombrarlo Almirante y virrey y gobernador de las tierras a las que arribase. Lo autorizó a separar para sí el diez por ciento del oro, gemas, especias y todo lo que de valor estimase, y el comercio libre de impuestos con los otros territorios de la corona. Aceptó la hereditariadad de las demandas de Colón, extendió un pasaporte en latín para el Gran Khan y otros dos con un espacio en blanco para insertar en él el nombre de cualquier príncipe y le prometió que todo aquello sería firmado en treinta o treinta y cinco días más.

Después se puso de pie y ordenó a Santángel que girara trescientos mil maravedíes para Colón y lo llevara, cuanto antes, al puerto de Palos.

-Un momento, majestad -dijo Colón.

Isabel, que ya había bajado del zócalo donde estaba el trono lo miró sin interés:

-¿Que quieres?

-El derecho a un octavo del espacio de carga de todo barco que vaya o regrese de las tierras de mi virreinato.

Santángel retrocedió un paso.

-Está bien -dijo la reina -y de ese octavo, la mitad será nuestra.

Colón y Santángel quedaron solos.

-¿Cuándo tendré el dinero? -Colón miró los cortinajes de pesado damasco.

-Ahora -Santángel le mostró el dedo donde llevaba el anillo con el sello de Fernando de Aragón.

-Y de ahí a Palos.

Santángel señaló un asiento, en una esquina.

-Yo también quiero ser parte del negocio.

Colón se sentó.

-Al final voy a tener un saldo en contra -se lamentó -el noventa por ciento para sus majestades, menos lo que pedirán los mexicanos, Gaonás no se está moviendo por nada, una prima que le ofrecí a los franciscanos de La Rábida y ahora tú...

Santángel, implacable, no lo dejó seguir.

-Medio millón será nuestro aporte -dijo -no importa cuánto te ofrezcan los extranjeros.

-¿Y...? -

-Punto ocho por ciento..., de todo.

Colón se levantó escupiendo de indignación. Vibró el aire con sus imprecaciones e Isma'il y sus gestas estampadas cobraron vida en la tremolina de los gobelinos moriscos que aún decoraban la sala.

Pero Santángel no se amilanó.

-¡Genovés...!

Colón se había despojado de su abrigo y arrastrándolo caminaba dando círculos por el salón.

-¡Ladrones...!, eso es lo que encuentro a mi paso, ¡ladrones!

-Punto siete -aventuró Santángel.

Colón interrumpió su ronda.

-Punto dos y no hay más -ofreció con voz ronca, recogiendo los bordes sucios de polvo del tabardo.

-Punto ^{tres} ~~dos~~ y la exclusividad para la goma y la pimienta - regateó Santángel.

Mucho más que goma y pimienta pensaba encontrar Colón, pero no obstante aquello y el hecho injusto de cercenarse un beneficio que ya le había concedido la reina, aceptó.

-Con una condición -exigió Colón -que tú negocias con la gente de Palos.

-No tengo inconvenientes -dijo Santángel -pero tu conoces al hombre ideal para convencer a los de Palos que las órdenes reales son para cumplirlas..., Juan Pérez.

-¿Sabes ya que ha colgado la sotana?

-El primer día, no todos los confesores de una reina se atreverían..., además se ha enriquecido.

-Puede ser una buena idea.

-Podrá administrar los fondos de la empresa, estos trescientos mil -Santángel mostró el meñique con el anillo.

Colón calló, sacudió el tabardo y se lo puso sobre los hombros.

-Estoy listo -dijo.

Los dos hombres abandonaron la sala. Santángel conocía bien el camino por donde conducía a Colón. Recorrieron largas galerías y cruzaron amplios patios de naranjas y palmeras...

-¿Palmeras..., en la Tierra Lejana? -Pitzl había aceptado la tajada de sandía que le pasara Elalq y con la cuchara de madera iba separando las pepas.

-Bueno -trató de explicar Poletl -eran palmeras enanas y las naranjas amargas y secas.

Bajaron por escalas de piedra y recorrieron oscuros corredores subterráneos. Ante cada puerta de hierro había un celador armado, que a la vista de Santángel y su anillo, les iban franqueando el paso. La última puerta era de madera. Detrás de ella se entraba a una ^{estancia} con el cielo arqueado y nada pequeña. Dos hombres encanecidos y flacos, con la piel ^{quebradiza} ~~inflamada~~ por la falta de sol, sentados frente a sendos escritorios y usando viejas plumas de buho, sacaban cuentas y hacían inventarios. Mucho trabajo debieron haber tenido, pero después de los gastos que demandó la expulsión de los moros, no más que mantener la memoria en torno a las fechas de vencimientos de deudas y empeños. Porque del tesoro de la reina Isabel casi no quedaba nada. Un baúl cerrado con sus joyas personales, unas buenas alfombras de Qum y en un rincón una vajilla de peltre, incompleta. Y entre los dos auditores un cofrecillo, del

que sacaron los doscientos catorce mil maravedíes que Santángel les requirió para Colón.

-El descuento es mayor que el recaudo recibido *hace dos años* ~~en estos años~~ - verificó Colón, sin ánimo de polemizar.

Santángel le golpeó un hombro, exhortándolo a firmar el recibo que le extendía uno de los contables.

-Con la guerra han subido los intereses, Almirante -le informó.

Colón estampó su firma sobre el papel.

Lo iba a recibir de vuelta el contador, pero se le adelantó Santángel.

-Extraña rúbrica -comentó después de examinarla:

-S-

-S- A -S-

X M Y

Xro FERENS

Colón tomó una de las bolsas llenas con el dinero que había preparado el primer tesorero.

-No sabía que eras del equipo de Torquemada -dijo.

-Era un comentario, no ~~más~~. *una Pedagogía.*

Colón atrapó la segunda bolsa de maravedíes que columpiaba en su mano el otro contable y balanceando ambas en sus manos trató de calcular el valor de su contenido.

-Supongo que tendré que confiar...

-No dudarás de la probidad de los tenedores de la reina.

-La duda me ha mantenido vivo -Colón echó dentro de su saco el dinero y sin despedirse salió de la bóveda.

- ¡Adonde...? ^{3 horas} - preguntó Santángel
- Le melta, o le toca de Pérez - dijo Colón

~~Santángel fue detrás de él.~~

Conocía bien Gaonás el camino ~~de Sevilla~~. E iba confiado en que la ropa facilitada por Pérez, aquél fraile arrepentido amigo de Colón, haría pasar inadvertida la nacionalidad y el origen de los mexicanos. Prefirió, en consecuencia, pasar la segunda noche de ese día en una posada cualquiera.

Torturados por el polvo helado del camino, cozcamaII siempre delante de laL, facilitándole la marcha y aliviándolo del empuje del viento, Gaonás a su lado, con una tea encendida en su mano izquierda y con la derecha en su cabeza, estereotipia con la que cuidaba del postizo que ya no llevaba, ^{iban con el camino a Sevilla} y gothehuC cerrando la pequeña caravana, entregado al arbitrio de un cornudo del que no confiaba, desviado de sus planes por la fuerza de los hechos, insaciada la culpa de no haber podido ofrendar, aún, a Tlaloc el dios favorito de su devoción.

Una o dos horas habían caminado en la oscuridad y el frío. Gaonás, habituado a ese clima infame, mantenía el ritmo de la marcha pero continuamente debía detenerse a esperar a los extranjeros. Le costaba respirar a laL ese aire aguzado que le hería los pulmones; a cozcamaII, enceguecido por el granizo, ^{se} le ^{le} ~~costaba~~ seguir la ruta iluminada por el hachón de Gaonás; gothehuC, tentado de maldecir el día que decidió ^{in detras de} ~~seguir a~~ laL, sufría la compulsión de echarse sobre esa nieve nocturna y dormir por un siglo.

No siempre se alcanza a morir en una noche tan breve, no obstante la crueldad del frío que la acompaña. Pero en una curva del camino, lejano todavía el sol de la primera mañana de ese día, dieron con un parador.

Poco o nada alcanzó Gaonás a advertirles, porque ya corrían hundiéndose en la nieve los tres mexicanos, atraídos por la tibia evidencia de un hogar y quizás de una olla borboteando sobre el fuego.

Gaonás, entre tanto, se daba vuelta los bolsillos. Al querer sacudirse la nieve de la cabeza, recordó la ausencia del peluquín. Lo encontró, finalmente, en el fondo de la entretela del pantalón y revenido como estaba se lo peinó entre sus cuernos. Después se apresuró hasta la venta.

Difícil fue saber si la puerta estaba o no acerrojada porque ella cedió al primer empuje del corpachón de laL. Adentro ebullía una olla. Estaba colgada en un marco de fierro; el rescoldo aún calentaba.

Sólo Gaonás, que se había quedado en el vano, no llenó un cuenco con el guiso que olía a morteruelo.

-Cierra la puerta -le pidió laL y ven a comer algo.

Gaonás pasó el cerrojo, pero no se movió. Sólo un chispazo de recelo sacudió sus ojos.

-Esta era tierra de infieles -dijo.

gothehuC, sentado en el suelo, calentaba una mano en las brasas y con la otra engullía el hígado del cocido, cozcamallaI alerta y sin dejar de mover la cabeza, probaba el guiso antes de que laL lo comiera...

-¿Y qué...? -lal alargó a Gaonás uno de los pocillos que habían sobre una repisa, al lado del caldero.

Gaonás se aventuró un paso dentro de la habitación, su mano en la coronilla, su mirada nerviosa buscando indicios de encantamiento.

-¡Esta puede ser una casa mora! -advirtió cuchicheando.

-Casa mora o española, la que venga -resopló gothehuC con la boca llena.

Pero laL dejó de comer, el miedo de Gaonás era mucho miedo. laL no lo había visto así de atemorizado.

-Explícate -le exigió.

Gaonás se sacó el postizo como quien el sombrero y lo perdió en algún enfaldo de su ancha indumentaria.

"Una casa mora -dijo -es una trampa para cristianos, dejada en su fuga por los ejércitos de Muley Hacén.

Sus luces se encienden cuando cae la segunda noche del día y siempre hay un caldero hirviendo no obstante el carbón del hogar está apagado..."

gothehuC retiró la mano que creía calentar encima de las cenizas.

"...es un refugio que cambia de lugar, pero que aguarda a los caminantes o a los peregrinos donde y cuando les es más urgente. No se sabe si alguien ha podido salir con vida de una casa mora..., aunque hay testigos que han visto entrar a algunos.

Complacida con las víctimas cobradas, la casa mora desaparece del sitio en el cual fugazmente se levantó y nunca más se la vuelve a ver en ese camino o en esa heredad.

Se dice que los guerreros moros se hicieron emparedar entre sus muros y que en virtud de un bebedizo preparado por el mago Ferié y cuando perciben cristianos, se desaletargan, se restablecen sus odios y sus destrezas y los atrapa una furia de matar".

-Yo no soy cristiano -gothehuC mostraba su mano -y este carbón quema...

Gaonás se acercó al brasero.

-Es tu piel congelada, la que te da esa ilusión -se había puesto a temblar la mínima cornamenta de Gaonás -que aquí no hay fuego para calentar ese caldero.

laL escupió una cucharada del morteruelo.

-Esto también está frío, ivámonos de aquí!

cozcamallI le dio una patada a la puerta por la que habían entrado, pero ni siquiera se movió. Entonces laL estiró los brazos y tomando vuelo le dio un fuerte envión. Ni rechinaron sus goznes y en ella rebotó laL para ir a dar, de vuelta, contra Gaonás y contra el caldero que se volcó derramando su contenido pastoso y manido.

-¡Que vengan los moros..! -gothehuC había sacado su cuchillo de metal.

-¡Basta! -se impuso laL -que si esto no es una broma, el único que corre peligro es Gaonás.

-¡Carajo...! -imprecó Gaonás -que sin mí no llegan ni a Sevilla.

-Te protegeremos -laL hizo una seña a cozcamallI -lo cuidarás como si yo fuera, hasta que sepamos cuál bifurcación nos lleva a La Rábida.

Maná

-¡Qué generoso...! y después que me coman los gusanos.

-Tarde o temprano te comerán -laL cruzó el umbral, al fondo de la pieza, buscando otra comunicación con el exterior.

Pero todas las puertas y ventanas estaban selladas y ningún esfuerzo hizo posible que se abrieran. Aquella casa tenía dos cuartos en la planta baja. Uno de ellos, al que habían entrado, hacía las veces de cocina y era el otro una suerte de despensa. Al segundo piso se subía por una escalera estrecha, tiznada por el hollín del hogar cuyo alcabor compartían y su extremo superior se abría a otras tres habitaciones, todas del mismo tamaño. Cada una tenía una claraboya y dos camas con las sábanas deshechas pero limpias.

-Estamos listos -Gaonás agitaba su cabeza de chivito y con el puño golpeaba las paredes -de esta no nos salva nadie...

-¿Qué haces? -preguntó laL.

Gaonás continuó con su golpeteo en las paredes de la despensa.

-Busco las oquedades donde se esconden los cadáveres vivos de los moros..., si no los exorcisamos antes, vendrán a matarnos cuando estemos durmiendo.

-Estás loco, Gaonás, es el hielo el que atranca las salidas.

Gaonás empezó a subir la escalera.

-Hagamos fuego en tonces, quizás así se despejen.

laL revisó las existencias de la bodega. No era mucho lo que quedaba, pero en las repisas vio algunos sacos con judías blancas libres del gorgojo, un poco de azúcar, una caja de madera con lonchas de tasajo y un frasco de porcelana con un perfecto bacalao en su interior.

-Con esto podremos preparar algo -dijo, mostrando sus hallazgos a gothehuC que ya había despanzurrado un par de sillas para iniciar el fuego.

Esa noche comieron en abundancia. Salvo Gaonás que había perdido el apetito al no encontrar a ningún moro empalado, pero que ayudó con cierto entusiasmo a preparar el charquicán

laL repartió las camas y las guardias, empezando por él y terminando con cozcamalla. Gaonás rechazó ambas. La primera por el insomnio que le provocaba aquella casa maldita y fundamentó con franqueza la segunda, al reconocer que cualquier mahometano que se le apareciera lo dejaría mudo de miedo.

Por consenso se descartó la sugerencia de escalar por el caño de la chimenea, su lúmen no daba cabida a laL y el compromiso adquirido era llegar, todos juntos, hasta donde es posible reconocer el camino de La Rábida.

La hora y un poco más que cada uno pudo descansar, bajo la vela ocasional del otro y la permanente que el pánico imponía a Gaonás, los hizo recuperar las energías. Excepto, tal vez, a gothehuC, que tuvo un largo sueño...

37.- No durmieron en cambio Lal y Cozcamalli en la biblioteca de archivos del convento franciscano de Lá Rábida, la primera y única noche en la que de Marchena les permitió sumergirse en ellos y en los códices e incunables que decían relación con el hasta entonces frustrado descubrimiento de la Tierra ^{Mayor (Caliente)} ~~Lejana...~~

Iba pasándole los textos Cozcamalli y Lal los hojeaba buscando, con no poca dificultad, la letra inconfundible de su maestro. Dos o tres veces Sebastián, el profeso, les llevó agua hirviendo y hojas de menta y ya bien avanzada la noche, una jarra con leche, otra con esa infusión que se hacía con ^{un café picado} ~~los granos de un~~ ^{al que usaban en} ~~arbusto etíope~~ y una botella de aguardiente. A esa altura de la indagación Lal ya había reconocido, en la hojas de una gruesa carpeta de papiro, la fina escritura de Hugo-Huipozix. Celebraron, pues, mezclando todos los ingredientes, el descubrimiento.

Poco rato después Lal notó en Cozcamalli una lejanía en su mirada.

-Lo siento -le dijo el fiel soldado -pero creo que nos han envenenado.

Los habían sorprendido y ya ^{así había tiempo en} ~~no~~ ~~cabían~~ ~~Artimañas~~ para ocultar los papeles y mapas que de verdad les ^{de que de Marchena} ~~habían~~ ~~interesado~~ y que, ^{accedo a buscarlo} ~~duda~~ ~~no~~ ~~cabía~~, era ^{lo que de Marchena} ~~lo que de Marchena~~ ~~quería~~ ~~saber~~.

Lal olió el resto del menjunje que quedaba en la jarra.

-Es sólo un somnífero -aseguró.

-Debí haberlo precavido -la culpa de Cozcamalli hacía peligrar

su sobrevivencia.

-Si te castigas por tu negligencia, comprometerás mi seguridad
-lo alentó Lal, inhibiendo sus impulsos suicidas.

-Mi vida, lo sabes, no tiene ningún valor.

-La tendrá si conservas la oportunidad de salvar la mía.

Cozcamalli ahogó un bostezo y se balanceó, ya casi dormido.

-Aún podría... -dijo abriendo el saco, buscando un arma.

Lal lo desautorizó.

Si los nos, han podíamos descubrir ante tanta papel y desorden.
-No han querido matarnos, sólo drogarnos para obtener lo que
~~hemos descubierto...~~ -Lal miró la puerta de la biblioteca -y no se
atreverán a entrar hasta que estemos indefensos...

-Qui...zás... en...tonces... -Cozcamalli se llevó un dedo al
cuello.

-Estos sacerdotes abominan de la sangre, tanto que fingen que
la beben, pero llenan su copa con vino.

Pero Cozcamalli ya no lo escuchaba, porque *dormía* profundamente
~~dormido, se había derrumbado~~ sobre una ruma de documentos, a un
costado de la mesa donde trabajaban.

En Lal, demoraba en hacer efecto. Aunque no estaba seguro,
pensaba que su gran envergadura pudo haberlo salvado en más de una
ocasión de un envenenamiento. La actividad política lo exponía,
también, a ese estilo de atentados. Porque su gordura retardaba la
circulación y la diseminación de cualquier brebaje por su
organismo, atenuando así, también, su virulencia.

No ignoraba que de Marchena, Sebastián y quién sabe cuántos
~~me~~ más estaban detrás de la puerta esperando que él sucumbiera.
Presumía, además, que en los pocos minutos que podía durar el

efecto del bebedizo, retirarían de los archivos los documentos más importantes o valiosos, es decir aquellos por los que ^{el} hubiera demostrado mayor interés en las pocas horas que había estado allí encerrado. ¿Con qué objeto? Lal lo ignoraba, aunque tenía presente la existencia, ya advertida por Huipozix, de los organismos represivos de la iglesia y de la corona.

¿Había cambiado de Marchena desde que Huipozix y Laccalle abandonaran el convento...? Porque del preboste nada le había prevenido su maestro. ¿Era quizás La Rábida el centro del espionaje y de la conjura que giraban en torno al descubrimiento de una nueva ruta hacia las Indias... o de un nuevo continente? ¿Estaba en conocimiento de algunas sociedades u organizaciones respetables o de otras secretas y clandestinas que en la ruta hacia la China existía esa tierra no explorada y pletórica de riquezas inimaginables? ¿Era la confirmación de su existencia lo único que se esperaba para proceder a su conquista masiva? ¿Había una instrucción precisa, emanada de alguna autoridad o conjunto de autoridades conocidas, para llevar adelante esta empresa en conjunto y para desanimar al mismo tiempo a cualquier marino que lo intentara como iniciativa personal? ¿Estaba todo permitido en esta disputa por nuevas rutas o territorios? ¿Podía un rey, un señor o cualquier rico comerciante enviar una expedición sin contar con el aprobación universal o con el beneplácito de la iglesia...? estas preguntas se hacía Lal cuando percibió que la droga que había tragado no tenía la suficiente potencia para dar cuenta de su atención.

En rapidez y de Simula, imitó
Entonces Lal, ~~se dio tiempo para imitar~~ el trazo de la pluma de

la más precisa las

del archivo,

Huípozix en ~~una~~ de ~~sus~~ cartas geográficas, modificando el curso original de los vientos, la dirección de las corrientes marinas y la ubicación de ~~los mantos de sargazos~~ ^{las primeras islas}. Después sopló sobre la tinta fresca y ^{esparció} esparció sobre ella la arena secante. Terminó frotando la superficie del mapa con el borde de cuero de su abrigo y fingió haber sido vencido por el narcótico. Pensó Lal que ante ^{pretendida} ~~simulada~~ indefensión los frailes se sentirían con mayor libertad para actuar, contribuyendo así a despejar, en parte, sus interrogantes. Con un ojo abierto, sin embargo, esperanzado en no tener que enfrentar un intento de degollamiento como había temido Cozcamalli.

De Marchena acompañado de un cura enjuto y de olor rancio no titubeó. Sin remilgos, convencido del poder del calmante que había hecho poner en la leche, levantó por el pelo la pesada cabeza de Lal y señaló a su acompañante el mapa de Hugo-Huípozix. Ahora podía identificarlo. Habiendo estado por décadas al alcance de su mano, en sus archivos, podía estar seguro de que era el que buscaba. Lal, anteriormente, al permitirle dar un vistazo al original y ahora al seleccionarlo para su examen entre todos los demás, inútiles y espúreos y colocados en los archivos por Laccalle o Huípozix para despistar, le había dado la clave. Entonces ordenó al otro franciscano que lo enrollara y lo guardara en un cilindro de cartón.

Luego dieron un vistazo al resto de los papeles y de Marchena, cerciorándose que no quedaba ninguno de interés soltó la cabeza de Lal sobre la tabla de cedro de la mesa.

Lal se incorporó ~~al tiro~~, en cuanto escuchó que se cerraba la

el estado
puerta y verificó la ~~vigilia~~ de Cozcamalli abriéndole uno de sus párpados. Aliviado al comprobar que la insuficiente luz del sótano bastaba para activarle la pupila, se arrimó a unos de los muros ~~que~~ *el* ~~rezumaban humedad~~ y apoyó en ~~ella~~ el chichón que le crecía en la frente. *En presencia de coleccionar el dolor.*

No necesitó revisar los manuscritos que faltaban. Como sospechaba, había desaparecido el mapa de Huipozix, una copia del cual él llevaba en su mochila.

Tomó una gotas de yolatl para mitigar el dolor que le partía la cabeza y siguió descifrando los contenidos de otros protocolos que le parecieron principales.

Más tarde escuchó pasos y el picaporte que se abría. Era de Marchena que entraba. El profeso, con una bandeja entre los brazos, traía un jarro con un líquido humeante y dos tazas. Cozcamalli dormía.

-¿Fue una jornada provechosa? -preguntó de Marchena, *¿cómo si nada*
-Sólo lo que no dormimos de ella. *¿cómo si nada*

El joven *profeso* dejó la bandeja sobre la mesa, apartando mapas y códices y se retiró.

De Marchena miró el empedrado del techo.

-En dos horas más deberé devolver los documentos a su lugar de archivo.

-En dos horas habremos terminado -Lal llenó una de las tazas con el líquido caliente.

De Marchena volvió la cabeza en dirección a Cozcamalli.

-Dormilón el muchacho -dijo y salió cerrando la puerta detrás de él.

Lal olfateó el nuevo brebaje y lo descartó. Esa gente conocía el oficio y era capaz de preparar filtros de variada apariencia y efecto. Con la palma de la mano dio tres cachetadas en el rostro a Cozcamalli quien despertó de inmediato.

-Los remordimientos obstaculizan ^{la} acción ^{pensó} -insistió Lal. ✓

Lo puso al tanto de lo ~~que~~ sucedido y le informó que lo único que era importante averiguar era el auténtico paradero de Gaonás. Que era posible que efectivamente estuviera en la corte de Isabel, pero si aquello no correspondía a la verdad, el tiempo perdido podría hacerles ^{imposible} perder la tarea ^{que se habían propuesto.} ~~propuesta de manera irreversible.~~

Lal sabía que estaba en una carrera contra el tiempo. Que el problema no consistía tanto en quién, Gothehuc o él, encontraba antes al marino que atravesaría primero la mar oceano, sino en que ninguno de los dos lo hiciera oportunamente.

Si algún aventurero de la Tierra Mayor se largaba sin conocimiento efectivo de lo que encontraría en su ruta de las Indias, iba en camino de un pequeño desastre; si lo sabía a medias podía ser peor. Pero si esa empresa, fuera de un hombre o de un reino, estaba basada en informaciones previamente procesadas por la cofradía de Torquemada, entonces había que prepararse para una guerra que iba a durar no menos de cinco siglos.

Acostumbrado a medir el tiempo en las noches de campaña durante las guerras de Tenochtitlán, Cozcamalli avisó a Lal cuando se cumplió el plazo final otorgado por de Marchena. De Marchena no se hizo esperar.

-Te agradecemos la hospitalidad -dijo Lal cuando lo vio regresar, cortando de raíz cualquier posibilidad de diálogo con él.

Pero cuando llegaron al primer subsuelo, cuando ya se dejaba ver la luz del sol, Lal se percató que Cozcamallí había desaparecido.

-Ha de haber olvidado algo -le dijo a de Marchena.

El abad franciscano aceptó la explicación precediendo a Lal en su camino de retorno a la superficie, a través de las galerías interiores del convento.

Y antes de emerger en la clausura, cuando se atenúa la pendiente, y desde una cavidad abierta en la pared, se les unió Cozcamallí.

-Con un margen de error despreciable -le dijo en nahua -lo que ya sabemos acerca del paradero del tal Gaonás es correcto.

De Marchena se detuvo e interrogó a Lal.

-¿Por qué pensaste que podía mentírte?

-¿A qué te refieres?

Lal no se había dejado engañar por el pretendido conocimiento de su lengua por parte del franciscano. Porque podía jurar que Huipozix, ^{jamás} ~~nunca~~, hubiera cometido la imprudencia de enseñarle el X nahuatl a los españoles. Aquello equivalía a regalarle, a un enemigo potencial, los más reservados planes de guerra.

De Marchena no contestó.

Afuera, en el patio, Lal pudo ver a seis o siete frailes que paseaban con el brevario entre las manos.

-¿Cómo lo hiciste le preguntó a Cozcamallí?

-Sebastián es un ~~guerrero~~ ^{cura} blando, con un sacudón me lo dijo todo...

-Confías en su respuesta.

-Confío en mis métodos.

El sendero por el que caminaban, un laberinto con piso de maicillo enmarcado en arbustos de boj de reducida altura, los conducía a una puerta lateral del jardín. La cancela estaba oculta tras una glorieta que impedía la mirada desde el exterior cuando ella se abría. Lal descubrió que cuatro de los curas lectores convergían hacia ella. Cozcamalli también.

Esos hombres tenían las espaldas anchas y un cierto vigor animal en su forma de desplazarse. ~~Lo cual tampoco pasó desapercibido a Lal ni a Cozcamalli.~~

-¿Hay algún problema? -preguntó Lal.

-Ya veremos -dijo *de Marchena.*
al abad

El primero que estuvo junto a ~~él~~ *al abad* tiró su capucha a la espalda y le habló al oído. X

No tenía las facciones suaves de un mendicante, ni su piel estaba ajada como la de un eremita.

-Estos sí son soldados duros -Lal usó esta vez el dialecto de Texcoco.

-Se ha echado de menos a Sebastián -le dijo, *a Lal* severo, de Marchena.

Lal miró de reojo, alarmado a Cozcamalli.

-No te alarmes -Cozcamalli respondió en el mismo dialecto -está vivo por ahí, en un conducto ciego del subterráneo... X

-¿Qué dijo? -inquirió de Marchena.

-Que no lo ha visto -mintió Lal.

Entonces vieron salir corriendo, desde el claustro que recién habían abandonado, a otro de esos frailes corpulentos. Casi se

estrelló en su prisa con de Marchena y también, mirando con inquina a los mexicanos, le entregó su informe en el oído.

De Marchena lo despidió con un movimiento de su dedo anillado.

-Ya lo han encontrado -dijo -enfermo, pero fuera de peligro.

-Quizás le cayó mal la leche -Lal se tocó el estómago.

De Marchena no dijo nada más y ~~se retiró~~ ^{anunció} dejando a Lal y a Cozcamalli ^{hasta} ~~bajo~~ el jazmín del quicial, fuera del convento, ^{Donde pasó} ~~pasando~~ el candado a la reja que cerró tras de sí.

-¡Uf...! -resopló Lal.

El río Tinto corría apacible hacia el Atlántico y una tarde tibia, ruidosa como las de la Alcarria los acompañó todavía un trecho. Antes que oscureciera se cruzaron con un labriego que cargaba una gavilla de paja y con un jinete en un gallardo caballo alazán.

Aunque ya informado por Lal de lo inofensivo de esos animales, Cozcamalli le dio la espalda.

-Mañana montaremos -anunció Lal -así apuraremos el encuentro con Gaonás.

-Cabalgarás tú, señor -dijo Lal con una convicción fuera de toda duda -yo iré a tu lado.

Era de noche cuando entraron a La Rábida, Lal con su abrigo de piel de ocelote, Cozcamalli con ^{una manta} ~~sus vestiduras~~ vikingas, hambrientos, soñolientos aún por el prolongado efecto de la adormidera. ✓

siguió
Gothehuc pudo seguir el trote del caballo ~~una distancia que~~
de Alpujarras durante
~~Alpujarras no conocía. Tampoco conocía el entrenamiento del~~
su
~~guerrero que, si el Cihuacóhuatl lo ordenaba, podía correr junto a~~
le
~~su ejército jornadas enteras.~~
peruñita en 7 muchos días. Batale que el Cihua lo ordenara
para que corriera con todo su ejército,

Subieron y bajaron por un terreno de lomajes suaves, con manchones boscosos, hasta que Bucéfalo se puso a resoplar una baba espesa y el marqués tuvo que tirar del freno

-¡Extraordinario! -exclamó mirando a Gothehuc que apenas acezaba, acostumbrado al esfuerzo y al aire escaso de la altura.

Descansaron unos minutos y el marqués tomó por las riendas al caballo.

-Dónde te diriges? -le preguntó Gothehuc.

-A mi propiedad, aquí cerca y será un honor darte hospedaje por el tiempo que quieras.

-Busco el camino a la capital de este reino -dijo Gothehuc.

-Que a veces está aquí, a veces allá -dijo, serio el marqués.

-¿Es una ciudad móvil? -se admiró Gothehuc.

-Donde se sientan los reyes se asienta la capital -Alpujarras acarició las crines de Bucéfalo -todavía deben estar en Granada.

Gothehuc tomó a Alpujarras por los brazos.

-¿Puedes conducirme a ese lugar?

-¡Te lo debo! -respondió Alpujarras, levantando un brazo y mostrando, a lo lejos, su castillo.

Era de piedra verde y cuando estuvieron más cerca Gothehuc vio que lo circundaba una excavación profunda, también poblada de algas.

A/ No habían campos cultivados en torno al castillo, ni se veían labriegos ni herramientas de labranza tiradas por el camino. Apenas cantaban los pájaros y en la zarza abundante Gothehuc vio hozar a un jabato. X

-Caza sí tenemos en abundancia -comentó Alpujarras, acortando las bridas del caballo que sujetaba con la mano, asustado el animal con la presencia del cerdo.

La construcción tampoco estaba en buen estado y su decaimiento no databa de mucho tiempo. Las heridas causadas en sus muros por un largo asedio y un evidente asalto estaban frescas y la puerta levadiza, principal defensa del castillo, colgaba desvencijada a medio camino entre el muro y las aguas del foso.

Un grito de Alpujarras bastó para que el puente cayera con estrépito, a pocos pasos de donde se habían detenido. Vigilando la consistencia de las gruesas tablas de cedro perforadas por las balas de mosquete y de cañon, el marqués guió hasta el primer patio a Gothehuc y a su vacilante caballo.

Un criado vestido con armadura, que ^{indicaba} ~~sesgaba~~ su rostro ocultándolo a los ojos de la visita, le recibió el caballo y se alejó con él.

Alpujarras, contento, golpeó sus muslos con sus manos enguantadas.

-¡Al fin en casa...!, y tengo hambre, además.

No obstante el tamaño del castillo, sus torres y sus espacios

interiores, en el trayecto hacia el pabellón central y en lo más recóndido de éste, Gothehuc no creyó haber visto a nadie.

Contribuía a hacer más pesado ese vacío las largas sombras que ya se insinuaban. Y el silencio, que aplastaba como el que precede a una tormenta.

Cubrieron con rapidez la distancia que había entre el pórtico y la escala monumental, al fondo de la primera estancia, Alpujarras apurando al mexicano, obligándolo quizás a no desviar la mirada. Pero no pudo escapar a su atención el desgarró de los gobelinos que pendían del arrocabe o el estallido de los frescos, irreconocibles en los muros.

Peligrosa era de subir esa escala de piedra, alfombrada su alfombra de líquenes, resbalosos como el hielo de la montaña que en la travesía abordan con Herjolfsson.

La atmósfera era distinta en la segunda planta y el residuo de la luz de ese día entraba por grandes ventanales. Era un salón amplio, con el piso de piedra limpio y en uno de cuyos altos muros había una biblioteca.

Sobre una mesa de madera y metal, a un costado, se apreciaban papeles, mapas e instrumentos de medición y escritorio. En otra más pequeña, al fondo, a la luz de un ajimez que sobresalía al espacio exterior, una cantidad modesta de menestras y bebidas.

-¿Y cómo está el comercio de las alfombras? -preguntó Alpujarras haciendo un gesto con la mano, invitando a comer a Gothehuc.

-Regular -Gothehuc se arrimó a la mesa, otra vez desconfiado.

-Dicen que las que se tejen en la región más seca de las montañas de Zagros son las mejores.

-Hummm...

-Porque, ¿no me has dicho que vienes de la Persia?

-¡De la Persia!

Alpujarras no insistió. Sin equivocarse, dedujo que el hambre y la tensión harían que el extranjero sostuviera su leyenda. Después, relajado su huésped por las viandas y el vino, podría averiguar algo más.

Pronto ^{en} ~~en~~ mesa quedaban las migas del pan y los huesos de la gallina y ~~del~~ par de conejos. También habían vaciado las jarras de plata llenas de vino. Nadie vino a reponer los alimentos, pero Alpujarras sacó, desde abajo de la mesa, una botella de cristal con la tapa sellada.

-Esto viene de Jerez y tiene al menos cinco años -prometió.

Alpujarras, siendo un bebedor experimentado no pudo hacerle el peso a un hombre con el hígado de Gothehuc. Y se dio cuenta al mirarse al espejo, al lado de la biblioteca, cuando se puso de pie después de terminar con la botella.

Su marcha indecisa y su mirada boba le hicieron saber que se sumergía en la ebriedad, que el extranjero lo superaba en la capacidad de beber alcohol y que, con seguridad, a cualquier badulaque de Andalucía.

Entonces amparado en el crepúsculo que antecede a la inconsciencia y regresando al sillón donde había estado sentado le dijo a Gothehuc:

-No te creo una sola ni cochina palabra.

Y se quedó profundamente dormido, con sus ojos de moro abiertos, frente a la ventana, fijos en las campos andaluces que estaba a

punto de perder para siempre.

Gothehuc se quedó dormido en la silla del lado. Sin tomar ninguna prevención, convencido que aquél castillo era habitado por fantasmas inofensivos que no se atrevían, siquiera, a mostrar la cara.

Despertaron al unísono empapados por el rocío y comieron lo que una mano nocturna había dispuesto sobre la mesa: pan, una pierna de jamón, manteca blanca y algunos dulces de merengue. Además, pecando de cierta imprudencia, una bandeja con tortas de almorí que ya en España, desde la expulsión de los árabes, se habían dejado de hornear. También un odre con leche de cabra y un jarro con agua fresca.

-Es cierto -reconoció Gothehuc -que no vengo de Persia.

-Te vistes y hueles como un guerrero, no como un viajante.

Gothehuc calló un instante. No era bueno para el diálogo y menos en una lengua que en el pasado aprendiera sólo defectuosamente.

-Condúceme a Granada -insistió.

-Los reyes no conceden audiencias...

Gothehuc se puso de pie y se alejó de la ventana a través de cuyos vitrales rotos entraba el relente.

-No ando detrás de una entrevista.

Alpujarras bebió del gollete del cuero. Le corrió la leche por la chorrera.

-A mi tampoco me gusta Isabel, ha hecho sufrir mucho a mi pueblo...

Gothehuc se volvió como un relámpago. Pero se quedó tieso,

mudo, intuyendo que su actitud lo había delatado.

-¿Cuál es tu pueblo?

-El que fue arrojado de estas tierras por obra de la traición y de la fuerza.

Gothehuc no comprendía.

-¿Y tú, qué haces aquí?

-Mi madre era mora, mi padre andaluz, dueño de esta hacienda, amigo de los Venegas y de Az Zaghall..., ella murió de pena al ver que su tierra era tragada por los cristianos..., y mi padre el mozárabe Alpujarras, se ahorcó en el nogal del jardín, recién hace unos meses.

Y Alpujarras le relató a Gothehuc la historia última de su pueblo en España y las sucesivas caídas de Huéscar, Málaga y Almería y la batalla final, en Granada con el arrinconamiento, el desalojo definitivo y la huída por Gibraltar.

-Soy parte de la resistencia...

-Tenemos un enemigo común.

-Lo supe desde un principio -Alpujarras extendió su brazo fino y con su mano pequeña estrecho la de Gothehuc.

-¿Me dirás ahora cómo llegar a Granada?

El ^{maqués} ~~maqués~~ también se levantó y le dio la espalda al sol que entraba por la ventana. X

-¿Por qué tanto interés y tanta urgencia? -preguntó.

-Ya te lo dije, tenemos un enemigo común; no me interesa tu pueblo ni su suerte ni la tuya, pero no desprecio su ayuda para obtener una victoria común.

-No veo un ejército que te siga -Alpujarras señaló la ventana.

-Estoy solo...

-Y...¿solo piensas derrotar a los ejércitos que vencieron a las legiones de Mahoma?

-Disuadirlos de cruzar el océano, retrasarlos en sus planes de campaña y de invasión...

Alpujarras se sentó y dio un suspiro.

-¡Por el Cristo! -dijo -pero..., ¿de qué me hablas?

Y Gothehuc le contó de donde venía, de los temores del Cihuacóhuatl, de la misión encomendada, de Lal y de Huipozix y de la solución final que había discurrido.

Cuando el mexicano hubo concluído el relato, Alpujarras sacó otra botella de coñac.

-Ahora sí te creo y brindaré por la locura más enorme que jamás haya escuchado y por el coraje de quién pretende llevarla a cabo - dijo, se sirvió y sirvió a Gothehuc una buena porción del licor.

-¿Y...

Alpujarras apuró una copa más.

-Te llevaré a Granada o donde estén los soberanos y te propocionaré los recursos...

-Dinero no necesito -Gothehuc metió la mano en su bolsa y tiró un puñado de plumas doradas encima de la mesa.

-...y las armas necesarias...para matar a Isabel de Castilla...

Y Alpujarras rió con una risa seca, que se transformó en un estertor cuando Gothehuc encendió un tabaco y le echó el humo en la cara.

38.- No demoró mucho rato ni gastó argumentos Colón para convencer a Juan Pérez que lo acompañara al puerto de Palos.

-Ya me estaba aburriendo -dijo ^{Pérez} y pidió la tarde y la noche para dejar en orden la casa y los negocios.

Al día siguiente, montados ^{Pérez y Colón en} en tres caballos alazanes, ^{en un fordillo de Santa Fé} el de Pérez y el de Colón muy ricamente enjabelgados y seguidos por las mulas de tres criados, salieron camino de La Rábida. X

Eligieron el camino de la costa, pasando por Motril, sorteando el campamento de Santa Fé, eludiendo la amenaza ^{inventa} total de Torquemada. Caminaban de noche, sobre el mar helado, evitando los caminos donde ^{podría acechar} acechaba Briones u otro templario. Las acciones prohibidas eran las favoritas de la Inquisición y no las detenían ni las más severas reprimendas de la reina o del obispo de Salamanca.

^{Lejana?} -¿Cómo...? -preguntó Pitzl, el mar se congela en la Tierra Mayor?..

-Por eso anhelan nuestro sol y nuestras playas, por eso aman el oro, reflejo de ese sol, recuerdo de su luz en las tardes frías y nevadas..., por eso la codicia...

-Poletl -insistió la niña no haciendo caso de las muestras de impaciencia de Témac y Elalq -¿por qué ahora *quieren venir hacia nosotros?*

-Quizás pronto lo sabremos...

-Palmeras enanas y olas de hielo, ¡qué lugar! -dijo Elalq.

En dos días llegaron a Málaga y después de una noche de descanso, continuaron el camino.

Santángel, en ^{su} ~~un~~ caballo pardo, con montura simple y estribos de metal, propuso seguir la línea de la costa: Gibraltar, Algeciras, Cádiz y Jerez, pero Pérez fue partidario de acortar por las serranías de Ronda hasta las márgenes del Guadalquivir y desde allí, siguiendo el curso del río, hasta Sanlúcar de Barrameda.

La primera noche, algo extraviados de la ruta sugerida, alcanzaron el pueblo de Olvera, un caserío a la orilla de un riachuelo, afluente del Guadalete. Pidieron hospedaje en una venta concurrida, en el camino de Sevilla. Y por dispendio del amigo de Colón, encargaron una cena y tres habitaciones. Los criados atrás, en la alquería.

Fueron bien servidos por la doña y un par de pinches bien entrenados. Comieron ante el respetuoso silencio primero y la ausencia después de los otros forasteros y alojados. Reconocían la riqueza, temían el poder, se alejaban de la autoridad.

Bebieron con prudencia y después de la hierbas digestivas Colón y Santángel aceptaron encantados un juego de barajas. Pérez las había extendido sobre la mesa y enseñaba el valor de las pintas y

las figuras.

La tormenta se desencadenó cuando Colón jugaba un rey de Bastos. Los tres, sin duda, eran jugadores hábiles y astutos e insensible, pero sostenidamente con cada mano que pasaba se acrecentaban las apuestas. Colón se mantenía con un juego estable y aburrido y recuperaba o abandonaba lo apostado contando en céntimos sus diferenciales. Santángel, con poderosos golpes de suerte descolocaba a sus rivales y Juan Pérez, con una mala fortuna implacable iba dejando un reguero de doblones y cuartillos.

El juego fue empeñándose en favorecer a Santángel y en perjudicar a Pérez, en tanto que a Colón lo trataba con generosa indiferencia. El navegante, en consecuencia, dejó los naipes sobre la mesa y abandonó el juego con el consentimiento de los otros dos.

Bastante dificultades había tenido ya para conseguir esa miseria de maravedíes para caer en deudas que sabía, en tierras nuevas le harían pagar. Porque ni Santángel ni su buen amigo Pérez eran de los que juegan en broma o de los que perdonan deberes de azar.

Se retiró entonces a la habitación que le habían preparado y llevando una silla hasta el borde la cama desplegó sobre las sábanas el mapa que un día obtuvo de Laccalle. Estaba dibujado en el buen papel de los hermanos Callighari de Huelva y sobre los trazos originales de Hugo, el autor, estaban las indicaciones y correcciones del propio Laccalle. Bajo la luz de un candelabro de tres brazos y de la un lamparón de carburo, herencia del genio ~~del~~ moro que había asolado a España, reflexionó sobre las instrucciones que recibió del que habría sido el primero en llegar a las Indias.

hubieran

Si la reina y sus eruditos hubieran sido más honestos en su mirada científica, si la curiosidad y la temperancia hubieran sido sus virtudes y no la cegazón y la soberbia, entonces él les habría dicho la verdad. No les habría mentido acerca de Laccalle e igual como Santángel, que de seguro lo sabía por sus conecciones con De Marchena y la sociedad secreta de la que era miembro, Isabel y todos ellos, desde un principio, habrían sido parte consciente e inteligente de la exploración y de la ~~empresa~~.

Porque Laccalle no había muerto de inmediato en el pañol de La Manola donde lo habían llevado después de rescatarlo. Y así como Colón omitió a Ferreira el capitán el contenido de su conversación que con él había tenido, también le ocultó el mapa que el anciano le entregara.

Porque para marino, Laccalle estaba viejo, pero por rico pudo darse el gusto de embarcarse en la vejez, armar dos naos y endilgarse en busca de ese mundo que un forastero, que había conocido en un convento de La Rábida, lo convenciera que existía.

Recordaba con claridad haberle oído que uno de los errores que asumía como principal el napolitano *que también se le pasó por* y que cien veces se lo reiterara en su breve pero intensa narración había sido zarpar con sólo dos carabelas hacia Las Azores y que una no más le había quedado para enfrentar la mar océano. Aunque por culpa de las circunstancias y no por su intención. Las agotadas maderas de ~~la~~ *Europa* ~~Tierra Mayor~~ no soportan las aguas del vasto océano y se pudren en tan ~~vasto~~ *largo* trayecto.

Con la mirada recorriendo aquél mapa que ya sabía de memoria, Colón casi podía escuchar las palabras de Laccalle.

La partida desde Sanlúcar, con ventiséis hombres en La Pinta y veintinueve en La Señora, las dos carabelas que inscribió en la alcaldía como partiendo hacia el sur, hacia las islas del Cabo Verde.

Pero ya fuera de la vista de la costa española ordenó a sus capitanes variar el rumbo de las naves y poner proa a las islas Azores. Los había convencido que el secreto de su viaje y la falsa declaración de su ruta, se debían a la venta clandestina de esas naves al rey de Escocia, y que si eludían a la flota de guerra portuguesa o a los galeones británicos que a veces se aventuraban por esas aguas, obtendrían un enorme lucro. Diseñaron una ruta bizarra, alejada de la alternativa más disparatada que pudiera escoger cualquier oficial de cubierta, empeñados en alcanzar la Terceira, en alguna parte de cuya costa los esperaban los agentes escoceses.

Escocia requería de esas naves y también de su tripulación, los alentaba Laccalle y quien quisiera seguir a bordo recibiría una travesía mejor que cualquier grumete del mediterráneo. En caso contrario y con su paga completa, el les pagaría el pasaje de regreso en uno de los tantos transportes que desde esa isla retornaban al continente.

De Sanlúcar habían zarpado un tres de Agosto ~~y no en invierno~~ X
~~como había mentido en la corte~~ y los vientos les fueron propicios.

Colón pasaba sus dedos por la ruta de Laccalle.

"Cómo iba a imaginar -le había dicho el napolitano -que frente a la Terceira, ^{de las Azores} ~~al paio~~, estaba el Tormentor, el buque más poderoso de la escuadra inglesa."

Aconchaba

Aconchaba su nave insignia y avistado por lo demás su convoy por los vigías ingleses, era una estupidez tratar de huir. A esa distancia y bien dirigidos, los cañones del Tormentor podrían echar a pique a sus endebles carabelas aún antes de empezar la persecución. Y si ésta se llevaba a cabo, no conocían los capitanes de La Pinta y de La Señora arrecifes cercanos hacia donde atraer el enorme calado del galeón. ✓

La derrota que por figura y tonelaje le estaban infligiendo los ingleses obligó a Laccalle a cambiar la leyenda.

Su intención primitiva era abastecerse en aquellas posesiones portuguesas y utilizando su paciencia y su discurso entusiasmar a sus hombres e inaugurando el mapa de Hugo-Huipozix lanzarse a la conquista de las Indias. No había tiempo para eso.

Rebajando la velocidad al máximo, las dos velas sólo templando el viento, hizo abarloar las dos carabela y con una bocina le habló a sus hombres. Fue una arenga, una amenaza y también un discurso lleno de promesas.

Les dijo que los ingleses humillaban con la sodomía a los marinos capturados y que la corona de España y Portugal, nacionalidad de sus hombres de mar, no se merecía ese ultraje, que los pueblos de la península debían su orgullo al valor de sus hombres y que ese era un momento para probarlo y que las banderas de sus naves no serían arriadas y que él tocaría las arenas del fondo del mar antes de ^{*entregarse*} entregarse; reconoció que les había mentado, aunque Jaime el rey de Escocia había contribuido de alguna manera a financiar el viaje, pero que amotinarse o rendirse equivalía a alta traición la que se castiga, sin clemencia, con la horca;

Caliente

y les garantizó que si tocaban la Tierra ~~Lejana~~ o, si preferían, las preciadas Indias, Catay y la China, volverían cargados de títulos, honores y riquezas, amén del reconocimiento de la corona y las indulgencias plenarias de la Iglesia.

Laccalle esperó que el murmullo provocado por sus palabras se acallara. Esperó todavía que alguno discrepara o se atreviera con un comentario, pero los vio revolverse en la cubierta, intercambiando miradas torvas, arrinconados sus reclamos por la brillante improvisación.

En seguida dio la voz de mando y los dos capitanes, los oficiales y los marinos se apresuraron a separar las dos carabelas, izar la velas y abatir hacia el poniente, huyendo de las Azores y del invencible Tormentor. La Señora, en cuyo puente navegaba el italiano, más ágil que su compañera y agarrochando se anticipó, arrancando antes y tomando la delantera.

Colón escuchaba como, en el comedor, disputaban Santángel y Juan Pérez.

El mapa de Laccalle-Hugo-Huipozix era clarísimo. No sólo señalaba la ruta, sino las fechas en la que los Alisios soplaban en la dirección precisa. Si quería partir ese año, tenía un poco más de tres meses para preparar su expedición.

-Tres meses..., pero ¿cuándo fueron esos tres meses? -preguntó Pitzl.

Afuera la ventisca subía de tono, pero aún más fuerte que ella era la voz de Santángel vanagloriándose por su buena suerte o los gemidos de Pérez que, a esa altura, había ~~despilfarrado~~ quince mil maravedíes.

*dejado sobre la
mesa de fuego*

Tres rutas sugería Laccalle y las tres estaban delineadas sobre la carta de Hugo-Huipozix. Dos de ellas tenían como punto de partida las Azores y una las canarias. En un anexo se describía sucintamente la forma preferible para llegar a ellas desde el continente y en otro, más extenso, las consideraciones de orden climático y estacional que debían tenerse en cuenta para escoger como trampolín el dominio español o el portugués. El levantamiento geográfico de los puntos de referencia del continente, así como la de las islas señaladas correspondía con exactitud a los conocimientos empíricos de Colón, no así sin embargo las frías costas del ártico y las de las Indias por descubrir, que en teoría contorneaban Lal y su maestro y precursor para llegar a España. Estas estaban constituídas por simples líneas que no formaban volumen y que a lo más podían sugerir lo que contenían. Las del norte dibujaban un arrecife continuo, detrás de la cual sólo podían estar los hielos del polo. Las del poniente, quebradas, interponiéndose entre Europa y Africa y las Indias ya conocidas, reproducían un archipiélago que, de haberlo tomado en serio,

hubiera sorprendido a Colón por su exactitud. Pero el Almirante, al principio, mas que atribuirlos a verdaderos accidentes cartográficos creyó que eran anotaciones referenciales de Laccalle y no las consideró como barreras naturales del nuevo continente.

Pero ello fue notorio cinco o seis meses después, a bordo de la Santa María, cuando ^{la llegada al Nuevo Mundo} ~~la colisión entre los dos mundos~~ era inminente y entró a discutir la dirección final con Lal.

De pronto Colón notó que el silencio era total en el interior de la posada. No había cesado el viento, pero sí los refunfuños de Pérez y los alegres juramentos de Santángel.

Creyendo que había ocurrido un crimen o al menos una desgracia bajó apresurado.

Nada había pasado. Un buen jugador es un buen perdedor y es mejor ganador. Exhaustos después del juego, no habían llegado a los dormitorios y roncaban en el comedor. Santángel con la bolsa llena, Pérez con la suya vacía. Perdiendo hace caridad la inconsciencia, solía ^{afirmar} decir.

Volvió Colón al mapa y al relato de Laccalle que quedaba en su memoria.

El Tomentor desplegó sus velas en cuanto advirtió la maniobra de las naos portuguesas. Sospechando un contrabando u otra amenaza, salió en su seguimiento sin ignorar que la luz le alcanzaría para tres horas de caza. Laccalle conocía de antemano la suerte que correrían. La Pinta, más lenta y más pequeña, roncaba detrás de La Señora y el galeón, con su proa de mascarón femenino entraba en su estela con gran velocidad. El primer disparo inglés lo hizo el artillero del cañon de la amurada y dio de lleno en la popa de La

Pinta. Laccalle supo que la perdía.

A la deriva, con el timón destruido y quién sabe con cuántos marineros muertos, al explotar la granada en la chupeta, nada consiguió Rubén Escala, ^{su capitán,} con amorronar la bandera. La Señora no podía devolverse en su auxilio.

La Niña disparando sus culebrinas y los hombres de Escala sus mosquetes, lucharon hasta que el Tormentor estuvo encima y eso lo pudieron ver bien los veintinueve hombres de La Señora y el propio Laccalle. Y en el segundo en que el enorme navío los partía en dos con su espolón de bronce, el capitán hizo explotar la santabárbara.

Persistía en las retinas de Colón la cara del moribundo napolitano, un millonario que a punto estuvo de ser el Descubridor. Quizás no hubiera estado mal, pensaba Colón, que un hombre ajeno a la codicia hubiere accedido primero a las que esas tierras disponían. Esa cara que mostraba un entusiasmo terminal al contar cómo el mar había devorado al Tormentor y a su incalculable tripulación, devolviendo más tarde a la superficie ^{algunas} astillas de cerezo, escasas, pero suficientes para certificar la identidad del naufragio del buque británico.

Durante la mayor parte del resto de la travesía los hombres de La Señora no preguntaron nada. Ocupados en cubierta, en las velas o en los palos, habían decidido dejar al destino la suerte futura. El drama del que habían sido espectadores, la heroica pérdida de sus compañeros de fortuna y la proximidad de la muerte encarnada en el nombre y la envergadura del acorazado inglés, los había despojado de toda iniciativa.

De tal modo que el germen de descontento que inició un grumete

encargado de bombear el agua de la sentina y del que hizo eco un arcabucero aragonés no pasó a mayores. Y no sólo porque Laccalle los hizo colgar de una de las vergas en la madrugada del cuatro de Octubre día de San Francisco de Asís, sino porque además, al mediodía, Gustavo Bartolomé Salvo, subido en la cofia, gritó un tímido, incrédulo pero prolongado "Tieeeeeerrraaaa laaaaa Viiiistaaaaaaaaa..."

Y así, sobrecogidos por el escarmiento causado por la muerte de los dos rebeldes, los marinos de La Señora celebraron con temperancia la llegada al nuevo mundo.

Le palpitaban las pupilas de moribundo a Laccalle cuando contaba el siguiente episodio: su desembarco en tierra extraña, su encuentro con los habitantes de ese lugar y el escándalo que causó *la pretensión de* ~~al pretender enterrar en sus playas a dos forasteros que habían nacido con cola.~~ *los coludos amotados a ellos*

Pero allí se le encalleció el recuerdo a Laccalle y de él y por varias horas Colón sólo pudo conseguir retazos de la continuación de su viaje. Un rompecabezas del que era complicado sacar conclusiones. En su desvarío el napolitano mezclaba lo que había visto y disfrutado con lo imaginado y apetecido, la descripción de animales con las de quimeras, sus sueños con pesadillas.

-¿Tan diferente es México de los países de la Meseta?

-preguntó Témac.

Poletl no contestó por segunda vez consecutiva. Ni esa

pregunta ni la que le había hecho Pitzl podía responderla. Pronto los hechos lo harían por él.

Atardecía sobre los canales de Xochimilco y Poletl no se recriminó por su negligente docencia. En tiempos difíciles un buen maestro debe transformarse en narrador de historias. Porque siempre se aportará más al joven estudiante entreteniéndolo con cuentos que abrumándolo con ecuaciones, así lo afirmaba Huipozix, así lo creía él también.

Entonces, doblando por uno de los cauces cargados de helechos y escoltada por canoas ceremoniales, Poletl vio acercarse la barca negra de Qej, el sacerdote supremo del culto a Huitzilopochtli, *el Guardián de la Pirámide Negra.*

Embaucó Colón a Ferreira, el capitán de La Manola, diciéndole que la fiebre aturdió el raciocinio del náufrago y que poca o ninguna información le había sonsacado. Y sabiendo que al pobre hombre le quedaban algunas horas, lo estimuló con ron y pólvora, brebaje aprendido de unos camelleros macedonios durante su única estadía en Chios.

Tejiendo los residuos de los testimonios que logró de Laccalle en las horas que le restaban de vida, Colón pudo saber que había sido acogido con interés y respeto, que había preguntado por Hugo-Huipozix sin obtener resultados. Y que producto de un reflexivo análisis había tomado la determinación de regresar después de sólo tres días de estar en esas tierras. Quería divulgar la noticia y

preparar una grandiosa expedición. Tenía la certeza que la paternidad de su descubrimiento le sería confirmada y que con apoyo oficial éste sería beneficioso para la humanidad. X

Zarpó ~~puesde~~ vuelta en La Señora el siete de Octubre dejando en tierra a cinco hombres que rehusaron hacer la travesía de vuelta.

Las dificultades comenzaron al quinto o sexto día de navegación, con desenfundados vientos de bolina y marejadas que hacían insuficiente la única bomba a bordo y los muchos cubos con los que se trataba de achicar. Amenazaba ^{r. faru}rajarse la vela mayor, muchos cabos habían saltado ya y la tripulación empezaba a discrepar con el vértigo de su capitán por el regreso y la gloria. Allí, donde recién habían estado, pudieron haber permanecido más tiempo, tiempo para buscar las especies y el oro y volver con la bodega de la carabela llena, para el pago del rey y contentamiento de quienes nunca más quisieran ver la mar océano. X

Al séptimo día, por casualidad un Domingo, un oficial escocés de la dotación de dos que Jaime el rey le había impuesto a Laccalle para patrocinar su viaje, le pidió sin más trámite que diera la vuelta y ^{lugar}emproara ^{al}recién descubierto. X

Esta vez ^{al}Laccalle quiso argumentar. Le invocó su autoridad suprema sobre la cubierta de la carabela y sobre todo lo que flotara en tres millas a la redonda y le concedió autorización para hablar siempre y cuando ello no significara poner en duda su mando.

El escocés aceptó el derecho a réplica, pero no la obediencia debida.

Laccalle se acerca a la inconsciencia y Colón, con la oreja

pegada a sus labios busca las últimas palabras con tenacidad. Averigua que la deteriorada carabela a derivado hacia el norte y que han ^{extraviado su} perdido el camino de vuelta. X

Laccalle no puede sofocar la revuelta a bordo, y aunque se le conserva la vida, el líder escocés lo hace encadenar al único calabozo de La Señora. Quizás un mes después, pero con un daño irreversible por el hambre, la humedad y y la inmovilidad a la que lo han condenado los grillos, es subido al puente donde se le ruega que asuma el mando y recobre el rumbo. De la misma verga donde había hecho ahorcar a los amotinados, ^{es} cuelga ahora el cadáver del escocés, pagando su incapacidad de guiarlos de vuelta al paraíso que apenas habían atisbado. ^{en el aspecto de ida}

Pero en Laccalle prevalece el antojo de venganza propio de los moribundos y se niega a tomar el timón o a rectificar la derrota. Furibundos por su intransigencia, los hombres que han sobrevivido lo amarran a un esquife y lo abandonan en el mar.

Saben que navegan a ninguna parte. Los rodean montañas de hielo flotantes de cuya existencia no tenían noticias, el cielo está gris, no hay día ni noche, ni astros con que utilizar el sextante.

Parece que zozobra el bote de Laccalle al remontar la primera espuma y de ellos, atrapados en las viscosas aguas del ártico, nunca más se sabe nada.

Y así, tal vez allí o a cientos de millas donde aquello sucedió, cuando La Manola ~~dejaba atrás las luces de Brest,~~ el vigía ^{circundaba el cabo de Ushant} avistó al naufrago.

-Haste cargo de él y si obtienes alguna información de interés me la comunicas -le dijo el capitán Ferreira a Colón cuando izaron

el bote de Laccalle a la cubierta de la carabela portuguesa.

Cansado por la vigilia y por el desgaste que le provocaba el recuerdo Laccalle, Colón despertó a Juan Pérez y a Santángel. Prefería dormir sobre la montura del caballo y apurar la llegada a La Rábida, que permanecer en un lugar que había sido de honra para el moro. Porque allí, *mucho años atrás*, en las riberas del Guadalete al decir del poeta Abbas, las tropas del emir Mohamad, como halcones que destrozan una banda de grullas, habían caído sobre los ejércitos cristianos, *retrasando por siglos la victoria de España*

En la segunda tarde de ese día estuvieron en Sanlúcar de Barrameda y poco antes que se oscureciera la primera tarde del día subsiguiente, estaban en Moguer, sobre el río Tinto, en las afueras de La Rábida.

-Por aquí tienen que pasar, aquí los esperaremos -dijo Colón refiriéndose a Gaonás y a los mexicanos.

El sueño de gothehuC

Se abrió la ventana del dormitorio de gothehuC y por ella entró un hombre de piel negra, túnica opaca del color de las dunas de arena de Zacatlán y en la cabeza un voluminoso turbante de apretada cinta amarilla. Una cimitarra dorada al cinto y una lanza de nueve pies y punta de fierro verde.

"Es uno de los negros enmurados", pensó gothehuC sin temor, sabiendo que *no lo veía con sus ojos con un cristiano* ~~a sus ojos era un infiel.~~

El hombre miro a su alrededor y no se preocupó en cerrar la ventana. Era tan alto como gothehuC y su musculatura no pesaba menos que la obesidad de laL. gothehuC lo individualizó de inmediato como uno de los moros recién expulsados de la meseta. Y le sorprendió su labio partido, como el de los puercos y las cicatrices que poblaban su cuerpo monumental.

-Un solo cristiano encontrarás en este lugar y ocurre que lo necesitamos -dijo gothehuC dándole a entender que habría pelea, que por la vida de Gaonás habría pelea.

-Es un cuento el asunto de la casa mora -dijo el recién llegado -pero sirve a los soldados del rey o a los cruzados de Torquemada para cometer las peores tropelías.

-De dónde vienes.

-Casi de tan lejos como tú, pero no he tenido que cruzar el océano..., soy Antara, hijo de Saddad y de la esclava Zabiba -se presentó.

-gothehuC, general de ejército..., hijo de Tumaxctl...y... - había olvidado el nombre del padre que el Estado le asignara.

-Largas historias tengo por estas tierras y aún cabalgo por ellas, como Quijada y tantos otros héroes lo hicieron.

-¿Y ahora?

-Voy al cementerio, como cualquier fantasma derrotado y arrojado de las tierras que vivo recorrió.

-Quizás podamos ayudarnos.

Antara se sentó en una silla.

-En verdad voy de paso, de pueblo en pueblo, de campo en campo, tratando de dar un consejo o una mano a los que tanto han

sufrido, a los que quieren despojar de sus tierras porque tienen sangre mahometana..., así lo hice entonces al defender a mi tribu, por amor a mi amada, la bella y dulce Abla...

Distintos eran estos hombres al entendimiento de gothehuC, motivados a la lucha por una muchedumbre que llamaban pueblo, o por los favores de una mujer. Por la ventana abierta penetraba el olor de la tierra putrefacta. Los calores abominables de los días y los fríos de las noches que con tanta rapidez se sucedían, habían hecho de esos suelos potentes miasmas orgánicos, donde germinaban gusanos y todo tipo de alimañas de vida breve. Los vapores que de allí emanaban evocaban en gothehuC las pirámides de Tenochtitlán y las prolongadas jornadas de sacrificio: al final del día los sacerdotes, empapados de sangre, impregnadas otra vez sus largas cabelleras, solían tener ese mismo olor.

Quizás, se decía, el temor es infundado y los hombres que se cree cruzarán el océano, moros o cristianos, tan preocupados de satisfacer a su amada o de contentar a sus pueblos, como se lo había oído decir a Huipozix, no podrán dar batalla con posibilidades de victoria ante los incompasivos ejércitos mexicanos.

-Es posible que podamos hacer algo juntos -se le ocurrió gothehuC, dispuesto a no ceder en el intento de regicidio al que ~~lo~~ ^{se} ~~había~~ empujado.

Movió entusiasmado las manos el negro y su labio partido ^{de} mostró sus dientes pequeños, afilados con piedra esmeril. X

-¿Irás conmigo, entonces, a las tierras de Kinda, donde el padre de Abla ha prometido su mano a Mishal el hijo del rey a

condición que le lleve y le esponga mi cabeza?

gothehuC examinó al negro con su mirada.

-¿Solos? -preguntó

"Solo cabalgando en un camello ha derrotado Antara a terribles enemigos -recitaba el moro -atravesando con su lanza a guerreros cuya sangre guiaba a los feroces lobos de la noche..., o a matado con su espada a un león de mal encuentro, cortándole la vena que inflama de fuego sus ojos..., porque así conquistará a Abla, que espera sobre blandos cojines..."

-Bueno -gothehuC levantó la voz, deteniendo su discurso -suficiente...

-¿Qué has decidido?

Se le insinuaba en la memoria a gothehuC un antiguo relato de Huipozix, sus aventuras con un loco, larguirucho y narigón, que durante algunos días lo entretuvieron en su viaje a la meseta. Esa tierra perturbaba, desviaba a los hombres de los buenos intereses, de la muerte y de la guerra. Resblandecida estaba la fortaleza de ese negro por la locura del amor. Mal negocio haría yendo con él.

-Lo siento -le dijo indicándole la ventana por la que había entrado.

Saltó el moro hacia afuera y colgándose de la rama gruesa de una higuera cayó sobre la nieve que se iba. Empezaba a amanecer y el sonido del agua de un río, que con el deshielo arranca, despertó también a laL y a cozcamaII

-Es el Geñil -informó Gaonás, apaciguados sus temores nocturnos, limpiando la neblina de los vidrios con la manga de su

chaqueta.

Nada dijo gothehuC sobre el moro que lo había visitado, pero le quedó la ilusión que él no era el único que odiaba a los españoles.

Rapidamente abandonaron la casa, parando bajo un ^{arroyo} arroyo de aguas duras para refrescar la cara y el aliento. Era un día esplendoroso y detrás de una colina, a una legua o tal vez menos, se oía el rumor del Geñil.

El apuro de Gaonás de abandonar esas tierras donde penaban los moros y una pizca de nostalgia que laL no quería reconocer, los hizo acelerar la marcha.

Cruzaron el Guadalquivir por el sur de Sevilla pagando unas monedas a un gentil balsero, durmieron una noche en un pajar en La Palma del Condado y siguiendo la orilla norte del río Tinto se adentraron por los campos que circundan La Rábida. Allí, en una vuelta del camino, en medio de un ^{inútil} ~~superfluo~~ combate con los mosquitos del mediodía, vieron a Colón, a Pérez y a Santángel.

39.- -Calla amigo -respondió don Quijada -que las cosas de la guerra, más que otras, están sujetas a continua mudanza y es posible que aquél sabio Frestón haya vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento.

-¿Me dirás ahora donde te dijeron que más allá del mar océano...?

-Existen ciudades pavimentadas de oro y montes que brillan de plata...

Don Quijada se había sentado en una piedra del camino y se sobaba sus magulladuras. Platir y el burro pastaban por ahí cerca.

-He cumplido con lo mío - *dijo Huipogix*

-Pues no muy lejos de aquí, unos frailes franciscanos, los oí una noche en que me dieron albergue..., quizás ese sitio sea bueno para Dulcinea y para mí...¿tú que crees?

Y don Quijada perdió su mirada en el luminoso horizonte, soñando con llevar a Dulcinea a ese trópico que jamás vería.

-Señalame el camino -pedí, pensando que no sería mal recibido por quienes suponían la existencia de nuestra tierra.

Pero Quijada, de un salto, se ^{había} levantado. Habían asomado por el camino dos frailes de la orden de San Benito. Y detrás de ellos un coche, con tres o cuatro acompañantes de a caballo y dos de a pie.

Yo presentí lo que venía. Poco a nada había añadido el peyotl a la locura del caballero, que ya subía a su rocín, amenazando con atacar a esos magos que llevaban raptada a una hermosa doncella.

-¿Ves como yo a esos brujos montados en grandes dromedarios y a la señora con que se han alzado?

-¿Es uno de los animales fantásticos de la meseta? -preguntó Poletl.

-Es una bestia estrafalaria, con una gran joroba en su lomo, útil para la carga y también para la lucha...

-Como el caballo, del que nos has hablado.

-Sí, Gothehuc, aunque más difícil de alimentar y sus largas y delgadas patas lo hacen operativo en grandes llanuras o desiertos, no siendo recomendable atacar con ellos en terrenos fragmentados o resbaladizos.

Yo no podía seguir llevando a tan alto riesgo los motivos de mi viaje. Así que monté en el mulo y me despedí de Quijada.

-Adiós, señor -le dije.

Pero el insano ya no me escuchaba, lanza en ristre castigó con sus rodajas al pobre Platir, tan hético y atenuado y embistió a los curas y a la caravana.

Por un centenar de varas me abandoné a mi camino. Pero un

simple acto volitivo no infecta de apatía ni los afectos ni las pasiones y pronto volví la cabeza. Para ver como el vizcaíno, que del país vasco venía ^{el} ~~ese~~ ^{de aquella caravana} escudero, le dio a don Quijada una gran cuchillada encima del hombro, ^{en} ~~por encima~~ de la rodela, que de no llevarlo protegido, le abriera por la cintura.

Se guarnecía el adversario de don Quijada con una almohada, lo que le salvó la vida porque el narigón, indemne del cuchillazo y furioso por lo mal que delante de la doncella había quedado arremetió con Platir, del que no había caído, contra el vizcaíno dándole con su espada en el medio de la cabeza. Echose a despedir sangre por la boca y las narices el vizcaíno, lo que aproveché para ^{correr hasta donde don Quijada estaba,} tomar por las riendas a Platir ~~tratando de~~ alejarlo del lugar. Lo que sólo conseguí después que don Quijada aceptó la promesa de la doncella, que había descendido del coche a auxiliar a su escudero, de dirigirse sin demora donde Dulcinea a contarle la sin par hazaña de su amado.

Y eso fue todo. No más aventuras con don Quijada, aunque una ínsula me prometió por mis redaños. Lo dejé desabollando su armadura, junto al burro y a Platir, confiado en que luego encontraría otro escudero, y a doce galeotes para salvar.

Aunque me había adentrado bastante en el reino de Castilla, no tuve dificultad ni demora para regresar al puerto ni tampoco para encontrar el monasterio por el que quizás, en tiempos moros, bautizaron La Rábida.

Me recibió un monje joven quien me comunicó que la gratuidad sólo se practicaba una sola noche por cuanto ese convento pertenecía a una orden de ^{enormes} enomes menesteres. Le dije que no era de

dinero mi problema y que podía pagar, desde el inicio, una cama en una celda y una silla en la mesa del comedor.

De Marchena se llamaba y sin preguntar más me introdujo en el patio de su comunidad. Se penetraba a través de una puerta angosta y una glorieta y en él había plantados cinco naranjos y una magnolia. Los muros de barro, de tres hombres de altura, estaban cubiertos por la mata de un jazmín.

Me hizo subir por escalas de cerámica roja hasta un tercer piso en cuyo corredor las celdas abrían sus ventanas enrejadas al mismo patio por el que habíamos entrado. El perfume del jazmín ^{se} ~~es~~ X esparcía por todas partes y las minúsculas recámaras, excepto una, vecina de donde me instalara de Marchena, estaban desocupadas. Saludé al penitente que me acompañaría, según entonces pensaba, por unos pocos días e introduciéndome en el cuarto saqué de mi bolsa y ordené las pertenencias que me quedaban. Sólo guardé conmigo la talega en la que llevaba el oro.

Bajé a la hora en que me llamó la campana para comer, como me habían advertido y noté que el convento estaba falto de huéspedes. Porque a no ser por mi vecino y por mí, sopeaban la insuficiente comida una media docena de monjes. El prior, en el extremo de una mesa sin más comensales que él mismo, cabeceaba sobre su plato de gazpacho. Un novicio leía desde un libro descomunal, sostenido en un atril de bronce:

"Por cuanto tu has expoliado a muchas naciones,
todo el resto de los pueblos te expoliarán,
por la sangre humana -vertida- y la violencia hecha al

país,
a la ciudad y a cuantos en ella moran.
¡Ay de quienes adquieren ilícita ganancia para su
casa,
poniendo en alto su nido
para librarse de la garra del mal!
Has tramado la ignominia para tu casa,
has aniquilado muchos pueblos
y has pecado contra ti mismo;
pues la piedra gritará desde el muro
y la viga desde el maderamen le responderá.
¡Ay de quien edifica una villa en sangre
y funda una ciudad en injusticia..."

-Interesante -le comenté al hombre que estaba a mi lado.

Levantó el tipo la cabeza del plato y fijó en mí sus ojos inteligentes. Una lágrima de cansancio había en el fondo de ellos, y su respuesta me sonó a pura cortesía.

-Palabra de Dios.

-Ese Dios ^{no parece} ~~es~~ más interesante -dijo Gothehuc.

-Es el único al que adoran -Huipozix señaló con un palo la imagen de Quetzalcóatl y a Xolotl, el dios con cabeza de perro - pero puede ser tan temible como el conjunto de nuestros dioses.

-¿Tan insaciable como Huitzilopochtli?

-Su religión, como la nuestra, es susceptible de

interpretaciones y según éstas, varían los cultos y sus inflexiones. Hay más que matices de diferencias entre la forma en la que uno de sus sacerdotes u organizaciones procede con los ritos en relación a otras. Así como es diferente la manera en la que ofrenda Kaloc y su discípulo Qej en la Pirámide Negra a como lo hace Mitzobeletl o Ancopizalco en Teotihuacán.

-Prefiero a Kaloc -se adelantó Gothehuc.

-De distinta manera satisfacen a los mismos dioses..., cuyos favores no siempre están en proporción directa a la cantidad de sangre ocupada...

-¿No sólo deberemos temer a sus guerreros, entonces? - preguntó Lal.

-A sus guerreros y a su Dios, que en su nombre actúan.

-Como los nuestros - dijo Gothehuc.

Huipozix limpió con la vara los renuevos de jaramago que se metían por el empedrado, levantando los adoquines.

-La maleza corrompe el apoyo de las piedras más firmes -dijo y tiró la broza a un costado, sobre las canaletas que drenan el agua de lluvia del patio del calmecac.

-¿Así lo cree? - *le preguntó.*

El hombre, que había bajado la cabeza, volvió a mirarme.

-Es la Biblia..., ¿no...?

-No lo sé -le contesté con franqueza.

El hombre dejó caer la cuchara sobre el plato. Una multitud

de gotas le manchó la pechera.

-¡Joder..! -exclamó con los labios teñidos por el azul de la sopa -y tú, ¿de dónde vienes?

Pidió que nos calláramos el muchacho que leía, pero yo le hice un gesto a mi compañero. En la noche, después de las horas completas, le diría de dónde.

Cuando retorné a mi celda me encontré con un curioso hombrecillo. De edad incalculable, se movía con agilidad por el interior del habitáculo limpiando, con un paño y un plumero la cama de hierro que colgaba de la pared, los muros de ladrillos y los barrotes. No me llegaba más arriba de los hombros y celaba su calvicie -después supe, una tonsura contumaz, -con un periquillo pegajoso como el dulce de su nombre.

-Gaonas, para servirle -me dijo tocándose la cabeza, temeroso de haber perdido el peluquín.

Resultó Gaonás ser un antiguo novicio que había rechazado las órdenes. Nunca supe si por propia voluntad o por el arbitrio del superior al comprobarse que era un fugitivo que había cruzado los montes Apeninos. Eso nunca me lo dijo. Si, en cambio, me contó su historia, volviéndolo a mi entender, un hombre sabio, capaz de compartir un tesoro con quien sepa, verdaderamente, aprovecharlo. Por lo que pude averiguar durante mi permanencia en ese sitio, Gaonás, en la audiencia de la que salió expurgado, reconoció haber estado al margen de la ley pero no quiso revelar la causa de ello. No importa entonces si renunció a seguir la carrera eclesiástica o si lo obligaron a dejarla.

Breve Historia de Gaonás.

Me contó que había nacido en la cubierta de un lanchón de quilla plana, atracado en una de las orillas del Sena, en el centro de París, la ciudad capital de la Francia.

Que aunque el agua de ese río es dulce como la leche materna, sus aguas suben y bajan según las caras de la luna y a veces, cuando hay viento, se encrespan y se hinchan de espuma. Desde pequeño supo o le dijeron que los ríos contienen apenas una parte de toda el agua del universo y que no les pertenece. Que corre por su lecho como una mujer ajena. Y porque les es ajena tarde o temprano, en algún lugar que no está ni cerca ni lejos, deben devolverla a la mar océano.

Gaonás pues, quería conocer ese lugar vasto, interminable hacia donde siempre han huído las aguas del Sena.

Pero no podía. Desde pequeño, y después que su abuelo que le había enseñado a leer y a escribir, se ahogara en un brazo del río, su padre lo puso a trabajar con las pértigas. Acercando el lanchón a la orilla, sondeando el fondo del río, evitando que encallara, eludiendo otras barcas y también en la noche, haciendo uso de una ilícita habilidad, levantando de otros lanchones dormidos sacos llenos de ajos o de berenjenas, canastos con huevos y cualquier mercadería de valor dejada por descuido sobre sus cubiertas ~~en la~~ *noche.*

Francia no era un país marinerero, como España o Portugal.

-No vendrá de París el Quetzalcóatl..., por lo que cuentas -
dijo Poletl.

-No -afirmó Huipozix -no vendrá de París.

Así que cuando cumplió doce o trece años se largó. Poco veía a su madre, demasiado ocupada en impedir que alguno de sus nueve hermanos menores cayera al agua y ninguna explicación le dio a su padre. La voz del viejo en las mañanas, cuando lo llamaba, había contraído hacía tiempo el tono de la duda o la pregunta.

-¿Honoreeeeé...?

Pero el hijo de Gaonaux el botero no lo volvió a escuchar. Sin equivocarse y con un atado de ropa a la espalda ya iba siguiendo el curso descendente del río.

Al cabo de algunos meses de espera y miseria en Le Havre, Honoré Gaonaux se embarcó en el "Horrible", un buque de guerra que ~~zarpaba a patrullar~~ ^{patullaba} el golfo de Saint-Malo.

Durante la captura de una escampavía británica que por otra ^{veces importante} nave exploraba, Gaonás tuvo su bautizo como marino de guerra. Junto a quince de sus compañeros saltó al abordaje dispuesto con ellos a pasar por el cuchillo a los ingleses. Pero el capitán capturado no ^{por el que se defendían} tuvo inconveniente en dar el nombre del buque ~~que antecedían~~. Era el ^{gran} "Tormentor", que probaba su casco en aguas francesas y contra el cual el ^{Horrible} "Terrible" nada tenía que hacer. Esa confesión le salvó la vida a franceses e ingleses, porque el capitán del "Horrible" ordenó a su hombres regresar al bordo y desatracar de la

escampavía. Cuando las velas amarillas del "Tormentor" aparecieron a la vuelta de un cabo, el buque francés estaba fuera de su alcance.

Unos dos años estuvo al servicio de la marina francesa Gaonás, hasta que se enamoró de la hija del capitán Ferrié. Influenciado sin duda por los libros de piratas, que leía con pasión y que acumulaba con la tenacidad de un obseso, un día la raptó. Pero como no tenía barco propio con que hacerse a la mar con su doncella y como no fue un rapto avenido, sino uno de verdad, no tardaron en encontrarlo.

En las noches silenciosas en que negociábamos información con Laccalle, Gaonás nos entretenía con su propia historia, desprovista eso sí de la emoción que debió contener en su presente. Era un narrador incontenible que nos hacía olvidar, a veces hasta la madrugada, nuestra importante investigación. Porque Laccalle había creído en mi historia y en mi cuna y con sus conocimientos de marino italiano trataba de ubicar en el mapa que íbamos delineando la ubicación exacta de mi tierra, a partir de la ruta ártica por la que ^{yo} había cruzado ese mar infinito.

Alucinado por las correrías de Percy Sherwood, Saintard y Valdivia y convencido ^{Gaonás} él y otros marinos que a la impunidad de que gozaban esos corsarios se accede con facilidad, no hallaban las horas de poner en práctica lo que, según los romances más conocidos, era una práctica habitual en los bucaneros de esa época. La piratería no era cosa nueva en el mundo y desde los fenicios o los griegos era una felonía habitual en el Mediterráneo. Pero con la extensión de los viajes marítimos hacia el sur, por la

costa africana y hacia el oriente, buscando el comercio con las Indias, esa práctica se había extendido en la realidad y también en la fantasía. Los piratas eran cada vez más ricos y más famosos y sus aventuras superaban a las de los anticuados caballeros andantes.

El contraste entre la belleza de la pequeña Ferrié y Gaonás fue un elemento adicional en el rapto. No tanto por la fealdad de Gaonás que ya era bastante aunque, como él mismo lo relata, por esos años todavía le quedaba pelo, sino por la belleza singular de la jovencita. Entonces ya no fue sólo un aprendiz de pirata el ladrón, también un aborto del demonio que no la había secuestrado para amarla, sino para utilizarla en sus liturgias tenebrosas

Y este elemento lo ayudó. No para retenerla, lo que le pareció inconveniente desde que supo que junto ^a los marinos convocados, ~~por~~ Ferrié se hacían ~~acompañar~~ acompañar por sacerdotes y exorcistas, sino para evitar ser capturado ya que ^{lo} convenció que su empresa no tenía destino. *no evidencia*

Y delante de una gruta, en las costas del canal de La Mancha hasta adonde había logrado llegar, dejó ir a la niña no sin antes jurarle amor eterno.

No la vio más, es cierto, pero aseguraba que ella, aunque nunca lo había querido, nunca lo había olvidado. Lo que es probable. Porque es difícil que a la Ferrié se le borrara de la memoria la imagen de ese individuo con unas cuantas hebras de pelo en la cabeza y olor a pescado, que la dejaba en libertad sin hacerle daño e hincado frente a ella le prometía algo que su espanto le impedía entender.

Cumplió su sueño, sin embargo, Gaonás porque en su huída desesperada por los pueblos y villorios de la Bretaña, una noche en una posada de Nantes conoció a Baptiste ^{Cale} Champlain, capitán pirata de poca monta y esquiva tripulación.

^{Cale} Champlain llevaba sobre un zahones de paño una librea de terciopelo verde. Recogía su pelo con un pañuelo, mugriento pero de seda y calaba, además, un sombrero del que colgaba ^{una} gran pluma tornasol. Una pata izquierda de palo y un parche ~~mugriento~~ ^{Sucio} sobre el ojo derecho confirmaban su mala estrella.

Pero Gaonás tenía poco donde escoger y se embarcó con el francés en un carabelón de mala muerte, infectado ~~malamente~~ por la broma, a punto siempre de un naufragio.

^{Cale} No les iba mal en sus correría. A pesar de su aspecto, Champlain no presumía de ser un gran corsario y atacaba caletas indefensas de las que posteriormente escapaba con una magra recompensa o abordaba caleras bilbaínas que sorprendía en alta mar y a las que despojaba de la captura de ese día. Después, disfrazados de buhoneros, reducían el producto de su rapiña en algún fondeadero o en otro pueblo distante.

Fua la forma de vida de Gaonás por una extensión de tiempo que no puede precisar y que concluye un día en que ^{Cale} Champlain, después de una excursión a una estación ballenera, y mientras mide la cantidad del ámbar robado, cae al suelo víctima de un súbito y violento dolor en el vientre. Porque el capitán muere en menos de una hora y la banda, despues de enterrarlo con su atuendo, pero sin su sombrero, se reparten los despojos del botín y se dispersan por el mundo. Nadie, ni Gaonás quiere hacerse cargo del barco que tiene

tan mala bandera y su casco se podrá atracado a un roquerío cerca de Sarzeau, postrero refugio de Champlain ^{Calle} después de atacar esa factoría. X

Entonces Gaonás resuelve enclaustrarse en un monasterio, para así pagar las culpas por las correrías que por despecho emprendiera.

Por esa época había llegado a ser un experto navegante.

Antes de terminar el noviciado, se le comunicó a Gaonás que no podría ser ordenado lo cual fue por él considerado como otra manifestación de los anhelos divinos. Pidió continuar en el cenobio como sirviente, lo que sí fue aceptado.

En esta condición lo conoce Huipozix y Laccalle.

Y para ellos fue de una valiosa ayuda. No sólo los divertía con sus historias; sus conocimientos obtenidos con Champlain ^{Calle}, en especial lo referido al levantamiento geográfico de las costas e islas, les fue casi indispensable. El deterioro del casco del "Halcón Rampante", el barco de Champlain, forzaba al pirata a no tocar con sus tablas ni los más delicados fondos arenosos de las playas de Arcachon donde a veces recalaba en sus fechorías. El trabajo con la sonda y la barquilla tenía que ser, en consecuencia, de la mayor exactitud. ^{que realizaba Gaonás}

Al cabo de cuatro meses, Huipozix y Laccalle tenían ya terminado el borrador del mapa. Hicieron comprar las mejores pinturas y utensilios de dibujo y para aprovechar mejor el tiempo a lo que estaban dedicados y con la autorización del prior, dejaron de asistir a los oficios regulares del convento. Hicieron tres mapas; uno de ellos lo guardó Laccalle, el otro Huipozix y el X

tercero, junto a los borradores y otros papeles inservibles fueron depositados en los archivos de la congregación que para esos efectos abrió de Marchena.

Las informaciones que ^{yo} había adquirido eran suficientes para saber que aún no existían las condiciones para un viaje masivo de españoles, portugueses o italianos hacia México ni tampoco para ~~imponer condiciones a cambio de~~ ^{ponerle un precio a} mis experiencias. Sabía, no obstante, que ese acontecimiento no estaba muy lejos en el tiempo. A nosotros, en cambio, nos iba ser imposible adelantarnos. No teníamos tampoco el interés. Laccalle y Gaonás me parecieron confiables, lo mismo que de Marchena y aunque me pareció improbable que a través de ellos o gracias a nuestro trabajo en conjunto se completaran la información que algún día se iba a requerir para atravesar el océano -soy un convencido de la multifocalidad ^{del} ~~en el~~ avance ^{en el} ~~del~~ saber -me permití dejar en la carta algunos puntos sin resolver y las claves para hacerlo que, creí, podrían mejorar las condiciones del encuentro entre nuestras civilizaciones.

Y entonces decidí partir.

-¿O sea...? -preguntó Lal

-O sea..., ¿no es posible atravesar el acéano antes de solucionar esos enigmas? -subrayó Poletl.

-No -confirmó Huipozix.

-¡Magnífico! -dijo Gothehuc.

-¡Un acertijo...!, no pasarán, no serán capaces de darle

solución -Poletl había empezado a detestar a los españoles.

-Es un grave error valorarlos como tú lo haces Poletl -lo reconvinó Huipozix -de ese modo nunca estaremos preparados. Si no supiéramos que la nube de mariposas que vemos en la distancia, de langostas también puede serlo, no estaríamos prevenidos contra ellas y no protegeríamos nuestros campos ni nuestras cosechas...

-¡Cierto! -Laí y Gothehuc aprobaron al unísono.

para regresar a México.
Tenía dos opciones. Embarcarme desde La Rábida hacia el norte, donde están las aguas frías y navegan los largos y finos drakkars y tener la fortuna de transbordar a uno de ellos o viajar por tierra hasta uno de los lejanos puertos vikingos y, quizás, pagar un viaje de retorno.

Preferí la primera. Aunque me habían dicho que esas carracas que zarpaban para Liverpool u otros destinos de las islas británicas rara vez divisaban esas montañas de hielo que marcan los bordes de las aguas vikingas. Porque con sólo avistar una vela cuadrada en la curva del horizonte, abatían el rumbo los capitanes de la península y empopando sus naves huían despavoridos.

De Marchena y Laccalle no tuvieron inconveniente para señalarme los puertos desde donde es más fácil conseguir pasaje para los fiordos escandinavos, ni para mostrarme en un mapa de Europa las guaridas más conocidas de los piratas del norte: los fiordos de Lim en Dinamarca o los de Stavanger o los de Bergen en la gran península.

Fue un viaje largo, duro e interesante.

*en casa
en el muelle hubo de mosquitos*

un record

40.- Seis de los siete hombres que se encontraron ~~en~~ el camino de acceso a La Rábida tenían un objetivo en común. El séptimo, gothehuC, otro añadido: matar a la reina Isabel o, por lo menos, a Fernando de Aragón y así desalentar a todo expedicionario que tuviera la intención de allegarse a México o a cualquier país vecino.

6

Las opiniones estaban divididas y de repente encontradas.

laL se oponía a recurrir a de Marchena y era partidario de seguir el camino a Palos. Siendo cierto lo que Colón afirmaba, no quedaba mucho tiempo para partir. Si ya inhóspito el océano en primavera y verano, imposible sería zarpar en Otoño o Invierno. Por otra parte las naves debían ser revisadas, reparadas y aprovisionadas durante las estaciones cuando es posible encontrar en los mercados lo necesario. El caruaje, el pan, el vino. X

Colón no entendía las razones de la suspicacia de laL, pero respetó sus aprensiones. Despreciar las desconfianzas de un socio, todo marino lo sabe, puede provocar graves dificultades.

Gaonás se sumó esta vez al grupo de Colón y Santángel al de laL. De este modo y después de caminar juntos un trecho, se separaron frente el sendero que conducía hasta la puerta del jardín del convento franciscano. Era posible reconocer en el aire el aroma de los jazmineros que casi todos ellos había olido antes.

laL, Santángel, cozcamalla y el insastifecho gothehuc siguieron la bifurcación a Palos, los demás a golpear la puerta detrás de la cual se suponía estaba de Marchena.

Polell hizo una pausa ante de Cristóbal.

Desde la margen sur del río Tinto hasta el puerto de Palos, el único camino zigzagea por unos lomajes de baja altura, cubiertos por un malezal verde, atestado de conejos.

Desde el comienzo de la caminata, una hora hasta Palos, les llamó la atención la cantidad de gente que llevaban la dirección

contraria. No solamente desde Palos, también desde La Rábida, buscando la frontera con Portugal. Hombres y mujeres solos, jóvenes y familias enteras con niños de pecho en los brazos caminaban apresurados, alentando las mulas cuando también mudaban sus pertenencias.

Santángel detuvo a un anciano que usaba una larga barba rizada y le preguntó la causa de tal movimiento. Después se unió a los tres mexicanos.

-Son judíos -explicó -expulsados de España...

Palos es un puerto pequeño, pero de gran actividad. Un astillero, comercio de ultramarinos pero por sobre todo contrabando y espionaje para y desde Portugal. No tenía más de mil habitantes, con una población flotante que dependía del arribo de barcos o de las relaciones entre los dos reinos de la península.

Había visitado previamente Palos el tesorero de Fernando y por ello no demoró en encontrar una posada. A continuación y con la venia de laL, envió a cozcamaII a informar a Colón.

No llegó muy lejos cozcamaII. Ya venían Colón, Gaonás y Juan Pérez de vuelta de La Rábida.

Esa noche comieron en un privado del albergue. cozcamaII vigilando afuera y gothehuC, ausente, cuchareando la sopa en un rincón.

-Y el que nos abrió la puerta llevaba el hábito dominico -dijo Colón.

-...y el hábito no hace al monje -completó Gaonás.

laL ^{descubrió} ~~detalló~~ a los frailes que leían el breviario o el salterio en el jardín, cuando abandonaba el convento después del incidente

con la leche contaminada con el narcótico y el novicio Sebastián.

-Debajo de la sotana blanca usaban un lazarán -Colón, sentado en la cabecera se hizo un lado para permitir que el mozo le sirviera el plato -no de otro modo se explica su corpulencia.

-Medía cinco palmos de ancho, un pecho de luchador más que de meditante -completó ~~Santángel~~ la descripción del cura que los había recibido. *Pérez*

-¿Y...? -laL.

-No pudimos cerciorarnos, pero es posible que Torquemada haya hecho ocupar el convento -dijo ~~Juan Pérez~~ *Colón*

-Con los archivos completos *} todos los mapas* -Gaonás examinaba con la punta de un cuchillo el trozo de carne de jabalí que le había tocado - completo con los mapas y las rutas todas...

-No le servirán de mucho -laL olfateó ^{la comida} ~~su presa~~. *-Heipsozix*

Colón, acalorándose se abrió la chaqueta, desabotonó un bolsillo escondido detrás de un dobléz y agitó un mapa, plegado aún, encima de la mesa. *Lacalle le adelantó*

-¡Por la Trinidad! -gritó -entonces éste tampoco sirve.

-Sí -dijo laL llevándose una castaña a la boca ^{se sí, pero} con algunas correcciones.

Colón despejó el extremo de la mesa con el codo, derramando el agua y el vino, extendiendo el mapa que recibiera del moribundo Lacalle.

-¡Comparemos! -exigió.

laL no se inmutó.

-Cuando termine de comer.

Colón pateó el suelo, dio vuelta la silla, recogió el mapa y

salió.

-Eso es chantaje -dijo Santángel.

-Negocios, negocios -laL seguía comiendo.

-Se huele en el aire el dinero -Santángel se apartó de la mesa, dejando correr el vino que había derramado Colón -el dinero de Torquemada.

-Necesitan barcos y capitanes -Gaonás rechazó el guiso de puerco salvaje.

-Aquí, en Palos o en el puerto que sea, de España o Portugal, mil veces más vale una bolsa llena que tres ordenanzas del rey -dijo Juan Pérez, sentado al lado de laL, disfrutando del buen vino de la Frontera.

-Ni con todo el oro de Europa, ni con sus mejores barcos llegaran al otro lado con el concurso de ese mapa.

-Las carabelas negras de Torquemada pueden bloquear la barra del Saltés.

laL se inclinó hacia Juan Pérez.

-Ellos creen que el mapa es verídico -le murmuró al oído - cuando se den cuenta del error nuestras naves ya estarán demasiado lejos, *donde surge en el fondo del mar ...*

-Díselo a Colón.

-Cuando mejore el carácter.

Volvió el almirante, le colgaban sus mejillas de perro, y tenía el pelo blanco desordenado,

-¿Cuales son esas correcciones? -preguntó.

-A bordo, Colón -laL tragó -a bordo las conocerás todas.

Temprano al día siguiente y a través de los oficios del alcalde de Palos, Juan Pérez reunió en la iglesia del puerto a toda su población.

Y terminando el párroco que aprovechó la asistencia de sus fieles para echarles un sermón, Colón, desde el púlpito, les leyó la orden real. La multa por contrabando de la que el pueblo se había hecho deudor, alcanzaba para aparejar dos buenas carabelas. La tercera nao correría por cuenta de la expedición. Todo hombre disponible debía ponerse a disposición de Colón para estos efectos y también para reclutar la mínima tripulación para el viaje.

Por intermedio de Gaonás alquilaron una casa frente al muelle mayor y allí Colón y sus compañeros se instalaron para hacer los preparativos para la travesía.

Durante un mes no pasó nada, *excepto los autitos que los pulis' para el almirante con el viento que le sopla un fabricante de botellas*
La indiferencia era la nota alta en los habitantes de Palos que, aunque respetaban la orden de palacio, no por eso la obedecían.

La barca de Qej disminuyó la velocidad y los remeros alzaron las palas. El sacerdote venía sentado en una silla de paja, teñida de azul, sus ojos oscuros estaban quietos y no se movía la vara ni el abanico que llevaba en sus manos. Un sirviente revolvía un cazo con chocolate que hervía en la punta de la embarcación. Poletl calló y los muchachos se pusieron de pie. Pitzl, con un temblor imperceptible recorriéndole su cuerpo delgado, desnudo a esa hora

de calor, fue a pararse detrás del maestro.

Los rizos desordenados de la cabellera de Qej parecían esculpidos en greda roja. Pero no era en greda, era en sangre.

Los boteros no hicieron otro movimiento y la barca de Qej, ancha, de fondo plano, se detuvo justo frente al lugar donde ellos estaban.

El Sumo Sacerdote se puso de pie, entregó el abanico a un ayudante y desembarcó.

Se oía el respirar húmedo de las ranas y el vuelo afilado de un picaflor en la tarde ardiente de Xochimilco. Pitzl se había vestido con su blusa de algodón.

- Ven acá todos conmigo - dijo señalando la barca y comunicándole a todos a ella.

A principios de Junio, asomado a una de las ventanas del segundo piso de la casa que les servía de vivienda y oficinas, la *arrendada* vio venir una larga columna militar por el camino que llevaba a La Rabida, bordeando el curso del río Tinto. X

Las campanas, los añafiles y tambores se escucharon apenas la vanguardia de la formación había pisado las sombras de las primeras casas de Palos. Detrás de aquellos hombres vestidos con uniformes del color de la tierra, mosquete al hombro y florete al cinto, se podían ver dos grandes carros. Cada uno iba tirado por chafalotes bayos y flanqueados por monjes vestidos de negro, con capuchas puntiagudas que les tapaban el rostro, unos portando candelabros con gruesos cirios encendidos, otros enormes cruces procesionales de plata y de bronce.

El jinete que encabezaba la caravana era inconfundible para laL, para gothehuC y para todos los que habían concurrido a ver llegar la larga fila. Era el mismísimo Briones, la mano derecha de Torquemada.

El dom no se veía, lo que no era imperativo de su ausencia. Podía ser uno de los caballeros que secundaban a Briones, o bien uno de los soldados con la guerrera parda y el gorro de pelo sobre los ojos, también uno de los penitentes de capirote negro. O quizás había llegado días antes y esperaba a sus huestes a la entrada de Palos. Con él no se podía estar seguro.

Briones y un arzobispo que ni Gaonás ni Santángel, ni Juan Pérez ni Colón habían visto antes, encabezaron la marcha hasta la iglesia de San Jorge, en lo alto de la colina que dominaba el río Tinto, allí donde el Almirante había demandado la colaboración de los moradores de Palos.

El cura local había abierto la capilla y los esperaba con sus vestiduras de gala. Se detuvieron las carretas, se desengancharon los caballos de tiro y los alivianaron del correaje. Luego los monjes y los soldados abrieron las puertas traseras de los carros y sacaron lo que traían.

Extendieron sobre el patio empedrado veinte piezas de lienzo negro. De gruesa tela embadurnada con gutapercha, era el velamen para una numerosa flota. Venía la lona ya cortada para aparejar las velas y con todos sus cabos y su cordaje, las más cuadradas, las otras latinas, algunas pequeñas cangrejas, seguro que para tres naos y dos carabelas.

El párroco las bendijo en una corta ceremonia, mientras

crecían los comentarios en torno a esas velas, ^{alguna Silvestre} que eran para el uso de Torquemada y ~~sus~~ motivos, nadie dudaba. La figura de Luis Briones hablaba por ella. Que se preparaba una inédita expedición, que zarparía de Palos, que la reina en persona le desearía fortuna, que la China y que Cipango conocerían la mano del dom...

Dos días más tarde se supo toda la verdad. Por el Saltes, remontando la corriente del Tinto al caer el sol, entraron al puerto las cinco naves con las insignias del Santo Oficio y los pendones de Fernando e Isabel. Con la tripulación, la carga y las provisiones completas y para un periplo prolongado, bastaba ver la línea de flotación, ~~A~~ atracaban en Palos para el cambio de velas y la despedida final. Y eso tomaba unas pocas horas.

Porque las tres carracas, La Divina Concepción, La Natividad y La Asunción y las dos carabelas La Vengadora y La Justicia, aún cuando entraron baqueando a la rada, escondiendo las velas y recién bautizadas, muy particular era su embonado como para engañar a nadie.

-¡Mi gran pecado! -maldijo Santángel -Isabel se volvió loca..

-Nos engañó a todos -dijo Colón.

-Cedió a las presiones de Torquemada -adivinó Gaonás.

-Tiene el mapa, el mapa que consiguió de Marchena.

-¿Entonces...? -Colón miró a laL.

-Ya te lo dije -laL movió su mano, tranquilizándolo -con ese mapa no llegarán..., no llegarán a donde nosotros vamos...

Porque, no obstante las pinceladas de pintura fresca de sus nombres, esos navíos eran los cinco principales que de la flota real habían sido.

Así fue, además, ya que entre los propios marinos y gente del puerto reclutado en nombre de la Santa Inquisición fueron reemplazadas las velas ^{negras por las negras nuevas benditas}, reforzado con galipote los huecos de la tiñuela e incrementado el matalote con los aportes voluntarios de algún almacén. X

Antes que subiera la marea del primer amanecer del otro día, templaron sus ^{negras paños} ~~negras velas~~ las naves de Torquemada. X

gothehuC todavía esperaba. Ni un minuto había dormido, esperanzado en que Isabel, aconsejada por Torquemada, se hiciera presente en la partida.

No vino la reina, pero sí una sobrina lejana, Irene de nombre.

No tenía para Briones la alta jerarquía que hubiera seleccionado para su despedida, ni era para gothehuC la mejor víctima para su objetivo. Pero la dignidad de Isabel se prestaba, tal vez, para despedir a Torquemada, no a uno de sus esbirros. Por muy importante que ese viaje fuera.

En el puente de la Divina Concepción, la capitana, era fácil distinguir a Briones con los prácticos del Odiel, del Tinto y del río Saltés. También pronto se dejó ver de Marchena, rosada su calva contra la cogulla marrón, con su mirada de triunfo buscando en el muelle..., ¿a Colón?, ¿a laL?, ¿a Gaonás?

^{El mar lo hará}
~~Ya a~~ dejar las tripas antes de llegar a la mar -dijo Gaonás. X

-Pasarán la desembocadura, eso sí -aseguró Juan Pérez.

-Me refiero al río, más enferma el mareo de agua dulce que el de alta mar.

Entonces escucharon el balazo, los relinchos, las carreras y el alboroto, que por impotencia había armado Briones sobre el puente

Su carraca ✓

de ~~la capitana~~. A la luz enrarecida de la mañana todos vieron el fogonazo de la espingarda con la que gothehuC disparó contra la comitiva real que bajaba hasta Palos.

La guardia real de Irene localizó el origen del disparo sin dificultad y en el caserío de Palos se desató una revisión, casa por casa, en busca del frustrado magnicida.

A medio camino entre el agua y la serviola ordenó detener el ancla Luis Briones y dejando la escuadra al paio, bajó a tierra en una veloz chalupa. Con dos docenas de sus hombres se unió a la búsqueda de gothehuC.

-No lo encontrarán -apostó laL, acodado todavía a la ventana de la casa que habían alquilado.

41.-

-Si penetran tus tierras, llegarás a odiarlos tanto como los odio yo -dijo Alpujarras.

-Si fracasan contra nosotros, puedes pensar en la venganza y también en la reconquista.

-Un reino sin cabeza, accesible presa.

-¿Como lo harás?

Gothehuc

-La sorpresa..., la sorpresa...-Gothehuc parecía pensativo -
¿cuál es la costumbre en esta meseta?

-¿Costumbre...?

-Que se usa para matar reyes o generales.

Alpujarras tosió, haciéndole el quite al humo del cigarro de su huésped.

-Bueno -pensó un instante -el envenenamiento..., quizás la estrangulación o la cincha floja...

-Perfecto -dijo Gothehuc -en ningún caso pensaba en esos.

-¿Ya tienes una idea?

-¿Cuando partiremos a Granada?

-Llamaré al sastre, *José envía un mensaje a pedir*
→ para d'
~~pediré una consulta a la corte para nosotros dos.~~

-Te acusarán de cómplice.

-Con verla muerta o mal herida me basta.

-No saldremos vivos.

-¡Qué duda cabe!

Alpujarras se acercó al muro y tiró de una cuerda muda.

Al cabo de un rato, por una puerta pequeña al fondo del salón, apareció un camarero.

-Quiero una buena ropa para este hombre.

El camarero asintió y midió con la mirada el porte de Gothehuc.

En media hora el mexicano estaba vestido como un gentilhomme andaluz. No todo le iba a la perfección, Alpujarras era mas bien menudo, pero el sirviente conocía su oficio ya que, añadidos más añadidos menos y dejando de lado la comodidad, se sentía y se veía

como otro paisano más. Un poco bizarro con su camisote, su zaraguellues y sus calzas bermejas, pero no tanto como para escandalizar a la corte.

Al anochecer Alpujarras le reveló el plan diseñado para introducirlo en la corte. Había enviado un mensaje secreto a uno de los bufones, en descrédito en la corte por el rígido ^{resaca} sentido del humor de la reina, pero en funciones todavía, quien le informaría a la vuelta del correo, los programas y los horarios reales.

Y muy temprano, Alpujarras en su potro y Gothehuc en un viejo palafrén, que nada mejor se encontró en las caballerizas del duque, partieron por el camino a Granada. Iban con herraduras livianas para aligerar la marcha y riendas falsas llevaba el freno de Gothehuc. Así, aprendiendo a cabalgar el bisoño forastero, llegaron a Carmona, al norte de Sevilla en cuatro días. Tres jornadas más demoraron a Lucena y al séptimo pernoctaron en Montefrío, a pocas horas del Santa Fé y de Granada.

El correo los encontró allí y en su carta de respuesta a Alpujarras, el bufón los exhortaba a apresurarse. La reina había concedido algunas audiencias antes de marcharse a Madrid, incluida una al loco de Colón, pero serían las últimas en Granada.

-Madrid está muy lejos -advirtió Alpujarras -o lo haces en Granada o se te adelantará Colón.

-¿Colón...?

-¿Quién no lo conoce o no lo ha escuchado...?, su obsesión sobrecoge y si bien en su discurso no reconoce la existencia de tu tierra, ¡qué va!, si zarpa hacia el poniente sin duda la descubrirá.

-¿Tiene protección *ose habe?*

Estaban en un rincón de la venta, en la calle principal de Montefrío, Alpujarras con la misiva del bufón en su mano, Gothehuc sofocado por las ropas encogidas.

-La cabeza, dijiste, la cabeza..., si matas a Colón, cientos vendrán detrás de él a pedir los favores de la reina.

-Ella le otorga audiencias.

-Lo que no supone que le financie el viaje, que es lo que Colón busca.... lo recibe porque para ella y para sus consejeros, atendiendo a un loco, no se atiende a los demás.

Entraron a Granada al día siguiente y en la esquina de una plaza, cerca del palacio de la Alhambra, un enano patuleco y cabezón les hizo una seña. Lo siguieron por un costanilla invadida de gatos y obedeciéndolo se apearon junto a un abrevadero lleno de paja y agua sucia. Alpujarras, con cariño verdadero, abrazó y besó al zambo que le devolvió las muestras de afectos palmoteándole las espaldas con sus brazos entecos.

-Es mi amigo Carlomagno, el gran bardo y bufón de los reyes de Castilla y de León -presentó Alpujarras.

El bufón miró confiado a Gothehuc y tomando por el cabestro el caballo de Alpujarras los condujo a una casa de la vecindad.

Tuvo que doblar el cuello Alpujarras y casi doblarse en dos Gothehuc para entrar a la casa del enano. Adentro el techo daba más altura, pero los muebles y los utensilios estaban hechos a la medida de Carlomagno.

-Pueden sentarse -invitó Carlomagno -las sillas están hechas para seres humanos.

-No tenemos mucho tiempo -le recordó Alpujarras.

Carlomagno se acercó a una ventana, la abrió, espantó a un gato amarillo que del alféizar se había adueñado y miró la luz del cielo que atravesaba el callejón.

-Al menos dos horas antes que empiece mi trabajo.

En dos pocillos les sirvió un menestrón caliente que sacó de una cazuela hundida en el rescoldo del hogar y despojándose del sayo gris que llevaba puesto empezó a vestirse con las ropas de bufón enganchadas en un colgador.

Gothehuc observó sus piernas enclenques, a punto de quebrarse, su pecho hundido y la jiba que le torcía el espinazo y ^{bebía} tomó del pacillo. Ni como payaso habría sobrevivido Carlomagno en Tenochtitlán. X

-¿Confías en él? -Gothehuc terminó la sopa y sacó otro cigarro.

-Absolutamente -Alpujarras, encandilado, miraba la brasa del tabaco recién encendido.

-¿Quieres probar? -ofreció Gothehuc.

Dudó Alpujarras, no así el enano.

-Yo sí -pidió.

Gothehuc sacó otro tabaco, oscuro y grueso como una berenjena y se lo pasó a Carlomagno.

El petiso lo tomó con finura, corrieron sobre él sus dedos como una araña experta, lo sobó con la palma de las manos, lo olió, pasó por su superficie una brasa al rojo vivo, lo encendió y saboreó su humo en la boca, lo arrojó como un experto.

-¡Carajo! -se solazó -ya me había dicho mi abuelo lo bueno que

era fumar.

-¿Tú abuelo? -preguntó Alpujarras.

-El vasco -respondió el enano, mi abuelo el vasco que de alguna parte sacaba estos cigarros y los fumaba de vez en cuando, escondido de mi abuela que se atoraba con el humo...

-Imposible... -dijo Gothehuc.

Carlomagno terminó de vestirse calándose su bonete de bufón, sonoro por las campanitas.

-Imposible..., ¿por qué imposible? -reclamó con su voz de jorobado.

-No crece el tabaco en ^{esta} la península -argumentó convencido el mexicano. X

-Yo no he dicho tal cosa -Sopló el ascua del puro Carlomagno para sacarle mas aroma. X

-Y si no, ¿de dónde? -preguntó incrédulo Gothehuc.

-Mi abuelo fue el último navegante de mi familia, porque después empezamos a nacer con el lomo deshuesado y ni fuerza tuvimos para alzar una vela. El, que fue el padre de mi padre, fue el que hizo el contacto con la corte para que nos emplearan como poetas y cuenteros. Había navegado hasta confines ignorados en su época y en la nuestra, pero siempre al abrigo de la costa..., de allí, de algún lugar del norte debió conseguir el tabaco.

-Imposible -insistió Gothehuc -el tabaco no prende en climas fríos.

-Quién sabe si hacia el norte no hay, también tierras calientes...

-Hacia el norte no hay más que tierra helada -interrumpió

Gothehuc.

Carlomagno aspiró el residuo final de una bocanada de humo.

-Recuerdo que él decía que no era así.

-Nos estamos atrasando -intervino Alpujarras.

- Que había muy lejos de aquí tierra verde y tibia ...
ello' quizás cuando al el tabaco...
~~-Que no eran ni las Indias ni el camino a las Indias, pero que yendo siempre hacia norte, hacia esa tierra helada, se encuentra~~

~~otra, verde, más tibia, donde abunda la pesca y la caza.~~

-Los vascos siempre han sido mentirosos. *-dijo Alpujarras*

X Gothehuc empujó su pocillo al centro de la mesa. X

-Y tu te pones en las manos de un mentiroso. *- le hizo notar*

-Charlatán, quise decir.

El bufón sonrió con su boca arrugada y las campanitas cocidas a su gorro sonaron por primera vez.

-Nunca había contado la historia de mi abuelo, ni la de su escarnio por los hijos y nietos que engendró..., imagínense, un recio marinero y capitán que hace parir a sus mujeres niños que no caminan hasta que tienen seis años...

-Y si no los quieren...¿para...?

-Aquí todos somos hijos de Dios -advirtió Alpujarras.

-Allá también -coincidió Gothehuc -y a ellos se los entregamos.

La ceniza que sacudió Carlomagno cayó al suelo girando, como vuelan los vilanos en primavera.

-¿Sacrificios humanos? -preguntó sin escandalizarse.

-¿Ofrendas, quizás? -trató de suavizar la evidencia Alpujarras.

-Depende -confirmó Gothehuc -a veces les abrimos el pecho

para sacarles el corazón, otras les arrancamos la piel, depende..., depende del momento y de Tlaloc o de Huitzilopochtli, si es un niño, una virgen o un tlacoti...

-¿Por qué? -Alpujarras miró a Carlomagno.
¿Que sabes tú de todo esto?

-Mi abuelo decía que ese era el riesgo, fumar tabaco o morir, que a él le habían contado de esos muertos, arriba de un monumento, con el pecho reventado, vacío como el caparazón de un cangrejo.

Alpujarras se puso de pie y fue hasta la ventana.

-Ahora sí -dijo -perderemos la audiencia con la reina.

-¿Vasco?

Carlomagno exhibió el cigarro.

-¿Tienes más?

-Veinte -dijo Gothehuc, sin meter la mano a la bolsa.

-Mi abuelo era de Algorta, de Arrizarrenza y Carlomagno Arrizarreta se llamaba y en ese caserío, frente al mar, todos sabían como atravesar el golfo de Vizcaya. Pero también, en tiempos de persecución o hambruna, y también cuando la peste negra asoló el valle de Guipúzcoa, a veces por despecho y también por tosudez cruzaban el otro, el inmenso, el que era ocho veces más grande, el que no tenía horizonte..., el que únicamente se pretendía entre Mayo y Noviembre, el golfo al otro lado del cual había una tierra caliente donde crece el tabaco y el mango..., donde los animales, en primavera, extienden los cuernos como abren las alas los aguiluchos, al tiempo que la savia de los árboles se transforma en miel...

Así es

~~-Como en las historias de Huipozix~~ -recordó Gothehuc.

Alpujarras agarró por un brazo al enano.

-Basta -le dijo.

Gothehuc se incorporó pateando el piso donde estaba sentado.

-Déjalo terminar -ordenó.

~~Alpujarras se retiró.~~

-No hay mucho más -Carlomagno parecía sincero -nunca supe lo que era el mango, ni si mi abuelo decía la verdad o si se había chalado y poco importa ahora..., porque los vascos somos malos exploradores y peores conquistadores..., nos derrota la nostalgia que nos hace abandonar ^{algunas} ~~las islas~~ conquistadas para volver a dormir bajo la noche del terruño y poco o nada dejamos detrás.

-¡Vamos, ^{de nuevo} entonces! -se atrevió Alpujarras, ~~devolviéndose.~~

-¿Por qué tu ayuda?, ~~estaba~~ ^{preguntó} Gothehuc

-Porque no hay corazón capaz de contener más odio que el de un farandulero.

Era la hora elegida cuando salieron de la casa del enano.

No había quien no saludara a Carlomagno en el trayecto y el bufón, sin perder jamás su sonrisa, retribuía y recibía algunas monedas que los tenderos le ofrecían.

Tres granaderos escoltaron a Carlomagno, Alpujarras y Gothehuc hasta el primer patio de la Alhambra donde sesionaba la corte.

Subieron por un corredor inclinado hasta las galerías superiores y allí, junto a una puerta de madera labrada, los esperaba un individuo de cara amarga, que se sostenía ahora en un

pie y luego en el otro, en una oscilación perpetua.

-¡Ojo! -susurró Carlomagno -que ese es Sardot.

-¿Y estos? -preguntó Sardot -señalando a sus acompañantes.

-Me ayudan en un nuevo número.

Sardot ^{los} examinó de pies a cabeza, sin interés.

-Pasen -permitió.

La puerta se abría en la antesala del salón del trono, en el segundo piso, casi al frente a la escala principal.

Entonces por ella, subiendo con lentitud, jadeando a causa de su gordura, Gothehuc vio a Lal junto a otros dos desconocidos.

Lal y Cozacamalli salieron de La Rábida antes de que clareara. No querían darle tiempo a la maldad de de Marchena ni a la de los bizarros monjes que lo vigilaban. Ni menos tentarlo con su demora. Tendrían que buscarlos en el camino, donde era más complejo sorprenderlos.

Despejados por un corto pero profundo sueño, compraron dos corceles a un aldeano de Carrete. El hombre conocía el oro y sabía como pesarlo. De refacción les regaló un saco de judías y también de yapa, cómo se alegró Lal, un azumbre de jerez. El resto del cambio en maravedíes blancos.

Se negó a montar, como había notificado Cozacamalli y siguió

el paso de la cabalgadura de su señor con la suya de la brida. No le temía a esos alzados animales comedores de pasto y de flores pero otra cosa era doblarles el lomo.

Poca información habían adquirido los mexicanos para viajar por tierra tan extraña y a media tarde habían abandonado el camino principal. No había un albergue a la vista, se había bebido Lal ya el vino y empezaba a oscurecer.

-Creo que nos perdimos -dijo Lal.

-Mala cosa, señor -comentó Cozcamalli.

-Y en tierra de moros.

-Para nosotros, desde que salimos de Tenochtitlán, todas las tierras y todos los caminos han sido de moros.

-Tienes razón -aceptó Lal.

Una luz se encendió al fondo del camino. La primera, la única después del lucero que centelleaba en el poniente.

-No quisiera dormir a cielo abierto -insinuó Lal.

Coincidió Cozcamalli con aquella evidencia y levantó la barbilla en dirección de la casa iluminada.

-Quizás allí -propuso.

Estaba más lejos la casa de lo que ^{el} ~~la luz del~~ crepúsculo sugería y cuando a ella llegaron, todas sus ventanas estaban encendidas. X

-Es la casa de un vecino -dijo Cozcamalli, titubeando antes de cruzar el portal.

Pero ya la puerta se abría y por ella salía corriendo un muchacho de unos siete u ocho años. El como la mujer que lo perseguía con una sartén en la mano, se detuvieron al ver a los

forasteros.

Inmovilizados por el miedo o la sorpresa observaban a Lal y a Cozcamalli, vistiendo sus pesadas y pasadas pieles de ocelote y a sus inquietas cabalgaduras.

-¿Qué quieren? -preguntó la mujer levantando aun más la sartén.

-Algo de comer y de beber y un lugar para dormir.

El niño, con el descuido, consiguió escabullirse entre los recién llegados.

-No es un hotel al que han llegado, ni una casa de camas.

-Lo sabemos -contestó Lal.

-La hospitalidad tiene su límite -la dueña de casa agarró el marco de la puerta con la intención de cerrarla.

Lal, al llegar, vio la pobreza de ese campo, la falta de una yunta de bueyes para la labranza, o de un hombre que la unciera. El pozo de agua rebalsándose, sin que nadie que la canalizara y la ropa limpia, blanca, tendida a la luz de la luna. Había una mujer para lavarla y un niño para ensuciarla.

Escuchó al pisar la grava del sendero el gruñido de los cerdos hambreados y comprendió, por su balanceo acompasado, la urgencia de la vaca por la ordeña.

-Pagaremos bien la molestia -dijo.

La mujer detuvo el movimiento con el que entornaba la puerta.

-Veinte maravedíes por las alubias, diez por el pienso, cinco por el agua y la noche es gratis en el pajar.

Lal aflojó la cincha y el petral de los caballos, indicó a Cozcamalli un madero donde amarrarlos y entró.

-Lal, comerciante de la Persia -dijo y atisbó, por el rabillo, la mirada curiosa del muchacho en la ventana.

-Viuda de Altamarina y mi sobrino que viene de Medellín, que ya lo vieron -dijo la mujer, dándole la espalda y atizando el fuego en la lumbre de la cocina.

Lal se despojó de su abrigo y lo colgó de un clavo, en la pared.

Se volvió la viuda, imperativa.

-¡Ese animal se queda afuera!

-Está muerto...

-Por eso mismo.

Lal no discutió, llevó al ocelote al patio y lo mismo le pidió a Cozcamalli, que volvía.

-Son delicados de nariz -dijo Cozcamalli, en nahuatl.

Martina, que ese era su nombre de pila se asomó por una ventana.

-Cuélguenlo de una rama -señaló una encina joven, donde empezaba un muro de adobes -a ver si se les va el olor.

Cozcamalli obedeció un gesto de Lal y *salía*.

El muchacho aparecía y desaparecía por detrás de la valla, al lado de una carreta a la que le faltaba una rueda, saltando detrás de un perro rabón, tomando confianza. Al final se acercó a Cozcamalli y con la palma de su mano rozó con respeto la pelambarrera firme de la piel del ocelote.

-¿Que animal es éste? -se atrevió.

-Ocelotl -Cozcamalli tendió la piel en una rama alta, lejos de eventuales depredadores, animales o humanos.

-¿Ocelote?

-Bueno -Cozcamalli cruzó los brazos e inclinó su cabeza -un gato grande, solitario, de selva fresca, lluviosa y con mucha caza.

-¿Peligroso, como un gato montés?

-Supongo, y si tiene hambre...

El muchacho miraba a Cozcamalli con admiración. Su porte, sus brazos membrudos, la piel del tigre cazado, muerto de seguro por su propia mano.

-¿Vienes de Inglaterra?

-De la Persia -respondió Cozcamalli, acostumbrado de escuchar a Lal.

Cuando la cena estuvo lista
-Se sentaron con el niño a la mesa donde ya había puesto la mujer pan en abundancia y un frasco lleno hasta el borde de aceite de oliva.

-¿Hacia donde se dirigen? -les preguntó poniendo delante de ellos un plato con la sopa caliente.

-A Granada...

La viuda se detuvo a medio camino entre la mesa y el hogar.

-Este no es el camino a Granada -dijo.

-No lo supimos hasta que vimos esta casa, lejos del camino real.

-Yo puedo llevarlos -dijo el muchacho.

-Tu madre te mandó para que me ayudaras, no para que ayudaras a extranjeros.

-Podemos pagar, también -ofreció Lal.

Martina llenó de nuevo el plato del niño y de Cozacamalli, que habían terminado y se quedó en silencio.

-Quizás -dijo después de un rato -quizás..., mañana hablaremos.

Quando hubieron terminado el muchacho los guió hasta el granero y ahí, sobre la paja fresca, Lal se quedó dormido. Cozcamalli fumó un tabaco frente a la puerta del depósito, en *su* compañía ~~del niño~~ que fascinado miraba el humo y su incandescencia. X

La viuda estuvo de acuerdo y por doscientos maravedíes que Lal iba contando y apilando sobre la mesa, autorizó a su sobrino a encaminarlos a Granada..

Muchas leguas se habían desviado porque la viuda, al patir, les advirtió que no menos de una jornada demorarían en retomar el verdadero camino. Le advirtió al guía improvisado que no se retrasara a su regreso, que no hablara con desconocidos y que a nadie le informara del pago que por ese servicio ella había recibido.

Cozcamalli había establecido una buena amistad con el muchacho, permitiéndole ir montado en su alazán. Y a mediodía, después de haber avanzado toda la mañana, ya se entendían en una mezcla de nahua y castellano.

Algo, sin embargo, le hablaba a la intuición de Lal. Y estaba vinculado con el muchacho. No era nada actual. No era un aviso de peligro, ni brotaba de su recelo una resistencia instintiva a dejarse conducir por él.

Cozcamalli, por otra parte, parecía haber depositado una gran confianza en el muchacho.

Pero aun así a Lal le surgía una cierta inquietud. Sobre todo cuando le miraba los ojos. Porque a su edad el niño no podía

defenderse de otra mirada y allí era posible descubrir, de inmediato, su creciente desenfado, su hábito corporal, ^Xprovocador, próximo y lejano a la vez, su seguridad, su inteligencia, su capacidad de seducción y de resistencia a ser seducido. Y todo aquello pudo no haberle preocupado, pero había una cosa más, un aura vinculante con él, con Cozcamalli, con su vida, que no le era posible de definir.

Lo que afectaba de rara manera a su caballo, que se retrasaba, perdiendo a veces de vista en un recodo del camino al niño y a Cozcamalli.

Lal, de súbito, tuvo miedo.

Apuró entonces con la espuela al animal, pero a la vista de la pareja no descubrió nada amenazante. Charlaban siguiendo el camino, sin duda el correcto. Lal verificaba algunos de los puntos de referencia mencionados por la viuda y la ténue dirección del sol en el firmamento.

Cuando atardecía y después de haberse detenido para despachar una ligera merienda, llegaron al final del desvío. Desde ese punto casi era imposible extraviar el camino a Sevilla y a Granada.

Lal se despidió con ligereza del muchacho, pero no esperó. A medida que se separaba de su compañía, se le rebajaba el desasosiego. Pero doscientos metros adentro del camino principal se dio vuelta. Cozcamalli, ~~las dos~~ su bolsa y la propia en el hombro, ^Xtrotaba a su encuentro. En la encrucijada el muchacho agitaba, contento, su brazo.

-Le ^{regale un} ~~pague con~~ el caballo -se disculpó Cozcamalli.

-Al menos te habrá dado su nombre.

-Hernán, Hernán Cortéz me dijo que se llamaba.

Arribaron a las puertas de Sevilla y la cruzaron de noche y casi una semana después, inalterable la porfía de Cozcamalli por no montar un bruto, vieron las murallas conquistadas de Granada.

-Y ahora -anunció Lal -ia la caza de Gaonás...!

No pocas señas tenían del frustrado novicio y navegante, en eso de Marchena no había reducido la información, pero si el viejo vivía en la corte, no sería fácil acceder a él.

-Dónde buscarías en Tenoch si quisieras encontrar a un hombre como Gaonás -le preguntó Lal a Cozcamalli.

Cozcamalli se llevó un dedo a la boca.

-En las pulquerías.

-¡Exacto!

Siguiendo un consejo que según Cozcamalli le había dado el niño Cortez, habían enrollado el ocelote en la grupa del caballo. Las camisas de algodón y las sandalias eran menos notorias para la gente de la península.

Un día y una noche, en la cual no durmieron, recorrieron los bares y tabernas de Granada y al caer la segunda, Lal decidió que continuaran la búsqueda por separado.

Hasta que en una calleja lo descubrió. Su silueta, su tamaño y su cojera coincidían con exactitud con la imagen trazada por de Marchena. Lo acompañaba otro hombre, más alto, de melena canosa, de barba ligeramente teñida de rojo, con grandes ojeras que marcaban una nariz voluminosa, de espaldas cargadas. Con él Gaonás entró a una casa.

Lal, otra vez con la piel del ocelote echada a sus espaldas para resguardarse del relente de la tarde, golpeó a su puerta.

-¿No es acaso el viejo Gaonás quien ha entrado a esta casa? - preguntó cuando le abrieron.

Poteh, sin despegar la piel de Ocej, bajó el toldo de la banca, retiró el relato prosiguió en su relato

42.- gothehuC había travesado muchas veces las líneas enemigas y otras tantas se había infiltrado buscando información o el desmembramiento de los ejércitos contrarios. En las extensas planicies mexicanas, entre los matorrales y las piedras y aún siendo general de los ejércitos del Ahuizotl, pedía y aceptaba las misiones que requerían de la habilidad para confundir a la inteligencia de los pueblos adversarios.

En Palos, ocultarse de la guardia de Irene o de Briones y sus monjes marineros era un desafío menor para su oficio.

Pero no era a Isabel a quien había herido, sino a una sobrina cuya muerte no habría provocado una cuestión de Estado.

Por tres días continuó la búsqueda, pero al recuperarse la sobrina, el oficial a cargo de su comitiva resolvió partir de regreso a Madrid.

Briones, por su parte, nervioso por el movimiento de las mareas y el lento pero sostenido trabajo de convencimiento que Colón y Juan Pérez realizaban para que el pueblo de Palos cumpliera su deuda con la soberana, también se decidió levar las anclas.

Y una mañana de sol frío y de un viento que se declaraba desde la gélida meseta, izó las velas negras, los emblemas del Santo Oficio y los estandartes de Castilla y de León. Además, en la punta del palo de mesana de la Divina Concepción, flameaba el pendón del reino de Navarra.

Todo Palos se congregó para verlos partir. Briones, con una armadura dorada en el puente de la primera de las naves y la mano en el pomo de su espada guiaba la flotilla hacia el río Saltés y desde éste, al vasto océano.

Colón, laL y Gaonás observaban la maniobra. Desde el fondeadero donde se abromaba La ^{Niña} ~~Pinta~~, una de las carabelas disputadas en la orden de requisa que portaba Colón, se dominaba toda la bahía.

Como un cuchillo negro que hería el horizonte, iban alineadas las cinco naves que abandonaban el continente. Más allá se separaban, cual mano oscura que se va abriendo. O se alborotaban en el estuario del Saltés, como hormigas moribundas en el agua de un estanque.

-Nunca más se volverán a ver -se equivocó en su vaticinio Colón.

gothehuC reapareció esa misma tarde. Ya se había perdido de vista la flotilla de Briones y la caravana con la princesa herida estaba en Valverde del Camino.

Anticipando una disputa Colón, Pérez y Santángel dejaron solos a los mexicanos. Pensaron que era mejor postergar una aclaración de la bizarra y expuesta conducta de gothehuC. Si es que era posible. Gaonás, entre tanto, visitaba a los vecinos de Palos convenciendo voluntades para el pago de la fianza y cozcamalla, en la puerta de la casa alquilada, fumaba vigilante.

-Si te pillan, te cuelgan o te engrillan hasta que mueras -le dijo, furioso laL.

-Estás guiando al enemigos hasta la puerta de nuestra casa -afirmó gothehuC.

-Lo que no importaría si con ello, además, no pusieras en peligro mi empresa.

-Cuando estén en nuestra tierra conocerán nuestras defensas, la calidad de nuestras armas y el número de nuestros guerreros.

laL se paseaba, indignado, por el cuarto lleno de planos y cartas marinas en las que trabajaba con Colón.

-Eso no está en discusión, pero ahora eres un peligro.

gothehuC abrió los brazos.

-Y..., ¿qué vas a hacer?..., ¿detenerme?, arrojarme en las mazmorras de la alcaldía de Palos -gothehuC se acercó a la puerta,

-Debería. *besquit laL bajó*

besquit ~~laL~~ se asomó a la ventana y autorizó a cozcamalla que lo dejara pasar. *gothehuC* se liberó de la mano del guerrero que lo asía por el hombro deteniéndolo en el umbral y se perdió por el sendero que se encarama por los cerros del puerto. X

-Tiene razón -dijo Elalq.

-¿Quién? -preguntó Pitzl, acurrucada al lado de Poletl, en la proa de la barca en la que Qej los había hecho subir.

-laL -respondió Témac.

-igothehuC!, ^{tiene razón} laL actúa como un traidor. *Sotura en frente Elalq.*

La embarcación surcaba las aguas musgosas de los canales, apartándose de las islas verdes de Xochimilco.

Qej y sus sacerdotes y guardianes, sentados detrás de ellos, no escuchaban. La orden de Mabnolia se había cumplido. Había que separar, pronto, a Témac, el hijo del Cihuacóhuatl de Pitzl, la hija del rebelde Lal y de Elalq, el vástago del general Gothehuc que por su prolongada y desleal ausencia debía ser reemplazado.

Esa noche laL le confesó a Colón que temía por gothehuC y de gothehuC. Y ante una pregunta de Santángel reconoció que no había tomado en serio la amenaza de su compatriota. Que aunque había estado en la antesala del trono, no creía que esa oportunidad iba a repetirse.

-Alguien se la consiguió -dijo.

-¿Quién lo acompañaba en esa ocasión? -Santángel, de pronto, se había interesado.

-Sardot iba con ellos -dijo Colón.

-¿Con ellos?

-Y con un payaso... -agregó laL.

-¡Carlomagno! -saltó Juan Pérez.

-El bufón, el amigo de Alpujaras -agregó Santángel -advertida por mí estaba ~~X~~ Isabel, que no lo recibiera, que el hijo de una mora es peligroso~~X~~, que no se puede confiar...

-¡Hay que detenerlo! -exigió Colón.

-Dar el aviso -propuso Santángel.

-Por lo menos -asintió Juan Pérez.

lala golpeó la mesa con la palma de la mano. Dos veces, sin enojo.

-No antes de que nos embarquemos -dijo.

-Puede hacer otra estupidez y embarrarnos el viaje.

-¡Es una condición!

Santángel y Pérez dirigieron una mirada a Colón. Colón no dudó.

-Está bien -aceptó -pero contrataré alguna protección...

No tenía donde escoger: su Empresa de las Indias no era posible sin el concurso económico y náutico de lala.

En ese instante entró Gaonás. Corriendo, sujetando con su mano derecha la peluca que volaba.

-¡Estamos listos! -anunció -los Pinzón y los Niño están de acuerdo con pagar...

Antiguas familias del lugar, no sólo habían decidido obedecer la orden de la reina, sino que con su influencia, ~~afectar~~ *influir* positivamente el ánimo de la gente de Palos.

Los Niño pusieron a disposición del Almirante la carabela que les pertenecía. Una segunda, La Pinta, fue cedida finalmente por su dueño. Y mientras preparaban estas dos, Colón se enamoró de una tercera, que hacía cabotaje por el golfo de Viscaya. Se llamaba La

*para la pinta
hauit rode...
valores carabela de baccalle*

Gallega y su dueño era un capitán y mercader de lanas, como lo había sido su padre en Génova. Esa nao se adivinaba marinera, tenía tres palos y desplazaba un mayor tonelaje que ~~La Niña o La Pinta,~~ ^{los otros dos}

Juan de la Cosa, el capitán, no quiso venderla, pero seducido por el oro de laL, aceptó arrendarla para un viaje limitado.

-Quinientas leguas, desde las Canarias -propuso.

-Ochocientas -exigió Colón.

laL abrió el cálamo de siete de las plumas que llevaba y derramó sobre la mesa en la que negociaban el oro en polvo que contenían.

-Seiscientas cincuenta -transigió de la Cosa.

Colón levantó el dedo índice de la mano derecha y Lal quebró otra pluma.

De la Cosa iba pesando el oro y guardándolo en un pequeño cofre.

-Setecientas cincuenta, entonces -dijo Colón -señalando esa nueva cantidad.

-Setecientas cincuenta, es un trato -de la Cosa, con un cepillo de piel de nutria recogió los residuos del oro de laL que habían quedado en las rendijas de la mesa.

Una noche de principios de Julio, ya bien avanzado el trabajo de refacción de las carabelas y de la nao, comprometida la compra de las provisiones, contratada la mayor parte de la tripulación y elegidos por Colón los pilotos y los otros dos capitanes: Martín Alonso y Vicente Yáñez, hermanos por lo Pinzón, laL pidió hablar con Colón en la sala de trabajo.

-Tengo la intención de comprar otra embarcación -le dijo.

Colón lo miró encantado. Hasta ese instante todo iba saliendo bien y una cuarta nave apuntalaba aún más el éxito de su expedición.

-Como quieras, es tu dinero..., pero no olvides que la flota va bajo mi mando.

-Hasta que avistemos tierra mexicana.

-Y pongamos pie en ella.

-Cuernavaca.

-¿Qué?

-Así se llamará, Cuernavaca y puedes ir a reconocerla a Punta del Sebo, frente a La Rábida, donde está anclada.

Colón negó con la cabeza.

-Nadie se va a embarcar en una nave con ese nombre.

lal reflexionó en silencio.

-En tu bitácora llevará ese nombre.

-Te lo juro.

-Entonces bautízala como quieras. ~~lal salió.~~

Personalmente timoneó la cuarta carabela Colón desde la Punta de Sebos hasta Palos. Era un poco más pequeña que La Gallega, pero se movía con suavidad, cabeceando lo justo, bolinera, con velas firmes y ágil respuesta a los vaivenes que el piloto le imponía a la caña.

-Para todos, será La Nueva -le dijo a lal -para nosotros y para la historia, La Cuernavaca.

El Jueves veintiséis de Julio, Colón citó a los hermanos Pinzón, a Santángel a Pérez a Gaonás y a los dos mexicanos. Los esperó en la sala de mapas de su cuartel general y les informó de su

lu

determinación.

-Zarparemos el dos de Agosto -les dijo.

Y cuando terminó la frase cayó al suelo sin un gemido.

-¡Le dispararon! -gritó laL, señalando el chasponazo de la bala en el marco de la ventana, sacándose una astilla enterrada en una mano.

cozcamallI se arrojó sobre Colón y empezó a aligerarlo de su ropa, buscándole la herida, facilitándole el aliento.

Santángel y Vicente Yáñez Pinzón corrían escaleras abajo y laL, a través de la ventana entreabierta por donde había entrado el proyectil, escudriñaba la tarde.

Oscurecía en Palos de la Frontera.

Los tres vigilantes pagados por Colón se habían adelantado. La ruidosa espingarda había delatado, otra vez, a gothehuC.

-Lo mató..., ¿no es cierto? -preguntó aliviado Elalq.

-¿Es el final de tu historia? -Pitzl susurraba con timidez.

Heipozix unió sus manos
Como si navegáramos

43.- Siguiendo siempre la línea de la costa, embarcado en chalupas, carabelas y galeones que ^{derivaban} ~~navegaban~~ hacia el nor-oriente, divisé por primera vez un drakkar al cabo de dos meses. Lo vi de lejos mientras ^{costeábamos} ~~navegábamos~~ por un mar de aguas muy frías, en un velero que no se despegaba de la ^{línea} ~~costa~~. Era el nuestro un barco pequeño y en sus bodegas no llevaba más que media docena de ovejas y algunos odres de vino. Yo era su más preciada carga pues había pagado con monedas de plata castellana mi pasaje hasta los fiordos de Lím.

El patrón de La Perfumada, que así se llamaba, era un cristiano holandés dedicado al cabotaje y su tripulación su mujer, una matrona joven, pero gruesa y su hija Ursula.

El segundo barco vikingo pasó a una distancia en la que era imposible no vernos, pero no nos atacaron. Le pedí una explicación al capitán, pero poco le entendía el idioma entreverado en el que hablaba.

El tercer drakkar, incluso, le hizo señas de saludo. Entonces le pedí una explicación. Sospechaba, le dije, que había sido secuestrado. El capitán, que algo de castellano entendía pero no lo hablaba, lo negó con vehemencia, agitando los brazos y mostrando una sonrisa.

El cuarto drakkar con que nos ^{avanzamos} ~~cruzamos~~ ordenó que arriáramos la vela y nos detuviéramos. Tres vikingos nos abordaron, revisaron la carga, le preguntaron al patrón por mi presencia y satisfechos con la respuesta nos abandonaron. Yo quedé más tranquilo.

A la cuadra de Esbjerg, según dijo Ursula que se llamaba el puerto cuyas luces avistábamos, casi embestimos al drakkar mas grande que jamás había visto. Llevaba desplegada una enorme vela y sesenta remos caían acompasados al agua. Sesenta escudos a estribor y sesenta a babor ^{protegían} protegían también a los remeros y en la popa llevaba un pequeño castillo, al estilo de los grandes galeones.

-¡Lars! -gritó entusiasmada la muchacha.

Y yo no podía creerlo.

Era el viejo amigo Lars, cojeando más de lo esperado, que paseaba impaciente aferrado a la borda. Una brusca marejada impedía acercar las dos embarcaciones.

Su presa, esta vez, era la rubia Ursula.

Cuando nuestra barca estuvo asegurada al drakkar, Lars saltó a nuestra cubierta, saludó con al patrón con la cabeza y sonrojado se acercó a la muchacha.

La pierna que sustituía la devorada por el oso estaba más corta que la verdadera. A pesar del buen trabajo y los consejos, Lars le había dado un uso excesivo y ella se había gastado. No obstante que ~~Lars~~ ^{Lars} trataba de mantenerse erguido, algún dolor le provocaba. Tampoco era un hombre muy joven y la asimetría que le imponía el hueso animal le había dañado la cadera.

Lars estuvo frente a ella un rato sin saber que decir. Esa timidez, propia de los guerreros, existía aquí y en el otro lado del océano. Soplaban el viento helado y Ursula sujetaba con sus manos las puntas de sus trenzas amarillas. Tuvo que intervenir el capitán para darle movimiento a la escena. Golpeó con simpatía la espalda del vikingo y lo empujó hacia donde estaba su hija.

De improviso, sin embargo, sentí que me golpeaban con fuerza por detrás de ambas piernas. Caí arrodillado por el dolor y vi un hacha de dos filos cernerse sobre mi cabeza. Tampoco había alcanzado a exhibir el anillo, con la piedra roja, transparente e incompleta que Lars me había dado.

Lars detuvo al asesino aun antes de reconocirme. Después me dijo que Ursula detestaba la sangre y que derramarla sobre la cubierta del barco de su padre habría sido un agravio insoportable. Cuando me puse de pie, sacudiendo la boina que me regalara Laccalle, me reconoció de inmediato.

Quiso decapitar al imprudente que estuvo a punto de matarme, pero le perdoné la vida. En una ocasión como aquella, la muerte estaba fuera de lugar.

-No debiste impedirlo -opinó Gothehuc -esa sangre, derramada en un lugar extraño hubiera complacido a Huitzilopochtli.

-No siempre es sangre lo que los dioses quieren -exlicó Huipozix.

-Exigen el sacrificio de nuestros enemigos y ese hombre con el hacha quería tu muerte, tu sacrificio a sus dioses.

-¿Fue tu esclavo desde entonces? -preguntó Lal.

-Los hombres del Norte no conocen la esclavitud. Si son atrapados se dejan morir antes de esclavizar.

-No ofrecen sacrificios a sus dioses ni tienen esclavos, ¿qué tipo de gente es ella? -preguntó Poletl.

La terraza del calmecac estaba quedando a oscuras. Tenochtitlán estaba quieta y en silencio y desde la Pirámide Negra, al oriente, se elevaba un humo gris y espeso. También llegaba hasta ellos el olor de las ofrendas. Gothehuc levantaba la cabeza y olfateaba el aire. Buscaba el ramalazo más impregnado con el olor acre de la sangre humana. La se pasaba la mano por la cara y bajo la nariz, tratando de evitarlo y Poletl, con interés, miraba el parpadeo de las estrellas.

Porque Lars estaba al acecho de La Perfumada desde hacía varios meses, esperando su regreso desde que la había pirateado y conocido al capitán y a su hija. Con el viejo había llegado a un acuerdo de protección, pero sólo por un viaje. Después debía entregarle a la muchacha. Para seguir comerciando con los pueros del mar del Norte, aquél convenio era indispensable. Ya no eran muchos y la época del dominio vikingo era recuerdo del pasado, Y ^{de los} ~~iban a~~ ^{de los} el drakkar de Lars era el último gran barco ^{de los} que ~~iban a~~ ^{de los} construir, todavía dominaban a su antojo esos fiordos y las comarcas aledañas.

Ya no se les veía más al sur, ahuyentados por las grandes flotas de guerra que se armaban en Europa, sin embargo nadie aún les disputaba sus canales ni sus ensenadas.

Tres días estuve con Lars en un puerto que llamaban Alborg,

en el fondo insondable de una ría. Al cuarto ordenó a sus hombres que alistaran un drakkar y que me condujeran, sano y salvo, hasta la gran roca de piedra negra donde él me había encontrado. Una semana demoraron, tiempo durante el cual le preparé otra pierna artificial al capitán. A falta de oso, utilicé el hueso del muslo de un inmenso animal cornamentado y mejoré la original para dejarle una para el recambio.

Nunca más he vuelto a ver a Lars.

El viaje de retorno no marca ninguna gran diferencia con el que me llevó a esas tierras y después de cuatro o cinco semanas avistamos el horrible farellón. Los vikingos me dejaron en un bote pequeño, con dos bolsas llenas de alimentos y una vejiga con cerveza y esperaron que yo tocara tierra.

Y cuando me vieron subir por la roca oscura levantaron la vela y se perdieron en la mar que se encrespaba.

Segunda Alucinación de Huipozix.

Me senté a descansar en una concavidad que se abría hacia el sur y tuve sueño. Bebí una medida de yolatl para no caer dormido. No debía retrasarme. Tenía por delante innumerables jornadas antes de arribar a Tenochtitlán. Cerré los ojos que me ardían con la sal que traía el viento y cuando los abrí vi, otra vez, poblada aquella isla misteriosa.

Caminaba una muchedumbre por sus calles, oscurecidas por la sombra de sus grandes construcciones piramidales, como las viejas ruinas mayas de Yucatán. Me llamó la atención el silencio, roto a

intervalos por el mugido del mar o por el silbido del viento, que llevaba el olor de la sal, pero también el de la herrumbre.

Ningún carro irrumpía estrepitoso y aquella gente, dividida en grupos multitudinarios seguía con mansedumbre a un líder vociferante.

A veces se cruzaba el camino de los cabecillas y se confundían sus seguidores, pero luego obedeciendo la disposición de un tablero que yo no veía, se separaban ordenados sin que ninguno de ellos se extraviara. Como en el juego de los escaques al que era aficionado don Quijada.

Me acerqué a uno de esos grupos y después a otro y a otro, pero nadie me escuchaba y nadie me sentía. Las mujeres y los hombres tenían distintos aspectos y vestiduras, pero la mirada era boba, obediente, fija en el líder y en sus deseos. Este último llevaba un libro en las manos y de él parecía sacar sus ideas y sus admoniciones. No era un libro desconocido para mí, pero en el sueño no pude identificarlo.

No había un objetivo ni un destino en el contante ir y venir de cada grupo detrás de su líder, el que los insultaba por alguna debilidad demostrada o los consolaba por una enfermedad adquirida. ~~Yo~~ ^A nadie pude preguntarle nada y todo aquello siguió sin cambio hasta que oscureció. Entonces cada cabecilla condujo a su comunidad hasta un edificio determinado y con ella se encerró por lo que duró la noche.

El sol me despertó al mismo tiempo que los despertaba a ellos. Y su evidencia se reducía con la misma velocidad con que se esfumaba el sortilegio del yolatl.

Y al mediodía yo había quedado tan solo como me habían dejado los marinos de Lars. Saqué y comí un poco de pan de una de las bolsas, bebí un largo trago de cerveza del pellejo y empecé a caminar. Quería encontrarme de nuevo en el sur, alejarme rápido de esa isla embrujada donde los espectros del futuro deambulan sin rumbo y sin destino...

Huipozix calló.

Lal, Gothehuc y Poletl no se atrevieron a interrumpir con sus estúpidas preguntas las reflexiones del maestro. Era noche cerrada en Tenochtitlán.

-Mañana otro maestro profundizará con Uds. la geometría y el álgebra -les dijo.

-¿Otro...?

-Les he enseñado lo que he sentido como necesario para el desarrollo personal de Uds. y para la historia de nuestro pueblo..., no tardará el momento en que deban utilizarlo, quizás para transmitirlo a los mas jóvenes, quizás para amortiguar el drama de lo inevitable.

-¿Nunca...? -insinuó Lal.

-¡Sabrán cuándo, dónde y cómo encontrarme! eso es parte de mis enseñanzas.

44.- -No, no es el final de nuestra historia -tranquilizó Poletl a la niña.

-¡Que mala puntería, entonces! -dijo Témac.

La bala rozó la cabeza de Colón y lo aturdió lo suficiente como para botarlo al suelo. Pero nada más que eso. A gothehuC lo atraparon en pocos minutos, en el camino a Sevilla. Y no por que él lo permitiera, sino porque se entretuvo en recriminar a Alpujarras, que lo había abandonado.

"Mata a Colón, que con eso matas la Empresa", dijo que le había dicho Alpujarras, tentándolo a disparar contra el Almirante. *ya que contra Isabel no era posible.* Colón fue partidario de fusilarlo sin más trámite, Santángel y Juan Pérez de entregarlo a Torquemada y Gaonás de desollarlo en la plaza pública de Palos. Pero prevaleció la idea de laL y gothehuC, forrado de cadenas, fue encerrado en la sentina de La Nueva.

-Lo hará tirar al mar en cuanto perdamos de vista la tierra - prometió cozcamaII, reduciendo el temor de Colón y de sus socios.

El marqués de Alpujarras, en cambio, tomó otra decisión. *no* *ya* ~~había alcanzado~~ a escapar debido a la disputa con el mexicano en el *no alcanzado*

camino a Sevilla y no ignoraba la suerte que correría. Largo y tormentoso camino al cadalso tenía un moro como él en manos de Torquemada. Por eso anudó en su cuello una rienda de su caballo, se dejó caer de la montura y picó al animal con una espuela que llevaba escondida en la mano. Su muerte fue instantánea.

El primero de Agosto estuvo todo listo para zarpar. Colón juntó a las tripulaciones en la plaza pública de Palos, les dijo algunas verdades y les omitió otras y los dejó citados para el día siguiente a una misa en la tarde, en la iglesia de San Jorge, en la colina. Embarcarían en cuanto el cura terminara ~~la misa~~ y de darles la santa comunión. X

Y así fue. Con las últimas luces del sol del dos de Agosto y después de haber completado la tripulación de La Niña con tres condenados que se podrían en la cárcel de Palos, Colón ordenó levar las anclas y encauzar las naves por el Tinto.

Antes de medianoche las dos pequeñas carabelas y La Gallega y La Nueva se detuvieron delante de la barra del Saltés. Al frente, y separados de él ~~sólo~~ por la baja marea, los esperaba el océano Atlántico. X

Juan Pérez y Santángel habían galopado por tierra hasta La Rábida y desde allí, desde sus rocosos promontorios velaron la última noche de la flota de Colón en el continente. Ellos y los tripulantes de la flotilla escucharon los cánticos de los frailes enclaustrados en el convento franciscano y el viejo himno que ^{advertía} ~~adavertía~~ el "Et nunc et in perpetuum..." X

En la mañana del tres de Agosto y cuando la marea lo permitió, los barcos abandonaron ~~el puerto~~ y ~~presentaron~~ sus velas al viento.

río presentando

Los bancos de arena de la punta Umbría estaban ya a suficiente profundidad. Los cuatro barcos de la expedición navegaron sorteando otras embarcaciones que también salían de La Rábida, de Huelva, de Palos. Eran aquellos en los que huían los judíos expulsados por Fernando e Isabel, buscando tierras más tolerantes en el Islam o en el norte, donde otros países cristianos les permitían establecerse.

Mar afuera, fijo ^{el} le derrotero en las islas Canarias, Colón con su sombrero en la mano y el codo derecho apoyado en la ^{baranda} ~~balaustrada~~ del puente, maldijo sin mirar hacia atrás. La Pinta, más ágil, capitaneada por Martín Alonso Pinzón, se adelantaba rápidamente.

-No lo permitas, Almirante -le aconsejó Ganoás, adivinando la angustia en el rostro de Colón.

Colón reaccionó de inmediato y mediante señales previamente establecidas, mandó a Pinzón a arriar el trinquete. La Gallega, entonces, entró en la estela de la veloz carabela.

Casi no había sido necesario. Al segundo día de navegación La Pinta rompió su timón. Decidió Colón enviarla a Las Palmas para su reparación y él con las otras tres naves se dirigió a Gomera, en las Canarias.

Quince días después la flotilla, completa y en buenas condiciones, se encontraba anclada en el puerto de San Sebastián de la Gomera.

Se despidió Colón de Beatriz de Bobadilla en cuya hacienda ^{de la isla} alojó un par de días y al amanecer del seis de Septiembre ~~X~~ se embarcó en La Santa María, como había rebautizado a La Gallega. La flota lo estaba esperando.

-Oeste, nada de norte, nada de sur -indicó a sus ^Scapitanes y a ~~X~~

sus marineros.

Pasaron frente a la isla de Hierro al caer la noche y después el mar, el mar y el mar.

Dos días ~~después~~ ^{mas tarde} Luis de Torres, el converso, estiró el brazo y gritó ¡barco a la vista! Desde la altura podía ver la vela cuadrada y de dos colores, la proa y la popa afiladas y los veloces remos. Eran piratas del norte.

-¡No puede ser! -dijo Gaonás -en el siglo quince, no puede ser.

-Los han impulsado hacia estas aguas -opinó Harana, maestro de armas de la Santa María, de tanto perseguirlos en el mar del Norte los han obligado a atacar en estos mares.

-¿Qué haremos? -Colón veía como La Pinta y La Niña se acercaban a su nao buscando protección. La Nueva, en cambio, mantenía su rumbo, en diagonal al drakkar, rumbo de encuentro sino de colisión.

Colón ordenó al piloto que dejara pasar a las dos carabelas para que tomaran distancia del barco pirata y le pidió que lo aproximara a la nave laL.

-¡Estás loco! -le gritó por encima del agua una vez que las dos naos estuvieron una junto a la otra.

laL le hacía gestos con los brazos para que se alejara.

-¡Yo me encargo de ellos!

Colón no lo dudó. Quizás el suicidio náutico del mexicano le permitiría completar su travesía. Ninguna de las cuatro embarcaciones, tal vez ni todas en conjunto, estaban preparadas para el ataque de un bandido. Por eso, casi con veneración pero

poniendo distancia, siguió los detalles del abordaje. Porque los hombres del drakkar -brillaban en la distancia sus cascos enplumados y sus malignas hachas de dos filos- inmovilizaron con sus garfios a La Nueva y saltaron sobre ella con sus espeluznantes gritos de guerra.

Colón permitió que el capellán, en su cabina, orara por los cuarenta tripulantes, por el capitán y por los tres paganos que morirían a bordo.

Vicente Yáñez, Alonso y Cristóbal Colón rogaban por que los vikingos saciaran su voracidad en la cubierta de La Nueva, pero los movimientos paralelos de las velas de la carraca y el drakkar los pusieron en máxima alerta.

Porque se movían en dirección a ellos a una velocidad de la que no era posible huir. La noche estaba muy lejos y también los nubarrones en el horizonte.

Colón hizo cargar las dos bombardas de la Santa María y sugirió a los hermanos Pinzón que prepararan a sus hombres para un asalto ineludible.

Bajó a su camarote, se puso el coselete y el alpartaz, sacó su sable, llenó de pólvora el dragoncillo y regresó a cubierta.

La Pinta, La Niña y La Santa María llevaban buena velocidad, quizás seis o siete nudos, pero la agilidad del velero pirata, ~~diseñado para la persecución~~ las superaba.

Y cuando Colón se aprestaba a encender con su mano la mecha del cañon, el drakkar a ochenta brazas, sus marinos tensos, con los botavantes en sus manos, escuchó la voz de LaL...

Mundo de la Carraca
30

45.- -¿A dónde nos llevas? -preguntó Poletl, volviendo la cabeza.

No había ninguna expresión en la cara de Qej.

El Cihuacóhauatl quiere verte -contestó.

La barca del sacerdote avanzaba con lentitud en la tranquila tarde de Xochimilco. Se acercaban a Tenochtitlán por el canal Mayor del Sur y los botes de comerciantes y campesinos se apartaban con temor y con respeto.

Debo regresar con Pitzl -reclamó Poletl.

-No temas aún, ni por ella, ni por su familia. Su madre y la madre de Elalq esperan por ellos donde el Cihuacóhuatl.

No le gustaba el olor de la barca ni el que emanaba de las vestiduras de los sacerdotes. Pensaba Poletl que era tiempo de retirarse, como lo había hecho el Maestro. Había contado sus historias y las propias y ahora no había quien las escuchara.

Dejaron los remos laterales los sirvientes de Qej para penetrar en los cauces privados del palacio de Ahuizotl. En ellos sólo estaban autorizadas a entrar las embarcaciones de algunos sacerdotes y selectos quereros o amigos del rey. En cada esquina de esos canales de aguas negras y reposadas había un ^{Soldado} ~~guerrero~~ vestido con la piel de un jaguar y con escudos de plumas de papagayos. En sus manos tenían un arco armado con dos flechas y en su cara la ilusión de ser ofrecidos, pronto, en el altar de Huitzilopochtli.

Poletl cerró los ojos y Pitzl despertó de un sueño liviano.

-¿Estamos cerca de ^{mi} ~~tu~~ casa? -preguntó.

-Pronto verás a Gasa.

-¿Y Lal?

-¡No tardará! -Poletl así quiso creerlo.

-Volverá con mi padre, estoy seguro -dijo Elalq.

Témac se movía con soltura por el puente de la barca. Los privilegios que por ley carecía, ni el hijo del Cihuacóhuatl era diferente de los demás, los adquiría por el temor que inspiraba Mabnolia, su madre. Pero eso él no lo sabía.

-Sigue, Poletl...-casi le ordenó.

-Ya estamos llegando a casa de tu padre y en presencia de él todos debemos callar -dijo el maestro.

Se deslizaban por canales descendentes, entrando en el laberinto inferior de la residencia del Cihuacóhuatl. Los remeros habían levantado los paletas y sólo uno de ellos cinglaba y dirigía la embarcación.

-Tarde ha llegado a tí la sabiduría -Qej miró a Poletl con desprecio.

-A otros nunca...

Pero la barca dio un golpe contra el pontón donde atracaban y ni Poletl pudo terminar, ni Qej responder.

Se extendieron la alfombras por la que pasaría Qej y que terminaban en un arco de obsidiana, igual a todos los que daban acceso a las dependencias del palacio.

Detrás de él, Poletl y los jóvenes recorrieron un pasadizo lineal y subacuático hasta una primera estancia, amplia, con sus paredes de piedra alfombradas por un musgo blanco y subterráneo.



Allí estaban las tres urnas de cristal con los cuerpos conservados de Ilhuicamina, Axayacatl y Tízoc los antecesores de Ahuizotl y en ella se podía oler la sangre fresca del sacrificio diario de los que habían sido ^{o pudieran ser} sus esclavos. X

Pitzl tomó la mano de Elalq que también estaba húmeda. Sus sandalias chapoteaban con una cadencia sonora en las inundadas galerías y la temperatura descendía a medida que iban retornando a la superficie. Esa gran caverna artificial, bajo la fortaleza del Cihuacóhuatl, debió haber sido construída en la fuente de las aguas que borboteaban desde los abismos del lago de México.

Poletl no había estado antes allí y sólo a Huipozix, hacía muchos años, le había oído hablar de la bóveda secreta donde yacían ~~X~~ incólumes ~~X~~ los cuerpos de los principales de Tenochtitlán. Cerca, entonces, estaba la cámara del tesoro con toda la riqueza de su pueblo, la adquirida a través de los impuestos o en las centenarias guerras fraticidas. X

Suponía Poletl las intenciones de Qej. Calculando la poderosa influencia sobre el Cihuacóhuatl y la que ejercía en Mabnolia, no le era difícil enviarlo ^{del} al itzmiquiztli, a Elalq extraviarlo en la selva y a Pitzl, la hija de Lal, al templo de las vírgenes. No sobreviviendo ninguno de los tres, podía permitirles conocer esos recónditos subterráneos y todos los secretos contenidos en ellos.

En una segunda cámara, más pequeña que la anterior y a la que se llegaba subiendo por una serie de cansadores terraplenes, había decenas de jaulas doradas que colgaban del cielo. En ellas, inquietos pero mudos, se revolvían quetzales y loros de largas

colas multicolores. En el suelo, cautivos en celdas con barrotes de pedernal, los jaguares y las panteras de piel negra abrían la boca y mostraban sus colmillos, pero no rugían. Era una casa de fieras silenciosa pero aterradora. Allí también se sentía a la sangre flotar en el aire, pero era un olor distinto, porque distinto huelen la sangre del hombre y la del animal. De allí salían los ornamentos ^{de las pieles y las plumas} de los generales, los sacerdotes y otras dignidades de México.

Más arriba aún, en una sala que carecía de antorchas como las anteriores y cuya claridad tenía la transparencia de la luz diurna, el aire era una mezcla irrespirable de moho y de carroña. En ella, sobre soportales de metal se alineaban las copas de piedra verde con las vísceras de los tlacatecutli de Atzacapotzalco, de Ixtlilxochitl y de otros ejércitos derrotados. Chorreaban aceite y orín y el mismo Qej apuró la marcha, ^{corriendo} queriendo salir pronto de allí. X

Pitzl caminaba desvanecida, con su mano en la mano de Elalq y apoyada en el hombro de Poletl. Témac, ansioso, con pasos de niño asustado seguía el ritmo veloz impuesto por Qej.

El último subterráneo y el más superficial era la antesala a una de las bóvedas del tesoro. Los muros estaban cubiertos por láminas de oro y una luz espesa y desigual se derramaba desde una piedra vitrificada que había en el techo cupular. A un costado se abría una gruta, en sombras, que daba entrada a la sala del oro y de las gemas.

Tampoco era conveniente que un hombre de la calle como Poletl y dos niños, aunque hijos de altos dignatarios, supieran que

- El término *benévolo* -



existía y donde se guardaba el tesoro del reino.

La última escalinata, de piedra regular los llevó directamente a un patio interior. Allí no menos de diez guerreros armados vigilaban.

Dos de ellos flanquearon a Qej y lo condujeron al segundo piso. El sacerdote, en todo el trayecto, no había mirado hacia atrás. Ese era el único camino y sus prisioneros o invitados estaban obligados a seguirlo.

Rodearon la vasta torre donde estaba el salón de audiencias del Cihuacóhuatl y se detuvieron delante de las puertas adornadas con bajorelieves e incrustaciones de maderas y piedras volcánicas.

Recién se iniciaba la noche y aunque hacía calor ardían los pebeteros y burbujeaba el chocolate ^{en los hornos} ~~con la vainilla~~. Un guerrero desnudo, con un dardo amarillo de ~~siete~~ ^{cinco} filos, el arma de la guardia de Ahuizotl, los ^{hizo} ~~hicieron~~ pasar al vestíbulo. Ahí estaban Gasa y Ahuibil, la madre de Elalq.

Pitzl y Elalq corrieron a abrazarlas y otro soldado desnudo, por una puerta lateral, se llevó a Témac.

Qej y Poletl avanzaron todavía una antecámara más. Y allí quedaron solos.

-Te lo agradezco, por la vida -dijo Poletl

-¿Qué quieres? -preguntó Poletl.

-Queremos saber cuando, por dónde y con quienes regresará Lal.

-¿Queremos?

-Lo desea mi Señor, ^{Ahuizotl} ~~el Cihuacóhuatl.~~

-A él quiero oírle esa pregunta.

-No tengas duda que a él se la oirás.

Había salido la luna menguante cuando los hicieron entrar.

Ahuizotl estaba sentado en su silla sin respaldo, sobre un cojín relleno con algodón. A su lado, con una túnica de lino, Mabnolia. Ahuizotl fumaba un cigarro de tabaco envuelto en una hoja de palma. Cada cierto tiempo un sirviente espolvoreaba sobre su brasa un polvillo gris y volátil. El humo que entonces emitía era el que Mabnolia aspiraba.

-Poletl...maestro -dijo Ahuizotl en voz baja pero audible, inclinándose hacia adelante.

-Interrumpiste una lección, en Xochimilco -dijo Poletl, sin alzar la suya.

Una laucha peluda, de cola rosada miraba hipnotizada una gran iguana de escamas verdes.

"Está perdida", pensó Poletl.

-¿Sabes que ha muerto Huipozix?

-Nos dijo que había muerto para nosotros..., eso fue hace muchos años.

-No para Lal, que lo visitó antes de abandonar Tenochtitlán.

-~~lo ignoraba.~~ *Una mala noticia*

-Quiero saber que hablaron.

-No lo sé -~~insistió~~ *supo* Poletl.

Poletl no supo si fue la laucha la que escapó o si fue el lagarto que la devoró. Pero hubo un movimiento y la iguana, como un gato metálico, se escabulló por un rincón. El otro bicho había desaparecido.

-Te he hecho traer, Poletl, porque hemos sabido que Lal está en camino de regreso, y para nosotros es indispensable saber cuándo y por dónde volverá y quien lo acompaña.

Compendio de ^{en una sesión} ~~hizo solo al~~

7ª Poletl dirigió sus ojos a Qej, apenas tocando con la mirada a Mabnolia. Ahuizotl reaccionó de inmediato y tanto el sacerdote como su mujer dejaron la estancia. No ignoraba Poletl que eso no garantizaba la discreción del Cihuacóhuatl.

~~Ahora~~ Nadie más podría oírlo. El chocolatero y la sobadora de tabacos eran sordos y mudos, como todos los autorizados a permanecer para siempre con Ahuizotl. En la cúspide de la pirámide negra a ellos, prisioneros o esclavas de guerra se les hacía elegir. O el honor instantáneo de morir en el altar de Huitzilopochtli o el cuchillo o la espina manejada por el zalcotetlán que con un giro los dejaba sin habla y sin oído al servicio del Señor.

Le contó al Cihuacóhuatl las historias de Huipozix, sus viajes y sus conclusiones. Le adelantó la audacia y la ambición de los hombres que zarparían un día desde la Tierra ^{lejama} ~~Mayor~~ y la opinión que de todo aquello tenían los dos ausentes, Lal y Gothehuc. Reconoció no estar de acuerdo, en general, ni con las opiniones ni con las estrategias para enfrentar el momento histórico que ambos proponían porque estaba convencido que el destino no es modificable y que los hombres y la historia está en las manos y en la voluntad inmutable de los dioses. Que eso era lo único que lo acercaba a las posiciones de Qej y, por cierto, lo que más lo alejaba porque al contrario del sacerdote, no podía resignarse a creer en su perversidad.

Por lo que Huipozix había recogido en su inédita travesía, él podía deducir que resultaba una insensatez tanto oponer como no oponer resistencia al encuentro con esos hombres de barba amarilla

y piel de hierro. Pero que aquella no era necesariamente la única enseñanza que se podía extraer de las palabras del Maestro.

El sordomudo llevó una bandeja con un cuenco de chocolate perfumado con hojas de hierbabuena y otro, que por su gordura recordaba a Lal, encendía brotes de tabaco en un incensario.

-Ni una sola palabra intercambié con Lal respecto al viaje a que haces referencia, señor -dijo Poletl -hace algunos meses, un año quizás, hablamos respecto a la educación de Pitzl, de la cual me pidió me hiciera cargo...

Ahuizotl golpeó las palmas de sus manos.

-En consecuencia -dijo -no hay nada más que debemos guardar en reserva.

Qej se introdujo en la habitación. Poletl tuvo la fantasía que lo había escuchado todo, detras de las cortinas de corteza, bajo el ventanal que daba hacia el poniente.

En un extremo Poletl vio brillar el tornasol de la iguana. Su lengua roja era un relámpago diminuto en la pesada oscuridad de ese rincón.

-Tu sabes, señor, que nos ha mentido -acusó Qej.

-No se puede mentir sobre aquello que se ignora -se defendió Poletl.

-Estaremos preparados...-el Cihuacóhuatl se puso de pie dando por terminada la audiencia.

46.- Vaciló Colón en encender la mecha, pero el acento de Lal era inconfundible. El cañonazo que estaba a punto de disparar, por otra parte, más daño iba a provocar en la carabela del mexicano que en el barco pirata.

Colón devolvió a un grumete la alcandora cuando vio, asomado por la borda del castillo de La Nueva a Lal.

Amainaron la gran vela cuadrada los hombres del Norte y usaron los remos para mantener el drakkar abarloado. De este modo ambas se acercaban a la Santa María. Pronto, casi tocando sus regatas, las dos carracas y el drakkar parecían navegar al unísono. Un poco más adelante, La Niña y La Pinta, sus trapos desplegados, se afanaban por huir de un drama que sus capitanes no podían comprender.

-¡No llevamos el rumbo correcto! -gritó Lal, mostrando a su lado a un vikingo gigantesco pero desarmado, que usaba en la cabeza un casco defendido por la enorme cornamenta de un ciervo macho.

Colón sabía que esos hombres, en el mar, eran insuperables. Que conocían las rutas y los vientos y que la única deficiencia de sus embarcaciones era su poca capacidad de carga. No era el momento de reconocer que, alguna vez, cuando más desamparado estuvo, cuando se acumulaban las crueles negativas de los reyes de España, Portugal, Francia y de los ricos comerciantes italianos, cuando lo extenuaban las deudas, pensó hacerse a la mar en un dragón vikingo. En llevar a cabo su Empresa de las Indias en una de esas

embarcaciones ligeras y seguras. Pero Colón tenía muy en alto su nacionalidad y su condición de europeo civilizado y aquello hubiera sido capitular ante la tecnología y la inteligencia de los bárbaros.

El Almirante

Colón puso una mano delante de su oreja, a manera de pantalla. Aunque había entendido perfectamente el mensaje de Lal.

Enseguida el mexicano propuso una conferencia, a bordo de la capitana.

Dos horas estuvieron reunidos Colón, Lal y el vikingo al que éste llamaba Clontarf. Antes y utilizando las banderas de señales había puesto fin al desaliento de los Pinzón comunicándole ~~las~~ ^{el}

ocurrencia pacífica

intenciones de Clontarf. Cuando la conferencia concluyó y sin justificar la medida, hizo variar el rumbo, ^{cargándolos} ~~apuntando~~ unos grados al noroeste. *de la flotilla*

Se separaron del drakkar que enfiló hacia el mar del norte y las dos carabelas y las naos de Lal y de Colón, con aquella mínima variación ^{en} de la derrota, continuaron su viaje a la incertidumbre.

Los Alisios soplaban con mesura y perseverancia y aunque no tenía Colón ni los otros capitanes forma de medir la velocidad ni la distancia recorrida, no hacían menos de ciento veinte o ciento cincuenta millas por día. Algunos chubascos les proporcionaban de agua y nunca, hasta ese décimo día de navegación, los abandonaron los pájaros que migraban desde el Africa.

Porque a la tres de la tarde Rodrigo de Triana, subido a la gavia, avistó gritando lo que describió como un enorme y oscuro monstruo marino que flotaba en la dirección de la proa.

Arracimada iba la flotilla, lo que hizo posible que todos los

hombres a bordo escucharan nitidamente la alarma del vigía.

Colón, con su catalejo, confundió lo que de Triana había visto con una gigantesca manta Raya y Vicente Yáñez pidió al cura que llevaba embarcado que exorcisara a aquél Leviatán.

Alonso Pinzón descubrió en el lomo de la bestia, exánime sobre una balsa, el cuerpo de un cristiano y sólo Lal identificó adecuadamente la mancha sombría que derivaba a su encuentro.

Eran las velas de las naves de Torquemada que, enceradas, resistían la fuerza sumergente del océano. Conformaban un gran manto negro sobre el agua, una penumbra quieta en medio de las ^{olas} ~~tempestad~~. Y sosteniéndose encima de ellas, una armadía salvaba la vida de un náufrago.

Colón se adelantó en lanzar al agua un batel para rescatarlo.

Estaba vivo el fraile, capellán de La Justicia, la nave que ^{del Santo Oficio} mejor resistió el temporal, pero que de igual forma que ^{al menos} ~~las~~ otras ^{tres} cuatro, se había hundido en la trágica y huracanada noche del diez al once de Agosto. Fecha que recordaba facilmente pues coincidía con la de su ordenación sacerdotal, veintitrés años antes.

Fray Góm atribuía la desgracia a la soberbia de Luis Briones y al presagio que difundió la tarde anterior. Fue el castigo a su soberbia.

"El cónclave de los cardenales, en Roma, a elegido a un papa español" -auguró en medio de la mar el testafarro de Torquemada - Dios, entonces, está con nosotros los españoles..., ¡adelante...! que el éxito de nuestra misión está asegurado.!"

Más allá de que hubiera o no acertado al resultado del cónclave, continuó el relato Góm, y cuando Briones terminó de

hablar, se levantó un viento que giraba con una velocidad, con un bramido y con una violencia que no es posible de ^{Conseguir} ~~imaginar~~. Y con la galerna las olas, que eran de la altura del palo mayor y que caían encima de las embarcaciones con tanta agua como la que lleva el Guadalquivir. X

Había visto sucumbir, en menos de una hora, a las dos carracas y a otra carabela. La suya no duró mucho más y la quinta, que no pudo reconocer, se había perdido de vista en la niebla del huracán.

Y después que vio pasar la loriga de bronce de Luis Briones, ^{que} inexplicablemente sobrenadaba en la superficie de las aguas, había perdido los sentidos. Los había recuperado, recién, en la cubierta de la Santa María. X

Colón ordenó dar carne y vino al cura y se retiró a su camarote. Estaba más aliviado. Era incierto el destino de una quinta nave fletada por Torquemada, pero a él aún le quedaban cuatro. ¡Sería el primero en llegar a esas Indias!

Los dieciocho días siguientes fueron más lentos, pero el avance incesante y el veinticinco de Septiembre ^{se inició} ~~empezó~~ una calma fastidiosa. El veintisiete Colón sorprendió una mueca de disgusto en los labios de un marino y mandó que su maestro de armas, Harana, le diera quince latigazos.

El veintiocho notó que los Pinzón, desasosegados, se paseaban por el puente de sus carabelas con las manos en la espalda y el primero de Octubre en la mañana el patrón y el piloto de la Santa María pidieron hablarle a solas.

Juan de la Cosa y Peralonso Niño no iban a discutir con Colón la continuación del viaje, pero si a aconsejarle que considerara los X

sentimientos y temores de toda la tripulación. Si bien la mayoría eran avezados marinos, ninguno de ellos había estado tanto tiempo en el mar sin siquiera el contacto visual con tierra. Y a de la Cosa no lo podía trampear, hacía largo ya que habían pasado las setecientas cincuenta leguas al poniente de las Canarias, como estipulaba el contrato.

Colón, por respuesta, mostró el original de las Capitulaciones firmadas por la reina y por él y les reiteró que lo que les esperaba superaría con creces todo sacrificio. Al final aceptó tirar la sonda de profundidad para probarles que ya estaban cerca de las Indias.

Una lluvia torrencial, breve y de agua dulce y tibia, que obligó a agalerar las velas y a bombear la que se acumulaba en los cascos, permitió a Colón sortear la explicación. El escandallo no había tocado fondo y por lo tanto navegaban sobre un abismo de aterradora profundidad. Esa evidencia no serviría para tranquilizar los ánimos.

El siete de Octubre el atalayero de la Niña hizo dos anuncios falsos de tierra, pero esa tarde grandes bandadas de pájaros pasaron sobre la flota en dirección oeste-suroeste. Los que no fueron suficientes para evitar que se propagara la idea de un motín y del regreso inmediato.

Colón, percibiendo el peligro, llegó a un acuerdo con sus capitanes. Numerosas ramas y troncos de árboles flotando en el agua así como más y más formaciones de pájaros le hacían pensar que el desembarco no tardaría. Lal no era de mucha ayuda, pues no era un hombre de mar y el piloto de la Nueva, Pedro del Alcázar, se sabía,

no había navegado más que en el mar Cantábrico. Pero juró que si en tres días no avistaban tierra, regresarían. Contaba Colón que cumplido ese lapso de tiempo ya no habría ninguna posibilidad de dar la vuelta. O llegaban a Japón, el destino en el cual se empezaba a dudar o morirían en alta mar. Ni el agua ni los alimentos les alcanzaba para más de quince días. Las Canarias, las costas de España, de Portugal o del continente africano estaban a más de un mes de distancia.

El once de Octubre al atardecer, el día previo fijado para el eventual retorno de la flotilla, los alisios que soplaban desde noreste se transformaron en un vendaval. Colón, sin embargo, se negó a acortar las velas. La noche estaba muy clara y los hombres ansiosos y expectantes. A las once de la noche, minutos antes que creciera la luna, Colón y un marinero descubrieron unas centellas en la distancia. Subían y bajaban y pronto desaparecieron. El almirante, no obstante, mantuvo su rumbo. El viento había amainado y miríadas de mosquitos que parecían surgir del océano invadían la cubierta de las naves. Los marinos huían de ellos refugiándose en las bodegas y en el puente de la Nueva sólo quedaba Lal, con una ^{pipa} ~~tabaco~~ en la boca, protegido de los zancudos por ^{su} ~~el~~ humo espeso y perfumado. Sonriente, había reconocido el origen de esas luces: finalmente habían llegado. Era el once de Octubre.

El grito definitivo lo dio en la madrugada del día siguiente el mismo Rodrigo de Triana. Hacia el poniente, como lo había prometido Colón y bajo la luz de la luna, rompían las olas contra unos riscos de piedra blanca. Sobre ellos se abría ^{un desfiladero} ~~una alcarría~~ desprovista de arbustos, igual a las de la meseta de Castilla.

7

La flotilla del Descubrimiento esperó que amaneciera. Mucha espuma en el agua para acercarse con confianza. Aunque poco familiarizados con arrecifes y bajíos de mares tropicales, Colón y los pilotos de las otras naves conocían de sobra los signos indirectos que de sus peligros informa la mar.

El calor agobiante y la humedad, los mosquitos y una tormenta eléctrica cuyos fucilazos encandilaban el firmamento eran raros fenómenos para los navegantes del Mediterráneo. Y ninguno de ellos estaba en condiciones de asegurar que el ojo de Rodrigo de Triana ^w se fuera a equivocar de nuevo al descubrir otro engendro flotando en el océano.

Con la primera luz del sol, la Santa María al frente y la Nueva cerrando el convoy, enfilaron en línea recta hacia aquella isla primera.

Nadie había dormido esa noche a bordo; ninguna embarcación se había perdido y nadie había muerto o enfermado durante la travesía. La aventura había terminado. Empezaba el fastidioso trabajo de la exploración, del levantamiento geográfico de las costas, del contacto con los habitantes de esas tierras. Empezaba la búsqueda del oro y las especias...

La flota dio vuelta el cayo sur de la isla a la qu habían arribado y anclaron frente a una laguna de mar que miraba hacia el poniente. La costa allí era arenosa y la sonda revelaba que el fondo era liso y que ascendía gradualmente.

El almirante autorizó a Vicente Yáñez, a Martín Alonso y a Lal para que bajaran sus botes, cada uno con cinco hombres con sus armas y una ración en la mochila y lo escoltaran hacia tierra.

Las cuatro chalupas se reunieron bajo la amura de la Santa María. Colón fue categórico. Nadie debía adelantarse ni tocar pie en tierra hasta que él lo hiciera. Cualquier desacato sería considerado una ~~cuestión de Estado~~ *falta grave la dice flua* y el Almirante en su condición de Capitán General aplicaría la sanción correspondiente. Colón, en este instante, fijó su mirada en los Pinzón.

El bote de Colón navegaba acercándose a la playa, siempre encabezando la avanzada de desembarco. A veces, impulsada por la marea, emparejaba a Colón el cárabo de la Nueva, donde venía Lal. Y no le preocupaba al Almirante que el mexicano se le adelantara, total en esas Indias había nacido, sino por el hermetismo de su rostro, habitualmente tan expresivo.

-¿Qué pasa? -le preguntó con un grito Colón, usando los rudimentos de nahua que con él había aprendido.

Lal apuntó con su mano la playa de arenas blancas y la línea de palmeras.

-Escucha, Colón y mira... -contestó Lal, también en su idioma.

Colón mandó acorullar los remos un segundo.

-Nada, Lal, nada escucho que no sea el ruido de las olas y lo único que veo es la arena y la línea de palmas, al fondo.

-Eso es -previno Lal -alguien o algo, que no hemos sido nosotros, ha logrado neutralizar la curiosidad de los caribes... y esa es una faena!

-¿Caribes...?

-Los que pueblan estas islas.

Entonces Colón tuvo un presentimiento.

-Tu amigo..., Gothehuc... ¿está todavía en el calabozo de la Nueva?

El cárabo se rezagaba, temerosos los remeros de la Nueva por la orden de Colón.

-Encadenado se lo entregué a Clontarf, el vikingo..., le pedí que lo dejara en alguna isla, cerca de Portugal o de España...

-Tienes un pobre concepto de tus amigos si crees que en ellos puede evadirse.

siguiente

47.- Cuando en la mañana Poletl se presentó al calmecac para que le asignaran nuevos alumnos, supo que había quedado sin trabajo.

Regresó a su casa y le pidió a Lumela que le batiera chocolate y encendió un tubo con tabaco. No tenía muchas opciones, la más clara de todas el suicidio. Pero Huipozix les había inculcado otras enseñanzas, que privilegiaban la vida sobre la muerte lo que había permitido también que Poletl arribara a conclusiones similares respecto al culto de los dioses mexicanos.

Guardó, entonces, algunas pertenencias en una bolsa, llenó un par de calabazas con tabaco y habas de cacao, se metió debajo de la camisa algunas plumas rellenas de oro y se despidió de la criada.

Tampoco quería que en la noche, con su acostumbrado^a arteria, Qej ~~X~~ enviara a sus guardias a detenerlo para distinguirlo, al día siguiente, sobre el altar de Huitzilopochtli.

Salió de Tenochtitlán y siguió el camino inverso al sol. En la costa tenía algunos amigos que podrían acogerlo.

Muy entrada la mañana, Poletl se introdujo en la maraña de un hierbajo para descansar y mascar un poco de chocolate. Seguía una ruta más larga y menos concurrida, pero si Qej se enteraba que había partido, convencería a Ahuizotl para que mandara a sus guardias detrás de él: alguna razón habría en su huída, argumentaría.

Poletl había presenciado alguna vez los procedimientos de los sacerdotes en el vértice de las pirámides. Más que nada lo había sobrecogido la crujidera de los huesos cuando el cuchillo de obsidiana se hundió en el tórax de los infelices. Y ese ruido lo había torturado en pesadillas recurrentes.

Poletl se estremeció y escupió la cáscara de una semilla de cacao. Prefería embarcarse como lo había hecho Huipozix en el pasado y como Lal o Gothehuc y tal vez a perderse en los abismos evidentes.

Los funerales de los que fue testigo Poletl.

Dos días había caminado Poletl y ya dejaba atrás un último maizal cuando escuchó la música.

Por prudencia se escondió Poletl en el maizal y vio que una procesión se aproximaba. Era un entierro y delante de la familia

del muerto, al que portaban envuelto en una sábana de petate, marchaban ocho músicos que tocaban la zampoña, la quena, el pandero y el tamboril.

Con seguridad era un campesino del lugar que se había ganado el derecho de reposar en la tierra, en algún cementerio cercano. Muerte dulce, pensó Poletl, dulce lugar para descansar.

Confiado, Poletl salió de su refugio y se paró en la vera del camino para verlos pasar.

Los acompañantes, que iban detrás del cadaver, llevaban velos sobre la cara y caminaban con pasos lentos, simétricos, siguiendo el ritmo del tamboril. Algunos de ellos, los más ancianos y cada siete u ocho pasos levantaban los brazos y hacían sonar panderetas de alegre sonido que llevaban amarradas con tiras de cuero a ambas muñecas. Poletl no sabía si esa gente eran los deudos del muerto, quizás sus amigos o los alegres llorones contratados para una muerte menos solitaria.

El sonido de las flautas era suave y melodioso y cristalino el del pandero. El tamboril, de fondo, ponía una nota grave, pero en ningún caso triste. Le parecía un sueño a Poletl, un sueño soñado por un extranjero, porque no era esa la forma como se enterraban los muertos en México.

No los detuvo en su avance Poletl pero a uno de los concurrentes le preguntó a quien enterraban.

-No lo sabemos o lo sabemos muy bien -le dijo el hombre, un anciano que acompañaba al funeral en un extremo de una fila.

Poletl se puso a su lado y caminó junto a él.

El viejo era uno de los encargados de tocar las panderetas y

lo hacía con entusiasmo.

Insistió Poletl con su pregunta y el viejo, en medio de los redobles de su ~~pandereta~~ ^{instrumento} le dijo que aquel ~~que~~ ^{que} llevaban a enterrar lo habían encontrado en el medio de un bosque, muerto pero de pie, con los cuernos de ciervo macho de su casco entreverados en los bejucos de la espesura. Que tenía una larga barba amarilla y sus ojos abiertos eran azules como el agua de las lagunas que rodean el cráter del Popocatepetl.

Y que lo único que los hacía dudar ^{de su identidad} ~~era~~ su muerte, porque Quetzalcoatl prometió que regresaría vivo.

Poletl se apartó y dejó que el cortejo continuara. No quiso preguntar al viejo lo que harían con el cadaver de alguien que no se sabe si es un dios, cortó dos mazorcas de maíz de una mata que tenía a mano y siguió su marcha en la dirección contraria al entierro del presunto Quetzalcoatl.

"¡Que cosas están pasando en México!", pensaba Poletl, buscando un lugar donde ^{podría pasar} ~~pasara~~ inadvertido el fuego para asar sus elotles y el humo para fumarse una pipa.

Poletl no conocía bien ese terreno. Quizás alguna vez anduvo por allí durante las campañas militares en las que, como todo joven, le tocó participar, pero ahora que caminaba por unas lomas desprovistas de vegetación, lejos del rico maizal, el paisaje se le hacía totalmente desconocido. Sabía que iba en la dirección correcta porque seguía la curva inversa del sol, pero no quería detenerse ~~en~~ ~~despoblado~~ por miedo a los depredadores de la llanura mexicana. En todo caso, el bosque donde habían encontrado de pie al hombre ~~que~~ ^{que} llevaban a enterrar, no podía quedar muy lejos. Allí

encontraría una cueva donde guarecerse y donde armar una fogata para alimentarse.

Pero ni en la inclinación del horizonte, lejos, por donde quedaba el mar, Poletl ~~no~~ divisaba ^{alguna} ~~ninguna~~ mancha verde de vegetación. Apenas un hierbajo sediento y una tierra aún ~~caliente~~ sembrada de piedras cristalinas.

Siguió adelante, sin embargo, dejando cada vez más a sus espaldas al sol. Le preocupó entonces a Poletl la proximidad de la noche y las correrías noctámbulas de los jaguares y ocelotes. Se dijo que habría sido más prudente ir de pueblo en pueblo, arriesgándose a ser presa de Qej que de los grandes carniceros. Pero palpó en su bolsa, extrajo y ató al cinto el cuchillo de metal que una vez le regalara, junto a Lal y a Gothehuc, el viejo Hupiozix. Y se sintió más protegido.

No era un bosque precisamente lo que vio Poletl hacia el oriente, al atardecer, desde la roca donde había parado a descansar. Calculó Poletl que se hallaba por Zacatlán, tierra árida e infértil, utilizada como campo de batalla, nunca de labranza, cuando ~~los vio venir.~~ ^{descubrió el sepulcro funeral.}

~~Era también un funeral, pero~~ el muerto que llevaban estaba envuelto en una mortaja de lino crudo. Iba en una procesión de lamentantes, que serpenteaba por la sierra con sollozos uniformes, acercándose a Poletl como una lombriz desmesurada.

Poletl no tenía cómo escabullirse ni sabía si ello ^{sería} tendría ^{verdad} sentido, de tal modo que encendió una pipa y esperó.

Aun cuando ya estaban muy próximos, era imposible saber quienes eran los que venían. Todos vestían túnicas oscuras cuya

procedencia Poletl no pudo reconocer, pero sus rostros tenían los rasgos de su propia raza.

El lamento ininterrumpido y el movimiento oscilante del conjunto lo hacían asemejarse más y más a una procesionaria voraz e interminable y de repente Poletl tuvo ganas de salir corriendo.

Lo detuvo la inminencia del encuentro y la indiferencia de la lombriz-funeral en su persona. Pasaron junto a la piedra donde estaba Poletl y ni uno de sus integrantes levantó siquiera la cabeza para mirarlo.

De un salto Poltl bajó de la piedra, pero antes de que abriera la boca, un esclavo que iba en la última fila, muy lejos de los que cargaban el cadáver, le habló. X

-Lo encontramos muerto, pero de pie y embarrancado en las orillas de los pantanos. Llevaba una indumentaria de guerra de metal amarillo a la que sólo le faltaba la coraza. Parecía un escarabajo al que le habían arrancado sus élitros.

-¿De dónde venía?

-Eso no lo saben ni mis señores -replicó el esclavo señalando la cabeza del funeral -pero a alguien le oí mencionar ^{un} nombre. X

-¿Quetzalcoatl?

El esclavo, al que no le estaba permitido mencionar el nombre de los dioses, asintió.

Y fue lo último que hizo, porque percatándose que se le había ido el entierro, arrancó en su alcance

Poletl se quedó solo otra vez y reanudó la marcha ya en la penumbra de su tercera noche de viaje.

Pero antes de que oscureciera completamente, se cruzó con el

ultimo funeral
~~otro entierro.~~

X

Eran ocho hombres, de Tenochtitlán como él y una urna de varillas que cargaban en posición vertical. Por entonces Poletl había abandonado la llanura y aunque no había encontrado ni bosques ni marismas, pisaba ya una zona de suelos húmedos y árboles pequeños y floridos.

Los hombres iban en silencio y tampoco sonaban sus pasos, pisaran sobre la hierba o sobre la yesca de las orillas. Apenas se movía la urna sobre sus hombros y lo que la luz nocturna dejó ver a Poletl fue el frío desconsuelo que velaba sus caras.

No perdió el tiempo Poletl en preguntarles nada. La expresión y la forma en que caminaban revelaban que habían encontrado a un guerrero muerto. De pie lo habían encontrado, sus sandalias de cuero enterradas en la arena de la playa, de pie y luchando pues debía haber muerto. El silencio de la marcha fúnebre era el postrer homenaje de su pueblo.

Dos días después Poletl alcanzó a divisar el mar azul del golfo. Y contra el banco de nubes el espejismo de aquellos castillos alados, flotando en la frontera entre el cielo y el agua.

Vio lo que los enviados de Qej no alcanzaron a ver cuando lo capturaron. Por la espalda lo agarraron, lo voltearon y lo introdujeron maniatado en la parihuela del sumo sacerdote. Después, con carreras de postas y en poco más de dos días, lo llevaron al palacio del Cihuacóhuatl.

de subito

No le dieron de comer durante el viaje y apenas unas gotas de agua, los captores le quitaron sus ataduras en el ~~subterráneo~~ ^{más} superficial del palacio.

primer sótano

X

Ahí alineados, de pie y apoyados contra las láminas de oro de las paredes, estaban los cuerpos ~~objeto~~ ^{auténticos} de los tres ~~funerales~~ que encontró en su ~~frustrado~~ viaje hacia la costa.

Y aunque no había tenido la oportunidad de verlos, sí los reconoció al instante.

El gigante de los cuernos de venado, el soldado de la armadura de bronce y la cruz grabada en el pecho y Gothehuc, el guerrero mexicano.

48.- -Tienes un pobre concepto de tu amigo ^{repitió} ~~dijo~~ Colón.

-Muy por el contrario, quise salvar su vida, que considero valiosa.

-Gothehuc no se dará por vencido.

-No tiene posibilidades contra Clontarf y sus hombres.

-Pero puede convencerlos -Colón frotó sus dedos como contando dinero -o..., ¿lo dejaste ir sin su bolsa llena de oro...? El rumor de las olas que bajaban hasta la playa estaba cada vez más próximo.

No se había preocupado de tamaño detalle Lal cuando entregó a Gothehuc a los vikingos. A cambio de un par de plumas llenas de plata, Clontarf se comprometió a abandonarlo en alguna isla cercana al continente.

Pero los vikingos ya era un pueblo en peligro de extinción. Diezmado por la peste que no lo abandonaba y acorralado por las fuerzas navales de los reinos europeos, vivía en lo más profundo de los fiordos escandinavos esperando en forma permanente la venganza histórica y terminal de los que alguna vez habían sido sus propias víctimas.

A Clontarf no se le escapó que estaba frente a gente rica, habitantes de una nación donde abundaba el oro y la plata. Negociar no era su vocación, pero una vez que la carabela de Lal estuvo lejos, hizo romper las cadenas que atenazaban a Gothehuc y le ofreció un trato diferente.

Todo una tarde intentaron darse a entender esos dos hombres. Con las palabras y los sonidos que para ambos tenían el mismo significado, con los gestos de sus dedos y de sus manos, grabando fonemas y números en las tablas de la embarcación, al término del día creyeron llegar a un acuerdo.

Gothehuc, que por la entrega del oro y del puñado de esmeraldas que Lal no le había requisado, los hombres del Norte variarían el rumbo para dirigirse al poniente, hasta llegar al sitio del cual lo recogiera hacía ya tantos meses, Herjolfsson. Clontarf, que una vez cumplida la promesa de desembarcarlo en su tierra, Gothehuc, ~~los conduciría al lugar donde se encontraba el~~ *antepasados multiplicados el* tesoro del cual, lo que ~~el mexicano~~ cargaba era una brillante, pero

mezquina muestra.

Navegaron por algunos días con el viento a favor, con la derrota fija algunos grados más al norte que la flotilla de Colón. Clontarf no descartaba, si se veía obligado a ello, un enfrentamiento con los cristianos. Estaba convencido que el miedo que le tenían actuaba en favor suyo, pero las bestias hostigadas y enardecidas también se defienden y cuando son grande en número devuelven el ataque ~~atacan~~ y cuando la suerte está de su lado llegan a vencer. Por eso era de prudente conveniencia alejarse de su ruta.

Capearon un temporal que subía desde el trópico cruzando por el sur la estela de las naves del Almirante y volvieron hacia el nor-noreste cuando vieron disiparse la borrasca.

-También la han sorteado los españoles -sostuvo Clontarf, midiendo la dirección y la velocidad del viento y ordenando a sus marinos que templaran el foque en el bauprés.

Fue cuando Barstrom, el piloto, divisó a la Divina Concepción, la carraca insignia de los cinco barcos enviados por Torquemada.

Con el arboladura destruida y las velas negras hechas jirones, iba a la deriva el último vestigio de la flota del Santo Oficio.

Escorada a sotavento y con riesgo inminente de recalcar, los marineros sobrevivientes achicaban con desesperación el agua que los ahogaba. Y aunque la mar estaba en calma, la nao amenazaba con irse a pique en cualquier momento.

Clontarf era partidario de abordarlos sin más espera, pero Gothehuc temía que aún estuviera indemne el cañón. En la inmensidad de océano un drakkar perforado con una bala de noventa libras

tampoco resiste la atracción de los abismos.

Por algunas horas fueron testigos de la lucha de la Divina Concepción. A la distancia veían a sus tripulantes debatiéndose indecisos entre la muerte segura pero instantánea en ese mar inclemente o la que, de producirse, se sufre en poder de aquellos bárbaros del mar y que supone una agonía tremenda.

Clontarf, aconsejado por su socio, se mantenía a la expectativa hasta que descubrió la señal luminosa que pestañeaba desde el camarote del castillo.

Ghothehuc, experto en claves del ejército mexicano, la descifró sin demora.

-¡Vamos! -aprobó ahora la iniciativa del capitán vikingo -nos dicen que las armas están inutilizadas y que se hundan ya sin remedio.

Clontarf hizo arriar la vela y sólo impulsado por el bogar de los remeros, aferrado a la caña del timón, guió al drakkar a donde zozobraba el galeón.

Se había picado el océano y se perdía detrás de las olas la Divina Concepción para volver a emerger en la cresta de una de ellas, a cada momento más desmantelada.

Un cúmulo de nubes que avanzaba desde el occidente hizo que Clontarf apurara el ritmo de la boga. Esas nubes traían agua, viento y ~~sombra~~. *humididad*

Un esfuerzo más les gritó a sus guerreros a los que el vaivén del océano les hacía más difícil remar.

Quando estaban ^a pocas brasas, los hombres de Clontarf que no estaban en la bancada arrojaron los garfios de abordaje y luego,

tirando de sus cuerdas empezaron a aproximar las dos naves.

De ~~súbito~~ ^{bruto}, relampageando el metal dorado del resto de su armadura, apareció sobre el puente el hombre que había perdido ~~su~~ ^{la} coraza. Empuñaba una espada tan larga como los cuernos de ciervo macho del casco de Clontarf y sobre su pecho desnudo tenía tatuada una cruz.

"Me los llevo conmigo al infierno", entendió que gritaba Ghotheuc al tiempo que con una mecha encendida le daba fuego ^{a un} cañón de ~~la amura~~ ^{estribor}.

Clontarf se dio cuenta que volarían por los aires. La carraca naufragante y el drakkar estaban indisolublemente unidos por los ganchos de abordaje y el cañon tenía su boca sellada con estopa.

-¡La mierda, es Briones! -alcanzó a escuchar Clontarf que exclamaba el mexicano antes del desastre.

Porque la explosión se llevó, junto con el brazo y la espada de Briones, la proa completa del buque vikingo y todos sus remos de ~~estribor~~ ^{la Sra}, el resto de las velas negras ~~de la carraca~~ y un sinnúmero de marinos y remeros ~~de ambos bandos~~.

Cuando el humo se disipó, Clontarf que dirigía el drakkar desde la popa y Ghotheuc, aún a su lado, descubrieron que no se hundían. Que el estallido había transformado a las dos naves en una sola, que la Divina Concepción había mejorado la escora recuperando su equilibrio y que para ello el dañado drakkar le servía de contrapeso. Ambas embarcaciones eran indispensables, la una a la otra, para mantenerse a flote.

También pudieron ver que los escombros producidos por la metralla del cañon levantaban una valla anfractuosa entre las dos

embarcaciones y en medio de ellas, donde se habían formado verdaderas trincheras, ya luchaban cuerpo a cuerpo vikingos y españoles.

Clontarf, entonces, con el hacha de dos cabezas y Ghotehuc con su lanza de ~~cuatro~~ ^{cinco} filos corrieron a reunirse con sus hombres en el combate con los soldados de la Inquisición.

La mar océano se había apaciguado otra vez lo que permitió que en la tierra de nadie creada entre los dos barcos por el cataclismo, se prolongara el combate por varias horas. El cansancio y ~~la oscuridad~~ ^{las sombras} hizo menguar la lucha y con las primeras luces de la luna, los rivales se habían retirado a sus posiciones: los primeros a los restos del galeón, los otros al drakkar, que con su timón indemne era el responsable del rumbo de aquel esperpento marino.

Los vientos propicios más que un rumbo prefijado fueron llevando a aquel extraño conjunto hacia el occidente.

Briones había reaparecido. Con un torniquete a la altura del bíceps y con una espada ajena en la mano izquierda, dirigía el combate de sus hombres. La lucha era esporádica pero brutal y en cada escaramuza o caía un hombre al agua y se perdía para siempre o un cuerpo decapitado quedaba atrapado entre los maderos de las naves devastadas.

Dos semanas después los vikingos habían avanzado tomándose el castillo de popa de la Divina Concepción pero Briones y los suyos, con dos falconetes, resistían aún en la proa.

El olor de la muerte era insoportable y sólo cuando llovía o cuando los Alisios corrían con más energía se volvía a sentir el perfume salado del mar.

Durante una breve calma que los cogió en el extremo del mar de los sargazos, españoles y vikingos combatieron todo una jornada. Al término de ella Briones y sus hombres ya no respondían con sus armas de fuego.

-Se les terminó la pólvora -anticipó Clontarf.

Ghothehuc diseñaba una nueva táctica para atacar a los españoles cuando se les vino encima otro vendaval. Aunque sin la malignidad de un huracán, el empuje del viento hacía imposible mantenerse en pie sobre la cubierta. La guerra se interrumpió y por dos días no se supo lo que ocurría en el casco enemigo.

En los tres días que siguieron murió de fiebre Barstrom, dejando solos en el drakkar al capitán y a Gothehuc.

-No muchos más le deben quedar a Briones -dijo el mexicano, proponiendo el asalto final.

Y al despuntar el alba del cuarto día y así decididos, con el hacha remendada Clontarf y con un mazo fabricado con un resto del codaste Ghothehuc, saltando por encima de los escombros, se lanzaron contra el reducto donde se hacía fuerte Luis Briones.

Como Ghothehuc lo había presumido a Briones ya no le quedaba gente. Con el muñon de su brazo diestro encharcado de purulencia, pero con el izquierdo pleno de vigor y destreza, los mantuvo a raya toda la mañana.

El calor del sol y la humedad favorecían el cómodo emplazamiento del hombre de confianza de Torquemada que con la espalda apoyada contra la amura de babor de su nave y la inmensa espada, parecía no tener que aplicarse demasiado en contener a sus exhaustos enemigos.

Pero cuando parecía que su resistencia estaba por doblegarse, se estremeció y crujió como ballena herida la bizarra embarcación, tirando al piso a Clontarf y a Briones, obligándolos a soltar sus armas para no caer al mar. Gothehuc no habiendo reaccionado oportunamente recibió en el occipucio el golpe de una garcia endurecida por la sal.

Habían ^{encajado} ~~llegado a tierra~~.

Una escollera con la forma y el filo de una cimitarra parecía haber levantado por los aires los palos revueltos del drakkar y del galeón, los que empezaban a separarse y desmembrarse buscando yacer en la profundidades con la identidad con la que habían sido botados al mar.

Separaba el arrecife de la costa una laguna de poca profundidad. Y mientras los dos barcos se hundían en la fosa del océano, más allá de los corales, los tres sobrevivientes caían en las aguas transparentes de la ensenada, ^{buscando} ~~mirándose~~ Clontarf y el manco Briones, ^{ningún} ~~buscando~~ aunque fuera un puñal en los restos de la echazón para terminar de una vez por todas la batalla comenzada en alta mar.

Pero Clontarf había rodado más lejos y nada pudo hacer para proteger a Ghothehuc, que enterrado en la arena hasta las rodillas se afanaba por ~~de~~ salir de la inconsciencia. Porque Luis Briones, ^{lo} ~~le~~ descalabró con un sólo golpe.

Persiguió Clontarf al asesino que se le había adelantado y lo alcanzó en el borde de los pantanos. Ahí estaba atrapado con el fango en la cintura, proyectando el muñon de su brazo inexistente

hacia unas trepadoras que colgaban en la espesura.

Le dio tiempo el vikingo para que percibiera la inminencia de la muerte y quizás para que se encomendara a su Dios y después le hizo criba el corazón con los afilados cuernos de su casco.

Y Clontarf murió poco después. Imitando la muerte del caribú que emigra para eludir ^{el} lobo y que olvida el follaje que retoña en la primavera, se fracturó el cuello tratando de desprenderse de las ramas de un amate en el que se le enredara la cornamenta. La espada que aún empuñaba ~~aseguraba~~ su entrada al Walhala.

Es cierto que Colón piso tierra antes que nadie. Que saltó del bote temiendo que algún audaz quisiera despojarlo del honor a riesgo de su vida y con los zapatos inutilizados por el agua y empapado hasta la cintura llegó saltando hasta la playa. Que se hincó en la playa, que la besó y que después escupiendo arena y haciendo gestos con la mano dio el permiso para bajar a los demás.

También es cierto que en esa isla, que no estaba deshabitada, no encontraron a nadie y que después de hartarse con los mangos y las nueces y el agua de sus fuentes interiores y de comerse asado un puerco salvaje, que si no por mano humana no se comprendía como había llegado ahí, Colón y el resto de la tripulación tomaron los botes, los cargaron con fruta y regresaron a las naves de la flota.

Con el velamen desplegado y las bodegas de cada carabela mejoradas con frutas y carne fresca, dejaron esa primera isla a la que el Almirante había bautizado como San Salvador y no queriendo

oir ni la más mínima protesta ordenó la derrota en la misma dirección: oeste, sólo oeste.

Seis días navegaron todavía sin que Colón resolviera aún desembarcar. Nueve islas contaron Vicente Yáñez y Martín Alonso, islas pletóricas de vegetación, armoniosas de pájaros y desde donde en la noche se escuchaba el rugido de los depredadores y el chillido de sus presas.

Pero Colón esperaba el gesto de Lal, la información exacta, el punto donde debía detenerse, el extremo del camino hacia el oro y la gloria.

Y Lal no se manifestaba. Dejaba pasar isla tras isla, las que tranquilizaban a la gente con su proximidad, alterándolas enseguida al verlas desvanecerse en el rumbo pertinaz que Colón imprimía a la flota. Creían ver las orquídeas con sus flores de vainilla, creían oler el clavo y la bergamota, la canela y el regaliz y los más embusteros juraban haber visto el columbre del oro nativo en la cúspide de los cerros.

Por fin, una atardecer, el veinte o veintiuno de Octubre, la Nueva arrió sus velas cuando enfrentaban ^{lo que parecía} una isla que se prolongaba sin límites hacia el norte y hacia el sur. X

Lal solicitó permiso para abordar la Santa María, el que le fue concedido.

Encerrados en su camarote, fumando Colón que también se había enviciado, contuvieron las razonables ansias de los hermanos Pinzón hasta que amaneció.

El diálogo de Colón y Lal no fue largo, pero el mexicano sí le advirtió sobre las innumerables columnas de humo que se elevaban

desde la altura en los farellones de la costa. Pero sobre todo de aquella que salía de un templete, en forma de pirámide, claramente visible desde el castillo de la Santa María.

-Ese es el campamento de una parte importante del ejército del Tlacatecuntli -le indicó a través de las ventanillas del camarote y aquel humo negro y grueso corresponde a un templo erigido a Huitzilopochtli, y señala que sus ceremonias están en curso.

-Aquí sí que nos esperan -dijo Colón, sin saber si Lal lo había traicionado.

-Si fuera una emboscada no verías el humo ni habrías sabido de mi advertencia -Lal le ahorró la pregunta al Almirante.

-¿Cuántos...?

-No lo se, ¿cinco mil...?

-¡Desembarcarás conmigo!

-No lo había pensado de otra manera..., pero de rehén no te serviré de nada.

-Tomar rehenes es cosa de moros.

-Lo más probable que muchos de los que están allí -Lal estiró su mano derecha -no quisieran verme vivo nunca más.

-Creí que habías viajado en misión oficial...

-Los dos..., Gothehuc también. De nuestros informes dependerá la acción que tome Tenochtitlán.

~~-Si nos quedamos a~~ bordo estaremos a salvo -Colón abrió la portezuela de su cabina, subió la escalera del pasillo y salió al puente. Los dos hombres de guardia lo saludaron con recelo.

No por mucho tiempo
~~-Tendrías que regresar,~~ Almirante ~~y ahora~~ -Lal señaló las centenares de canoas que esperaban en fila sobre la playa...

-No podrían alcanzarnos.

Lal husmeó el aire.

-No habrá viento en cinco días -dijo. *Vatucés.*

~~Colón se apoyó en la baranda del puente de la Santa María.~~

-Esta recepción significa que Gothehuc se nos adelantó. *dijo Colón*

-Es probable, pero aún no se ha escuchado mi palabra.

-¿Tendrás la oportunidad?

-Ahuizotl, *el cihuacoheath, ahora el Tlacatecutli* es un hombre justo...

-Pero influenciable.

-Me escuchará y mi palabra es tan elocuente como la de Gothehuc.

Colón sonrió con tristeza.

-De eso no tengo dudas -sentenció.

-Habrá que ser prudente.

-Difícil, después de un mes de navegación... difícil contener a esos marinos.

-Déjalos esperar aún y baja conmigo y con tus hombres de mayor confianza.

-Ojalá estuviera Juan Pérez...

-Lleva contigo a Gaonás, no desperdicies la oportunidad de llegar a acuerdos con Ahuizotl..., el encuentro es inevitable, hagámoslo provechoso..., no permitas que tus hombres provoquen a nuestros guerreros.

-Quiero estar solo -le pidió Colón.

49.- -Honra tu muerte próxima y dime quienes son estos dos extranjeros -oyó Poletl que Qej le hablaba a sus espaldas.

-Uno de ellos será Lars, el navegante que viene del norte, el hombre que condujo al maestro Huipozix a la tierra de los hombres que tienen cola..., y el otro será Laccalle, el que iba a utilizar sus experiencias para cruzar el océano con el apoyo de los reyes de Portugal o de España...

-Continua -pidió Qej -y así mañana serás el primero en ser sacrificado en el altar de Huitzilopochtli...

-O no es Lars y tampoco es Laccalle, sino que son los que se han adelantado a los que vi volar por encima de las rompientes, desde los promontorios que cierran la boca del río Tecolutla antes que tus esbirros me arrojaran al suelo y me echaran el dogal para traerme hasta tí.

-¿Cuántos de esos palacios flotantes pudiste contar?

-Era un espejismo en el que se multiplicaban hasta el infinito.

-¿Cuántos soldados venían en ellos?

Poletl se miró las muñecas lligadas por las cuerdas.

-Sólo seguiré hablando en presencia del Cihuacóhuatl.

Qej no vaciló y con un movimiento de sus labios dio una orden a Dumotozac, que le seguía en jerarquía.

Poletl fue llevado en vilo por dos sacerdotes hasta una habitación a la que se llegaba por un pasadizo de pulida pendiente. En sus muros de granito estaba esculpida la historia de Quetzalcoatl. Olía a resina y al chocolatl que hacía espumear un esclavo. Otro, en una esquina, preparaba un tubo de fumar mezclando tabaco y carbón vegetal.

Sentado en su escudo de plumas de quetzal Ahuizotl con los ojos cerrados, meditaba.

-Díme Poletl -dijo al cabo de unos minutos sin abrir los párpados -¿qué intenciones traen?

Poletl percibió la impaciencia de Qej.

-Señor -se adelantó el pontífice azteca -¿que dudas puedes tener después de ver el cadaver mutilado de Gothehuc, tu fiel general?

El Cihuacóhuatl entornó los ojos.

-Díme Poletl, ¿qué intenciones los motivan?

Poletl estiró sus brazos maniatados.

-¡Desátalo! -ordenó Ahuizotl a uno de los guerreros emplumados que estaba de pie junto a la abertura carente de puerta de la cámara.

-No lo se, señor -contestó Poletl frotándose las manos -pero la muerte de Gothehuc no es argumento suficiente para condenarlos.

-¿Quiénes, si no fueron ellos...? -intervino Qej.

-¿Cómo han podido, si aún no han desembarcado? -interrogó el Cihuacóhuatl con la voz cansada.

Peers Tampoco me atrevería a responder por sus buenos propósitos. *dijo Poletl*

-Hablas como un oráculo, ~~Poletl~~..., detesto la inexactitud de

los oráculos -no había variado el tono de la voz de Ahuizotl.

-El hombre del casco encornado y el de la incompleta armadura de metal dorado tienen sal bajo las uñas..., ellos vienen de más allá del océano, tanto han navegado -insistió Qej.

-Has que miren las uñas de Gothehuc -sugirió entonces Poletl -tendrás así una respuesta.

Ahuizotl se puso de pie, levantó el escudo en el que había estado sentado y lo colgó de su hombro derecho.

-Está bien -aceptó.

Caminaron por el pasillo hasta el subterráneo donde se originaba y se acercaron al cadáver del general. Con un estilete Qej hurgó en los dedos de los pies de Gothehuc y mostró el resultado a Ahuizotl.

-¡Sí! -confirmó -es sal de mar.

Ahuizotl regresó al habitáculo de donde había salido e hizo llamar a Tehuantímac, el general en jefe que había reemplazado a Gothehuc.

-Prepara los ejércitos -le dijo cuando lo vio -dispone una guarnición para la ciudad y el palacio, y carga los cadáveres de los desconocidos. Saldremos para Paplanta cuando muera el sol de este mismo día.

Y a Qej, el pontífice de México:

-Liberó a Poletl de la responsabilidad de encontrar a Huitzilopochtli..., él irá conmigo.

-Señor -dijo Qej -Poletl era la primera promesa para mañana. El Tlacatecutli giró la cabeza y fijó sus ojos en Dumotozac.

-El corazón de un oficiante agradecerá aún más a

Huitzilopochtli -dijo poniendo un dedo sobre el pecho del ayudante de Qej.

Y el Señor se retiró seguido de sus dos escoltas. X

Los lamentos de Dumotozac se escucharon solemnes en el aire cuando Ahuizotl, investido como Tlacatecutli, atravesó los pontones orientales de Tenochtitlán.

Junto a él iban Tehuantímac y Qej e inmediatamente detrás Poletl con sus amanuenses, consejeros y ministros. Los oficiales y la tropa, ordenados, se iban plegando a medida que el señor pasaba.

De repente se encendió una luz en la cima de la Pirámide Negra y nítido quebró la noche el aullido del primer sacrificado.

-Le hace honor a su dios -comentó Ahuizotl.

Qej pálido, descompuesto lo veía Poletl, asintió.

-Aplacado ha de estar con el corazón y la sangre de su discípulo -dijo.

A medianoche Ahuizotl pidió las parihuelas y continuó el camino en ellas. La marcha forzada obligó, al amanecer, a un descanso y a una comida.

Tehuantímac, aprovechando la pausa, se arrimó a donde estaba Poletl.

-Háblame de los hombres con cola, de los que habitan la Tierra

Lijau
Mayor

-le pidió.

Poletl terminó su chocolate antes de contestar.

-No puedo -dijo -el Cihuacóhuatl me ha quitado la cátedra.

-Soy el jefe del ejército -lo persuadía el general -tu información puede evitar un desastre.

Poletl se sentó en el suelo, bajo un espino y Tehuantímac lo

hizo sobre su escudo.

-Si Gothehuc y los otros dos hombres muertos venían junto a la avanzada, entonces no hay nada que temer...

-No entiendo -dijo el general ladeando la cabeza.

"La Meseta donde ellos viven está a una inimaginable distancia de Tenochtitlán..., para llegar a nuestras playas no sólo deben atravesar un inmenso océano, tienen también que convencer a sus reyes que tal empresa tiene valor.

Esto es lo más duro y difícil. Ellos, además, no conocen la existencia de este continente, quizás sí algunos de ellos, entonces ignoran a que lugar han llegado.

Vendrán, en consecuencia, unos pocos, un puñado de avezados marinos y de atrevidos aventureros en busca de riquezas y de gloria.

La pregunta que debe responder el Tlacatecutli es ¿qué hacer con ellos, cómo reaccionar ante estos extranjeros...?

Gothehuc y Lal partieron en busca de esa respuesta, Gothehuc ya no podrá darla y Lal..."

los ejércitos del Tlacatecutli

Tres días demoraron en llegar a Paplanta y desde allí, después de satisfacer a sus dioses en la pirámide local, continuaron hasta el estuario del Tecolutla. Arriba de los acantilados que confinan su desembocadura Tehuantímac estableció el campamento y Qej ordenó construir un templete.

-Déjame sólo -dijo Ahuizotl a sus consejeros y generales cuando le informaron que ellos habían llegado, que ^{en} las grandes ~~X~~ barcas se acercaban al continente, que la que encabezaba esa

barcas

los barcos de la Tierra Lejana 393

flotilla llevaba pintada una cruz verde sobre su única y gran ala blanca, carente de plumas y que planeaban en silencio, como había dicho Poletl, ahí donde no se sabe si es aire el horizonte o es agua.

50.- Y al mismo tiempo, un día sin ninguna nube en el cielo y con el sol en el azimut, vio Colón el emplazamiento de Ahuizotl sobre los promontorios del Tecolutla ^{Cruz Ahuizotl} y ~~este~~, flotando en el mar transparente la flotilla con las cuatro carabelas que habían cruzado los cayos septentrionales de la isla de Colba.

Pero el encuentro se retrasaba. Ni Colón se decidía a desembarcar ni Ahuizotl a abordar una de las canoas ceremoniales que esperaban en la playa.

Ni los hermanos Pinzón, ni Gaonás se atrevían a interrumpir al Almirante encerrado en su camarote. Tampoco sus ministros ni Qej

con su indudable ascendiente sobre el poder importunaban al Tlacatecutli en su soledad de la tienda de piel de ^{Cordillo} búfalo.

Llovió y el viento amenazó con ^{rajar} ~~trifar~~ las velas. La Nueva y la Pinta se desaferraron durante un breve temporal y se extraviaron toda una tarde, pero Colón no reaccionaba.

Se le dijo a Ahuizotl que la espera contrariaba a los dioses, que a través del hígado de un esclavo los dioses se habían manifestado pidiendo una pronta solución a la incertidumbre, pero el Tlacatecutli fumaba impenetrable y no respondía.

Se le recordó a Colón que había mucha tierra que explorar y riquezas que extraer y que Fernando e Isabel esperaban ilusionados el anuncio de su regreso, pero el Almirante no se movía.

A Ahuizotl se le informó que los Huastecas se negaban a pagar sus impuestos, que escaseaban los prisioneros y que los ricos comerciantes se negaban a ceder sus esclavos a los sacerdotes para saciar a los dioses, pero él se negaba a regresar.

Entonces, como obedeciendo a una señal que nadie pudo percibir, Colón salió a cubierta desde su camarote en la popa de La Santa María y Ahuizotl de su tienda levantada en los riscos que dominan el golfo de México. X

Colón con su uniforme de Almirante y con su espada de acero toledana hizo bajar un bote y subió haciéndose acompañar por el capellán de su carabela, por Vicente Yáñez y Martín Alonso, por Gaonás, Lal y Cozcamalli.

Ahuizotl mandó preparar una larga canoa y junto a Tehuantímac, a tres de sus ministros y a Qej, que llevaba el pelo embebido por la sangre de un apresurado sacrificio, se hizo a la mar empujado

por veinte guerreros.

Las dos embarcaciones se encontraron en la mitad del trayecto entre las carabelas y la playa y durante unos minutos estuvieron inmóviles, una al lado de la otra y en silencio los hombres que la tripulaban.

-¿Has cumplido la misión que te encargué? -preguntó entonces Ahuizotl a Lal que sujetaba el timón al fondo de la chalupa.

-Sí, señor -respondió Lal poniéndose de pie, poniendo en peligro por su peso el frágil equilibrio del esquife.

-Dejaste que mataran a tu hermano ^{de pueblo} a Gothehuc - dijo agresivo Lal

Hubo una pausa y ~~después~~, ^{recuperado}, Lal tradujo a Colón y a sus hombres. *es la que*

-No tenía la obligación de protegerlo ni esa fue la orden de Ahuizotl.

Con una mano apaciguó Ahuizotl al pontífice.

-¿Qué buscan, entonces, estos hombres? -le preguntó.

-Yo te daré mi versión, que ellos te den la suya -dijo Lal.

Ahuizotl volvió a sentarse en su escudo. Ya podían ir todos a tierra.

-No confío, Colón -dijo de la Cosa.

Colón le echó encima una mirada fría.

-Puedes nadar hasta la Santa María.

Yáñes y Alonso verificaron la carga de pólvora de sus pistola. Gaonás, despreocupado, respiraba el aire tibio y perfumado y esmiraba sus manos arrugadas al calor del sol.

En la playa Colón dejó al capellán ^{a Gaonás} y a los hermanos Pinzón a cargo del esquife y siguió, ^{Después, a los 5, 5 guerreros} ~~junto a Lal y a Gaonás~~ la comitiva de

Lal entregó su libertad a Cozacoalli, quien le besó las manos.

Ahuizotl.

-No demoraré -dijo -y si tardo más ~~que lo~~ que el sol en ocultarse, regresen a bordo y preparen un rescate.

Lal movió la cabeza.

-Esas precauciones no son necesarias, ~~ahora.~~

~~Por~~ Colón y Lal entraron en la tienda que se utilizaba para las audiencias. En el interior, Ahuizotl estaba con Qej y con Tehuantímac.

-Antes que nada -dijo -quiero que reconozcas a estos hombres.

E hizo traer los cuerpos gangrenados de Briones y de Clontarf.

Los identificó Colón, no pudo responder ~~por el~~ cómo Briones y el vikingo habían llegado hasta allí y fue categórico en negar que fueran parte de su expedición. Más aún, definió a Briones como un enemigo de su empeño.

Lal ratificó la versión del Almirante.

Después se cumplieron las formalidades. Colón entregó a Ahuizotl las cartas de la reina que lo acreditaban como Embajador ante los territorios a los que arribara, le relató las vicisitudes de su viaje y le mostró en su carta la ubicación de España. Lal tradujo y confirmó, recalcando el valor y la verdad de todo lo que había dicho y enseñado Huipozix.

Colón reconoció que Huipozix había hecho posible el cruce directo del océano, pero que él estaba lejos de ser el primero en haberlo hecho y que muchos otros se le habían adelantado.

Pero que el avance en la construcción de navíos era grande y que eso iba a posibilitar una relación fluída y permanente con el

pueblo de Lal.

Esperaba, terminó Colón, que las relaciones fueran cordiales y que no ocurriera lo que en la China y en Cipango donde, celosos y desconfiados, los orientales se habían cerrado al tráfico y al comercio con España y Portugal.

Ahuizotl escuchó y asintió. Al final dijo un par de frases en un nahuatl ininteligible para Colón.

-Ha ordenado que sean atendidos esta noche -dijo Lal.

~~Nada extraño notó Colón, pero dentro de la tienda donde los acomodaron, felicitó a los Pinzón por haber desembarcado armados.~~ X

Probaron con prudencia los alimentos preparados para ellos y Colón ~~se permitió fumar de~~ ^{fumó brevemente de} una pipa que con el cuenco ~~con~~ ^{allí} la lumbre ~~también~~ ⁷ habían dejado. X

La noche fue tranquila y en la mañana, dando la espalda a la mar oceano y colocando el cáliz y una cruz sobre una piedra plana, el capellán ofició una misa. Comulgaron Colón y los hermanos Pinzón y sólo Gaonás rechazó la hostia.

Ahuizotl, acompañado por Qej y Lal apareció cuando el cura lavaba ya el copón.

-Hay una lengua que se habla sin censura -le dijo Lal a Colón
-Ahuizotl lo quiere hablar contigo.

-¿Cuál es esa lengua?

-La ~~que permiten~~ ^{de} los hongos, la lengua del peyotl y la del yolatl.

-Una conversación de borrachos...

-Es la condición de Ahuizotl.

-Acepto -dijo Colón.

a Gaonás

Con precisas instrucciones despidió al capellán y a los Pinzón. De su diálogo con Ahuizotl dependería la calidad del encuentro y de los negocios de España con este Nuevo Mundo, de su capacidad de controlar el delirio provocado por los hongos, dependería el éxito de su Empresa. En sus manos estaba la Historia.

Y en compañía del hechicero que sabía preparar las setas, Colón y Ahuizotl se encerraron en la tienda. Un círculo de guerreros emplumados impedía que nadie se acercara a ella y mientras el Tlacatecuntli no saliera, ningún sacrificio podía ofrecerse en el templete, ninguna guerra declararse, ningún impuesto sustituirse.

le parecen en
Desde la Santa María, asomado a las aguas vivas del golfo, Gaonás ~~tenía los ojos fijos~~ *no moria los ojos de* en la tienda donde había entrado Colón. La parecía que tenía luz propia, le parecía que incandescía desde adentro la piel del ~~pecari~~ *Cordero* de la que estaba hecha, le parecía a Gaonás que atraía a las aves nocturnas que sobrevolaban incesante el espacio donde estaban Colón y Ahuizotl.

Con la luz del primer día, los Pinzón empezaron a hacer planes. Gaonás los sorprendió en el camarote del Almirante sorteándose la capitania, convencidos de la mala suerte de Colón, aventurando cifras de soldados necesarios para la conquista, comentando entusiasmados sobre el oro que colgaba de las orejas, del cuello y de las narices de los guerreros aztecas.

Los escuchó preparar coartadas para un zarpe prematuro, los embustes para engañar a la corte de Granada y los porcentajes en que se repartirían la parte de Colón.

Pero Gaonás sabía que no tenían la audacia para hacerlo y que

sólo actuarían ante la evidencia de la muerte de Colón. Y que incluso en esas circunstancias, podía cogerlos más el pánico que el alborozo.

Ya odiaban ~~a Colón.~~ *al Almirante.*

Con el ocaso se encendió otra vez la tienda y un susurro que de ella venía reemplazó el siseo del viento al pasar por el briol. Callaron los Pinzón, entonó una plegaria queda el capellán y los hombres de las cuatro carabelas, a la distancia, temieron con Colón. *y por*

El sol salió más temprano que lo esperado, creyó Gaonás y con él abandonaron la planicie los jugares y las panteras y volaron los buhos y los gallinazos. Y también Ahuizotl y Colón aparecieron en la puerta, seguidos por el brujo y su agotado cocimiento.

Un estallido de alegría brotó de las gargantas de los doscientos once marineros de la flotilla y hasta Vicente Yáñez y Martín Alonso se aliviaron al comprender que fracasaba su traición.

Bajaron a tierra otra vez los mismos que la primera lo habían hecho. Iban con la esperanza no sólo de recoger a Colón sino también algunas piezas de oro. La vastedad del ejército del Tlacatecutli había desanimado el botín por pillaje de la mente de corsarios de los principales de Palos. Pero quedaba el recurso de los espejos, las cuentas de colores y las campanitas de cetrería que tan efectiva se había demostrado en las exploraciones africanas.

Y desembarcaron ~~que~~ cargados con baratijas *de la Cosa y la herencia Pinzon* *por las que nadie se interesó.*

Gaonás llevaba las manos y la bolsa vacía. El se quedaba en ese paraíso. Donde nunca más pasaría hambre ni frío y donde nunca nadie

lo volvería a humillar por su porte o por su calvicie.

Al llegar a la playa corrió al ver a Lal que, con una mujer de trenza larga y dos niñas de la mano los observaba desde las dunas. Y después con el mexicano y su familia donde Colón, al que le comunicó que desertaba.

El almirante lo miró de otra manera. Distinto era el brillo que contenía el fondo de sus ojos, pero era el mismo Colón.

-Está bien, Gaonás amigo -le dijo -tú y Lal podrán preparar el verdadero encuentro...

El diálogo de los hongos.

Ahuizotl se sentó con las piernas cruzadas sobre su escudo adornado con plumas de guacamayo y de quetzal y ofreció a Colón una hamaca de lino colgada en los gruesos mimbres que sostenían la tienda.

Del mismo cuenco probaron primero y bebieron después el filtro preparado por Camtlutl y fumaron en ^{el techicero} el mismo tubo ^{la pipa lleva} lleno de tabaco. X

Colón mil veces trató de recordar la jornada en el interior de la tienda de Ahuizotl, pero ninguna palabra le vino a la memoria. Sólo imágenes, como si su fugaz vínculo con el jefe mexicano se hubiese producido ^{intuición} más por una suerte de transmisión del pensamiento, ^{que de} ~~que de~~ vocalización. X

Imágenes terribles que ^{en Colón} se diluían a medida que las tres carabelas se aproximaban, ~~ya de regreso,~~ a la isla de Colba, como en un olvido ^{colectivo}, ⁱⁿ consciente, pero transitorio de la experiencia en ese territorio. Porque ni de la Cosa, ni el capellán

que se
hacia Ulectris

después de abandonar
las costas de México,

ni Vicente Yáñez ni Martín Alonso ~~que no habían tocado tierra~~, parecían acordarse de La Nueva que había quedado anclada en la boca del Tecolutla.

Había presenciado junto al Tlacatecutli visiones infernales, porque eran incompatibles sus religiones, sus anhelos y sus cosmogonías y porque nadie iba a ser capaz de templar, como en otros continentes, la voracidad de sus propias razas.

Con Ahuizotl había compartido un delirio de destrucción y de enfrentamiento que duraría siglos, un canibalismo perpetuo de dos culturas que debieron complementarse.

Habían presentido el dominio de la mezcla por ~~un~~ pueblo de implacable crueldad y de irrefrenable voluntad de poder.

*que de sus pueblos surgiera
Otro*

Y sólo al final, con la lucidez que proporciona el residuo del yolatl, tuvieron una señal feliz.

Pero cuando se despidieron sobre la arena blanca de la playa, Colón y Ahuizotl la habían olvidado...

A bordo de la Santa María Colón barrió con el catalejo la barra del Tecolutla.

Vio con nitidez y tristeza a ~~tal~~ ^{tal} y a Gaonás que le tributaban una despedida que no iba a recordar. El francés sin su peluquín, pero con la calva y los cuernos de cervatillo tostándose en el aire tibio del amanecer y ~~tal~~ ^{tal} mordisqueando una guayaba, igual de gordo como el día en que lo conoció.

Todo era parte de una larga historia, en un viejo y oscuro

planeta verde, lejano de su sol que era apenas una fría lentejuela en el espacio donde -contaba Poletl -vivían hombres generosos, audaces, ambiciosos y crueles, unos tenían cola, vestigios de su pasado animal, otros sacrificaban a sus enemigos en el altar de sus dioses ciegos y sanguinarios..."

Ottawa, Octubre de 1991, Toronto, Abril de 1992.

capacidad de operación.

2. Area de influencia de los puertos

Por la esencia misma de un puerto (lugar de traspordo), el movimiento que genera no es más que el reflejo de su área de influencia y de la capacidad económica de la misma (cantidad de población, zonas productivas, industrias, etc.).

Hinterland: interior de un territorio cuya parte principal está en la costa (trastierra). Area de influencia territorial que genera una ciudad o un país.

El hinterland de un puerto es siempre un área limitada, restringida por los sistemas de comunicación (transporte esencialmente) y por la competencia de otros focos de influencia. En este sentido se pueden distinguir dos tipos de hinterland, el primario que es aquella zona de influencia exclusiva y que normalmente no supera los 150 km. de radio y el secundario, que es aquella área que depende para su desarrollo del lugar focal pero sobre la cual compiten otros centros dinámicos y por lo mismo puede crecer o disminuir según sean las alternativas de la competencia por el mercado.

Como el hinterland secundario es la base del desarrollo del

Tragedias de Eurípides

hipólito (la parte del mensajero)

Platón

de las Erreadas"

Libro del Destino (sobre el alma q.
sale del cuerpo al
morir)

"de la inmortalidad del alma" libro Septimo

"de la inteligencia, de las ideas y del ser"

en comentarios sobre la belleza
cita al gautama Stopal y a Bergson

"Del bien y de lo uno"

el tema de la unidad y infinito

en misterios de Eleasis

y el entusiasmo como

en Iteon, en Dios.

Diálogos de Platón

"Lysis o de la amistad"

"Fedón o del alma"

"El Banquete" (sobre el amor
y la fuerza q. este da)

Plutarco Vidas Paralelas

Sicuro (Piedad religiosa,
muerte)

Numa

Solón (sobre las leyes)

Temístocles (sobre elegir hombre
rico, q. diversos requisitos
de hombre)

Pericles (vicisitudes de los caracteres
en la fortuna)